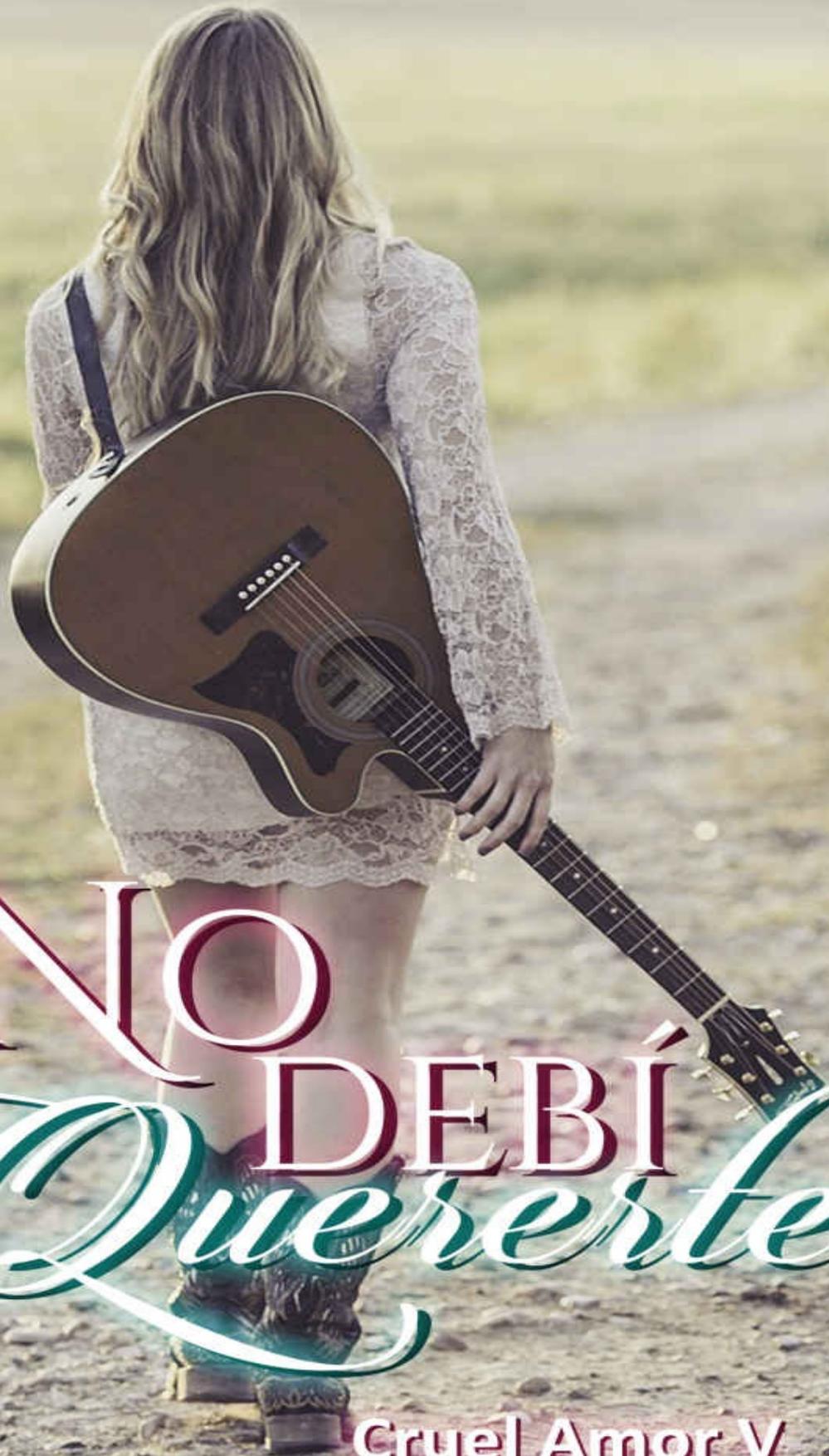


FLOR M. URDANETA



NO
DEBÍ
Quererste

Cruel Amor V
y Spin off, Mi Mejor Canción

NO
DEBÍ
Quererte

Flor M. Urdaneta

© 2016 No debí quererte © Flor M. Urdaneta

Todos los derechos reservados.

Este libro no puede ser reproducido o transmitido de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o impreso sin el permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción, los personajes y nombres son fruto de la imaginación del autor.

Diseño de portada: Flor M. Urdaneta

Página oficial: <https://www.facebook.com/flormurdaneta/?fref=ts>

“..Asegúrate de que tu primera vez sea con la persona correcta, con esa persona que, no solo sabe tu nombre, sino que lo tiene tatuado en su corazón”.

Axxel Wilson

*Para mis hermanos.
Los amo con todo mi corazón.*

ÍNDICE

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la Autora](#)

[Libros Publicados](#)

CAPÍTULO 1

El primer día del verano me dio la bienvenida con la entrada de los rayos del sol, colándose por el ventanal que separaba mi habitación de la terraza. Había programado las cortinas para que se abrieran a las 10:0 a.m. y el sol se asomó con libertad.

Mis amaneceres eran hermosos, ya que nuestra casa quedaba en una zona privilegiada de *Beverly Hills*, donde se podía observar, desde cualquier ángulo, las hermosas colinas de Los Ángeles.

Tanteé debajo de mi almohada y encontré mi teléfono, un artículo fundamental de mi existencia. Le escribí un texto a Marie para que subiera mi desayuno a la habitación. Papá desaprobaba que comiera en la cama, pero como estaba con mamá en Miami, no me ganaría un regaño de su parte.

Me levanté de la cama cuando el reloj, sobre mi mesita de noche, marcó las 10:10 a.m., Marie no tardaría en entrar y tenía que correr a cepillarme los dientes.

Ni me molesté en quitarme mi *Sleepy Jones*^[1] rosa de pantalón corto, era muy temprano para salir de mi habitación. Mi día realmente comenzaría en dos horas, cuando mis amigas vinieran para broncearnos bajo el sol.

Mientras esperaba a Marie con mi desayuno, le di un vistazo rápido a mis redes sociales. Primero *Instagram*, mi favorita. La *selfie* que subí el día anterior, en la que presumía de los nuevos reflejos de mi cabello, tenía más de treinta mil “me gusta” y cuatrocientos comentarios. Siendo hija de la exitosa estrella de rock, Peter Keanton, no era para menos.

Los mensajes de los haters nunca faltaban, pero me concentraba más en mis fieles seguidores, esos que me apoyaron desde que inicié como telonera de papá en sus tours, cuando tenía quince años. Y ahora, con diecinueve, decidí forjarme mi propio camino. Y no como una rockstar, mi meta es ser cantante de country.

—Buenos días, mi niña. Tu padre llamó hace unos minutos y dijo que llegaría a las dos de la tarde con una sorpresa.

Aplaudí la noticia y me apresuré a alcanzar la bandeja de comida que traía Marie en las manos.

—Gracias. Espero que me guardes el secreto, papá se vuelve loco

cuando como en mi habitación.

—Y que lo digas, recuerda que trabajo para él desde antes que tú nacieras —aseveró.

Lo sé, ella es como de la familia, incluso le tengo más cariño que a mi tía Marlene, la hermana de papá. ¿Y qué decir de a su hija Isabella? Ella es... mejor no arruino mi apetito pensando en ella.

—¿Y Adaline? ¿Ya volvió de casa de sus abuelos? —indagué.

Adaline era su hija, y lo más cercano que tenía a una hermana porque soy hija única. En aspecto, son totalmente opuestas. Marie, castaña de ojos cafés; Adeline, morena de ojos grises, rasgos heredados de su padre Edy, uno de los guardaespaldas de papá.

—Mañana, con el favor de Dios —declaró. No mucho después de eso, salió de la habitación para ir a preparar el almuerzo.

Me llevé la bandeja a la cama y publiqué un tweet que decía «1er día del #verano», acompañado por una fotografía de mi desayuno: ensalada de frutas y cereal Muslie. Las notificaciones no tardaron en llegar, pero la única que llamó mi atención fue el “me gusta” de @RWilson. Mi corazón se detuvo unos segundos. *¿Se trata del @RWilson que creo?*

Curioseé en su red social y no tenía foto de perfil, solo un huevo solitario que no decidía romper el cascarón. *¡Vamos, chico! Dame algo.* Tweet, 0. Seguidores, 0. Siguiendo, 1, yo. *¿¡Qué!?! ¿Solo me sigue a mí? ¡Ah, no! Tú tienes que dar la cara, pichón de pájaro.*

Escribirle un mensaje directo sería cómo mucho, ¿no? Yo era Rosie Keanton, los chicos hacían fila por ganarse mi atención. Sí, literalmente, hacían fila debajo de la lluvia o del sol por un autógrafo mío. *Así que no @RWilson, no te voy a escribir. Punto. ¡Haré algo mejor!*

Corrí a mi armario y encendí la luz para buscar un bañador sexy. Tenía muchos, pero solo uno que no tenía la aprobación de mi celoso padre. Mi armario era grande, la ropa, el calzado, los bolsos... nada de eso era poco para mí. Ir de tiendas era mi pasión número dos; el puesto uno, sin duda, era la música.

Cuando tuve el bañador púrpura de dos piezas en la mano, me desvestí y me lo puse. Luego, me esmeré con mi cabello dorado, idéntico al de mi madre. Según papá, ella y yo somos como dos gotas de agua. Tomé las pinzas y ondulé mi melena en las puntas hasta que quedara perfecto. El tercer paso fue el maquillaje. Abrí el cajón y busqué mi labial *Peggy Sage* de Mac. No

necesité más que pintar mis labios con aquel color fucsia mate y rizar mis pestañas con rímel marrón para estar lista para la sexy *selfie* que pensaba subir a twitter. Por suerte, mi padre no era fan de la red social del pajarito azul y no corría mucho riesgo de que la viera.

Bajé las escaleras, usando un pareo fucsia sobre la cintura, y unas sandalias bajas en los pies, y salí hasta la piscina. Me aseguré de que ningún empleado estuviera cerca y me quité el pareo. *Si mi padre me llegara a ver usando estos “dos trozos de tela”, como los llama él, le da un patatús.* Dos finas tiritas de colores, amarrados a los lados de mis caderas, sostenían el bikini morado. Mientras que la parte superior la conformaban dos triángulos con estampado de rayas púrpura, fucsia, verde y vino tinto, que se amarraba detrás de la nuca y espalda con dos tiritas del mismo color del bikini.

Busqué mi mejor ángulo y, después de seis fotos, elegí la ganadora. Una fotografía en picada que mostraba la mitad de mi cuerpo.

¡Así se vive el #verano en L.A.! Puse en el tweet.

Las notificaciones no paraban, miles de retweet, corazoncitos rojos y comentarios, algunos demasiado atrevidos para mi gusto.

Tantas notificaciones, harían que el pichón de pájaro se convirtiera en un grano de arena en medio del desierto. *¿Cómo sé si le dio me gusta? Al menos tardaré dos horas mirando.* Eso pensé pero, para mi sorpresa, el primer corazón me lo dio @RWilson. Grité y salté, literalmente. *¡Llamé su atención!* Quería que viera que ya no era una niña, sino una mujer. Al menos, esperaba que se tratara de él. *En algún momento ese huevo tendrá que nacer. ¡No puede esconderse detrás de esa cáscara por siempre!*

Mi teléfono comenzó a vibrar en mi mano, y no por una notificación, era mi papá. Por alguna extraña razón, sentí que no eran buenas noticias y decliné la llamada. ¡Nunca había hecho algo así! La relación con mi padre era sólida, basada en el respeto y la confianza. Era un celoso exagerado, sí, pero me amaba con su vida y yo lo quería igual.

Una segunda llamada apareció en la pantalla, ahora, con el nombre “mamá” identificándola. *¡Va a arder Troya!* Si la dejaba pasar, sería peor, lo sabía; pero tenía miedo de responder. ¡Qué digo miedo, terror! Esperé que el teléfono sonara varias veces para tener una excusa por la pérdida de la primera, y luego respondí.

—Hola, mamá. ¿Qué tal Miami? —saludé con un tono de *aquí no pasa nada.*

—¡Rosie Keanton! ¿¡Acaso te volviste loca!? —gritó papá, en lugar de la dulce voz de Carrie Keanton, mi madre.

—Yo... eh... ¿qué hice? —balbuceé.

—Rosie... —dijo con una exhalación cansada. Odiaba que le mintiera, lo decepcionaba cuando eso pasaba y no había sucedido desde que tenía trece, cuando me metí en su estudio de música y, sin querer, borré una pista que habían grabado. Para cubrirme, le eché la culpa al técnico de sonido, pero no tardaron en saber que fui yo. Cuando vi la decepción en los ojos de papá, me prometí jamás mentirle. No quería que nunca más me mirara de esa forma.

—Es solo una foto, papi —minimicé. *Sí, como si eso hiciera la diferencia*, acusó mi voz interior.

—Bórrala ahora mismo, Rosie —dijo en tono iracundo, pero suave—. Llegaremos en dos horas a casa y hablaremos de tu comportamiento —añadió.

La fotografía se hizo viral en minutos. La habían retweeteado millones de veces y, para colmo, con el hashtag *#sexyandhot*.

Borré el tweet, aunque el daño ya estaba hecho. Las grandes revistas amarillistas tendrían bastante leña para echarle al fuego. ¡Fui estúpida! Debí cuidarme de armar escándalos, y más cuando estaba por comenzar a desplegar las alas en el ámbito musical.

Una tercera llamada apareció en la pantalla, con el nombre *Isadiabla*, como había guardado el número de mi prima Isabella. No tenía que hablar con ella para saber lo que quería, regodearse por mi estupidez. Le respondí, claro que lo hice, nadie iba a intimidarme, y menos ella.

—¿Ya mi tío te llamó? Quedó sorprendido cuando le envié tu foto.

—¿Qué? ¿No tienes nada mejor que hacer? ¿Tan relevante soy en tu vida? —pregunté con ironía. Quería guerra, pues yo tenía municiones.

—¿Relevante? No me hagas reír. Ni te sigo, para que sepas. Un amigo me la envió con una pregunta ¿en cuánto se vende la zorra? Supuse que mi tío querría saber eso ¿o no?

—Bien por mí. En tu caso, tendrías que pagar para que alguien salga contigo.

Ella cargó el cañón y yo encendí la mecha. Se lo buscó.

—¡Rosie! —gritó mi tía Marlene. *¡La voy a matar! Puso el teléfono en altavoz. Isabella Jenkins inició el bombardeo y le dio inicio a la tercera*

guerra mundial. ¡Esto solo comienza!—. Hablaré con Peter de esto, Rosie. Tu comportamiento requiere intervención —aseveró la arpía de mi tía. En manos de ella, me mandarían a un internado en Francia. Por suerte, mis padres me amaban demasiado para prestarle atención a sus “intervenciones”.

Después de eso, se me quitaron las ganas de pasar el día en la piscina con Cristy y Jazmin –mis únicas amigas, aparte de Adaline–, así que les envié un texto con la excusa universal, el período.

Decidí no informarlas de todo el rollo con papá y de la razón de aquel tweet. Eran mis amigas, sí, pero hay secretos que es mejor mantener así. Uno nunca sabe, los envidiosos abundan y las lealtades se compran con un par de billetes de cien.

Subí a mi habitación y me cambié el “traje de la desgracia” por un vestido veraniego largo, con estampado de flores en tonos pasteles. El primer día del verano pasó de ser el mejor al peor, a la velocidad de un tweet, literal.

Me olvidé de mi *Smartphone* por un par de horas. No tenía ánimo para nada, ni para ver la T.V. Sabía que esta vez, cuando papá entrara por la puerta, no correría a abrazarme como acostumbraba. Ese día, no me diría cuánto me había extrañado, sino que me miraría con desaprobación y tristeza. De igual forma, bajé a esperarlos en la sala, como siempre. Mis padres no solían ausentarse por mucho tiempo, pero se regalaron una escapada romántica antes de que iniciara la grabación de su nuevo álbum musical.

Estaba tumbada en el sofá, con las piernas colgando en el descansabrazos, cuando escuché que la puerta se abrió. *¡Llegaron!* Me levanté de un salto y caminé rápidamente hasta la entrada, pero mis pies se soldaron al suelo cuando encontré, no dos, sino tres cuerpos en el recibidor. *¡No lo podía creer!*

Luché con voluntad férrea contra mi estupor. Tenía que aparentar calma, cuando en mi interior estaba corriendo en círculos.

Estaba preparada para rogar perdón, hasta había practicado las palabras que diría, pero ni en un millón de años imaginé que papá llegaría a casa con él. *¡Con Ryan Wilson en carne y hueso!*

CAPÍTULO 2

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que mi corazón se aceleró con tanto brío y desconsuelo. Exactamente, desde el diez de febrero de hacía tres años, cuando los Wilson celebraron su aniversario número diecisiete. Resulta, que hace muchos años, Axxel Wilson, el padre de Ryan, contrató a papá para que cantara en su aniversario número tres. Había una historia con respecto a una canción de papá titulada *Por Esta Noche* que el señor Wilson le dedicó a su esposa –novia para aquel entonces– y por eso la razón de contratarlo. A partir de ahí, cada diez de febrero, religiosamente, mi padre daba un concierto privado por el aniversario de los Wilson.

Ahí es donde entra @RWilson, alias pichón de pájaro. Mi enamoramiento por él data desde la tierna edad de siete años, él tenía doce. Cabello castaño claro, ojos marrones, y una sonrisa más perfecta que la del *Ken de Barbie*... ¿cómo no enamorarse? Pero, para mi desgracia, me convertí en la prima Rosie. ¡Prima! ¿De dónde surgió esa idea? ¡Ah sí! de mi padre, por supuesto. La relación Wilson–Keanton se consolidó de tal forma que nos emparentaron. *Pero, no señor, ni mi sangre ni la suya están mezcladas. Ahora, explíqueme eso a papá.* El hombre no me daba ni un respiro. Novios había tenido, sí, pero él no podía saberlo porque la bomba atómica se quedaba pequeña para la que explotaría. ¡Y si se enteraba que había cruzado primera, segunda y hasta tercera base! ¡No! El apocalipsis daría inicio.

En fin, regresemos al momento, con diecinueve años y la presencia irrefutable de Ryan Wilson, ocupando cada espacio de mi azorado corazón. El susodicho me miró sin cambiar aquel gesto taciturno, como si no me conociera. ¿Y cómo no? Lo mismo hizo en el último aniversario de sus padres al que asistí, de eso hace más de tres años. Estaba tan prendido de una chica de cabello castaño, y ojos marrones, que me ignoró cual bicho insignificante. Sydney o no sé qué se llamaba. El caso es que, él la miraba de la forma que deseaba que me viese a mí, como mi padre miraba a mi madre, como su padre lo hacía con su madre, con profundo y sincero amor. ¡Me rompió el corazón! Por eso decidí inventar una excusa para no ir más a la dichosa celebración. Mi humillación tenía un límite y Ryan rebasó la cuota. Pero ahora él estaba ahí, reabriendo la herida que apenas comenzaba a

curarse.

—Nos vemos en el comedor en media hora —ordenó papá.

Aparté la mirada del sexy castaño de músculos marcados, y ojos ambarinos, y me centré en el hombre de ojos grises, mi papá. Ceño y labios fruncidos, cuello erguido y ojos encendidos. En serio, se veían llamas en sus ojos. *¡Esto no pinta nada bien!*

—Ven aquí, princesa —me pidió mamá con los brazos extendidos. Ella lo notó, vio como mis ojos se colmaron en lágrimas de pesar y melancolía. *¡Mi padre nunca me rechaza! Pero siempre hay una primera vez,* intervino una voz interna.

Caminé hasta ella y la abracé, conteniendo las lágrimas detrás de un dique improvisado, que cedería en cualquier momento. Papá ni se inmutó, caminó al frente, con Ryan marcándole el paso. Lo supe porque las pesadas botas militares que usaba mi primo putativo[2] sonaban con rabia contra el elegante piso de mármol de nuestra casa.

—Ya se le pasará, mi amor. Sabes que Peter te adora —defendió. Pero no, él no podía ignorarme. *¡Él no!*

Me aparté de su cobijo y emprendí vuelo escaleras arriba para llorar mi pena sobre mis sábanas de seda. La presencia de Ryan, y el desprecio de mi padre, sumaron una cifra demasiado alta que no pude saldar. Que el idiota de Ryan me ignorara fue una cosa, pero que mi padre me echara a un lado, como una manzana podrida, era insoportable. *¡Sí!* Quizás estaba exagerando como toda una niña malcriada, pero en mi pequeño mundo, mi padre siempre me trataba con afecto... hasta ese día.

Sin duda, la guerra dio inicio y fui atacada, no solo por un flanco, sino por dos. Pero como dice el refrán, *guerra avisada no mata a soldado*, y yo prepararía la artillería pesada.

Cuando logré serenarme, fui al baño y me refresqué el rostro con abundante agua. Pero, pese a mis esfuerzos de borrar los minutos de llanto, veinte o más, nada cambió. Mi nariz parecía la de Rodolfo el Reno y mis ojos se veían irritados como si hubiera consumido hachís[3]. *¡Todo esto es tu culpa, Ryan Wilson!*

De no haber intentado llamar su atención, nada de eso habría pasado. Y, para colmo, el muy idiota me ignoró, otra vez. *¡Me las va a pagar!*

Cuando mamá vino a buscarme para almorzar, le dije que no bajaría. Ya

era suficiente humillación que Ryan hubiera presenciado el desprecio de mi padre para tener que verle la cara en los minutos próximos.

—Eso molestará más a Peter. Mejor ven y así sabrás qué hace Ryan en casa —dijo mamá. Su aseveración picó mi curiosidad. Sí, quería saber que cuernos hacía él en mi territorio, pero no estaba dispuesta a hacer tal sacrificio. *Por mí, que se devuelva a Miami.*

—¡Y a mi qué! Si ni hola me dijo —repliqué.

—Cariño... él la está pasando mal y tu padre intenta ayudarlo —pronunció con melancolía.

Mi padre comparaba la voz de mamá con la de un ángel y tenía razón. Aquel cabello dorado como el sol, sus ojos grises y su piel pálida, junto aquella voz, me hacían pensar que eso era, un ángel. Volviendo atrás en sus palabras, antes que me encantara, ella dijo que Ryan la estaba pasando mal. ¿Qué significaba? ¡Quería saberlo todo y cuanto antes!

—Si voy, es por ti. No por lo enojado que esté el señor Keanton —remarqué las dos últimas palabras con toda la intención. Mamá rebotó los ojos entre mi rostro y sus manos y luego cabeceó hacia adelante dos veces, como una afirmación.

Milagrosamente, mi rostro recobró su palidez, lo comprobé en el espejo antes de bajar. Mientras miraba mi reflejo, comparé mis rasgos con los de mamá. Sí, nos parecíamos mucho, aunque para mí ella era más hermosa. ¿Encontraría a alguien que me mirara con amor, como papá lo hacía con ella? Lo dudaba mucho, hombres como él había uno en un millón y, que dos rubias de ojos grises corrieran con la misma suerte, era poco probable. Aunque, Melanie, la madre de Ryan, también compartía nuestras características y su esposo Axxel la veneraba como a una diosa.

¿Será Ryan mi “uno en un millón”?

¡Qué estupideces estás pensando! Ryan nunca será el príncipe de tus cuentos.

Con mis labios retocados con labial fucsia mate, y un poco de colorete en las mejillas, bajé las escaleras, que me llevaron al lobby de la casa. Crucé a la izquierda sin mirar, mientras escribía un mensaje en el grupo de *WhatsApp* que formé con Cris y Jazmin, y tropecé contra un cuerpo rígido que ni se inmutó con mi intempestivo choque. Yo, en cambio, reboté hacia atrás y me caí de nalgas contra el suelo. Ryan reaccionó, enarcando las cejas con asombro, y se apresuró a ayudarme a levantar.

—No me toques —grité disgustada. No necesitaba su ayuda, no era una impedida, ni una debilucha. Él apretó la mandíbula con tensión y se cruzó de brazos.

¡Bíceps! Ryan tenía poderosos y notables músculos en sus brazos, que se ensancharon con la presión que sus puños ejercían debajo de ellos. Tardé un par de segundos en ponerme en pie, con la sola intención de recorrer aquel cuerpo alto y vigoroso con la mirada; desde sus pesadas botas militares, pulidas con un lustro exagerado, pasando por sus largas piernas, revestidas por unos jeans negros y rotos, deslizándome por las ondulaciones de su torso, también oculto detrás de una tela negra de algodón, hasta alcanzar finalmente su mirada pétrea y hostil.

Adrenalina pura recorrió mis venas, impulsada por la bomba hidráulica que atacaba mi tórax con latidos enfurecidos. Pero lo que vi en sus ojos me causó escalofríos, y no del tipo que te vuelve la piel de gallina de la emoción, sino de esa que es como una advertencia de ¡Peligro, alto voltaje!

Me levanté, lo más elegante que pude, y sacudí el pie contra el suelo con evidente impaciencia. ¿Acaso no iba a decir ni pío? Sin duda, seguía metido en el cascarón, tal como su avatar en *Twitter*.

—Podrías utilizar el mundialmente conocido hola o, tal vez, agitar la mano, para al menos saber si no has perdido tu humanidad —increpé con rudeza, ignorando los perturbadores gritos que mi corazón transmitía en forma de latidos fuertes. ¡Sí! Mi cuerpo estaba reaccionando a causa del enfurruñado Ryan Wilson. ¿Y qué obtuve de él? silencio.

La ansiedad comenzaba a devorar mi escasa paciencia y entonces lancé dos preguntas que sonaron mejor en mi cabeza, antes de decirlas.

—¿Qué pasó con el chico que sonreía al verme? ¿Qué hicieron con él? —pronuncié con desmesura y creo que hasta con altanería.

Ryan negó con la cabeza, dio media vuelta y comenzó a marchar cual soldado, no con aquel marcado uno, dos, sino con severidad.

La cólera bulló en mi interior. ¡*Nadie me ignora dos veces seguidas!*
¿*Quién se cree él?*

Por un momento, olvidé que era una dama y pensé en tumbarlo contra el suelo para darle una buena zurra. Pero no, no iba a perder los modos por él. ¡Ni que fuera qué!

Caminé detrás de él, no porque lo estuviera siguiendo, sino porque echó a andar antes que yo y quedé rezagada.

Lo bueno, pude disfrutar de la retaguardia de Ryan. La curva era perfecta y sentí la imperiosa necesidad de apretarla con mis palmas. *¡Ay, las cosas que estoy pensando!* Me abaniqué con la mano para alejar el inoportuno rubor que ardió en mis mejillas. Pasé del odio al amor en un parpadeo. Y no, él no merecía mi atención. *¡Ryan debe pisar por donde yo paso, no al revés!*

Una vez en el comedor, ocupé mi puesto habitual, el de la cabecera. Papá y mamá siempre se sentaban uno al lado del otro para no perder la oportunidad de meterse mano o de alimentarse mutuamente. Eran unos románticos incorregibles. *¡Qué envidia!*

El silencio reinaba en el comedor. De haber estado en un bosque, habría oído los grillos y demás insectos que ahí conviven. No iba a dejarlo así, comencé a teclear sobre la pantalla de mi Smartphone, un aparato que estaba prohibido en la mesa. Pero, como mi padre se negaba a mirarme, yo no cumpliría ninguna de sus reglas.

¡Ja! ¡Qué atrevida yo!

Papá se aclaró la garganta dos veces, pero lo ignoré con toda la intención. La testarudez corría por mis venas por partida doble y si alguien debía torcer su brazo, no iba a ser yo.

—Disculpa la grosería de Rosie. Está en la edad de la rebeldía — aseveró mi padre, dándole excusas a Ryan.

¡Se volvió loco! ¡La edad de la rebeldía! En pocas palabras, me dijo niña.

Miré con incredulidad hacia mi padre. ¡Jamás me había sentido más humillada en la vida! Mamá me observó compasiva y, a la vez, suplicante. No quería que armara un berrinche. Apagué el dichoso aparato y lo dejé en la mesa. Pero, si papá quería mi atención, la tendría toda.

—Tan grande fue mi afrenta que no puedes ni mirarme. ¡Una fotografía, papá! ¡Solo fue eso! Pero si en verdad quieres un motivo para decepcionarte de mí, te la daré. ¡Cinco! El número de novios que he tenido. Y, sabes qué, ellos tuvieron más que una foto.

—¡Rosie! —gritaron los señores Keanton al unísono. Ryan, por su parte, enarcó una ceja y se reclinó contra el respaldo de su asiento con los brazos cruzados. Su gesto parecía acusatorio. ¿Qué esperaba, a un virgen destilando pureza? No, esa niñita inocente fue asesinada por su indiferencia —. ¡Bienvenido a casa, Ryan! —grité antes de hacer una salida dramática del

comedor.

—¡Vuelve aquí, Rosie! —gritó papá.

¡Qué espere sentado!

CAPÍTULO 3

Las lágrimas raspaban mi piel con ardor e incertidumbre. *¿Qué fue lo que hice?* Sabía que mi confesión, sesgada con algunas mentiras, le destrozaría el corazón a mi padre. ¿Tan lastimada me sentía que quería herir a alguien más? Peor aún ¿al hombre que más me amaba? Destruí en minutos lo que me tomó toda la vida construir. ¡Mi padre no confiaría nunca más en mí! ¡Jamás!

Mientras lloraba mi desdicha, acurrucada en mi cama como un bebé en el vientre de su madre, letras enredadas se cruzaron por mi cabeza, surgiendo además una necesidad incalculable de volcar mis sentimientos de alguna forma, de plasmarlas en un papel y sacarlas de mi sistema. Sabía cómo, tenía un cuaderno empastado de espiral para tal fin. Lo tenía escondido debajo de la cama para tenerlo a mano cuando lo necesitara. Lo saqué y pasé las cinco páginas que tenían letras. La última vez que lo usé, fue cuando llegamos de Miami, luego de sufrir mi primer rompimiento de corazón. El culpable, el mismo imbécil que me ignoró dos veces en menos de un par de horas, Ryan Wilson. Garabateé algunas palabras sueltas. Parecía más una sopa de letras que una canción, pero quizás nunca harían falta notas musicales que la acompañaran, tal vez eran solo letras sin ningún valor.

—¡Rosie, abre la puerta! —gruñó papá desde el pasillo.

¡Ay por Dios! Inicé la cruzada sin afilar la espada. Aunque esta no será una guerra santa. No, ni un poquito.

Escondí mi cuaderno debajo de la almohada y caminé sin mucho afán hasta la puerta. No estaba apresurada por escuchar la reprimenda que me mantendría castigada hasta que las canas se asomaran en mi cabello.

Quitó el seguro y no me molesté en abrir. Caminé de regreso a mi cama y me abracé al oso felpudo de pelaje marrón que me había acompañado desde que era bebé. Buba, así lo llamé. No me pregunten la razón.

La puerta de madera chocó contra la pared cuando papá la abrió, cual vendaval furibundo. Jamás en la vida había visto tanta rabia contenida en sus ojos grises. Ardían con pura decepción. ¡Lo lastimé! Pero él hizo lo mismo. Su desprecio me hirió tan profundo que abrió una brecha en mi corazón.

Me estremecí. Yo fui la niña de sus ojos por diecinueve años y así me

miraba antes, con un amor inmensurable, inefable, tan poderoso como el sol y tan grande como el universo. Ahora, lo único que había en sus ojos era... oscuridad.

—Papi —pronuncié con arrepentimiento—. Lo siento tanto —admití. *A veces la guerra se gana rindiéndose.*

Él exhaló con condescendencia, declarando el alto al fuego y ondeando una banderita blanca, que acepté con agradecimiento.

Ocho pasos adelante lo trajeron a mí. Sus fuertes brazos me dieron la calidez que había anhelado desde que cruzó la puerta, horas atrás. Sollocé en su pecho, enjugando mis lágrimas con la tela de su camisa.

—Pensé que lo había hecho bien contigo, Rosie. ¿En qué fallé? ¿Te faltó amor? ¿Compañía? Dime, princesa.

Súplica, eso decía su voz.

Culpa, eso había en mi corazón.

¿Qué puedo hacer para reparar lo irreparable?

Una vez vi como una copa de cristal se resbalaba de las manos de Marie y se partió en pedazos al alcanzar el suelo. Un cepillo barrió los pequeños fragmentos y de ahí fueron a parar a la basura. Así me sentía, como esa copa que no se convirtió en basura. Porque sí, tuve novios, no cinco, pero sí dos. Y, aunque con ellos no pasé de los besos, y una que otra caricia furtiva, hubo otros con los que hice cosas reprochables de las que ningún padre debería saber. Diez minutos en un auto con vidrios oscuros alcanza para hacer muchas cosas.

—Lo has hecho bien, papi. Es que... ya no soy más tu bebé, es eso —susurré entre hipo.

Su cuerpo se tensó sobre el mío, lo que me hizo entender que esperaba una negación de mi parte. Quería aliviar su dolor, asumiendo que mi altanería anterior era solo eso, una provocación sin repercusiones reales.

—No habrá más fiestas, ni tardes de piscina con amigas, ni mucho menos tours. Quedas fuera de mi próxima gira y pospondremos las reuniones con Chris con respecto a tu álbum —finalizó.

¡Cinco balas! ¡Todas atravesando mi corazón! Las últimas dos, sin duda, las más certeras, las que fulminaron todos mis sueños.

—¡No! Papi, por favor. Quítame todo, mi móvil, las fiestas, mi tarjeta de crédito, hasta mi auto, pero no me hagas esto. ¡No me alejes de ti! ¡No me quites la música! —supliqué de rodillas sobre el colchón. Papá se levantó de

la cama, suprimiendo el soporte que obtenía al sujetar sus hombros, me miró a los ojos con profunda tristeza y luego dijo:

—A mi me duele más que a ti, princesa. Créeme que sí.

—¡Papá, por favor! —grité cuando encaminó los pasos a la salida—. ¡No me hagas esto!

La puerta se cerró y, con ella, se derrumbó el castillo de colores del que fui su princesa. Todo se volvió polvo y escombros.

.....

El segundo día del verano fue, por decir poco, desolador. Ni el brillante sol, dándome la bienvenida, logró iluminar mi tristeza.

Papá se tomó muy en serio lo que dije, me quitó todo.

Incomunicada, castigada y sin acceso al estudio de grabación. ¡Para qué la vida!

Muy a mi pesar, tuve que salir de la cueva dónde lamía mis heridas para unirme a la reunión familiar. Los domingos eran día de barbacoa y, mientras papá estuviera en casa, nunca se suspendía una.

Un vestido con estampado floreado amarillo, corto hasta un poco antes de mis rodillas, sandalias blancas de tacón corrido y lentes oscuros *Gucci*, componían mi *outfit*. Caminé por el pequeño sendero que conducía a la piscina como toda una diva. Llevaría mi castigo con glamour y elegancia. ¡Antes muerta que sencilla!

—¡Prima! ¡Al fin saliste del escondite! ¿No habrá piscina para ti hoy? —preguntó la ponzoñosa que fingía inocencia, es decir, Isadiabla.

Estaba en la piscina con su hermano Trevor, el único que soportaba de esa familia; Susane, la hija de Chris, el mánager de papá; y Akira, el hijo de mi tía Ming. Bueno, no tía de sangre, era amiga de mamá, pero se querían como hermanas. Mis padres eran expertos en el arte de emparentar.

—Estoy indispuesta —respondí con una sonrisa más falsa que la nariz de mi tía Marlene.

Papá estaba en la barbacoa con Chris, Ian —el esposo de mi tía Ming—, y con mi tío-abuelo Henry. Tío de mamá, su único familiar, y esposo de mi abuela Mónica, la madre de papá.

Las mujeres estaban por otro lado de la terraza bebiendo margaritas y chismeando mientras esperaba que la comida estuviera lista. Eso me dejó a mí en el limbo, una paria social que no tenía con quién involucrarse. ¡Odio

mi vida!

Ya comenzaba a sufrir el síndrome de abstinencia. Para esa hora, habría revisado mis redes sociales y publicado, al menos, dos fotos en *Twitter* o *Instagram*.

Pero no salí con las manos vacías: en la derecha, sostenía mi iPod y, en la izquierda, una copia de *Lo que el Viento se Llevó* de *Margareth Mitchell*, un clásico de la literatura. Sí, leer para escapar de mi realidad. ¡Eso necesitaba!

—*Te amo.*

—*¡Scarlett!*

—*¡Te amo, de verdad!*

—*¿No has tenido bastante conquistando otros corazones?*

—*Siempre tuviste el mío. Desde niña. Ahora no bromees. ¿Tengo tu corazón, querido? ¡Te amo!*

—*No debes decir esas cosas. Me odiarás por oírlas.*

—*No podría odiarte y sé que te importo. Te importo, ¿verdad?*

—*Sí. Salgamos y olvidémonos de lo que hemos dicho.*

—*¿Cómo? ¿No te casarás conmigo?*

—*Me caso con Melanie.*

—*¡Si yo te importo no puedes!*

—*¿Por qué me haces decir cosas que te lastimarán? ¿Cómo puedo hacerte comprender? Eres muy joven para entender el matrimonio.*

—*Sé que te amo y quiero ser tu mujer. No amas a Melanie.*

—*Es como yo, Scarlett. Es de mi sangre y nos comprendemos.*

—*¡Pero me amas a mí!*[\[4\]](#)

Las letras se tizaron de oscuridad cuando el pinchón de pájaro se posó delante de mí como una nube negra. Cerré el libro de golpe y lo puse en mi regazo.

—¿Qué? —bufé con fastidio. Él sostenía un vaso de vidrio en la mano. Los cuadritos de hielo bailaban en la limonada mientras gotitas de sudor frío se escurrían entre sus dedos. Uno de ellos, el índice, tenía tatuada la clave de Sol en color negro a un costado. Los latidos de mi corazón se incrementaron involuntariamente. No le di permiso de acelerarse a causa de él. ¡No tenía por qué reaccionar así!

Ryan movió el vaso hacia mí, *cómo qué ¿una ofrenda de paz? Muy tarde para eso. Le di la oportunidad ayer, cuando hice dos preguntas*

directas que no quiso responder.

—No te pedí nada —siseé y volví a mi lectura, diciéndole con eso ¡vete de aquí! Mensaje que no recibió en absoluto porque tuvo la osadía de sentarse en la silla contigua a la mía. Con qué propósito, si lo único que había hecho desde que llegó fue ignorarme.

Me mordí el labio inferior con impaciencia, deteniendo entre mis dientes las preguntas que no dejaban de rondar mi cabeza: ¿Qué hacía Ryan Wilson en mi casa? ¿Por qué seguía ahí?

Tenerlo cerca desataba en mí un torbellino de emociones adversas de amor/odio, que me atraía y me repelía a la vez. Era difícil comprobar cuál ganaba la partida y más por lo colerizado que latía mi corazón. Quería gritarle con la misma intensidad que deseaba abrazarlo.

Estaba preparada para hacer lo primero, cuando una impertinente de pelo oscuro y ojos verdes, que vestía un bañador enterizo fucsia chillón, intervino.

—Hola, soy Isabella, pero tú puedes decirme Isa.

La víbora extendió la mano hacia él, mojándole los jeans con las gotas que se escurrían de su brazo huesudo y sin gracia. Este, ni corto ni perezoso, tomó la mano de mi enemiga número uno y se la estrechó. Isadiabla se ruborizó. ¡Claro que lo hizo! Ryan era hermoso, por decir lo menos.

—Puedes unirte a nosotros en la piscina, sería bueno un fresquito con tanto calor ¿verdad? —soltó una risita tonta que luego cubrió con una leve mordida a su labio inferior.

¡Dios! ¡La odio tanto! Lo está seduciendo en mis narices. Ella sabe, siempre ha sabido de mis sentimientos por él.

Antes de ser enemigas acérrimas, éramos las mejores amigas, pero todo cambió desde el día que Diego, el chico del que ella estaba enamorada, le confesó que tenía sentimientos por mí. La guerra inició y no ha cesado desde entonces. ¿Qué culpa tuve yo de que me quisiera a mí y no a ella?

Ryan negó con la cabeza tres veces y se levantó de la silla. Lo miré con los ojos achicados hasta que llegó a la barbacoa, donde los demás hombres seguían con su labor de chef.

¿Qué pasa con él? No lo he visto sonreír ni una vez desde ayer. ¡Ni ha hablado! Sea lo que sea, tengo que saberlo ¡ya!

—¿Qué se siente el rechazo? —burlé. Mi prima frunció los labios, dio media vuelta y se fue muy enojada. ¿Quién la mandó?

Mis pies me llevaron a mi destino, mamá. Al verme, sonrió y me invitó a sentarme a su lado, en el sofá blanco de la esquina. Tía Ming, mi abuela y tía Marlene, ocupaban los tres sillones de madera con cojines blancos.

Marie me ofreció limonada y me la acabé en un trago, tenía sed. Si no acepté la de Ryan, fue por puro orgullo.

Marlene comenzaba a achisparse con la bebida, lo noté por la sonrisa de Gato de Cheshire[5] que cubría su rostro. Así que no tardé en ponerme manos a la obra, no quería estar ahí para ser testigo de ningún numerito de borracha. A veces, terminaba llorando por su ex esposo, quien le puso los cuernos con una más joven que ella.

—Mamá —susurré para que solo ella escuchara—. ¿Qué es lo que pasa con Ryan? Lo veo... distinto —aseveré. Ella intentó sonreír, pero se vio más como un tic nervioso que un gesto verdadero.

—Creo que es algo que él debería decirte, si quiere —musitó.

—Si es que llega a abrir la boca alguna vez —rechisté. Mamá entornó los ojos, como si hubiera recordado algo importante, y luego dijo:

—Cielo, Ryan no habla desde navidad.

¡¿No habla?! ¿Cómo que no?

El corazón se desbordó en mi pecho y ahogó, tanto mis palabras como mis emociones. Estaba petrificada. Eso explicaba el porqué no respondió a mis preguntas. Pero ¿qué fue lo que provocó su silencio?

CAPÍTULO 4

Cuando logré salir de mi estupor, me levanté del sofá para buscar a Ryan. Le debía una disculpa, o dos. Caminé los cuatro metros que separaban la terraza de la barbacoa en vano, él no estaba ahí.

—¡Florecita! ¿Te atrajo el olor del asado? —preguntó mi abuelo Henry con una sonrisa de ilusión. Negué con la cabeza. *¡Jamás comería un trozo de crueldad!* —. Sigues con tu dieta vegetariana, ¿no es así?

—Hasta que muera —afirmé.

Papá me miró de soslayo desde su posición, pero alcancé a ver un intento de sonrisa. Lo extrañaba tanto. Odiaba la distancia que cada vez nos separaba más.

—¿Buscas al hombre de negro? —susurró Akira detrás de mí. Me di la vuelta y observé al chico de diez años de ojos alargados. Su cabello estaba húmedo, al igual que su cuerpo. Intuí que se salió de la piscina solo para hacerme la pregunta.

—¿Sabes dónde está? —pregunté con recelo. Él era un buen niño, pero mi prima querida era una gran manipuladora y quizás lo estaba usando con fines viles.

—Se fue hace unos minutos, pero vi que dejó un papel dentro de tu libro —Akira se acercó un poco más a mí y susurró bajito—: Distraje a Isabella para que no lo viera.

Le sonreí con sincero agradecimiento. Me alegró saber que era leal y que conocía las intenciones de Isa. Le di las gracias y caminé con disimulo hasta la silla donde estuve leyendo antes, no quería verme ansiosa. Si Isa se daba cuenta, metería su nariz de bruja a dónde nadie la había llamado.

Mi emoción no era notable a la vista, pero mi interior bullía con energía y ansiedad. Recogí el libro de la silla, junto con mi iPod, y decidí ir adentro para leer, a puerta cerrada, el mensaje de Ryan.

Me senté en uno de los sillones de la sala, desde donde se podían ver las lomas verdes de Beverly Hills, y me perdí por un rato en el paisaje, temerosa de abrir el libro.

—Vamos, Rosie. No seas cobarde —me reté. Desplegué la portada y vi un papel cuadrado con varias arrugas. Lo giré y encontré el mensaje.

«Lo siento. El Ryan que conociste murió».

El corazón me dio un salto vertiginoso en el pecho, al tiempo que las lágrimas se agruparon en mis ojos, fluyendo silenciosas por mis mejillas hasta alcanzar mi garganta.

—¿Estás bien, mi niña? —preguntó Marie al verme llorando en el sillón. Traía en las manos una bandeja con aperitivos para los invitados. Asentí—. Le diré a tu madre que te duele la cabeza y te llevaré la comida a la habitación.

—Gracias, Marie —pronuncié con la voz afectada.

No salí más de mi habitación ese día. Necesitaba estar sola para lidiar con mi tristeza. Por un lado, estaba papá, dejándome fuera de todo. Y, por el otro, el mensaje de Ryan.

¿Qué fue lo que le pasó? ¿Qué hizo que perdiera todo su brillo? Porque sí, él era otro. No sonreía, sus ojos no iluminaban su rostro y caminaba como si arrastrara un peso muerto sobre su espalda.

Volqué mis sentimientos en una de las hojas de mi cuaderno de espiral. Adorné las íes con corazones rotos y taché con dos líneas rectas la palabra “dolor”. Quizás no sería una canción, menos un verso, pero cumplió su propósito, liberó mi corazón de la opresión.

“En el silencio de su voz se escuchan sus gritos. Claman y aúllan por libertad. No lo vi, no lo supe, me perdí en mi dolor y olvidé el suyo. ¿A dónde se ha ido tu corazón? ¿Habrá un camino de regreso? Constrúyelo, si no hay uno; encuéntralo si se ocultó. Busca tu corazón, recupéralo, que el mío lo espera”.

Esa noche no pude dormir, Ryan ocupaba todos y cada uno de mis pensamientos. Aquellos recuerdos me regalaron sonrisas, pero luego me cobraron con lágrimas.

Sabía que era una tontería, que quizás él no lo recordara, pero Ryan me dio mi primer beso real. Sí, en los labios. Fue un piquito inocente, un roce tonto, pero para mí fue perfecto.

Estaba jugando a las escondidas con Lexie y Less, las primas gemelas de Ryan. Lexie estaba contando hasta el treinta, mientras su hermana y yo buscábamos un buen lugar. Less se escondió debajo de una mesa que estaba en el patio, tenía un mantel blanco cubriéndolo que la ocultó muy bien. Yo seguía mirando qué lugar ocupar, cuando sentí una mano tirando de mí. No grité porque lo vi venir, era Ryan.

—Sé dónde no te encontrará —aseguró y, a pesar de la oscuridad, vi sus dientes brillar con una sonrisa. Lo seguí hasta el patio de su casa, él vivía justo al lado de sus primas en Miami, cerca de la orilla de la playa.

—¿A dónde vamos? —pregunté con curiosidad. Para ese entonces, él tenía dieciocho años y yo trece.

—Espera y verás —susurró.

Al fondo del patio, había una casita de madera, con ventanas y una puertezuela por la que, milagrosamente, pudo entrar. Él ya estaba un poco grande para jugar a la casita del árbol. Aunque esa estaba en el suelo. Entré cuando él me lo pidió. Me sorprendió ver que la casita tenía luz propia, almohadas y un colchón de acampar.

—Esto es tuyo —dijo, entregándome un cordón rosa del que colgaba un dije con la inicial de mi nombre.

—Ya la daba por perdida —susurré. Tenía que hablar bajito o me encontrarían en un dos por tres—. Toma, te la daré para que nunca me olvides —le dije, él sonrió y sostuvo el cordón entre sus dedos.

—Tengo que darte algo a cambio —refirió.

¡Darme algo! Estar a solas con él era más que un regalo. Mi enamoramiento por Ryan era tal que añoraba verlo cada día.

Él buscó dentro de la casita y no encontró nada. De pronto, me miró con intensidad. Mi corazón se estremeció como si tuviera frío y luego se calentó. Fue su beso, un beso tan fugaz como el flash de una cámara, que sigues viendo mucho después de haber sido disparado.

¿Y cómo reaccioné? Obvio, salí corriendo. Era muy niña para controlar mis emociones.

Ese fue el primer y único beso que recibí de los labios de Ryan. No sé si mi reacción minó sus futuras intenciones o si aquello fue una tontería insignificante para él, pero nunca más lo intentó.

.....

—¡No! ¡Vete de aquí! —le grité al sol, que no tenía culpa alguna de colarse por el ventanal de mi habitación. Me sentí como un vampiro expuesto a la luz.

Eso me pasó por dormirme a las cinco de la mañana, a sabiendas de que mis cortinas se abrirían a las ocho.

De ser por mí, me hubiera quedado todo el día en la cama, pero en casa

el desayuno se servía a las nueve en punto y no había prórroga. Molestar a papá era lo menos que quería, el marcador iba muy alto y no podía sumarle más puntos.

—¡Oh mi Dios! ¡Parezco pez globo! —grité al ver la hinchazón de mis ojos. Corrí a mi habitación y levanté el teléfono para llamar a Marie. Le dije que era una emergencia, que necesitaba algo que desinflamara mis ojos. Diez minutos después, llegó con unas bolsitas frías de manzanilla. Ayudaron un poco, pero no como quería.

Llegué al comedor a la hora puntual, pero mi padre brilló por su ausencia. Solo fuimos mamá y yo. Ella trató de animarme con una oferta nada despreciable, ir al spa. Pero no fue suficiente como para sacarme una sonrisa verdadera.

—Hablaré con Peter. Esto no puede seguir así. Tú te estás desmoronando y él sufre por la distancia. ¡Qué clase de tortura es esta! —exclamó con evidente molestia. Lo menos que quería era que mis padres se pelearan a causa mía. ¡En mi vida los había escuchado alzándose la voz!

—Déjalo, mamá. Los decepcioné. No merecen a una hija como yo —pronuncié con desazón y me fui a mi escondite favorito, el estudio de papá.

Empujé la puerta de madera y entré al estudio. Deslicé las manos sobre mis brazos cuando la piel se me erizó, el cambio de clima era tremendo. Ahí había frío, olía a madera, corcho y a la colonia de papá. Él pasaba horas en el estudio, semana tras semana, hasta concluir las grabaciones. Las paredes estaban llenas de reconocimientos y premios con su nombre, también había algunas fotografías. Pero lo que él más atesoraba, era una pintura algo ambigua que, para entenderla, tenías que conocer la historia.

Parpadeé con incredulidad al darme cuenta que Ryan estaba ahí, observando la pintura que mencioné. Lo vi muy concentrado, ladeando la cabeza de derecha a izquierda, buscándole el sentido.

Uno, dos, tres golpes fuertes... *Sí, corazón sé que estás ahí, no me atormentes.*

Su presencia desencadenó todas las emociones que seguían a flor de piel. La pequeña siesta de tres horas no alcanzó para borrar la añoranza de mis recuerdos.

—Cuando mis padres se conocieron, papá estaba ciego, a causa de un accidente de auto —dije, Ryan giró la cabeza, me miró por unos segundos, y luego se volvió a la pintura. Seguí—. Cuando él apareció, ella estaba

pintando el hotel *Fairmont Château Laurier*, ubicado en un parque de Canadá. Mi madre escribió la dirección y el teléfono de mi padre sobre la pintura, porque no tenía dónde más hacerlo. Esa pintura es invaluable para él —suspiré con nostalgia. La historia de mis padres era tan romántica como increíble. Un amor así, como el de ellos, era lo que quería para mí. Claro, sin tantos maltrechos de por medio.

—Pensé que te habías ido —pronuncié con timidez. No quería incordiarlo o hacer que se arrepintiera de seguir ahí.

Ryan dejó de mirar la pintura y me encontró con sus ojos miel. Su mandíbula cuadrada estaba cubierta por una barba de dos días y sus labios, sus preciosos labios rosados, se humedecieron con aquella lengua habilidosa que deseaba examinar con la mía.

Esos pensamientos plagaron mi garganta con resequedad. ¡Me dio sed! Necesitaba agua. Agua proveniente del oasis que vi en la boca de Ryan Wilson.

—Lo intenté —dijo.

¡Habló! ¿De verdad lo hizo? ¿Rompió su silencio de meses por mí?

Él vio la conmoción asomarse en mis ojos y, por una milésima de segundo, sus labios se curvaron hacia arriba. Luego, elevó su teléfono al aire y lo movió como diciendo *mira aquí*. Me acerqué y vi la aplicación que estaba activa en su pantalla, se llamaba I Speak^[6] ¡Muy ingenioso!

Ryan tecleó unas palabras en su teléfono y luego escuché:

—¿Tú padre no te ha dicho? —habló la voz mecanizada. Si no hubiera estado tan embotada, habría notado la primera vez que no era la voz de Ryan.

—Apenas me habla. ¿Qué iba a decirme? —espeté con más acritud de la que pretendía—. Lo siento, estoy un poco... son tonterías mías. Dime tú, si quieres —recelé. Él escribió:

—Soy su nuevo guitarrista. Las grabaciones inician en un par de días. Pensé que sabías —negué. Abandonó la mirada del teléfono y se fijó en mí con una intensidad tal que resquebrajó más mi garganta.

—Y tú... entonces... ¿dónde duermes? —Sí, soné como una tarada, con balbuceos y demás.

—Mi caravana está en el frente. No sales mucho, Ross —Nada más faltó que escribiera *LOL*^[7] en el aparato y se riera de mí.

—Eso pasa cuando le anuncias a tu padre tu vida sexual —solté con una

risita idiota, como si fuera una broma divertida. A Ryan no le causó gracia. Frunció los labios de la misma forma que el día que lo dije a los gritos—. ¡Qué! ¿Acaso eres monje? Tienes veinticinco años y yo diecinueve. Ya no soy una niña.

—Quedó claro ese punto cuando vi tu foto en *Twitter* —reveló. ¡Lo sabía! ¡Era él!—. Aunque es muy poca edad para cinco chicos, ¿no? —indagó, haciendo uso de la aplicación.

El rubor ardió en mis mejillas. *¿En serio, me está juzgando?*

—¿Quieres ser el número seis? —encaré con picardía. Si quería tildarme de zorra, eso sería.

—No se me da el incesto, Ross.

—¡Incesto! No seas tonto, Ray —ronroneé y me acerqué con lentitud hasta donde él estaba. Esa mañana, usaba un top amarillo, pantalones de tubo blanco, muy ajustado, y sandalias de tacón corrido. Los diez centímetros de la suela no me bastaron para alcanzar su estatura, pero me aproximé bastante—. Te gusto ¿verdad? No lo niegues, Ryan. He crecido, ya no soy la niña dulce e ingenua que jugaba a ser una princesa. Ahora soy una mujer. Una mujer que siente y hace sentir —posé mis manos en su torso duro y ondulado, y deslicé mis dedos desde su estómago hasta su pecho. Su cuerpo reaccionó vibrando; el mío, hirviendo de pasión. Su manzana de Adán cedió paso al nudo que se formó en su garganta. Los ojos le ardieron de deseo y sus labios soltaron un quejido ronco.

¡Bésame, Ryan! ¡Bésame y arrebatame todo el oxígeno!

Me humedecí los labios con la punta de la lengua con lentitud. Sus ojos siguieron el movimiento, acariciando cada centímetro de mi boca. Me pegué más a él, esperando que sus manos se asieran de mis caderas, anhelando que descargaran sobre mi piel la electricidad que emanaba de ellas, pero nada de eso aconteció. Dio un paso atrás, llevándose consigo el calor y la estabilidad, que le concedía a mi corazón convaleciente un vaho de ilusión.

—No hay nada de mí para dar, Rosie. Y mucho menos a ti —su voz gruesa vibró en mis tímpanos y martilló cada recoveco de mi interior. Vibró y vibró, hasta romper mi corazón.

Para cuando salí corriendo fuera del estudio, ya estaba llorando a mares. En el camino, tropecé con un cuerpo que poseía lo único que necesitaba, amor por mí.

—Papi —sollocé en su pecho. Sus cálidas manos me abrazaron con

amor profundo y sincero—. Perdóname, por favor. Termina con mi castigo o márame —supliqué.

—Rosie, mi amor. ¿Cómo me pides algo así? Moriría antes yo que desearte un mal a ti, mi princesa —Lloré con amargura. El cúmulo de sentimientos que me embargaron, estallaron en forma de llanto, ruego y arrepentimiento—. Nunca te dejaré de querer, mi amor. No importa lo que pase, ese espacio de mi corazón te pertenece hasta que exhale mi último aliento. Incluso, más allá de la muerte.

—¿Cómo con Kaili? —gemí. Ella era mi hermana, hija de otra madre, pero murió en el accidente donde mi padre perdió la vista.

—Sí, como con Kaili. La sigo amando cada día, igual que te amo a ti, princesa —me secó las lágrimas con sus dedos y besó mi frente con calidez y dulzura. Me emocioné. No tenía a Ryan, pero lo tenía a él—. Ahora, ven conmigo. Te daré una noticia que te alegrará.

Con sus dedos entrelazados entre los míos, me arrastró rumbo al estudio de grabación, ubicado en el sótano de la casa. Pero no quería ir, sabía que Ryan seguía ahí y no deseaba verlo en ese momento... o nunca más.

CAPÍTULO 5

Justo con poner un pie en el estudio, me estremecí, y no de frío. Ryan estaba sentado en el sofá del fondo, con los codos apoyados en sus rodillas, la cabeza gacha y sus dedos presionando su nuca. Pero no tardó en mirar hacia nosotros, con sus ojos cargados de frustración y enojo. Eso sacudió mi corazón con intenso dolor.

—Hola, Ryan. Siento hacerte esperar, estaba al teléfono con Chris —dijo papá. Ryan asintió en consentimiento—. Princesa —dijo, mirándome a mí, sus manos recargadas en mis hombros y sus hermosos ojos grises brillando de emoción—, el motivo de que Ryan esté en L.A., eres tú.

¡Yooooooo! Grité dentro de mi cabeza. *¿Ryan está aquí por mí?*

Escondí mi conmoción detrás de una sonrisa fingida. Ryan se veía tenso, más de lo normal. Aquel gesto me sacudió el estómago, al punto de sentir la necesidad de vaciarlo. Resistí.

—He visto tu progreso en cada concierto, tu voz es... preciosa y sé que amas la música tanto como yo. Por eso pensé que Ryan y tú podrían trabajar juntos para producir tu álbum. Él tiene algo de experiencia, es un gran guitarrista. Además, es de la familia y confío en él para que esté a tu alrededor. Así que... ¿qué piensas? —preguntó con una sonrisa entusiasta.

¿Qué pienso? Querrá decir, qué siento. ¡Jesús! Mi padre no tiene idea. Si la tuviera, dudo mucho que haría tal propuesta.

Mi pecho vibró por la intensidad de los latidos de mi corazón. ¡Ryan y yo trabajando juntos en mi álbum! Antes hubiera saltado de la felicidad, de verdad que sí, pero después de lo que pasó, no sabía si estar a su alrededor era lo mejor.

—Eso es... gracias, papi —pronuncié con la voz quebrada. Lo abracé y escondí entre su pecho mis lágrimas de felicidad, pero también de tristeza. No esperaba que me diera una oportunidad, y mucho menos tan pronto.

—Bueno, Ryan también será mi nuevo guitarrista en el tour. Este será el mejor de todos, porque interpretarás tus propias canciones. ¡Estoy tan emocionado! —celebró con una sonrisa que alcanzó sus ojos.

Su convicción era tanta que me sacudió. ¿Y si no daba la talla? ¿Y si fracasaba? Sus expectativas eran muy altas y yo no estaba segura de llegar a

escribir una canción propia y, mucho menos, pensar en melodías. Sabía cantar, sí, y también tocar la guitarra, él me enseñó desde niña, pero ¿componer? No estaba en mis planes cuando decidí dedicarme a la música. Pensé que usaría letras escritas por alguien más o quizá sería papá quien me las daría.

¿Cómo se supone que haga un álbum completo por mí misma?

—Papá... estaba pensando..., podríamos esperar un año más, creo que no... tú sabes, yo no soy como tú —divagué.

—Princesa, tú eres tú. Cada cantante es único y tienes talento, lo sé. ¿Recuerdas aquella canción que escribiste de niña? —miré hacia a Ryan, estaba muy atento de nuestra conversación. *¡Entrometido!*

—Fue una canción tonta, papá. Tenía seis o siete años —repliqué.

—Te lo digo en serio, no solo como tu padre, sino también como cantante y compositor. Sé que lo harás y, si algo sale mal, estaré ahí contigo, cuidándote. Te lo prometo, princesa. Estás lista. Naciste para brillar.

Sonreí, extrañaba eso. Mi padre sabía qué decir para elevar mi ánimo a las nubes, y también mi ego. A veces era un poco... malcriada. Aunque eso es evidente.

—Bueno, creo que ya está bueno de hablar. ¡Manos a la obra, chicos!
—anunció, dando palmaditas.

¿Quiere que comencemos ahora? ¡No! Hoy no puedo. No quiero. Me muero de la vergüenza.

Ryan se puso en pie y caminó hasta nosotros. Con su teléfono en la mano, escribió unas cuantas palabras, que se escucharon después.

—¿Puede Rosie obtener de vuelta su teléfono móvil? Sería más fácil comunicarnos.

Papá elevó las cejas con turbación. La idea no le gustó mucho. Aún el tema movía una fibra sensible en él.

—Bueno... eh... sí, claro. Pero princesa, no quiero más sorpresas. ¿Si?
—asentí.

Papá se fue después de eso, no sin antes decir. «El estudio es suyo hasta las doce».

¡Solos! ¡Por horas! ¡Ay, Dios!

Desinflé mis pulmones con una exhalación fuerte. No quería estar con él en ese momento. No quería estar con él en absoluto. ¡Mentira! Sí que quería, pero no sabía cómo.

—Ryan... —murmuré—. Creo que esto es una mala idea. Buscaré la forma de librarte lo más pronto que pueda —dimití. No podía sentarme con él por horas a “hacer” música cuando lo único que quería era tumbarme en mi cama y llorar.

—¿Por qué piensas que quiero librarme? —dijo la voz mecanizada.

—¿Por qué pensaría que quieres hacerlo? —contraataqué, con los brazos cruzados en mi pecho. Él me miró por unos segundos y luego bajó la mirada a su móvil. Tecleó muchas palabras, luego las borró, inició de nuevo. Me estaba desesperando.

¡Puedes hablar! ¡Usa tu boca, idiota!

—Lo siento —se escuchó. *¿Qué? Eso fue todo. ¡Dos palabras!*

—¿Qué sientes? —mi voz silbó entre mis dientes. Quería saberlo, por Dios que sí. ¿Sentía no haberme besado o lo que dijo?

—No es por ti, Ross. Suelo herir a las personas cuando hablo, por eso dejé de hacerlo. Lo siento —repitió.

Una colmena de mariposas anidó en mi estómago al escuchar su confesión. ¿Hierde a las personas? ¿Por eso dejó de hablar? Ese podía ser un síntoma de la enfermedad, pero qué era lo que provocaba que de su boca solo saliera veneno. Él no era así. Lo que más me gustaba de Ryan, era su sonrisa, sus bromas, sus chistes... su personalidad siempre alegre. Una vez, su hermana Maggy estaba llorando porque perdió su muñeca favorita, entonces Ryan comenzó a cantar, como si de un musical de Broadway se tratara. Bailó, saltó y hasta hizo un par de torpezas para que ella dejara de llorar. ¡Lo logró! En unos minutos, estaba riendo tan fuerte que se dobló sobre su estómago. Él no hería a las personas. Ryan era como su nombre, un rayo de luz. ¿Qué hizo que se convirtiera en *El Señor Oscuro*?

Le di la espalda y caminé hasta el sofá del fondo, donde él estaba cuando entré con papá. Me senté con las piernas cruzadas y jugueteé con la pulsera que colgaba de mi muñeca. Era plateada, tenía la inicial de mi nombre colgando, junto a una rosa. Papá me la dio cuando cumplí quince años.

—¿Lo que me dijiste... eso... es verdad? —la tensión creció en su cuerpo a la velocidad de la luz. Al parecer, su sinceridad tenía un límite y lo crucé.

—Ese es el problema, que siempre disparo con la verdad —admitió. Lágrimas amenazaron con escaparse de mis ojos, pero las detuve. No le daría

una porción más de mí. Ni una gota.

—¡No entiendo para qué viniste aquí! —grité—. Vuelve a Miami, Ryan. ¡Vete!

Salí huyendo por segunda vez de aquel estudio. Mis emociones seguían en la superficie y escuchar esa cruda verdad de nuevo dolió. Dolió a morir. Hubiera preferido una mentira que aliviara mi corazón, que una verdad que me destrozara el alma.

.....

Estuve en mi habitación hasta el mediodía. Mamá me había entregado mi teléfono tres horas atrás y me pareció increíble lo mucho que se acumularon las notificaciones en unos días de ausencia.

Jazmín y Cristy me enviaron al menos cincuenta *WhatsApp* cada una, hablando de sus maravillosas vacaciones, más que todo. Jaz estaba en Ibiza con su familia, su padre era dueño de una productora de cine, y Cristy estaba esquiendo en Aspen con su madre, quien era una publicista muy exitosa en L.A. Su padre, un alcohólico que quedó en bancarrota por sus malversaciones, del que no habían sabido en años.

Omití hablar de mi breve castigo y les di la noticia de la puesta en marcha de mi carrera como solista. Lo celebraron con símbolos y notas de voz con gritos y alaridos que me contagiaron. Tenía que celebrarlo, sí, no estar deprimida por los rincones como un animal sin dueño.

A la hora del almuerzo, bajé al comedor. Ryan estaba ahí, todavía. Pensé que había sido clara cuando le grité que se marchara. A su lado estaba Chris, el mánager de mi padre, con su esposa Samantha. Solían unirse muchas veces a nosotros para sacar partido del tiempo. Para un cantante como mi padre, los minutos no podían desperdiciarse.

Mamá y papá, como siempre, estaban sentados uno al lado del otro. Los miré por unos segundos y sonreí, estaban haciéndose arrumacos delante de todos. Era tierno, pero mirar más de unos minutos podía empalagarme a nivel coma diabético.

—Aquí está mi nueva estrella —dijo Chris con una sonrisa torcida—. Felicidades, Rosie.

—Gracias. Todavía lo estoy asimilando —admití.

—Estamos tan felices, cariño —añadió mamá. Sonreí con ilusión. Mi vida volvía a la normalidad, atrás quedó el incidente que amenazó con

dejarme en la nada y tenía que estar contenta por eso. Pero ¿por qué me sentía tan... desanimada? La respuesta estaba delante de mí, medía un metro ochenta y era experto en romper corazones. Sobre todo el mío.

—Sin ofender a Ryan, estaba pensando en alguien más para ayudar con tu inspiración. Este chico, Chad Emerson, es muy buen compositor. Se está hablando mucho de él en el medio artístico.

Mi mirada se disparó hacia Ryan, se veía molesto y mucho. Pero ¿por qué? *No se supone que me desprecia con toda su humanidad.* La respuesta vino sola. No se trataba de mí, sino de su orgullo. El “sin ofender” de Chris no salvó el agravio.

—¿¡Chad Emerson!?! ¡Estás loco! —gritó papá—. ¡No! No le confiaré a nadie a mi niña.

—¡Mierda, Peter! Tienes que dejar de ser tan papá oso. Y Rosie ya no es una niña —contraatacó.

—Podría reunirme con él y tener a Ryan de chaperón —sugerí a propósito. Rebajarlo del puesto de co-compositor, al de guardaespaldas, fue una jugada sucia. Aquel golpe fue el inicio de otra guerra, pero esa sería a muerte. Su muerte.

La ira de Ryan bulló en sus ojos y en sus puños apretados.

A ver, pichón de pájaro. ¿Vas a decir algo al respecto?

—Puede que funcione —gruñó papá con renuencia. Ryan asintió desde su lugar, conforme a los términos. O, al menos, eso dio a entender. Pero para mí era evidente su enojo. Aunque, ¿no era eso una constante en su vida ya?

—Creo que deberíamos centrarnos en la comida, cielo. Ya habrá tiempo de hablar de música a la hora de la música —intervino mamá.

—Lo siento, preciosa —dimitió papá. Tenían una regla de no discusión alrededor de la mesa y él la estaba incumpliendo.

Después de comer, Chris, Ryan, papá y yo, nos reunimos en el estudio. Mi padre quería que el pichón escuchara unas de mis interpretaciones. Mis aperturas como telonera incluían un performance de Ed Sheeran, Kitty Wells y Carrie Underwood. Y, aunque no era el estilo de música que los seguidores de mi padre preferían, siempre me recibieron con afecto. Aunque esperé, una que otra vez, que me lanzaran tomates o alguna hortaliza pero, en su lugar, me lanzaban flores, camisetas y, una vez, una carta de amor. Era muy tierna

de verdad, pero la leí después de mi padre. Quería asegurarse de que no tuviera ántrax o algo peor, una vulgaridad.

—Tienes una gran voz, Rosie —dijo Smart, como llamé a la voz mecanizada del móvil de Ryan.

—Lo que se hereda no se hurta —dije con emoción. Sí, obtuve de mi padre algo más que su carácter.

—¿Has escrito algo? —Smart de nuevo. Negué. Los garabatos en mi cuaderno no eran, precisamente, algo de qué alardear—. ¿Sabes de qué quieres escribir?

—Espero averiguarlo pronto. Quizás Chad me dé algunas ideas —puncé. Ryan frunció el ceño y tecleó algo en su móvil, pero Smart nunca habló. Tecleó de nuevo y el aparato sonó con tres palabras.

—Suerte con eso —Chris y papá no lo tomaron como algo malo, yo sí.

—Organizaré una reunión mañana con él ¿está bien eso? —preguntó papá, mirando a Ryan. Este asintió.

—Con Rosie, es todo por hoy. Ahora, me gustaría que tocaras una de mis canciones, Chris quiere escucharte —Ryan bajó la mirada a su teléfono y preguntó ¿cuál de ellas? Papá sonrió ampliamente y respondió *Mi Mejor Canción*. Era una muy antigua, pero era sin duda una infaltable en sus conciertos. Hablaba, por supuesto, de mi madre. Casi todas sus canciones eran de ella.

Me senté en el sofá junto con papá. Chris se quedó de pie en una esquina, mientras que Ryan tomaba su guitarra eléctrica, que reposaba en el soporte. Zeke, el técnico de sonido, levantó el pulgar desde la cabina para que probara el instrumento. Ryan puso un pie sobre el pedal, su mano derecha en el mango de la guitarra y la izquierda en las cuerdas, por ser zurdo. Luego, pasó sus dedos por las cuerdas y el sonido vibró por los parlantes.

Una vez que afinó la guitarra a su gusto, comenzó a tocar los acordes de la canción. Me quedé patidifusa. Ryan era un músico fantástico que me causó extrema admiración. Sus dedos se movían con naturalidad, fuerza y convicción sobre las cuerdas y su cuerpo cobraba vida. ¡Tocar lo revivía!

Luché por apartar la mirada de él, pero mis ojos estaban clavados en las mordidas que dirigía contra su labio inferior mientras tocaba. ¡Jesús bendito! Quería ser yo quien mordiera sus rosados labios.

—Eso fue... ¿dónde estuviste toda mi vida? —pronunció Chris con efusividad—. ¿Necesitas un mánager? Conozco uno muy bueno, la verdad —

se regodeó.

—No por ahora, Chris. Ya te dije cuales eran los términos —advirtió papá.

¿Términos? ¿De qué está hablando? ¡Ay,no! Odio no saber.

Ryan le lanzó una mirada acusadora a papá. Había algo que nadie me estaba diciendo y tenía que averiguar qué. Aunque, analizando la palabra “términos”, concluí que había un contrato de por medio. *Por eso sigue aquí, por eso no se fue cuando le grité que lo hiciera, está obligado a quedarse.*

—Comenzamos mañana, Ross. Te espero a las ocho —dijo con la voz de Smart y luego se marchó.

—Es raro, pero muy talentoso —acotó Chris.

—No siempre fue así y espero ayudarlo a tomar el carril de regreso —dijo mi padre.

Me despedí de ellos con un beso en la mejilla a cada uno y corrí a mi habitación. Tenía muchas cosas en la cabeza y cientos de sentimientos danzando en la superficie para seguir ahí.

—¡Sorpresa! —gritó Adeline cuando entré a mi habitación. Me dio un susto de muerte.

—¡Dios! Jamás admitiré esto dos veces, pero te extrañé tanto —dije mientras corría a abrazarla. Ady era la única amiga a la que le podía contar todo con lujo de detalle, sin miedo a represalias. Y así fue, no excluí ni un ápice de las aventuras, y desventuras, de los últimos tres días. Sí, tres, pero parecieron miles.

—Me perdí de toda la diversión —lamentó.

—No te preocupes, Ady, que esto apenas comienza. Tengo un maléfico plan en el que, por supuesto, serás mi secuaz.

—¡Tiembra tierra! —auguró.

—¡No exageres que no soy tan malévola!

—Eso no es lo que dicen las malas lenguas —punzó.

Después de ponerme al día con ella, decidí darme una ducha y cambiar mi look por uno más fresquito. Tenía planeado pasar la tarde en la terraza, tratando de darle forma a las letras de mi cuaderno.

Con un vestido corto en tono fucsia, sandalias bajas y mis lentes de sol, salí a la terraza y me senté en una silla de mimbre. Mi cuaderno de espiral tenía en la cubierta mi nombre en relieve, mi madre me lo dio cuando inicié con papá en las giras. Lo sostuve con mi mano izquierda, le tomé una

fotografía y la subí a *Instagram*, citando a Mozart “*La música es vida y mi vida es música*”. Era así para mí. La música latía en mi corazón y vibraba en mi piel, el meollo del asunto era, ¿cómo expresarlo con palabras? ¿Qué decir? ¿A alguien le gustará lo que diga? Mejor dicho ¿tendré algo para decir?

Antes de entrar en materia, revisé las notificaciones pendientes en mi teléfono. Entre ellas, encontré un mensaje de *WhatsApp* de un número que no tenía agendado.

«Inténtalo conmigo y decide después si Chad es mejor que yo».

—¡Oh mi Dios! —dije incrédula. Ryan me escribió eso cuando estábamos en el estudio. *¡No! Me muero ahora mismo.*

Le envié la captura a Ady y respondió con un gran corazón palpitante. Exactamente así se puso el mío, grandote.

Guardé el número de Ryan antes de responder. En el perfil de *WhatsApp*, no tenía un huevo, sino una foto de él con sus hermanos. ¡Tan tierno! Maggy era igual a él y su padre, castaña de ojos miel, pero Sam, el menor, era rubio de ojos grises como su madre. La foto era de antaño, cuando Ryan aún sonreía. ¡Extrañaba esos días!

La edité con una aplicación, recortando su rostro, y la guardé en un lugar escondido de la memoria de mi móvil.

«**Puedo probar con ambos y elegir**», respondí y agregué un guiño.

Las flechitas de “leído” se pintaron de celeste. Miré impaciente la pantalla, esperando una respuesta, pero la palabra “escribiendo” aparecía y desaparecía cada tanto. Mi paciencia tenía un límite tan frágil como el hielo más fino. ¿Qué tanto escribía?

«Me iría si pudiera, créeme».

Mi moral cayó al precipicio. Ryan no solo hería con la boca, también con los dedos. Mucho.

«**¿Por qué no lo haces?**».

«Lo prometido es deuda».

«**Que eso no te detenga**», dije.

No respondió más después de eso.

Me levanté de la silla, con rabia e impotencia, y me acerqué al barandal de vidrio de la terraza de mi balcón. Mirar hacia las lomas, y sentir el sol sobre mi rostro, junto con la brisa acariciándome, siempre lograba calmarme.

Cerré los ojos y me imaginé en Ibiza con Jaz tomando el sol. Una parte de mí quería estar allá, pero el trozo más grande seguía aferrado a L.A.,

donde, para bien o para mal, estaba Ryan Wilson.

¡Y hablando del rey de Roma!

Estaba cerca del acantilado, tirando piedras al vacío con evidente ira. Sus músculos dorsales se plegaban y despleaban con cada lanzamiento, al igual que los bíceps de sus brazos. Vestía de negro, como siempre.

Al verlo, llegaron a mi mente varias letras que dejé pasar. Incluirlo a él en mi repertorio, cuando trabajaríamos codo a codo en la producción de mi álbum, no era prudente, ni sano. Aunque... no tenía porqué leerla ¿cierto?

*Cuchillos afilados
Se clavan en mi corazón
Dagas que lanzas con intención
Roto, así está mi corazón
Rota, así se escucha tu voz
¿Cuánto aguanta un corazón?
¿Cuánto grita el silencio de tu voz?*

Plasmé aquellas palabras en el papel a rayas de mi cuaderno de espiral y hasta tarareé la melodía que la acompañaría. ¿Me sentí mejor? Un poco, pero no era suficiente.

Cuando volví al barandal, Ryan ya no estaba. Había dejado de mirarlo para escribir las letras que gritaban en mi cabeza, atormentándome.

CAPÍTULO 6

¡Siete de la mañana! Despertarme a esa hora, en pleno verano, era madrugar para mí. Pero si no lo hacía, llegaría tarde con Ryan. Ese horario sería el primer punto a discutir cuando nos reuniéramos en unos minutos.

Me puse unos jeans, *Converse* negras y una camiseta blanca con el logo de la última gira de papá estampado al frente. El cabello me lo recogí en un rodete, con algunas hebras sueltas al azar. De maquillaje, solo usé un labial rosa suave, rímel y colorete.

Deslicé mi Smartphone en el bolsillo posterior de mis jeans, luego de subir una fotografía en *Instagram* del amanecer. «Deja que tu vida brille como el sol», añadí.

Desayuné con Marie y Ady en la cocina, porque mis padres salieron temprano para una reunión importante. Estuve inquieta la mayoría del tiempo, pensé que Ryan aparecería. Pero, al parecer, la regla de comer en familia no era cumplida sin mis padres en medio.

Me despedí de mis compañeras de desayuno a las ocho menos cinco y caminé hasta el estudio. Empujé la puerta y rastrillé el espacio con la mirada, pero no había señales del pichón por ninguna parte.

«**¿La puntualidad no es tu fuerte?**», le escribí. La flechitas quedaron grises por cinco largos minutos.

«Estoy en el patio. Ven aquí y trae tu guitarra acústica», ordenó como si fuera mi jefe. *¿Y este qué?*

«**Sí, señor**», ironicé.

Tuve que subir a mi habitación para ir por la guitarra, pues a *El Señor Oscuro* se le olvidó decirme antes que la necesitaría. Tomé aquello como ejercicio para mis piernas, no estaba de más.

El clima afuera era cálido, contrario al frío que proporcionaba el aire acondicionado del estudio. No entendí en ese momento porqué quiso que nos reuniéramos ahí.

No tardé en dar con él. Estaba en el mismo lugar que el día anterior, cuando lanzaba piedritas al viento, aunque ahora, con los codos apoyados en el filo de la baranda. Al verlo, el mecanismo de mi cuerpo reaccionó: mi estómago y mi corazón se apretaron, manos sudorosas... respiración cortada.

¡Estúpido pichón! Lo que me haces no es correcto.

—Buenos días, jefe —burlé. Ryan irguió su postura y dio media vuelta. Esperé alguna sonrisa asomada en sus labios, pero lo único que obtuve fue... la misma mierda de gesto fruncido.

En un movimiento rápido, sacó su móvil del bolsillo delantero de su pantalón y comenzó a teclear.

—Ay, no. No usarás a Smart. Si no quieres hablar, escribe por *WhatsApp* —frunció el ceño aún más, si es que eso era posible. Pero, sin importar su gesto taciturno, no pude ignorar lo brillante y dorados que se veían sus ojos, en contraste con el sol.

«¿Smart?».

«El nombre que le puse a la vocecita de la aplicación».

«¿Tú tampoco hablarás?».

«A menos que tú sí».

Ryan me miró por un minuto, como si quisiera leer algo en mis ojos, y luego escribió:

«Necesito escuchar tu voz».

¡Oh mi Dios! Dijo que necesita escuchar mi voz. Eso es... él es... No, Rosie. No idealices ese comentario.

«Ya ves lo que se siente», refuté.

«Tienes que cantar para mí y por mensaje es difícil», aclaró.

¡Claro! Por eso está aquí, por la música. Y yo que me fui por la tangente.

«¿Qué quieres que cante?».

«Lo que tú quieras, que exponga tu potencial».

¿Mi potencial? Él ya sabe que sé cantar, para qué necesita una demostración excepcional.

«Sígueme», pidió y caminó delante de mí.

Seguí sus pasos hasta el extremo oeste de la propiedad, donde había un árbol frondoso que ofrecía una gran sombra debajo. Ryan se sentó contra el tronco robusto y señaló a su lado para que me uniera. Me senté no muy cerca de él, lo menos que necesitaba era temblar involuntariamente si sentía su cuerpo pegado al mío.

«¿Por qué country?», preguntó y enarcó una ceja hacia mí. Tenía que hablar, responder esa pregunta con un mensaje sería complicado.

—La música siempre ha sido parte de mi vida. Admiro mucho a mi

papá, y la forma que trasmite sentimientos. Él nunca me impuso un estilo, escuchábamos juntos The Beatles, The Rolling Stone, Fran Sinatra, Keith Urban... hasta la música clásica de Beethoven y Mozart. Cuando cumplí trece años, me llevó a *The Grand Ole Opry* en Nashville. Carrie Underwood interpretó esa noche *Some Hearts*. Su voz, la letra... la forma en la que expresaba tantos sentimientos, mientras tocaba la guitarra, me hizo sentir tantas cosas que pensé: «Quiero ser como ella, quiero cantar así». Antes de ese día, no tenía nada claro, pero a partir de ahí, supe que quería ser cantante de country.

Ryan me observó todo el tiempo, sin apartar la vista ni una vez. Aquel momento me absorbió, me hizo olvidar sus desplantes y mi corazón roto. De alguna forma, al mirarme con embeleso y atención, sentí que los trozos de mi corazón comenzaban a unirse.

«No sé más que música rock», escribió.

—Puedo ver eso. No sé porqué mi papá pensó que haríamos un buen par —sonreí tímidamente y continué—. No obstante, me gustaría descubrirlo.

«¿Solo conmigo?».

—Estoy iniciando. Toda la ayuda es bien recibida —respondí. Supuse que se refería a Chad, pero no entendía porqué ponía resistencia con respecto a él.

«Dame tiempo», pidió. Aparté la mirada hacia el paisaje, donde las lomas colindaban con el cielo. Quería preguntarle por qué se oponía a Chad, quería saber también si, en algún lugar escondido de su corazón, había un rayito de luz para nosotros.

Volví la mirada a él y noté que sus ojos seguían fijos en mí. Sus largas pestañas, y aquel brillo reflejado por el sol que le otorgaba un tono ambarino brillante, volvían sus ojos devastadoramente irresistibles. Mi estómago se asustó y dio un vuelco. Lo quería mucho, pero no importaba lo que yo sintiera. Él lo dijo, «no hay nada de mí para dar, mucho menos a ti». Pero, ¿por qué me miraba así entonces?

—Dime un motivo —susurré, casi no queriendo decir aquello.

Él apartó la mirada de golpe y cepilló su cabello castaño con sus largos dedos. Lo llevaba corto a los lados y alto arriba. Deseé mover mis dedos sobre su sedoso pelo. Deseaba todo de él, más de lo que alguna vez imaginé. Ya no era una niña, mis emociones y sentimientos por él eran irrefutables, profundos... incalculables. Me ardía la piel, el corazón... el alma. Quería su

amor, tanto.

«Quiero saber si aún sirvo para algo», respondió con Smart. Él quería que lo escuchara y no solo lo leyera. Yo quería escuchar su voz, y no a un aparato.

—Un mes —ofrecí. Negó con la cabeza e hizo un dos con los dedos—. Acepto.

La sonrisa inició en sus ojos, pero no alcanzó sus labios. Él mantenía sus emociones muy dentro de sí. Además, pasar tiempo conmigo no era un motivo suficiente para expresar alegría.

«Canta Some Hearts», pidió por *WhatsApp*.

Me mordí los labios para atrapar una sonrisa. Él realmente me escuchó cuando le narré lo del Opry. Era muy difícil odiarlo cuando se comportaba de esa forma conmigo.

Saqué mi guitarra *Gibson*^[8] del estuche y comencé a afinarla. Fue uno de los primeros regalos que recuerdo haber obtenido de papá, a mis siete años de edad. Él tenía muchas esperanzas en mí, a pesar de ignorar si sería un poco de lo bueno que él era.

Desde mi vista periférica, vi a Ryan asentir en aprobación cada vez que lograba afinar cada una de las cuerdas. No me tomó más de unos minutos, la había tocado una semana atrás y no había mucho que afinar. Aunque hubiera deseado que me llevara más tiempo y alargar el momento de tener que tocar, y cantar, delante de Ryan. Peor aún, solo a él.

Mis nervios eran estúpidos e incoherentes. Había tocado en cientos de conciertos delante de miles de personas... aunque el inicio no fue un paseo. La primera vez, el corazón me latió tan fuerte que estaba tocando su propia canción, una de rock pesado, de esas que te hacen chillar los oídos.

Mastiqué mi labio inferior con nerviosismo y cerré los ojos.

No estás sola con Ryan en el patio de tu casa. Imagínate en el escenario del Opry, cientos de personas esperando por tu interpretación. Puedes hacerlo, Rosie. Naciste para brillar.

Mis dedos se movieron por las cuerdas, tocando los acordes de la canción. Milagrosamente, las primeras palabras sonaron como debían, al menos, eso pensé.

*Nunca he sido la chica que podrías llamar suertuda
siempre tropezándome*

*pero debo haberme tropezado con algo
mírame
¿Estoy realmente sola contigo?
Desperté sintiendo como si mi vida lo valiera
no puedo recordar cuando aún me siento así
supongo que debe ser todo el amor que estás entregando
nunca supe que podría ser así
pero supongo que...*

Con la seguridad de haber cantado la primera estrofa sin dificultad, me atreví a abrir los ojos. Ryan me estaba mirando. ¡Dios! Hacía más que eso, estaba absorbiéndome con sus ojos dorados. Mi corazón comenzó a tocar rock pesado, más duro de lo que lo hizo alguna vez, incluso cuando estuve frente a miles de fanáticos de rock a punto de cantar country.

Pese a aquel estado de perturbación interior, seguí cantando, tenía que continuar y nublar la evidencia de las emociones que él despertaba en mí, sin intentarlo siquiera.

*Algunos corazones
ignoran que las cosas le salgan bien
Algunos corazones tienen las estrellas de su lado
Algunos corazones
solo lo tienen fácil
Algunos corazones a veces tienen suerte
Algunos corazones a veces tienen suerte*

Terminé la canción con la voz temblorosa. No podía contener mis emociones y lo que aquellas letras significaban. Quería que mi corazón fuese uno de los que a veces tienen suerte. Lo deseaba, tanto.

Puse la guitarra sobre el estuche y me volví hacia Ryan. Esperaba que dijera algo, que valorara mi interpretación. Nunca antes había deseado tanto sacar un sobresaliente como ese día. Sí, quería la nota máxima y, obtenerla de él, sería como ganar el premio mayor de la lotería.

—Y bien, ¿crees que demostré mi potencial? —pregunté, hastiada de esperar. No me importaba que hablara con Smart o por *WhatsApp*, pero necesitaba que dijera algo. ¡Ya!

Ryan parpadeó dos veces y golpeó la pantalla de su Smartphone tres veces con el dedo índice. Sus ojos no decidían si mirarme a mí o a la estúpida

pantalla.

¡Ay Dios! Va a decir que apesto. Lo presiento.

—Eso fue... tú... todo el mundo tiene que escucharte, Ross.

Mi corazón se detuvo. Sí, alguien tenía que llamar a emergencias para que me auxiliaran. ¡Él dijo eso en voz alta! No fue hiriente, fue... dulce.

Me encantaba su voz, era gruesa y, a la vez, arrulladora. Quería escucharlo siempre, a toda hora. ¡Tenía que hacer que hablara conmigo! Por eso le dije:

—A ti también, Ryan. No deberías seguir con ese silencio. Puedes decir más que cosas hirientes, como lo hiciste ahora —confronté. Necesitaba, desesperadamente, escuchar su voz vibrando en su garganta y fluyendo por sus labios, una vez más.

Ryan apartó la mirada y se distrajo jugando con el cordón de sus botas militares. Insistía en esconderse detrás de su apariencia, detrás de su dolor. Sentí el deseo de tomar su mano y hacerle ver que no todo estaba perdido, que podía retomar su vida... que había cosas por las que valía la pena sonreír.

—¿Entiendes lo difícil que es crear un álbum desde el silencio? Si quieres que funcione, que estos dos meses lo valgan, debes hablar. Al menos, mientras estemos en esto —pedí. Asintió.

¿Está de acuerdo con mi postura o con hablar? ¡Jesús! Ryan Wilson es desesperante.

—Esto va a funcionar así: solo hablaré contigo de música y nada más. No hagas preguntas personales, porque no las responderé. No quiero que me digas cómo era antes o que intentes que lo vuelva a ser. Piensa que soy otra persona, que nunca antes me conociste. Son mis condiciones —finalizó. El tono de su voz, la forma cómo lo dijo, me lastimó tanto.

Me levanté del suelo y me apresuré a recoger mi guitarra para largarme de ahí y dejarlo con su veneno. ¡Estaba harta de él!

—¡Mierda! —gruñó—. No tiene que ver contigo, Ross. Es que yo... no te vayas, por favor.

Inhalé con fuerza para retener las lágrimas. Él no lo entendía, no tenía idea de lo mucho que me dolía que no quisiera mirar atrás, hacia ese pasado del que yo formé parte.

—No sé cómo lo haces —murmuré de espaldas a él. No quería que viera el dolor en mis ojos y mucho menos ver la ira en los suyos—. Cómo alguien puede dejar de ser tu persona favorita y convertirse en... terminé

contigo, Ryan. Hablaré con papá y le diré que esto no funciona.

—¡Ross, espera! —gritó. No me detuve. No podía. No quería.

CAPÍTULO 7

Corrí lo más rápido que pude y aún así me alcanzó. En un segundo, estaba por cruzar la puerta y, al otro, entre sus brazos. Me sujetó por las caderas y me giró hacia él. Sus manos me quemaban como dos brasas ardientes, mientras su respiración acariciaba mi rostro. Levanté la vista y perdí el aliento, sus ojos brillaban como el sol, más que él.

—¿Qué quieres? —siseé. Porque, por mucho que su cercanía me obnubilara, la rabia seguía activa dentro de mí como un volcán a segundos de estallar.

—No me odies, Ross. Tú no —suplicó.

¡Oh mi Dios! ¿Cómo odiar a alguien que te mira de esa forma? No, no se puede. ¡Claro que no! Pero no puedo ceder, no tan fácilmente.

—¿Entonces, por qué haces lo posible para que así sea?

Me miró sin parpadear, y sin soltarme. Mi frente comenzó a sudar, al igual que mi cuello y espalda. Y no, no precisamente por el clima de L.A.

—No sé cómo evitarlo —susurró suavemente.

—Reconocerlo es el primer paso —musité. Ryan asintió dos veces y comenzó a liberarme de su agarre.

Las huellas del calor de sus dedos seguían quemando mi piel, mucho después de que se apartara de mí.

—Creo que lo mejor es que me vaya, como dijiste. No quiero herirte más.

¡No! No quiero que se vaya. Sé lo que dije antes, pero él dio un paso en el camino correcto y merece otra oportunidad. Además, quizás exageré las cosas. Sé que está pasando por un momento duro y necesita tiempo.

—Si todavía estás dispuesto a seguir adelante, entonces yo también —ofrecí.

Él exhaló con verdadero alivio. No pensé que componer conmigo era algo que estuviera disfrutando. Aunque, eso favorecería positivamente su carrera de músico.

—Lo estoy. Volvamos allá —pidió.

Hice una pequeña mueca, apenas el inicio de una sonrisa, y lo seguí de regreso a la sombra bajo el árbol.

Sus pasos eran firmes y pesados. Desde chico, caminó así, seguro de sí mismo, haciendo alarde de su buen porte. Y ahora, que sus músculos crecieron notablemente, se veía más hombre, más fuerte, más... ¡*Ouch!* Choqué contra él por andar pensando

—Lo siento —murmuré apenada.

—¿Estás bien? ¿Te hiciste daño? —preguntó con excesiva preocupación. ¡No fue para tanto!

—Sí, claro. No es la primera vez que chocamos y, esta vez, salí mejor —admití.

Ryan asintió y se sentó de nuevo en el lugar que ocupó antes. Me le uní y puse la guitarra a mis pies.

—¿Ahora qué? ¿Canto una de Taylor? —Negó.

—He estado pensando mucho en ti... es decir, en tu música.

Me sonrojé, por Dios que lo hice. Si me tomaba una selfie en ese instante mi hashtag sería #chicatomate. Por suerte, él no me estaba mirando, sino a algún punto perdido del paisaje.

—Pero, cómo dijiste, yo soy rock y tu country, no es buena combinación. Así que, no sé si sea mucho lo que pueda ayudarte. De todas formas, haremos esto —me miró y frunció el ceño. ¡Vio mi rostro tomate! ¡*Qué vergüenza!* Pero no le afectó más allá de eso. Se aclaró la garganta y siguió—, tocaré algunos acordes que he escrito y espero que en algún punto te sirvan de inspiración para tus letras. No sé si tienes algo claro, y no te agobies si no, pero creo que puede funcionar —finalizó. La emoción brillaba en sus ojos, lo percibí. Ryan amaba la música tanto, o más que yo.

—¿Desde cuándo no tocas? —pregunté. Negó con la cabeza. Las condiciones seguían vigentes, lo entendí. Se inclinó hacia adelante y alcanzó mi *Gibson*.

Nadie, aparte de mí, había tocado mi guitarra. Y me emocionó muchísimo que fuera él quien tuviera aquel privilegio. Sí, privilegio, porque mi *Gibson* era sagrada.

Ryan afinó la guitarra y comenzó a tocar. Sus ojos estaban fijos en sus dedos, que se movían sobre las cuerdas de la guitarra, a nivel de la boca. Los míos se movían en todas y cada unas de las partes de su cuerpo. Su postura, su expresión corporal... todo cambiaba cuando tocaba. Cerré los ojos para no tener más distracciones y escuché la melodía que tocaba para mí. ¡Sí, solo para mí!

Es difícil armar letras cuando mi único pensamiento es él. Es difícil no decir lo que mi corazón quiere admitir. Es difícil obviar que mi cuerpo reacciona ante su presencia. Es difícil ignorar que en aquellos acordes está transmitiendo una parte de su esencia. La música es así, contiene parte de uno mismo, es expresión, libertad... es la exteriorización de los sentimientos. Ryan puede aparentar que todo en él es oscuro, pero su música revela su interior, el que siempre he amado.

—Es hermosa, Ryan. Creo que el mundo tiene que escuchar de ti — dije, emulando sus palabras.

—¿Funcionó para inspirarte? —preguntó mirándome por encima de sus hermosas y largas pestañas oscuras.

¡Oh, sí! Funcionó para amarte más que antes.

—Este... bueno, creo que... necesito escucharla más veces para obtener algo —él asintió y fijó sus ojos en la guitarra. Luego, volvió a mirarme y lo que vi en sus pupilas me inquietó. No sé cómo explicarlo, había un destello dulce en ellos, un halo de ilusión que me sacudió de pies a cabeza.

—Vamos al estudio. La grabaré para ti y así la puedes escuchar en tu habitación o en cualquier otro lugar —sugirió emocionado. Era la primera vez, desde que lo vi llegar a casa, que se veía entusiasmado y vivaz.

—¡Es una excelente idea! —celebré.

Me puse en pie con un salto enérgico. La boca de Ryan hizo una mueca hacia arriba, a punto de sonreír. Me emocioné tanto que por poco me ponía a dar saltitos de felicidad. ¡Lo estaba logrando! El Ryan del que me enamoré seguía dentro y sin duda quería volver a la superficie.

—Iré por mi guitarra. Nos vemos en el estudio en diez minutos o menos —convino, entregándome mi *Gibson*.

Luego, salió trotando rumbo a la casa. Mi corazón comenzó a correr detrás de él, aunque mucho más rápido. No me sentía tan feliz desde... nunca me había sentido tan feliz, bueno, no de esa forma. Hay tantos tipos de felicidad como personas y la que sentía en ese instante era demoledora, en el buen sentido.

Le tomé una foto a mi guitarra y la subí a *Instagram* con la frase: «La música revela tu interior». Deslicé mi móvil de vuelta en mi bolsillo y caminé sin mucho apuro hasta la entrada, estaba casi flotando sobre mis pies.

—Aterriza, florecita —burló Ady al verme. Estaba “limpiando” uno de los cuadros del recibidor. Ella ayudaba mucho a su mamá con los quehaceres

del hogar, pero no lo hacía muy bien.

Suspiré con emoción mientras sonreía. Estar enamorada era... sublime.

—¿Te besó? —preguntó con los ojos entornados. Negué—. ¿Entonces, por qué la cara de tonta?

Entrecerré los ojos con disgusto. ¡Me dijo tonta la muy...!

—Ahora no te contaré nada, Adeline —dije su nombre completo con intención, odiaba que la llamaran así. Bueno, no debió decirme tonta. Ella hizo un puchero de malcriada y usó esos ojitos de súplica tan tiernos como ridículos—. Lo pensaré.

Seguí mi camino rumbo al estudio, sin más interrupciones. Al entrar, escuché una música que sonaba muy bien, más que bien, era perfecta.

—Hola, princesa. Ven aquí —pidió papá desde la cabina. Ryan aún no estaba en el estudio, a pesar de que tardé mucho en llegar.

Un chico de cabello cenizo, ojos marrones y estatura promedio, estaba junto a papá. Al verme, sonrió con emoción. No sabía quién era, pero tenía una idea.

—Cariño, él es Chad Emerson, el compositor del que te habló Chris ayer.

—Un gusto conocerte, Rosie —aseveró, ofreciendo su mano como saludo. Le correspondí por cortesía y le dije que había escuchado maravillas de él. Hasta elogíé una de sus canciones más famosas, *Más que una Aventura*, incluida en el álbum de Alaía, una cantante de country en ascenso.

—Ya estoy deseando trabajar contigo —acotó.

Mi padre frunció los labios, como era de esperarse. Era protector en extremo.

—Chad nos trajo varias propuestas. Estábamos escuchando una y creo que te gustará. Sube el volumen, Zeke —le pidió mi padre al técnico de sonido, sin esperar que le dijera que ya había comenzado a trabajar con Ryan.

Era la misma música que escuché al entrar. Distinguí el sonido de la guitarra eléctrica, bajo, teclado y un drobo[9], solo faltaba la voz para que fuese una canción completa.

—Me encanta, Chad. Me gustaría mucho probar mi voz en ella —admití con entusiasmo.

—¡Eh, Ryan! Llegas en buen momento —dijo papá.

Mi mundo comenzó a girar a velocidad extrema. ¡Ryan estaba detrás de mí cuando dije eso! Me quería morir. No vi su rostro, pero sabía que no

habría una sonrisa en sus labios. Yo le había prometido dos meses y metí la pata hasta el fondo.

—¿Ryan Wilson en L.A.? —preguntó Chad con asombro—. Hombre, de saber que estabas aquí, te habría llamado —añadió y luego lo saludó con un abrazo, junto con algunas palmadas en la espalda. Ryan no mostró entusiasmo alguno.

Sin duda ese par se conoce, pero hay algo que está mal, es evidente.

—Volviendo a la canción, tengo una letra para ella. ¿Te gustaría cantarla? Traje la partitura —preguntó Chad, mirándome a mí. Busqué la mirada de Ryan, queriendo, de alguna forma, contar con su bendición. ¡Hubiera preferido no hacerlo! La furia brillaba en sus pupilas como rayos láser.

¿Qué es lo que le pasa con Chad?

—Claro que quiere, Chad. Es un honor —respondió papá por mí—. Ve, princesa. Quiero que Zeke grabe esto, a ver cómo queda.

¿Qué se suponía que hiciera? No podía contradecir a papá.

Chad me entregó la partitura y caminé al estudio. Me tomé un momento para leerla, no iba a cantar sin aprenderme la letra. Era muy buena, por cierto, y la idea de cantarla me emocionó. Lo habría disfrutado más si Ryan no hubiera estado en la cabina con esa cara de toro furioso.

—¿Lista, princesa? —preguntó papá.

Ningún tiempo sería suficiente para estarlo, pero asentí.

Cuando la música comenzó a sonar, mis palpitations iniciaron un ascenso vertiginoso y abrumador, por lo que perdí la entrada y le señalé a Zeke que reiniciara la música.

Ryan asintió dos veces desde la cabina cuando nuestras miradas se cruzaron, estaba dándome su apoyo. Aquel gesto me dio el valor que necesitaba. La idea de cantar, sabiendo que él estaba molesto, no me estaba ayudando.

*Vives en la fantasía
Sueñas con un mundo irreal
El amor es una fábula
El dolor es la realidad*

*Tú te fuiste, no te espero
Y si vuelves, no te quiero*

*Transité miles de millas
Queriendo el sueño alcanzar
Y desperté en medio de la nada
Con mi triste realidad*

*Tú te fuiste, no te espero
Y si vuelves, no te quiero*

Cuando levanté la mirada hacia la cabina, noté que todos sonreían. Todos menos él, porque no estaba, se había marchado.

¿Por qué se fue? Él asintió, me dio su apoyo... ¡Oh, Ryan!

No fue mi intención reemplazarlo y fue justo lo que hice. Debí decirle a papá que, en lugar de la canción de Chad, escuchara la de Ryan.

—Tienes una voz increíble, Rosie. Esa canción se hizo para tu voz, sin duda —aseveró Chad.

Él era muy atractivo, sus ojos marrones contrastaban a la perfección con su rostro pálido y su nariz perfilada. Estaba usando pantalones azul cielo, deportivas grises, una camiseta de rayas horizontales y una chaqueta ligera en tono gris. Era un chico *Boss*[\[10\]](#), nada comparado con *El Señor Oscuro*. Aunque, debo admitir, que me inclinaba mucho más al lado oscuro.

—¿Qué piensas, princesa? ¿La quieres en tu álbum?

Cavilé unos minutos antes de responder. La canción era buena, sí, pero quería tratar de componer las mías propias y Ryan me ofrecía esa posibilidad. Quería ver cómo iban las cosas con él antes de aceptar algo de Chad.

—Me gustaría pensarlo un poco, si no es mucho pedir.

—Oh, claro. Piénsalo. Espero que en los días próximos me des una respuesta, antes de tener que ofrecérsela a alguien más —advirtió Chad.

Era obvio, él era un compositor reconocido y no le sería difícil vender esa canción.

Sonreí con cortesía y dije que iría por mi iPod para copiarla y escucharla esa noche. No era una mentira, solo mi mejor excusa para buscar a Ryan. ¡Tenía que saber si estaba bien!

CAPÍTULO 8

Corrí desde el estudio hasta la entrada de la casa. Asumí que, si estaba en un lugar, sería en su caravana. Desde la puerta, pude ver que ciertamente estaba ahí, pero no esperaba encontrarlo hecho una fiera. Estaba pateando los cauchos de la caravana, a la vez que golpeaba con los puños cerrados las láminas de acero, abollando el material.

—¡Ryan! —grité desde mi lugar para que se detuviera. No podía soportar que siguiera haciéndose daño.

Mi voz logró que se detuviera. Apoyó las palmas abiertas sobre sus rodillas mientras respiraba con dificultad, resoplando como una bestia. Quería correr hasta él para abrazarlo, pero las piernas no me obedecían. Estaba perpleja por el ataque de ira que presencié. Jamás había visto a alguien comportarse así, y menos a él.

Tomé varias inhalaciones antes de echar a andar hacia Ryan, quien seguía en la misma posición de antes, y aspirando y expirando aire con fuerza.

—Ryan... —musité con la voz aguda—. Lo siento tanto. Llegué al estudio, papá estaba ahí... —me acerqué un poco más y puse mi palma abierta contra su espalda. Él se apartó con furia, odiando que lo tocara—. ¿Por qué asentiste? Me diste a entender que...

—¿Siempre eres tan egocéntrica? —gritó sin darme la cara—. Claro, una niña mimada, quien nunca ha perdido nada valioso en su vida, piensa que el mundo gira a su alrededor.

Di dos pasos atrás. No podía creer que Ryan, el chico que creció conmigo, que conocía mi corazón, me gritara que soy una egocéntrica mimada. Las lágrimas no tardaron en aparecer. Me sentía lastimada y, a la vez, enojada. ¡Él no tenía derecho a tratarme así!

Ryan cerró el puño y golpeó el mismo punto abollado de su caravana.

—¡Esto no tiene que ver contigo, entiéndelo! ¡Nada en mi vida te incluye a ti! —esta vez, lo dijo mirándome a los ojos, con una profunda rabia latiendo en sus pupilas.

Su comportamiento era absurdo y sus palabras aún más. Minutos antes, me pidió que le diera una oportunidad para trabajar con él y que no lo odiara

y ahora me gritaba toda esa mierda.

—¡Eres un imbécil, Ryan! ¡Un maldito imbécil! —vociferé con toda la fuerza de mi voz. El corazón me daba golpes fuertes en el pecho, más enérgicos que los puños de Ryan contra el metal.

—Te tomó mucho averiguarlo —masculló con rencor—. Dile a tu padre que renuncio.

Después de decir eso, abrió la puerta de su caravana, entró y la cerró con un azote fuerte que hizo temblar la estructura.

—¡Díselo tú, cobarde! —increpé y, por alguna estúpida razón, cerré mi puño contra la puerta, traspasando el cristal de la ventanilla.

Varios trozos de vidrios se clavaron en mis nudillos y comencé a sangrar. ¡Era mucha sangre!

—¡Ay, Dios! —grité a causa del dolor y el miedo. De niña, me raspé algunas veces, pero nunca vi tanta sangre junta.

—¡Mierda, Ross! —dijo, al salir de su caravana—. ¿En qué estabas pensando?

Sí, un regaño es lo que necesito ahora mismo.

Ryan se quitó la camiseta y la envolvió en mi mano. ¡Dios! ¿Cómo podía estar mirando su torso descubierto cuando mi mano sangraba? Es que ese cuerpo no tenía desperdicio alguno. La última vez que lo vi sin camiseta, fue cuando él tenía veinte años y sus músculos no estaban tan marcados como ahora. Ni cerca. Pero lo que más llamó mi atención fue el tatuaje en su antebrazo izquierdo, tenía un corazón envuelto de espinas y, en el centro, la letra “S”, la inicial de Sydney, la chica con la que estaba en el aniversario de sus padres.

—Te llevaré a urgencias —alcancé a escuchar.

—¡No! No quiero. Odio los hospitales, las suturas y todo lo que incluya dolor —rechisté.

—¡Esto es mi culpa! Es todo lo que hago. ¡Mierda!

—Tranquilo, seguro no es para tanto.

Sus ojos alcanzaron los míos y lo que vi en ellos me sacudió. Dolor, culpa, ira... frustración. Él estaba luchando con muchos demonios y no sabía si podría exorcizarlos a todos.

Apartó sus ojos de los míos unos segundos después y descubrió la herida para cerciorarse de la gravedad de ella. No quise ver, era muy cobarde cuando se trataba de sangre.

—No es tan profunda —murmuró—, pero necesita ser curada.

—Mi papá va a flipar cuando lo sepa —dije nerviosa. Ryan apretó lo mandíbula y cubrió de nuevo mi puño con su camiseta negra.

—Espérame aquí.

Entró a la caravana y salió minutos después con una camiseta limpia cubriendo su pecho, para mi desgracia. Ver un rato más su cuerpo musculoso y bronceado no me habría disgustado. Luego, deslizó su palma abierta por mi espalda y me dio un ligero empujón hacia adelante para que avanzara junto a él, provocando que una onda de erizos se propagara desde aquel lugar, hasta alcanzar el resto de mi piel.

—Déjame hablar a mí con papá —insté con voz sosegada. Lo menos que quería era que él pagara las consecuencias de mi estupidez.

—Eso no cambiará nada —siseó.

Sus ojos, su postura... su mandíbula apretada, todo en él irradiaba tensión. Quería abrazarlo y apaciguar su dolor. Sentía que si alguien podía recuperar al viejo Ryan era yo y estaba dispuesta a todo para lograrlo.

Él abrió la puerta de la casa para mí y la sostuvo para que entrara primero. Al cruzarla, me encontré con papá, Chad y Zeke.

—¿¡Qué le hiciste!?! —le gritó papá.

¡Ay, Dios! ¿Por qué asume que Ryan me hizo algo?

Ryan se tensó al extremo, al punto de cerrar sus manos en dos puños. Temí que hiciera algo estúpido como pegarle a mi padre. Y podía soportar la mierda que me arrojaba, pero nunca le perdonaría algo así.

—¡Él no me lastimó, fui yo! —bramé.

Papá me miró por unos segundos y luego a Ryan, como si esperara su confirmación. *¿No cree en mi palabra?*

—La herida es superficial, pero hay que curarla. Si me dice dónde hay un botiquín, yo mismo lo puedo hacer.

Me sorprendió que hablara con papá, pensé que solo rompía el silencio conmigo. Aquel pensamiento me hizo estremecer. Ryan tenía razón, era egocéntrica.

—¿Cómo pasó? ¿Por qué tú también estás herido? —resopló disgustado. Miré los nudillos de Ryan y noté que los tenía inflamados y enrojecidos. *¿Cómo no lo vi antes?*

—Ryan me estaba enseñando a dar puñetazos, ya sabes, como para defensa personal. Fue tonto practicar contra un auto en lugar de un saco de

box, aunque yo fui más estúpida al pegarle al cristal.

La mentira salió de mí sin pensarla. Papá frunció los labios y se llevó ambas manos a la cabeza, mientras negaba. No daba crédito, sabía que algo estaba ocultando.

—Pensé que estabas yendo por tu iPod —intervino Chad de entrometido. Ryan bufó.

—Sí, es que...

—Rosie necesita una cura —interrumpió Ryan, con los dientes apretados.

—Ella no debería necesitar una —replicó papá. *¡Esto pinta mal!*

Ryan asintió en consentimiento. Sabía que era en parte responsable y no era del tipo que evadía sus responsabilidades.

—Hay un botiquín en la cocina, vayan los dos con Marie mientras busco a Carrie —ordenó.

Enseguida caminé, quería escapar de aquella situación lo antes posible y, también, alejar a Ryan. Había mucha rabia contenida en su cuerpo y no quería que la liberara con ninguno de los presentes.

Marie no estaba en la cocina, pero no la necesitaba, yo sabía en qué lugar estaba el botiquín. Le dije a Ryan dónde encontrarlo, lo buscó y lo puso en la encimera de la cocina. Luego, me pidió que me acercara al grifo para lavarme. Me tomó por el codo con la mano derecha y con la izquierda liberó mi mano de su camiseta. Todos sus movimientos eran suaves, calculados, como si yo fuera un cristal frágil que se podía fracturar.

Ahí estaba el chico del que me enamoré alguna vez, el niño que sopló la raspadura de mis rodillas cuando aprendía a patinar. Él podía intentar mostrarme una versión distorsionada de sí mismo, pero el viejo Ryan siempre saldría a relucir.

Ese descubrimiento tomó de rehén a mi corazón, lo encarceló, rodeándolo de calidez y sentimientos dulces, borrando con ello los minutos anteriores, cuando disfrazó su frustración con palabras ácidas y llenas de falsedad. Él no pensaba que era una mimada egocéntrica, solo estaba enojado y pagó su ira conmigo. La pregunta era, ¿por qué estaba tan furioso?

Luego de lavar mi mano con el agua tibia, la secó con una toalla limpia, que sacó del armario donde estaba el botiquín.

—Siéntate ahí —señaló un taburete.

Desde que entramos a la cocina, ni una vez me miró a los ojos. Aquella

distancia comenzaba a desesperarme. Debajo de aquel árbol, habíamos conseguido un punto medio, alejando los momentos densos. *¿Cómo pasamos de eso a esto?*

—Va a arder un poco —advirtió cuando destapó el antiséptico.

—Ryan... ¿puedes mirarme? —le pedí.

Se llevó una mano a la nuca y la rascó con sus dedos. La lucha interior que estaba librando no era fácil, lo sabía, pero quería que supiera que estaba para él, que nada había cambiado para mí, sin importar lo duras que fueron sus palabras.

Luego de una exhalación fuerte, levantó el rostro y encontró mis ojos. Me conmovió reconocer en su mirada la misma tristeza que vi cuando me pidió que no lo odiara. En ese momento, supe que necesitaba traerlo de vuelta a mí, al punto donde nos encontrábamos antes de separarnos debajo del árbol.

Alcancé su rostro con mi mano sana y acaricié su mejilla con suavidad. Mi gesto le sorprendió, estuvo a segundos de retraerse, pero mis palabras lo contuvieron.

—Volvamos a empezar. ¿Estás dispuesto?

—¿Por qué insistes? ¿No ves en lo que me he convertido? —su tono no fue severo, al contrario, se escuchó inseguro.

Aparté mi mano de su mejilla y la llevé a su pecho, donde latía su corazón. Su ritmo era constante, apresurado. Me pregunté si se debía a mí o a la furia que aún seguía en su interior. Y, aunque quería preguntarle si yo significaba algo para él, más que una chica que sus padres acordaron emparentar, no lo iba a hacer.

Me costó mucho darle una respuesta. No por no tener una, sino porque luchaba contra mis emociones, esas que me pedían a gritos sus besos y caricias, esas que aceleraron mi corazón a un ritmo apremiante y doloroso.

—Porque sé que aquí habita alguien mejor, alguien que te empeñas en esconder detrás del dolor.

—Rosie —dijo mi nombre con frustración—... ahí no hay más de lo que ves en el exterior. Te lo dije en la nota, esa persona murió y no hay nadie que pueda rescatarlo. Nadie. No quiero que con esto te sientas mal. Sé que conservas buenos recuerdos de nosotros, pero son solo eso y no quiero que pierdas el tiempo conmigo.

—No está en ti decidirlo, Ryan. Tengo fe en ti y puedo tenerla por ambos.

Dio dos pasos atrás cuando escuchó chillar la puerta de la cocina. Alguien estaba entrando y, encontrarnos tan pegados, daría pie a confusiones. Aunque nuestras circunstancias eran de lo más dudosas.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó mamá con los ojos entornados. Papá estaba detrás de ella.

—Sí, no fue mucho. Simples cortes —minimicé. Mi madre me tomó la mano y la inspeccionó como si en ella fuese a encontrar el secreto de la inmortalidad.

—Ves, no es tanto —ella me miró y luego a Ryan, de la misma forma que hizo papá en el recibidor.

¿Qué es lo que pasa con ellos? ¿Por qué insisten en culparlo? Él no me haría daño, no de esa forma.

—Quiero la verdad, Ryan. Sé que Rosie puede ser muy imaginativa cuando intenta salvar a alguien.

—¡Mamá! —repliqué—. ¿Dudas de mí?

—No, princesa, es solo que...

—Claro que lo haces. Solo mírate en un espejo y verás de lo que hablo.

—¡Basta, ya! No le hablarás así a tu madre —intervino papá.

—Solo trato de explicar mi punto —rebatí.

—Bien, ya hablaste. Ahora quiero escuchar a Ryan —insistió mi madre.

—Me gustaría hacerlo en privado —solicitó él.

¿Privado? Eso significa ¿sin mi presencia? ¡Está loco! De verdad hablará con ellos, excluyéndome.

—De acuerdo, pero primero ponte hielo en los nudillos —dijo papá—. Te espero en mi oficina en diez minutos.

—No hace falta, esto no es nada para mí —contradijo.

—Bien, sígueme entonces.

Ryan hizo un ligero contacto visual conmigo, con un evidente lo siento en sus pupilas, y luego salió de la cocina con papá para contarle quién sabe qué. Eso me molestó, decirle otra versión me dejaría como mentirosa y era lo menos que quería.

—¿Qué le va a decir Ryan a tu padre? ¿Tengo que preocuparme por eso?

—No, mamá. Ryan no me hizo esto.

—No digo que lo hiciera, cariño. Pero es raro que los dos salieran lastimados de esa forma.

Pensé en decirle la verdad, pero me daba miedo que intentaran alejarlo de mí por creer que era una amenaza para mi seguridad.

—Fue un accidente sin importancia y no pasará de nuevo.

—Para nosotros, todo lo que respecta a ti es importante. ¿Si entiendes eso? —asentí.

Después de eso, no hablamos más del tema, cosa que agradecí. No quería seguir pensando en los últimos acontecimientos.

Mamá terminó de curar mi herida y la vendó. Ni chillé cuando vertió antiséptico en mi mano; ese dolor era soportable, el de mi corazón, no tanto.

CAPÍTULO 9

Pasaron dos días desde el accidente. En ese tiempo, no vi a Ryan ni una vez, pero sabía que seguía cerca. Su caravana estaba frente a la casa y, según me dijo mi padre la noche anterior durante la cena, grabaría esa tarde en el estudio sus partes de guitarra.

El tema de Ryan y yo, trabajando juntos en mi álbum, no se tocó y no quise agitar las aguas al mencionarlo.

«**¿Piensas ignorarme por siempre?**», le escribí.

Era mi sexto mensaje, pero ese tenía una condición: si no lo respondía, buscaría otra manera de llegar a él.

—¿Cuál es tu plan? —indagó Ady, reconociendo mi gesto de intriga.

—Él vive justo al frente. No sería raro si nos encontráramos en la entrada de casualidad.

—Sí, no sería nada raro —apoyó—. ¿Y después qué?

—Ya veremos.

—¿Veremos? —repitió con el ceño fruncido.

—Sí. No creas que lo haré sola. Necesito un respaldo, por si algo sale mal.

—¡Ay Dios! Si ya auguras que algo podría salir mal...

—No “auguro” nada, se llama prevenir. Siempre es buena una coartada.

—Creo que exageras, pero bueno, ahí estaré. Tengo que irme, las personas normales tienen mejores cosas que hacer que tomarse selfies y peinarse el cabello con los dedos —burló.

—¿Y a ti te llamo mi amiga? —repliqué con frustración.

—La sinceridad viene en el contrato, florecita —dijo, imitando a mi abuelo Henry. Giré los ojos mientras ella se reía. Aquel apodo solo se lo permitía a él porque lo quería mucho y era un hombre mayor, pero a ella no le correspondía.

Cuando Ady salió por la puerta, mamá entró. Estaba usando un lindo vestido fucsia tipo alter y el cabello recogido en una cola de caballo. Aquel look le restó al menos cinco años, aunque nunca aparentaba su verdadera edad, no importaba lo que se pusiera. Su cuerpo seguía siendo perfecto y hermoso.

—Hola, cariño. Tengo buenas noticias: hay alguien esperando por ti en la oficina de tu padre. Peter dijo que estarías encantada de recibirlo.

—¿Si? ¿Y quién será?

—Es una sorpresa.

—Bien, iré en un momento —necesitaba arreglarme un poco antes de bajar.

Corrí al armario cuando mamá salió y me puse un vestido negro de mangas caídas, con falda tipo tablón. Saqué un par de sandalias turquesa de suela corrida y completé el look con un collar vistoso color fucsia. Me dejé el cabello suelto y me retoqué el maquillaje de esa mañana con un poco de brillo labial y colorete.

Bajé las escaleras con toda la ilusión del mundo. Las sorpresas de mi padre siempre eran fascinantes y no esperaba menos de esa. Pero, al abrir la puerta, una canción de Rubén Blades sonó en mi cabeza, esa que dice: «*la vida te da sorpresas, sorpresas te la vida, Ay, Dios*». Sí, eso mismo dije ¡Ay, Dios!

—¡Rosie! Peter me llamó temprano con la noticia y no lo podía creer —dijo Chad con emoción.

—¿Qué noticia es esa? —repliqué, sin molestarme en saludarlo. La presencia que tenía a su lado me impedía reaccionar positivamente. ¿De quién hablo? De la hija del diablo.

—¿No lo sabías? —preguntó dudoso—. No importa, ya te lo diré yo. ¡Trabajaremos juntos en tu álbum!

¿Qué él y yo qué? No, no, no. Ryan y yo haremos eso. ¡Mataré a papá!

—¿No te da gusto? —preguntó mi prima más querida, Isabella.

—¿Quién te invitó, por cierto?

—Mi tío. Yo seré tu... ¿cómo se dice? ¡Ah, sí! Chaperona.

¡¿Mi qué?! Ah, no. Eso sí que no. Prefiero renunciar a mi carrera antes de calarme a esa... ¡Esto lo arreglo pero ya!

—Disculpa, Chad. Volveré en breve —dije con diplomacia. No tenía intenciones de hacer un espectáculo y mucho menos darle la satisfacción a Isa.

Caminé hasta el estudio lo más rápido que mis tacones de diez centímetros me permitieron, e irrumpí en el recinto como un huracán escala ocho.

—¡Papá! ¿Cómo te atreves? —grité con todo lo que mis pulmones me

dejaron. Mi progenitor estaba en la cabina junto a Zeke. Salió al escuchar mis alaridos y, como era de esperar, frunció el ceño.

No, señor. Usted no se va a enojar más que yo.

—¿Qué pasó ahora? —resopló.

—¿En serio crees que puedes decidir por mí quién me ayudará a componer mis canciones?

—Rosie, yo...

—No, papá. Yo quiero trabajar con Ryan, no con Chad y no puedes imponerme nada. Así no funciona esto —incredulé. Tenía que rebelarme contra eso. Era mi álbum, mi carrera.

—Pero es que Ryan dejó claro que no está interesado, entonces pensé en la opción obvia.

Parpadeé dos veces y otras dos más, confundida. ¡No podía creerlo! Ryan me estaba rechazando otra vez. ¡Sí que lo hizo!

Miré a un lado y me encontré con su mirada pétrea. Estaba sosteniendo su guitarra eléctrica en medio del estudio. ¿Por qué me hizo eso? ¿Por qué no fue capaz de decírmelo en persona?

—¿Eso es cierto? —le pregunté. Me lo debía. Tenía que dejar de ser un cobarde y admitirlo. Asintió—. Quiero escucharlo de tu boca, Ryan. ¿No quieres componer junto a mí? ¿No te interesa?

—Es mi culpa, princesa. Él es rock y tú eres...

—Country —completé—. Pero eso no fue lo que hablamos hace dos días. Él tocó para mí, me dijo que...

—Eso fue antes. Lo pensé mejor y...

—No digas más. Lo entiendo. ¿Saben qué? Todo esto fue una tontería. No haré ningún álbum, no cantaré nunca más.

Luego de eso, salí huyendo como una niña malcriada. Al parecer, Ryan tenía razón en todo. Era una egocéntrica, una niña mimada que soñó con llenar estadios y cantar en el Opry.

Antes de irme a llorar mi desgracia, pasé por la oficina y le dije a Chad que el álbum se cancelaba. Isabella sonrió con evidente triunfo y ni eso me molestó. Ya había perdido lo único que me importaba y aquella rivalidad me pareció insulsa comparada con mi dolor.

De camino a mi habitación, lo pensé mejor. No me encerraría a llorar como tonta todo el día. Había muchas cosas que podía hacer a mi edad y estar lamentándome no era una de ellas.

Con las llaves de mi deportivo en una mano, y mi teléfono en la otra, bajé las escaleras y caminé rápido hasta el garaje donde estaban todos los autos. Me subí a mi *Bentley* y salí en retroceso hasta alcanzar la calle, pasando por un lado de la caravana negra de Ryan. Pensé en chocarla, pero eso dañaría mi hermoso auto y me traería más problemas.

Encendí el reproductor y la melodía de *Good Girl* de *Carrie Underwood* comenzó a sonar ¡Épico!

*Hey, chica buena, con tu cabeza en las nubes
Te apuesto a que puedo decirte lo que estás pensando
Tú verás a un buen chico, te va a dar el mundo
Pero te va a dejar llorando con tu corazón en la tierra*

—¡Oh, sí! Ya lo hizo, Carrie. Soy tan estúpida.

Conduje por un buen tiempo, hasta llegar hasta el muelle de Santa Mónica. Aquel lugar tenía una historia que contar, una que lo incluía a él. *¿Qué clase de patética soy? De las peores, sin duda.*

Tenía quince años, él veinte. Su familia vino a visitarnos por un par de días para celebrar el aniversario de mis padres que, por raro que esto sea, coincide con mi fecha de nacimiento. Ese año, papá alquiló *Pacific Park* para mi cumpleaños. Sabía cuánto me encantaban las atracciones que estaban en el muelle y, mi parte favorita, ver el atardecer sobre la noria. Quizás era algo infantil para mi edad, pero no era el tipo de personas que le importaba mucho el qué dirán.

Los invitados abundaban, a algunos ni los conocía, pero me daba igual. Mi invitado especial, el único que me importaba, era él. Cuando me vio, corrió hacia mí, me elevó en sus brazos y luego me dio un beso sonoro en la mejilla.

—Feliz cumpleaños, Rossss— dijo, remarcando la “S”. No sabía porqué disfrutaba deformando mi precioso nombre.

Nadie le ganaría a ese regalo de cumpleaños. Me sentía en lo alto de la noria, con el atardecer rasgando el horizonte. Porque, como dije, Ryan era tan esplendoroso como el sol, mucho más.

—Ven, tu regalo está escondido en un lugar especial.

Me tendió la mano para que le diera la mía, lo hice. Iría con él a dónde quisiera. Resultó que sus pasos nos llevaron debajo del muelle, por lo que tuve que quitarme mis bailarinas y doblar cuatro veces el ruedo de mis jeans

para que no se mojaran.

—¿Sabías que Brian Ray nació en Santa Mónica?

—Sí, me lo has dicho muchas veces. También, Dave Navarro y Robert Trujillo, todos guitarristas famosos. ¿Acaso te sabes los nombres de cada guitarrista de los Estados Unidos?

—Y algunos de Europa —se regodeó.

—¿Qué tiene eso que ver con mi regalo? ¿Escondiste una celebridad aquí abajo?

—No, tonta. Aunque no suena nada mal.

—¿Entonces?

—La paciencia es un don muypreciado.

—Uno del que yo carezco, bien lo sabes —repliqué.

Él sonrió, marcando dos hoyuelos hermosos en sus mejillas. Esa sonrisa me valió como regalo, ya no necesitaba más. Pero él no sabía eso y no se lo iba a decir.

—Bien, aquí está —anunció.

—¿Está qué? No puedo ver nada aquí.

—Precisamente. Di la palabra mágica —sugirió.

—¿Por favor?

—No, esas son para cuando pides algo y en este caso no tienes que pedirlo.

—Entonces ¿*Bidi Badi Bu*?

—¿Me estás comparando con un hada madrina? —ironizó.

—¡Ja! ¡Has visto Cenicienta! —burlé.

—Pues sí, tengo una hermanita y dos primas ¿recuerdas? —bromeó—. Sé que puedes. Descifra la clave, Rossss —insistió, remarcando la bendita “S”.

Busqué en mi cabeza por varios minutos hasta que lo recordé. Ryan se interesó por la música desde una edad temprana y le gustaba mucho jugar con las notas musicales para enviar mensajes cifrados, o algo así. Él me enseñó a entender el pentagrama y un día me mostró una partitura que iniciaba siempre con clave de sol. Le pregunté por qué, me explicó que en las partituras de guitarra las notas se escriben en esa clave.

—¡Sol! —grité. Cuando dije eso, luces multicolores iluminaron el oscuro muelle. Era como ver una aurora boreal en medio del océano. Fue... lo más hermoso que vi jamás—. ¡Oh mi Dios! —pronuncié emocionada.

Él lo sabía. Mi parte favorita del día incluía colores, los del amanecer o atardecer. Estaba tan feliz que me lancé sobre él y lo abracé. Lo tomé tan desprevenido, que por poco caemos en el agua.

—Feliz cumpleaños, Ross.

El susurro de su voz me erizó la piel, al punto de hacerme estremecer. Ese día supe que mi enamoramiento infantil era más que eso, supe que lo quería de verdad.

—¿Tienes frío? —preguntó, mientras seguía abrazándome.

—No.

El corazón me latió deprisa, chocando en mi pecho con la misma fuerza que las olas contra las rocas. ¡Estaba por desmayarme!

—Rosie —saboreó mi nombre. En ese momento, creí que me besaría, que su regalo significaba más de lo que en verdad era, pero luego dijo—: Eres mi prima favorita, pero no se lo digas a las gemelas.

Mi corazón cayó en picada y se estrelló contra las rocas.

¡Prima! ¡Me dijo prima!

Luché contra mis sentimientos, mucho, y gané la partida. No lloré, sería estúpido hacerlo... Sí, muy estúpido. Pero eso hice en la noche al llegar a mi habitación.

Y ahí me encontraba de nuevo, debajo de ese muelle, esperando ver luces multicolores que iluminaran mi oscuridad. No podía entender el rechazo de Ryan, por qué diría que no estaba interesado en componer conmigo... por qué insistía en herirme.

Mi teléfono comenzó a vibrar en mi mano. La fotografía de mamá anunció el remitente. Lo ignoré. Necesitaba un poco de espacio, pensar... serenarme. Una segunda llamada entró, esa vez era papá. Lo ignoré. Le envié un mensaje a ambos, dije que estaba bien, pero que necesitaba un momento a solas. Mamá preguntó: «¿Estás en un lugar seguro?». Papá escribió: «¿Te fuiste con alguien?». Respondí ¡sí! a mamá —aunque estar debajo de un muelle oscuro no era un lugar muy seguro— y ¡no! a papá.

Tomé una foto desde mi lugar, con una de las bases interpuestas, y escribí: «en completa oscuridad». El mensaje era para alguien en específico. ¡Sí, para él! La subí a *Instagram* y apagué el móvil.

No podía quedarme mucho más ahí. Mi auto tenía GPS y no tardarían en dar conmigo. Papá seguro estaba vuelto loco, odiaba que saliera sin seguridad y nunca hacía cosas como esas.

—Estás equivocada, aquí hay mucha luz —murmuró una voz detrás de mí.

¡Oh mi Dios!

CAPÍTULO 10

—¿Qué haces aquí? —pregunté furiosa.

Él no tenía derecho a irrumpir mi soledad. No quería verlo. A él menos que a nadie. Estaba harta de sus desplantes, de todas las balas que disparaba a mi corazón. Lo quería, sí, pero no era una masoquista.

—Te seguí —respondió sin más.

Comencé a caminar por el laberinto que suponían las bases del muelle, eran muchas y, con la oscuridad, no era fácil esquivarlas. Ryan me seguía los pasos; escuchaba sus botas chapoteando en el agua, cada vez más cerca.

—¡Deja de seguirme! —le grité sin detenerme.

—Rosie, espera. Tengo una explicación para esto.

—¿Y a quién le importa, idiota? Tuviste seis oportunidades. ¡Seis! Y no respondiste ninguno de mis mensajes.

—¡Lo hice por ti! —gritó. Me detuve y lo enfrenté. Sus ojos brillaban en medio de la oscuridad como dos estúpidos luceros.

¿Por qué sus ojos son tan hermosos?

—¿Acaso me piensas culpar? ¿Qué hice para merecer tu odio?

—¡¿Odio?! ¿Crees que te odio? —preguntó con desmesura—. Ojalá lo hiciera, Rosie. Sería más fácil.

—¡Pues si eso quieres! —me di la vuelta y seguí caminando.

—¿De qué hablas?

—Me vas a odiar, Ryan. Me vas a odiar tanto que desearás nunca haberme conocido.

—¡No! ¡Eso no es lo que quiero!

Me detuve cuando estaba a cinco pasos de salir del muelle. Algo en su voz ganó mi curiosidad. Había miedo y desesperación. Había algo, algo muy parecido a un grito de socorro. No sé cómo lo hacía, pero Ryan activaba en mí un deseo intrínseco de querer rescatarlo.

Que me condenen si me equivoco, pero tengo que preguntarle.

—¿Y qué es lo que quieres de mí?

—Eso no importa —murmuró tan bajo que apenas lo escuché.

—¡Por una vez, deja de ser un cobarde, y dímelo!

—¡Que te salgas de mi cabeza, eso quiero! —gritó tan fuerte que resonó

como un eco en la soledad del muelle.

¿De su cabeza? ¿Solo ahí estoy? Y yo qué esperaba ¿una estúpida confesión de amor que me sirviera para escribir una canción? No, Rosie. ¡Entiéndelo! Eres su prima. ¡Su prima prohibida a la que tiene que borrar de su cabeza!

—Eso es fácil, Ryan. Sacar a alguien de tu corazón, eso sí es difícil.

—¿Crees que no lo sé?!

—¡No, no sé quién eres! Ya no te conozco, Ryan... y tampoco estoy interesada en hacerlo —admití con la voz cansada.

Estaba hasta la madre de discutir con él. Con cada día peleando, perdía tiempo valioso en la producción de mi álbum. Él no lo valía. Mis sueños eran más importantes que sentimientos absurdos no correspondidos.

—No quiero que renuncies. No por mí. Recuerda, naciste para brillar.

—Es verdad, Ryan. Ni tú, ni nadie me arrastrará a la oscuridad. Adiós.

.....

Desde el día del muelle, no hablé más con Ryan. Lo vi algunas veces por la casa, y una que otra en el estudio, pero hasta ahí. Era duro mantenerme alejada de él, lo más duro que hice alguna vez porque mis sentimientos por él no menguaban, al contrario, y fuera de toda lógica, crecían más.

Quizás los amores inalcanzables, los dolorosos, los desoladores, son los que más se aferran a ti. ¿Por qué tiene que ser así? ¿A quién culpar por amar de esa forma? ¿A Cupido? No, si un enano con alas lanzara flechas de amor, no sería tan difícil encontrar en el corazón de alguien más la saeta par.

—Hola, Rosie. Hice los arreglos que me pediste y creo que con esta tenemos tres canciones completas —aseguró Chad con una sonrisa. Al final, acepté trabajar con él. Papá tenía razón, era la opción obvia.

—Creo que es hora de que mi tío las oiga —intervino Isa.

—Escucha bien lo que te voy a decir: puede que mi padre te bautizara como mi chaperona, pero no puedes opinar, respirar, oler o intervenir sobre nada que tenga que ver con mi álbum. ¿Entiendes?

—No seas melodramática, Rosie.

—¡No te soporto! —chillé.

Tres semanas con Isadiabla en medio de todo era demasiado para soportar. Lo único que hacía era incordiarme. Criticaba mis letras, cada

estrofa... se burlaba. ¡No podía más!

—¿Qué puedo hacer para deshacerme de ti? —le pregunté. Todo el mundo tenía un precio y ella no era la excepción.

—Quiero una cita —pidió.

¿Una cita? ¡Dios! Debí pedirle esto antes. Eso es fácil.

—Hecho. Dime cuándo y lo haré posible. Eso sí, le dirás a mi padre que no quieres seguir siendo mi chaperona y no aceptarás un no por respuesta.

—Esta noche, con Ryan. El lugar, que lo escoja él.

—¡¿Qué?! ¡Con Ryan! Debí suponerlo. Eres... ¡Ah! No puedo creer que tengamos la misma sangre.

—Es con él o no hay trato.

—Perdona que intervenga, pero ¿qué tiene de especial Ryan? No es la gran cosa —preguntó Chad.

¿Qué tiene de especial? ¡Todo!

—Que Rosie lo quiere, eso es suficiente para mí —contestó la muy traidora. ¡Fue un golpe bajo, hasta para ella!

Chad frunció los labios y apretó los puños, como si la revelación de Isa lo afectara. *¿Yo le gusto? Bueno, no debería sorprenderme. Lo raro es que aún no ha hecho ningún movimiento. Pensé que nuestro acercamiento se debía a la música. Y además, es lindo, sí, pero no me llama la atención de esa forma.*

—Hecho, conseguiré la cita solo para probarte que Ryan Wilson ni me va, ni me viene —aseveré con mucha convicción. Lo hice tan bien que Chad se relajó y creyó mi mentira.

Con el trato hecho, bajé al estudio con Chad para mostrarle nuestros avances a papá. Sabía muy bien que Ryan estaría ahí y también qué hacer para que aceptara la cita con Isa. Claro, sin usar la palabra “cita”, precisamente.

—Hola, papi —lo saludé con un beso.

—Hola, cariño. ¿Qué te trae por aquí?

—Ya sabes, la música. Chad y yo hacemos maravillas juntos —presumí para que el pichón de pájaro lo absorbiera. Sí, él también estaba en la cabina. Y no, el corazón no me latió con fuerza al verlo apoyado contra la pared, con los brazos cruzados—. Por cierto, papi. Esta noche es la fiesta de Jaz en el club y me preguntaba si podía ir. Tú sabes, me merezco un descanso.

—No lo sé, princesa. No me gustan esos lugares.

—Yo puedo ir con ella, para que esté más tranquilo, digo —intervino Chad. Sonreí.

Ryan se removió en su lugar a la vez que presionaba sus brazos con más fuerza. No le gustaba la idea, lo supe de inmediato.

Esto está saliendo mejor de lo que esperaba.

Papá lo pensó un poco, confiaba en Chad, pero no lo suficiente para que cuidara a su “niñita”.

—Irás con guardaespaldas, no me gusta que estés desprotegida.

A veces papá me exasperaba. ¿A qué se debía tanto control? Sí, él era famoso y los paparazzi solían ser molestos, pero no era para tanto.

—Puedo ir yo —propuso Ryan. Mi idea era invitarlo pero, que se ofreciera, me hizo el trabajo más fácil. Aunque desconocía sus intenciones. ¿A qué se debía su repentino “interés” si dejó muy claro que quería sacarme de su cabeza?

—Bien, pero te quiero aquí a las diez.

—Doce —repliqué.

—Once y es mi última palabra —ofreció papá.

Luego de cerrar el trato de mi salida nocturna, nos concentramos en la música.

—Me gusta mucho, Chad. Y tus letras son... naciste para componer, Rosie —halagó papá.

—Me da curiosidad conocer tu proceso creativo, Chad —dijo Ryan en un tono realmente molesto.

—Un compositor no revela sus secretos.

—Creí que eso decían de los magos —objetó.

—Magos y compositores —refutó Chad.

Mi mirada rebotaba entre el rubio y el castaño. Ambos se estaban asesinando con los ojos y no sabía porqué. Bueno, quizás era por mí, pero no quería creerme el ombligo del mundo.

—Ya chicos. Por cierto, escribí una letra que va con la canción que tocaste debajo del árbol —dije, mirando a Ryan—. Me gustaría que la leyeras, ya sabes, por si quieres dejar que la use.

—¿En serio? Me gustaría escuchar eso —dijo papá.

—¿Ahora? —pregunté con recelo. No me había pedido que cantara lo de Chad. ¿Por qué sí lo de Ryan?

—Sí, princesa. ¿Tienes problema con eso?

—Depende de Ryan —respondí.

—Hagámoslo, Ross —aceptó y creo, no estoy segura, que sonrió.

Pasé por el lado de Chad, quien se veía molesto. No le di importancia, estaba tan feliz de cantar junto a Ryan que si me pellizcaban no me dolía.

Ryan ocupó su lugar en la guitarra, fijó su pie izquierdo en la pedalera que contralaba los efectos y luego asintió, anunciando con eso que estaba listo.

Me sentí nerviosa, no solo por el hecho de que escuché la melodía de Ryan solo una vez, y podía equivocarme, sino por lo que mi letra contenía. Era una declaración oculta, para algunos, pero para él sería obvia.

Con manos temblorosas, me puse los auriculares y me paré delante del micrófono plateado. No había marcha atrás, ya me había embarcado y la nave zarparía a la cuenta de un, dos... tres.

La melodía comenzó a sonar desde la guitarra eléctrica de Ryan. Se escuchaba mucho mejor de lo que la recordaba. Era familiar, se trataba de la melodía de la composición que me mostró hace años en una partitura. Recordarlo me inundó de felicidad y de una profunda nostalgia. Porque, por alguna razón, sentí que Ryan había guardado aquellas notas para mí.

El regreso de la niña egocéntrica, parte dos, acusó mi subconsciente.

—Tranquila, Ross. Comenzaré de nuevo —me dijo Ryan al oído, íntimo... suave. *¡Lo amo!*

¡No divagues! Por andar pensando en tonterías, perdiste la entrada.

—Vamos de nuevo —murmuré.

No cavilé en pensamientos ni recuerdos la segunda vez, solo canté.

*Cuando todo es más oscuro
Cuando más perdida estoy
Puedo saber que ahí está el Sol
Puedo encontrarlo en mi interior
Se esparce y me calienta
Me ilumina y me libera
Mi luz eres tú*

*Quiero que veas mi interior
Donde te guarda mi corazón
Quiero, quiero y quiero
Te quiero...*

*Era de día, pero seguía oscuro
agua salada mojando mis pies
te pedí el Sol, me diste colores
¿Qué me darás si pido tu amor?*

*Quiero que veas mi interior
Donde te guarda mi corazón
Quiero, quiero y quiero
Te quiero...*

Cuando terminé de cantar, Ryan me estaba mirando sin parpadear. Lo entendió. Supo que era para él. ¡Claro que lo supo! Nombré el muelle, las luces... la clave de sol.

¿En qué estaba pensando cuando acepté cantarla?

—¡Te dije que podías hacerlo, princesa! —dijo papá.

—¿De verdad te gustó?

—¡Me encantó! Sin duda esa debe ir en el álbum. Es increíble, de verdad. Creo que deberías considerar trabajar en más canciones con ella —le dijo a Ryan, él parpadeó dos veces sin emitir sonido—. No respondas nada ahora, piénsalo esta noche y nos dices mañana.

—Es muy buena, pero me gustaría que escuchara una de las nuestras —pidió Chad. Me sentí mal por él, teníamos tres semanas trabajando en aquellas canciones y papá, de buenas a primeras, prefirió la mía con Ryan.

—Ah, sí. Claro, Chad. Déjame las partituras para arreglar algo mañana. Con Ryan fue diferente porque él tocó su propia música...

—Lo entiendo, sí —dijo, no muy convencido.

Sentí pena por él, pero me era difícil seguirle el ritmo. Chad era muy metódico, en cambio Ryan... ¡Era Ryan!

Salí del estudio luego de eso. No podía seguir ahí después de declararle mi amor a Ryan delante de mi padre. No solo eso hice, también le pedí que me diera su amor. *¡Chica tonta!*

.....

—¡No! —gritó Ady, incrédula.

—¡Sí! —confirmé.

Ella fue la primera en leer la letra de la canción y dijo: «Es tan

romántica como dolorosa». *Tiene razón, una chica rogando por amor no es nada digno de admirar. Aunque a papá le gustó, pero él no cuenta, por razones obvias.*

—¿Te dijo algo? ¿Crees que le gustó?

—No sé —respondí, mientras me dejaba caer en la cama. Oculté mi cabeza detrás de una almohada y grité. ¡Fui tan estúpida!

—¡El pichón subió un tweet! —exclamó Ady. Aparté la almohada y busqué sus ojos. Sabía que si me mentía, la descubriría enseguida. Pero no estaba mintiendo. ¡Por Dios que no!

Busqué mi móvil entre las sábanas y se me resbaló tres veces de las manos. Estaba tan nerviosa que no daba pie con bola.

«Siempre fuiste mi primera opción», decía el tweet. Claro y conciso.

¡¡¡Oh mi Dios!!! Ryan me respondió.

El corazón no me cabía en el pecho. Creció al menos dos veces por encima de su tamaño y latía en consecuencia.

—Ryan te ama, quiere tus besos, desde hace tiempo —cantó Ady con un tonito ridículo y pegadizo.

—¿Qué hago? ¿Respondo algo? ¿Le escribo?

—¡Noooooooooooo! —alargó—. Usted espera que el hombre se atreva a decírselo en persona.

—¿Tú crees?

—No creo, estoy segura. ¿Cuántas veces has dado tu brazo a torcer? ¡Cantaste delante de tu padre que lo quieres! Le toca a él hacer su parte.

Ady tiene razón. Le di la oportunidad en el muelle y no dijo ni pío. Él tiene que luchar por mí, ¡Sí señor!

Cinco horas más tarde, estaba casi lista para la celebración de los diecinueve años de Jaz, en un club exclusivo de la ciudad. Para esa noche, elegí un vestido negro de blonda con manga larga y un sexy escote en la espalda, bastante pronunciado. Mis piernas también destacaban por el largo —no tan largo— de la falda, que apenas alcanzaba la mitad de mis muslos. Un bolso tipo sobre negro, con detalles dorados, completaba mi look, junto con un par de zapatos negros de tacón alto estilo pumps. Me ondulé el cabello y opté por un maquillaje no muy cargado.

—Tu padre jamás te dejará salir así —apuntó Ady.

—Sí lo hará, si me cubro con un lindo abrigo a juego. Acuérdate de algo, es hombre y ellos no saben nada de las armas femeninas.

—Si tú lo dices... —dudó.

—¿De verdad no quieres ir?

—No. Jaz es tu amiga, no mía y prefiero quedarme en cama viendo la nueva temporada de *Juegos de Tronos*.

—¡Aburrida! —burlé.

—¡Nunca lo has visto! No dirías lo mismo si le dieras una oportunidad.

—¡Cómo sea! Deséame suerte.

—Sí que la necesitarás. Isabella y Ryan en una cita... eso será más épico que la fulana fiesta.

—Ryan+Isabella y Chad+Rosie... definitivamente, épico —confirmé.

A las ocho en punto, llamaron a la puerta de mi habitación. Pensé que era mamá o papá, pero nunca...

—¡Ryan! Creí que... tú... ¿qué haces aquí? —pude decir al final. Estaba tan nerviosa que las neuronas dejaron de correr en mi cerebro y una luz roja se encendió como un llamado de alerta.

Él estaba usando una camiseta blanca y, sobre ella, una cazadora negra. Cambió sus jeans gastados por unos negros sin roturas y mantuvo sus pesadas botas militares.

Me pregunté qué tan suave se sentiría su rostro al tocarlo. No llevaba barba, como la última vez que acaricié su mejilla. Se había rasurado y perfumado. Olía a hombre. Aquella esencia amaderada, con toques cítricos, se transformó en mi fragancia favorita. Quería bañarme en ella. No, mejor aún, abrazarlo y empaparme de su olor.

—Tenemos una cita —dijo con una mueca, casi una sonrisa.

—¿Cita? Creo que estás confundido. Tienes trabajo esta noche, yo tengo una cita —desmesuré.

—Ya veremos —apuntó.

—¡Ja! ¿Quién te crees? —repliqué enojada.

—Nadie, solo tu luz —murmuró con una sonrisa en sus labios, una de verdad.

¡Ay diosito! ¡Me está hablando de la canción! ¡Me muero!

Me hice la desentendida y pasé por su lado. Tocar ese tema me aterraba y no estaba lista para hablar con él. Mejor dicho, no estaba lista para que me rompiera el corazón, de nuevo.

Bajé las escaleras con gracia y lentitud, estaba calculando cada paso para no caer de bruces y rodar por los escalones. Mis manos y pies temblaban

como si tuviera frío, pero no era el clima lo que provocaba aquello, era él y lo que me dijo en la puerta de mi habitación.

—Te ves hermosa, Rosie —dijo mi madre con una sonrisa de satisfacción. Se acercó a mí y me dio un abrazo—. Asegúrate de no publicar selfies con ese vestido —murmuró.

¿Cómo sabe que llevo escondido detrás de mi abrigo un vestido sexy? Claro, es mujer y mi madre.

—Ven aquí, princesa —pidió papá. Lo abracé y le di un beso en la mejilla. Estaba exagerando con la despedida, no iba a tardar más que unas horas—. Confío en ti, Ryan. La quiero en una sola pieza.

—Es mi único propósito, se lo aseguro.

—Once en punto, chicos —instó.

—¡Dios, papá! ¿Por qué eres tan obsesivo? Sé cuidarme sola.

—Porque eres lo más importante para mí. No soportaría perderte —dijo con nostalgia.

Habían pasado muchos años desde que mi hermana murió y él seguía sufriendo su pérdida. Por eso entendí su preocupación y hasta me conmovió.

—Ryan estará conmigo, papi. Nada me va a pasar.

Le di otro beso y me despedí. Si seguía ahí, no saldría nunca.

Caminé delante de Ryan hasta el garaje. Al llegar ahí, se dirigió a mi *Bentley* y abrió la puerta del conductor.

—Ah, no. Nadie conduce a mi bebé. ¡Es mío! —reclamé.

—Pues tengo las llaves, princesa —burló.

—Dámelas —exigí.

—No. Peter pidió, específicamente, que no te dejara conducir esta noche.

—¿Y cómo sé si es verdad lo que dices?

—Porque tengo las copias de las llaves. Pero, si quieres, pregúntale y queda atrapada entre sus brazos protectores.

Muy bromista, ¿eh? Creo que prefería al Ryan silenciado.

Giré los ojos y caminé hasta el puesto de acompañante. Él ganó esa, pero no las ganaría todas. De eso estaba segura.

Ryan arrancó el auto y lo deslizó fuera del garaje hasta la salida. Un segundo auto salió detrás de nosotros. ¡Sabía que papá no resistiría enviar guardaespaldas!

—Tenemos compañía —dije con desdén.

—Claro que sí. Peter sabe muy bien cuánto vales.

—¡Es exagerado! —chillé.

—Nada es mucho cuando se trata de cuidar a quien amas —dijo, mirando al frente.

Sus nudillos apretaban con fuerza el volante y sus dientes crujían en su mandíbula. No podía entender su cambio de actitud. Segundos antes, estaba bromeando, y luego se convirtió en *El Señor Oscuro*.

—Creo que es buen momento para decirte que tienes una cita con Isabella —solté sin más. Ya estaba enojado, mi confesión no empeoraría las cosas.

—¿Cita? ¡Es una niña! —replicó. Me mordí la lengua. Isabella tenía diecisiete años, solo unos menos que yo. ¿Significaba entonces que me veía como a una niña a mí también?

—No es la gran cosa, Ryan. Solo finge interés, habla con ella y ya. No te estoy pidiendo que la beses ni mucho más —aclaré.

—¿Para qué fingiría una cita?

—Hice un trato con ella, una cita con un chico y luego se apartaría de mí. No soporto que esté alrededor mientras trabajo en mi música. Lo cierto es que, pidió que fuese contigo y necesito, por favor, que me auxilies. Te prometo que buscaré la forma de recompensarte.

—¿Quieres librarte de ella para estar a solas con Chad? —preguntó con disgusto. Sus manos sostenían el volante con fuerza, como si quisiera romperlo.

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué piensas eso? —inquirí. No respondió—. Ryan... Si estoy trabajando con él, es porque tú me dejaste. ¿Si recuerdas eso, o estás sufriendo de mala memoria a corto plazo?

—¡Ya te dije que lo hice por ti! —contestó.

—¡No, idiota! Lo hiciste por cobarde.

—Ross —exhaló con frustración—, yo soy como un campo minado y, cada cierto tiempo, estalla una bomba y te lastima. No quiero que eso pase más. Por eso dije que no, porque te estoy protegiendo.

—¡Estoy harta de que me protejan, Ryan! Tú, mi padre... mi madre. ¿Cuándo entenderán que crecí?

—No importa la edad que tengas, siempre estarás expuesta. Hay cosas que... no lo entiendes —divagó.

—Ayúdame a entender, Ryan. Dime qué es lo que pasa por tu cabeza.

Dime por qué me alejas, cuando lo único que quiero es...

—¡No lo digas!

—Está bien. Sigue jugando, sigue tratando de ocultar lo que sientes por mí. ¡Porque sé que es así, Ryan!

De nuevo sus labios se sellaron. No lo refutó, pero tampoco lo afirmó. No pensaba que esa noche sería así, no después de aquel tweet.

¿Para qué dijo que siempre fui su primera opción si no se atreve a tomar la decisión?

«Me vas a odiar, Ryan. Me vas a odiar tanto que desearás nunca haberme conocido», esas palabras aparecieron en mi cabeza y había llegado la hora de cumplir mi amenaza.

—Tenía diecisiete años. Louis me esperó en su *Hummer* en el estacionamiento de la escuela. Nos besamos por varios minutos, un beso húmedo de esos con lengua y caricias...

—¿De qué hablas?

—Ya lo sabrás, Ray. Louis no fue mi primer chico, ya había besado a otros y tenía la experiencia. Ya sabes, controlaba primera y segunda base. Pero entonces...

—¡Para! —gritó.

—Nunca había visto un pene tan grande —Ryan detuvo el auto de golpe. De no llevar el cinturón, me habría golpeado contra el cristal delantero.

—¡Dios, Ross! ¿Qué carajos te pasa?

—Solo te estoy contando una historia, Ryan. ¿Qué carajos te pasa a ti?

Apretó los dientes y siseó—: No quiero escucharla.

—¿Por qué? ¿Dañaría la imagen que tienes de mí? No soy una santa, Ryan. Esas están en las iglesias y son de cerámica.

Ryan puso el auto en marcha cuando los escoltas hicieron cambio de luces desde el *Audi*. Entonces seguí.

—¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Su pene. No soy una chica tonta, si eso crees, él tenía que darme algo primero antes de...

—¡Ya! No digas más o volvemos a casa.

—Pero si te pierdes la mejor parte.

—¡Me importa una mierda a quién se la mamaste y cuántas veces! ¡Es tu maldita vida! —gritó—. Vine a L.A. para trabajar con Peter Keanton, no para ser tu estúpido niño. Así que, deja de pensar que tu vida me vale un

carajo.

—¡Detén el auto! ¡Ahora!

—¡No! Le prometí a tu padre que te llevaría a la fiesta y te traería de vuelta a las once. Así que te aguantas, princesita.

—¡Idiota, pichón de pájaro insulso!

—¿Pichón de pájaro? —repitió a modo de pregunta.

—¡Sí! Un pichón que no quiere salir del cascarón. Deberías poner una foto en tu perfil de *Twitter*, al menos.

Ryan se comenzó a reír fuerte, a carcajadas sonoras y desquiciadas. *¡Está loco! Sí, muy loco. ¿Cómo puede reírse después de lo que me dijo?*

—¿Cuándo fue la última vez que fuiste al psicólogo? —pregunté. Siguió riéndose—. Mi odio por ti crece cada vez más, Ryan. ¡Te desprecio con todo mi corazón!

Dejó de reírse y me miró con una mezcla de asombro y temor.

—Del odio al amor hay un paso —citó.

—No creas en dichos populares, Ryan Wilson. El amor puede convertirse en odio, pero el odio jamás vuelve a ser amor.

—¿Dices que las letras pierden su vigencia? ¿Qué lo que un día se escribió, al otro puede ser borrado?

—Sí, eso digo —asintió dos veces y guardó silencio durante el resto del camino.

Mi cabeza daba vueltas alrededor de sus palabras. Tardé un poco en caer en cuenta, pero luego lo entendí. Él siempre se comportaba así cuando algo le dolía. Lastimar a los demás menguaba su pena y, como él dijo, las bombas de su campo minado explotaban cada tanto. Lo malo era que siempre estaba cerca cuando eso pasaba. Aunque fue mi culpa, dije todo eso a propósito. Quería lastimarlo tanto o más de lo que él me había herido a mí. Y, al parecer, mi historia con Louis lo penetró profundamente.

—¡Llegamos! —dije con verdadero alivio.

El viaje fue un tormento de principio a fin. Ryan y yo solo sabíamos discutir y lastimarnos. Llevar una relación con él sería tóxico, insano... peligroso. Tenía que tratar de olvidarlo, de seguir adelante y dejarlo atrás.

CAPÍTULO 11

Ryan me seguía de cerca mientras entraba al club. Parecía mi perro faldero y odiaba su cercanía. Puede que mis razonamientos me condujeran a un sitio seguro, convenciéndome de que todo lo que gritó en el auto eran solo falacias plagadas de dolor, pero, aun así, las heridas que provocaron seguían latentes.

Dejé de andar y me giré sobre mis tacones para enfrentarlo.

—Te libero de tu pesada carga, Ryan. Cuando encuentre a Chad, te puedes perder. No sé, busca algo para hacer como beber una cerveza o qué sé yo. Nos veremos a las once en el estacionamiento.

—Eso no es tu decisión, princesita. Le prometí a tu padre...

—¿Prometiste? ¿Y de qué vale eso? Una vez me prometiste algo, ¿lo recuerdas?

Un destello cruzó sus ojos en reconocimiento. Lo recordaba, sí, y también supo que la había roto.

«Te prometo que, no importa el tiempo que estemos separados, siempre serás mi mejor amiga». Esa fue y, definitivamente, no se estaba comportando como un amigo, no confiaba en mí, me insultaba... me hería.

—Estaré cerca, Ross. Es lo único que puedo concederte.

—Recuerda tu cita con Isabella. Claro, si deseas ayudarme con eso. No tengo derecho de exigirte nada.

—Creo que te lo debo —respondió.

Lo dejé así, no quise discutir más con él. Pero no, no me debía nada. Las cosas se hacen porque uno quiere, no por imposición u obligación. Aunque, si al caso vamos, papá no le pidió que fuera conmigo, él se ofreció.

—Pues sí. Busca una mesa libre y llévate esto —me quitó el abrigo negro y se lo tiré en las manos. Ryan entornó los ojos y me miró de pies a cabeza. En mi interior estaba dando saltos de felicidad. *¡Lo conseguí! Dejé a Ryan knock out*[\[11\]](#). *Me gustaría capturar este momento. Aunque puedo...* —. Antes de irte ¿me harías un favor? —asintió como un robot automatizado. Le entregué mi móvil y le pedí que me tomara una foto. Me puse de espaldas, giré mi cabeza por encima de mi hombro, un brazo en mi cintura y no necesité más. La curva de mi trasero, el escote de mi espalda y mis piernas

esbeltas, harían el resto.

—Gracias, Ray. Nos vemos por ahí —dije con una sonrisa de satisfacción, quitándole mi móvil de las manos.

—Espera —pidió, tomando mi muñeca con su fuerte mano—, iré contigo.

—¿Ir a dónde?

—A dónde vayas, Rosie. No puedo perderte de vista mientras vistas eso —dijo con turbación.

—¡Rosie! Te estaba esperando. Te ves... ¡Wow! Me dejas sin palabras —dijo Chad, apareciendo de la nada. Su efusividad me apartó de Ryan y me tomó desprevenida. Él nunca me había saludado con un abrazo y un beso en la mejilla.

—Hola, Chad. Ya iba a buscarte.

—No tenías qué. El hombre tiene que buscar a la chica, no al revés —expuso, pero creo que el mensaje no era para mí—. Aparté una mesa para los dos. ¿Vamos?

Miré a Ryan por encima de mi hombro y lo único que gritaba su expresión era furia. *Se lo merece por idiota. Él solito se lo buscó.*

—¡Claro! —dije con emoción exagerada.

La música de *Green Rock* sonaba desde el escenario. Era una agrupación de rock alternativo que había surgido dos años atrás. Y, aunque su carrera seguía en ascenso, eran muy buenos. Claro, que el baterista fuera el novio de Jaz, los convertía en la opción obvia.

Chad puso el brazo en jarra, para que entrelazara mi brazo, y eso hice. Él era todo un caballero, contrario a la bestia de grandes músculos que tenía detrás.

Caminamos entre la multitud, que saltaba al ritmo de *Locura de Amor*, la canción que estaba cantando Lance, el solista de *Green Rock*. No me molesté en buscar a Jaz, ella llegaría luego para hacer su entrada triunfal, muy a lo Lady Gaga.

Al llegar a la mesa, Chad apartó la silla para que me sentara y luego me acompañó. Pero me llevé una sorpresa inesperada, Ryan arrastró una silla, la puso en medio de nosotros y se sentó a horcajadas en ella, con el espaldar de frente. ¡Tan ordinario!

—¿Qué crees que haces? —grité por encima de la música.

—Cuidándote —aseveró con una mueca de satisfacción.

¡Engreído!

—Pensé que tenías una misión importante —sugerí.

Necesitaba que cumpliera con Isabella, era la única forma de librarme de ella.

—No hay nada más importante para mí ahora mismo —replicó con suficiencia.

—Oye, Ryan. Creo que es de mal gusto interrumpir una cita —intervino Chad.

—No si estás haciendo tu trabajo —contraatacó.

—Creo que aquel lo hace y no se están sentando en medio de nosotros —señaló hacia Avery, el guardaespaldas que envió papá. El otro seguro estaba en la salida.

—No está de más vigilar de cerca —refutó con la mirada ardiendo en furor. Su odio por Chad era desmedido. Me preguntaba el motivo.

—Deja ya tu repentina preocupación. Bien dijiste que mi vida te vale un carajo. Así que vete —espeté con disgusto.

Ryan se levantó de la silla, caminó hasta Avery como un toro furioso, le dijo algo en el oído y después se perdió entre la gente.

—Olvídalo, Rosie. Concentrémonos en nosotros —aludió Chad. Le ofrecí una pequeña sonrisa y asentí. *Tiene razón. Si vine esta noche, fue para pasarla bien, no para estar peleando como perros y gatos con Ryan*—. ¿Quieres algo de beber?

—Sí, claro. Algún coctel sin alcohol. Tristemente, estamos en América del Norte. ¿Sabías que la mayoría de edad, en alguno de los países del Sur, inicia a los dieciocho?

—Sí, pero podemos fingir que estamos en el Sur y no en el Norte —propuso.

—¿Por qué no? ¡Hagamos eso!

Chad se levantó de la silla y fue por las bebidas. Mientras él hacía eso, aproveché de tomarme una selfie destinada a *Instagram*. La instantánea que me tomó Ryan no era publicable, incumpliría la advertencia de mamá y no quería armar lío.

«Noche de fiesta #PartyJaz #Felizcumple #19», añadí con la fotografía, en la que solo se veía mi rostro.

—Su bebida del Sur, señorita Keanton —dijo al llegar. Tomé la copa con líquido rosado y la acerqué a mi boca. Era un Cosmopolitan, muy al

estilo *Sexy And The City*.

Chad movió su silla y la puso a mi lado, muy cerca. Su invasión a mi espacio personal no habría sido bien recibida de mi parte de no saber que *El Señor Oscuro* estaba por ahí.

—Creo que quiero otra de estas —sugerí, cuando terminé mi bebida.

—Lo que pidas es orden —dijo, deslizando su mano por mi muslo descubierto. Aquel contacto me afectó negativamente. No me gustó que se tomara atribuciones que no le había concedido. Por suerte, Ryan y Avery estaban cerca por si se ponía pesado.

Chad llegó con la segunda copa de cosmo y ocupó de nuevo la silla a mi lado, pero yo la había alejado un poco en su ausencia. Agradecí que no la moviera de su posición, su cercanía era, por mucho, incómoda para mí.

Terminé la segunda bebida justo a tiempo para ver la entrada triunfal de Jaz que, como pensaba, fue todo un show.

Cuatro hombres la traían sobre un soporte de madera, al estilo Cleopatra. Hizo un buen trabajo con el maquillaje, peinado y vestimenta. Parecía la hija perdida de la reina egipcia. Y, que tuviera el cabello negro, ojos oscuros y una silueta esbelta, facilitaron el trabajo.

—¡Feliz cumpleaños, Jaz! —le dije cuando la bajaron de su altar.

—Estoy tan emocionada que creo que voy a desmayarme —dramatizó.

—Nada de eso, la fiesta apenas comienza.

—¡Ah! Tienes razón. Eso haré. Gracias por venir —me dio un abrazo y luego se fue, perdiéndose entre la multitud.

—¿Bailamos? —preguntó Chad a mi lado. La banda en vivo tomó un receso, pero un Dj estaba mezclando música electrónicaailable con hip hop y pop. Parece una locura, pero sonaba bien.

Me dejé llevar por la música y bailé con Chad, sin reparar en la cercanía o en el mensaje errado que le estaba dando al contonearme cerca de él. Quería vivir, disfrutar de mi juventud con alguien a quien sí le importara. Ya estaba harta de Ryan y de todos sus desplantes.

—¿Te gustaría ir a un lugar más privado? —susurró en mi oído. No lo pensé mucho y le dije que sí. Estar con él no era tan malo como pensaba. Era atractivo, atento y bailaba bien. Mirar hacia Chad y dejar a Ryan atrás era lo que necesitaba.

Caminamos hasta un privado detrás de la barra. En el lugar, había un sofá tipo “L” de cuero rojo y, delante de él, una mesa redonda de vidrio, igual

a la que ocupamos fuera.

—Traeré las bebidas. No te muevas de aquí —pidió con una sonrisa encantadora.

No supe si fueron las dos copas de cosmos, pero Chad Emerson comenzaba a llamar mi atención.

—Esta es la última —dije cuando terminaba mi tercera copa.

—Como tú digas, lindura —susurró, acariciando mi muslo con su mano. Acercó su rostro al mío con lentitud para besarme y yo no estaba poniendo resistencia. Habían pasado casi ocho meses desde la última vez que alguien me besó y lo necesitaba con desesperación. Mi autoestima estaba severamente lastimada por culpa de Ryan y, que Chad me diera su atención, me hacía sentir especial.

Sus labios rozaron los míos con suavidad. Rodeé su cuello con mis brazos y dejé que se acercara más a mí. Segundos después, su lengua se frotaba con la mía en un beso demandante y febril.

—Espera, Chad —jadeé. Sus manos comenzaban a tomar un camino peligroso y no estaba dispuesta a llegar más lejos de los besos con él.

—Sé que lo deseas, Rosie. Déjate llevar —susurró con la voz ronca.

Me besó el lóbulo de la oreja y descendió por mi garganta con roces húmedos y deliciosos. Eso me gustaba, sí, pero lo que sus manos hacían entre mis muslos, acercándose cada vez más a mi lugar íntimo, ya era demasiado.

—¡Para, Chad! No quiero hacer esto.

—Claro que quieres, Rosie. La humedad de tus bragas me lo dice —pronunció con lascivia. Sus ojos marrón claro no lo eran más, se veían oscuros, misteriosos.

—¡Te dije que no! —forcejeé con él para intentar apartarlo, pero no pude, comencé a sentirme mareada y mi cuerpo pesaba como si estuviera hecho de hormigón.

—Rosie, Rosie. No te hagas la santa que sé muy bien de lo que eres capaz. ¿O es que no se te dan los clubes? ¿Prefieres el puesto trasero de una *Hummer*?

—¡Imbécil! —Traté de abofetearle el rostro con mi palma abierta, pero apretó mi muñeca con fuerza—. ¡Suéltame, Chad! ¡Me haces daño! —supliqué, cada vez más débil.

—Lo haré, lindura. Cuando acabé entre tus muslos, te soltaré.

—¡No! ¡No, por favor! —sollocé—. No hagas esto.

En cuestión de segundos, el peso de Chad dejó de estar sobre mí. Ryan lo había apartado y lo tenía contra la pared, golpeándolo fuerte con sus puños cerrados.

—¡Ryan, detente! —grité. No quería que terminara matándolo y fuese a parar a prisión por asesinato.

—¡Maldito bastardo! —le gritó—. ¿Cómo te atreves a intentar algo así con ella?

—No te equivoques, defiendes a una zorra —escupió el imbécil de Chad. Ryan le dio otro golpe, esta vez en el estómago, y lo hizo caer en sus rodillas, ahogado, agonizando por oxígeno.

—¿Estás bien? ¿Te hizo daño? —me preguntó, tomando mi rostro entre sus manos. Sin esperar que respondiera, me abrazó y dijo que todo estaría bien, que me iba a cuidar. Yo estaba tan asustada por lo que pudo pasar que estallé en sollozos y temblores sobre su pecho.

—No digas nada de esto, por favor —pidió Chad entre jadeos.

—¡Cierra la boca! Esta vez no te saldrás con la tuya —advirtió Ryan—. Personas como tú no merecen piedad.

—¡Acabarás con mi carrera! —intentó.

—No, jodido imbécil, eso lo hiciste tú solo.

—Bien, ve con ella a la policía y explica cómo una menor de edad está borracha. Ya imagino los titulares “Rosie Keanton, tres cosmos y un revolcón”.

Ryan me soltó y caminó hasta Chad para golpearlo. No sé cómo, pero me levanté del sofá y lo alcancé antes de que lo hiciera. Si lo seguía golpeando, empeoraría las cosas y, quizás, Chad lo podía usar en su contra.

—No diremos nada, pero tú tampoco. Ryan no te dio esos golpes ¿entiendes? Ahora vete de aquí y no se te ocurra volver a acercarte a mí nunca —dije cada palabra con la voz entrecortada. Seguía muy perturbada por todo lo que había pasado.

—¡No! Me importa una mierda lo que diga de mí, él tiene que pagar por lo que te hizo —gruñó con rabia. Sus manos temblaban y sus puños estaban cerrados, listos para atacar.

—Ryan —susurré—. Me bebí esas copas, es verdad, y sabes lo que pasará si papá se entera.

—Pero él...

—No se acercará de nuevo.

—No lo entiendes, Ross. Él puede hacerle daño a alguien más. Lo que le pasó a Lexie... eso fue...

Me estremecí. Él tenía razón. Unos años atrás, abusaron de su prima y fue terrible para su familia. ¿Y si no era la primera vez que Chad hacía algo así?

—¡No soy un violador! —gritó en defensa—. Yo solo... estaba muy cabreado. Tu padre eligió a Ryan por encima de mí y te juro que no lo iba a hacer, solo quería asustarte.

—¡Cabrón! ¡Meterte con ella como un jodido cobarde! —bufó Ryan, dando dos pasos al frente. Lo sostuve por la muñeca para que se detuviera. Lo hizo.

—Sácame de aquí, por favor. Quiero volver a casa —supliqué. Sus hombros liberaron la tensión y se giró hacia mí. De nuevo, la calidez de su cuerpo me arropó con un abrazo.

—Lo siento, Ross. Debí cuidarte mejor —susurró con pesar.

—Estás aquí y es lo que importa —asintió.

—Vamos a casa, princesa —dijo más tranquilo.

CAPÍTULO 12

La imagen de Chad no se borraba de mi memoria y tampoco el tacto de sus manos tocando mi piel. Me sentía sucia y estúpida. ¿Cómo me bebí todas esas copas sin pensar? Me cubrí el rostro para ocultar mi vergüenza, mientras Ryan conducía mi *Bentley* por las calles de L.A. en absoluto silencio.

—¿Estás bien, Ross? —preguntó.

—No —respondí con un sollozo. El auto se detuvo en el borde de la calle y escuché que llamó a alguien y le dijo que necesitaba un momento antes de continuar.

—Habla conmigo, Ross. Puedes confiar en mí —dijo con sinceridad, pero no sabía si él era la persona correcta para hablar del tema. Ya estaba muy avergonzada con él para subir la apuesta.

—Ya hiciste suficiente por mí esta noche. Solo necesito una ducha, mi cama y olvidar lo que pasó.

—Es mi culpa. Debí saber que el idiota de Chad haría algo así —lamentó.

—¿Qué pasa entre ustedes? —inquirí—. Y, por favor, dime la verdad.

Ryan sacudió la cabeza y estrujó su rostro con las palmas de sus manos. Sabía que no era una pregunta que quería responder, pero necesitaba saberlo.

—El día que cantaste aquella canción, cuando me encontraste golpeando mi caravana, estaba muy enojado con Chad. Lo conocí hace tiempo, unos cuatro años atrás —lo miré con atención, él miraba a la calle—. Esa canción es mía, él se la robó.

—¡No! ¡Ay Dios! Ahora entiendo la razón de tu ira. ¿Por qué no lo denunciaste? —Ryan negó.

—Nunca la registré, él se adelantó y las plagió.

—¿Por qué no me hablaste de eso? Papá tenía que saber lo que hizo —él me miró y luego dijo:

—Lo sabe.

—¿Qué?! ¿Desde cuándo? —grité incrédula.

—Desde el día que te lastimaste. Eso fue lo que le dije en la oficina, pero necesitaba pruebas y se las di.

—¿Cómo?

—Hoy. Las partituras que Chad le mostró son mías también y Peter las conocía porque yo mismo las toqué para él. Todas y cada una de mis canciones están en mi cabeza.

—Por eso te pidió que tocaras hoy conmigo —asintió.

—Pero no pensé que Chad, además de plagiarlo, fuese un...

—¡Dios mío! —gemí.

—Lo siento, Ross —dijo, acariciando el dorso de mi mano. Tragué el nudo que se atravesó en mi garganta y luego admití:

—Estaba tan necesitada de cariño que vi en Chad una posibilidad. Me dejé llevar y entonces... ¡Soy una tonta!

—Ven aquí —pidió con los brazos extendidos. Me deslicé en el asiento y me tumbé en su pecho—. No eres tonta, debes saberlo. Eres hermosa, inteligente, talentosa, y mereces más que Chad, mucho más que un poco de cariño —susurró, acariciando mi espalda. Mi piel se erizó al contacto. No llevaba mi abrigo y su mano cálida se paseaba libre por mi espalda. Levanté la mirada y alcancé sus ojos miel. Vi melancolía, anhelo y esperanza en ellos. Me pregunté si ahí estaba la verdad que tanto había esperado, si sus pupilas ambarinas me estaban revelando sus sentimientos.

—Bésame —le pedí con suplicio. Necesitaba su afecto. Era a él a quién anhelaba al estar con Chad, era a él a quién pretendía olvidar.

—No puedo hacerlo, Ross —respondió con la voz cortada. Podía sentir los latidos desenfrenados de su corazón y escuchar lo pesado de su aliento. Se estaba conteniendo, deseaba besarme, pero no se atrevía.

—¿Quieres? Dime que sí, por favor —rogué.

—Querer es decir poco —contestó. Sus dedos trazaban círculos en mi espalda, mientras sus labios se humedecían compulsivamente.

Lo miré fijo a los ojos, esos que me consumían con una intensidad abrasadora, esos que me robaban el aliento, y pregunté—: Entonces ¿qué te detiene?

—No puedo hacerlo —musitó.

—¿Y si yo te besara, me detendrías?

—No lo hagas, Ross —eso dijo su boca, pero sus ojos, esos pedían a gritos lo contrario.

—¿Por qué no? —indagué, acercando mis labios peligrosamente a la comisura de los suyos. Ahí, le di un beso suave y acomedido, provocando que el deseo recorriera mis venas como hielo y fuego mezclados.

—Porque no sé qué pasará si me besas —susurró con el aliento agitado y ansioso.

Sonreí complacida y, sin darle tiempo de rechistar, lo besé.

Su boca era como la miel, dulce, deliciosa, caliente... divina. Se movía sobre la mía con avaricia y profundo deseo. Sentía sus labios en cada parte de mi ser, penetrando mi corazón... sanando todas las heridas que él mismo había provocado.

Sus manos se adhirieron a mis caderas y las mías a su cabello sedoso. Tiraba de él unas veces y otras más lo acariciaban. Mi necesidad por más de él se acrecentó, alcanzando la cima más alta del mundo, y me aventuré a ello. Abandoné mi lugar en mi asiento y ocupé su regazo. La tela de mi vestido se elevó por encima de mis muslos y sus manos se posaron en mi piel desnuda. Mi respiración se detuvo, deseaba que me tocara. Deseaba tocarlo.

—Esto es un error —jadeó sin aliento.

—El amor nunca es un error, Ryan —objeté.

—¿Amor? ¿De qué hablas? —dijo con la mirada turbada. Seguía sobre él, pero se hallaba lejos de mí, muy lejos.

—No pretendas mentirme. Sé que me quieres, lo sentí, lo viví.

—Si crees que el amor se manifiesta con un simple beso, entonces no sabes de lo que hablas.

—¿Y tú sí?

—Volvamos a casa —eludió.

—Bien. Pero no iré contigo —Me aparté de él, abrí la puerta de mi Bentley y caminé hasta el Audi negro que nos seguía.

—¡Ross, espera! —lo ignoré.

—Llévame a casa, Avery —pedí al ocupar un lugar en la parte de atrás del auto.

—Sí, señorita Keanton.

Sentía tantas cosas en ese momento que no sabía si sonreír, llorar, gritar o correr. Aquel beso fue el mejor de toda mi vida, y no es que hubiera recibido muchos, pero lo había deseado por tantos años que se sintió, no solo en mi boca, sino en cada parte de mi cuerpo. Pero luego él lo llamó error y, no solo eso, se burló de mis sentimientos, diciendo que no sabía lo que era el amor.

¿De verdad cree que un beso me fue suficiente para saber que lo quiero? No soy yo la que no sabe qué es el amor, es él y su renuencia a

aceptarlo.

Al llegar a casa, me bajé del *Audi* y comencé a caminar rápido hasta la entrada lateral del garaje, sin querer detenerme ante el insistente llamado de Ryan. Sin embargo, me alcanzó y envolvió mi cuerpo con mi abrigo. Suspiré con pesar y dije:

—Esta es la última vez que te quiero.

—Ross —emitió con lamento. Me aparté de él y lo enfrenté, necesitaba verlo a los ojos para decir el resto.

—Aunque eso da igual, mis sentimientos no significan nada para ti. Según tú, solo soy una ingenua que encuentra en una caricia el significado del amor y, sabes, quizás tengas razón, tal vez nunca te quise de esa forma. Soy solo una ilusa que sigue creyendo en príncipes y finales felices.

—No eres ilusa, Ross. La verdad es que fui yo él que se equivocó, fui yo él que falló. Fracasé todas las veces que intenté alejarme, simplemente yo... no debí quererte.

—Tú... estás diciendo que... ¿me quieres? —él sonrió sin gracia e hizo un movimiento ligero hacia atrás con la cabeza.

—¿En serio lo preguntas? —se pasó los dedos por el cabello y sostuvo las manos detrás de su nuca—. Lo dije en el tweet, siempre fuiste mi primera opción. La primera, Ross. Mi primera canción, mi primer beso... mi primer amor.

Que alguien me pellizque y me diga que no estoy soñando. Todos estos años, mientras yo suspiraba por él a la distancia, ¿él sentía lo mismo?

—Entonces por qué... no lo entiendo, Ryan. Lo negaste en el auto y ahora dices que no debiste quererme.

—Porque es la verdad. Peter confía en mí, me considera su sobrino; por eso estoy aquí, por eso entro a tu casa con libertad y podemos estar juntos debajo del árbol y es la razón por la que iré a la gira en la que tú estarás. Yo soy familia ¿entiendes? Hay cosas con las que simplemente no se pueden batallar.

—¿Y qué con los sentimientos? ¿Esos no valen de nada? —pregunté, las lágrimas comenzaban a arder en mis mejillas.

—Eres joven, puedes estar con alguien que no te hiera, que no suponga una vergüenza para ti... con alguien que no tenga el corazón lleno de heridas. Porque sí, te quise, te quiero mucho, pero hay alguien más y ella sigue dentro de mí, tanto que sigue doliendo, tanto que no la he podido superar. Y no

mereces un poco de amor, lo mereces todo.

—Con decir no te quiero lo suficiente, me bastaba.

—Entiéndelo, Ross. Solo quiero lo mejor para ti y lo mejor para ti no soy yo.

—¡Y tú, entiende, que solo te quiero a ti! —pronuncié entre sollozos y luego huí de él. ¡No quería que siguiera lastimándome!

CAPÍTULO 13

Después que Ross cerró la puerta de su casa, decidí regresar a la mía, y no hablo de la caravana, sino de Miami. Le envié un mensaje a Peter y le dije que me tomaría una semana libre. No le di razones y él tampoco preguntó.

Me fui porque necesitaba poner tierra de por medio a mi error. ¡No debí dejar que ese beso pasara! Pero lo deseaba con cada parte de mi ser. Y lo peor, me encantó. Tenía mucho tiempo sin sentir tanto, sin desear tanto, que tuve que hacer un esfuerzo titánico para detenerme. Saben, fueron años deseando un beso así. Un anhelo que crecía conforme ella lo hacía.

Al inicio, mi enamoramiento era tonto, cosa de niños, pero cuando fui creciendo, lo entendí, lo que sentía por ella era más que cariño de “primos”, yo la quería de verdad, de forma romántica.

Recuerdo su cumpleaños número quince, cuando la llevé debajo del muelle. Mi intención era decirle la verdad, descubrir mis sentimientos de una vez por todas y esperar lo mejor. Pero no pude, me acobardé. Me dije que Rosie encontraría a alguien mejor, a alguien con quien en verdad pudiera estar, sin desatar una guerra.

—¡Ryan! —gritó Maggy al verme.

—Hola, chiquita. ¿Me extrañaste?

—¿Hablaste? ¡Mamá, papá! ¡Ryan volvió a hablar! —chilló emocionada.

Negué con la cabeza y la atraje hacia mí con un abrazo. Sé que fueron momentos duros para mi familia. Pero, en aquel momento, me sentía tan herido y confundido que vi en el silencio mi única salida.

Seguiría sumido en la oscuridad de no ser por Rosie. Debo agradecerle a papá por empujarme en esa dirección. Pasaba los días en mi caravana y, si no, en peleas callejeras que me llevaron varias veces tras una celda. La situación era insostenible. Mamá lloraba mucho, me rogaba que por favor buscara ayuda, que le dolía verme así, pero no había nada que ella, o alguien más, pudiera hacer para ayudarme. Al menos, eso pensaba.

Recuerdo ese día, estaba escuchando *Guns N' Roses* a todo volumen en mi caravana cuando deslizaron un anuncio debajo de mi puerta. Seguro fue papá, insistía en darme folletos de autoayuda y qué se yo. En él, solicitaban

un guitarrista para una gira alrededor del país, pero tenía que mudarme a L.A. por unos meses para las grabaciones. Eso era lo que necesitaba, salir de Miami e intentar superar lo que pasó con Sydney. Lo pensé por varios días, hasta que decidí escuchar la propuesta. Para mi sorpresa, el cantante era Peter Keanton. Aunque ya no tengo dudas de que todo fue planeado.

Peter voló a Miami para “hablar” personalmente conmigo. Mi problema de comunicación no pareció afectarle, dijo: «Mientras toques la guitarra, no me importa tu voz». Superado ese punto, papá le mencionó el asunto de mi ira, Peter aseguró que me apoyaría en eso, que él pasó por momentos duros y sabía que merecía una oportunidad. Pero el trato tenía varias condiciones: una, no meterme en problemas con nadie en L.A.; dos, estacionar mi caravana frente a su casa; tres, solo trabajar para él, al menos por un año. Los tres puntos tenían una intención, regenerarme. Supe entonces que aquel anuncio lo hizo papá y que fue su forma de ayudarme a salir a flote.

No le dije que sabía de su plan. Me molestó, sí, pero mi familia merecía que lo intentara. Me había alejado de mis hermanos, no asistía a las reuniones familiares y mucho menos hablaba con mis amigos. Me había convertido en un paria social, en un resentido que no hacía más que herir a la gente.

También, debo admitir, que la idea de ver a Rosie supuso el setenta por ciento de mi decisión. La extrañaba tanto. Estuve enamorado de ella la mitad de mi vida, aunque sabía que lo nuestro nunca podría ser. Primero, por la diferencia de edad y, segundo, por el vínculo familiar que establecieron nuestros padres.

Nos veíamos cuatro o cinco veces al año y esos días eran los mejores de mi año... hasta que conocí a Sydney.

Recuerdo ese día, la vi luchando con cinco perros en la orilla de la playa, me acerqué y le dije—: Creo que estás en problemas.

Sus ojos marrones coincidieron con los míos y sus labios rosados se curvaron en una sonrisa. Recuerdo que, en ese momento, el viento sopló fuerte y provocó que su cabello danzara en el aire. Juro que lo vi en cámara lenta, así como en las películas.

—Primer día en el oficio —contestó. Su voz era tan suave como la brisa y tan poderosa como las olas del mar.

—Cuidar perros es una cosa seria —comenté—. ¿Te ayudo?

—Mi plan era demostrar mi independencia ante mi padre, pero sí, ayúdame por favor.

—Por cierto, soy Ryan Wilson —extendí la mano y ella extendió la suya.

—Sydney Robert —se presentó.

—Sydney, como la ciudad donde buscaron a *Nemo* —bromeé.

—Sip, pero ya no tiene gracia —replicó, aunque no se veía molesta.

—Bien, Sydney. Arruinemos tu prueba de independencia.

Tomé las cinco correas de las bestias y la acompañé a pasearlos. Hablamos un rato, más ella que yo. Me dijo que estudiaba Ciencias Sociales y que era una activista en contra del aborto y el embarazo precoz. Eso llamó mi atención, papá era escritor y su primer libro titulado *Sexo con Sentido*, narraba su historia con mamá y mi concepción. Resulta que yo fui un error de fallo.

Al principio, odiaba todo con respecto al tema. No me gustaba ser el niño que supuso un problema, pero mis padres aseguraron que, aunque al principio entraron en pánico —mi padre más que mi madre— me amaban muchísimo. Y sí que lo hicieron, mi padre me donó su médula ósea cuando tenía cinco años. Tenía una enfermedad inmunológica y no se rindieron conmigo, ni una vez.

La historia es un poco torcida, porque crecí mis primeros cinco años con otro padre, Nick Benson; él me crió esos años, pero Axxel Wilson era mi progenitor y no se me hizo difícil aceptarlo. Nick murió después de mi cumpleaños número seis, pero mi madre se aseguró de que nunca lo olvidara.

—Hay un libro que deberías leer —le sugerí.

—¿Cuál?

—Quizás no te suene, *Sexo con Sentido*, de Axxel Wilson.

—¡Espera! ¡Tú eres ese Ryan Wilson!

—Ese mismo —confirmé.

—Lo he leído varias veces y no me canso. ¿Qué piensas de eso?

—Es un gran libro, si le quitas las partes en que Axxel nombra a Melanie, que es en casi todos los capítulos.

—¿Bromeas? Todos deberían leerlo. Sé que muchos no son partidarios de la abstinencia, pero creo que él tiene razón. ¿Para qué perder el tiempo con sexo sin sentido? Dura qué ¿unos minutos? Y luego: *si te he visto, no me acuerdo*.

—Cierto.

—Me parece muy dulce la parte en la que dice que la primera vez que

estuvo con Melanie...

—¡No lo digas! —intervine.

—No es explícito.

—Dilo entonces.

—Bueno, que la amaba, que nunca había hecho el amor antes con nadie y que fue especial. Quiero eso, quiero que la primera vez que lo haga sea por amor. Puro y verdadero amor.

—¿Y cómo sabes que es amor?

—«No hay una fórmula para saber cuando quieres a alguien; es algo que se siente, algo que no puede explicarse con palabras». Página treinta, Capítulo 2. ¿Cómo sabes si es amor?

—¡Dios! Eres una verdadera fan —bromeé. Sydney rio y con ello me cautivó.

Unos meses después, le pedí que fuera mi novia. Desde ese día, nos hicimos inseparables. La buscaba al salir de clases y luego paseábamos a los perros, más como tradición que como trabajo.

Mientras Syd asistía a la *Universidad de Miami*, yo componía canciones y tocaba en el garaje de Simon. Teníamos un grupo llamado *The Crazy Rock*. Supe que quería ser guitarrista cuando cumplí diez años, mientras veía un concierto de *Guns N' Roses* en el que Slash tocaba un solo de guitarra eléctrica alucinante.

Obtuve mi primera guitarra dos semanas después de eso, iba a volver loco a papá pidiéndosela y, finalmente, la compró. Mamá estuvo feliz las primeras veinticuatro horas, luego de eso, quería arrancármela de las manos. No pudo.

Tomé clases de música y guitarra durante años y aprendí otras cosas de internet. Peter también me enseñó unos trucos cuando venía a la ciudad.

—¡Ryan! ¿Ahora eres sordo? —gritó Sam, chasqueando los dedos delante de mis ojos.

—¡Eh, Sam! ¡Qué grande estás! —dije, alborotando el cabello rubio de mi hermanito menor.

—Sí, seguro. Crecí un centímetro por semana —ironizó.

—Oye, el hermano gruñón soy yo.

—Y el alto —añadió.

—No es mi culpa que salieras rubio y enano como mamá.

—¿A quién le dices enana? —replicó mi progenitora, al pie de la

escalera. Caminé hasta ella y la elevé del suelo con un abrazo.

—Tranquila, mamá, eres más alta que mi tía Hayley —mi broma le sacó una sonrisa.

—Y más hermosa, pero nadie está compitiendo —dijo mi padre detrás de ella.

—Hola, papá. ¿Terminaste tu quinto libro?

—Lo haría, pero tu madre me distrae mucho.

—Bueno, si quieres te dejo y así escribes el sexto. Tengo un título: «Sexo solitario».

—Esa no son bromas, princesa —dijo con el ceño fruncido y la mirada turbada.

—¡Pobre de ti! Te tienen cortito, papá —burlé.

—Sí, sí. Espera que te llegue el turno —contestó.

Aquel comentario acabó con mi buen humor y él lo notó. Aunque, si no lo hacía, igual se enteraría. Mi madre lo codeó en las costillas como un llamado de atención.

—Está bien. No tienen que cohibirse. Creo que debo comenzar a superarlo.

—¿Tienes hambre? Maison está haciendo hamburguesas al lado —preguntó mamá.

—Sí, suena bien.

Cruzamos el patio de nuestra casa hasta llegar al de mis tíos, quienes vivían al lado. Ellos se mudaron primero a Miami y luego mis padres los siguieron.

Los saludé a ambos y al pequeño Hanson, su hijo menor, y luego me senté en una de las sillas del patio debajo de una sombrilla. Mi tío me ofreció una cerveza y la recibí de buena gana, tenía mucho calor y necesitaba refrescarme un poco.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó tío Maison.

—Duele un poco menos cada día —admití.

—Sé de lo que hablas y, no quiero desanimarte, pero nunca se va. Duele menos, pero no deja de doler.

—¿Mi tía te ayudó a superarlo? —pregunté, sin dar muchos detalles.

—Ella lo fue todo, Ryan. Cuando más solo me sentía, cuando quería terminar con el dolor y simplemente dejar de luchar, su recuerdo me mantuvo a flote.

—¡Dios, Maison! ¿Estás hablando de Hayley? No atormentes al chico con tus historias —dijo papá cuando se acercó a nosotros.

—No, eso está bien. Vine aquí por un consejo, en realidad.

—Pensé que nos extrañabas —bromeó con cierta decepción.

—Claro, sí. Es solo que...

—Dilo, campeón —papá se sentó a mi lado y le dio un trago a su cerveza. Mamá y mi tía entraron a la casa y mis hermanos jugaban con Hanson con una pelota de playa. Solo faltaban las gemelas, y mis abuelos, y sería una reunión familiar.

Volví a la conversación con mis “consejeros” y dije:

—Hay una chica —papá sonrió. Mi tío apoyó sus codos en las rodillas, inclinándose hacia adelante para escuchar con atención—. Es complicado, porque siempre estuve enamorado de ella y luego llegó Sydney y ya saben la historia. Pensé que había superado a la otra chica y eso era lo mejor, porque nuestra relación no puede ser, pero ahora creo que me enamoré de ella de nuevo, o puede que nunca la olvidara. Pero entonces está el asunto de Syd...

—¿Qué con ella?

—Se lo prometí, papá. Le dije que sería la única.

—Ryan, hijo. No te atormentes así. Si te enamoraste de nuevo, eso no rompe tu promesa con Sydney.

—¡Lo hace! Todas las promesas que le hice las he roto y esta es la única que me queda. ¿No lo entiendes? —grité alterado. Los chicos dejaron de jugar y se quedaron mirándome.

—Lo siento, yo... ¡Mierda, papá! Esta maldita ira me consume, sigo hiriendo a las personas. ¿Es un castigo? ¿Merezco este tormento?

—Lo entendemos, Ryan. Lo que pasaste con Sydney fue duro, pero no mereces renunciar a tu vida por eso. Te lo digo con propiedad.

—Lo sé, tío Maison. Pero siento que la estoy traicionando. Yo la amé de verdad, la sigo queriendo y me duele, me duele tanto que quisiera arrancarme el corazón.

—¿Y qué pasa con la otra chica? ¿Qué sientes por ella? —preguntó papá. Entrelacé mis dedos y los llevé a la parte trasera de mi cabeza. Levanté la mirada al cielo, apoyándome en las palmas, y luego hice la pregunta:

—¿Se puede amar a dos personas a la vez?

—En eso, el experto es Maison —respondió papá. Mi tío le golpeó el costado con el puño cerrado y se enfrascaron en una disputa infantil.

—¡Dejen eso ya! ¿Díganme que no volé desde L.A. por nada?

—Esto es serio, Axxel. ¿Vas a madurar un día?

—Lo siento, hijo, pero es la verdad. Yo solo me enamoré una vez, eso lo sabes. Ahora, el señor Hudson...

—Sí, bien. Te doy la razón, Axx. Volviendo al punto. Con Hayley me pasó como a ti, siempre estuve enamorado de ella, pero me concentré en las excusas, en una promesa que le hice al idiota que tengo al lado y la dejé pasar.

—En pocas palabras, fue un cobarde.

—Sí —admitió mi tío con una exhalación—. Pero, mientras estaba con Rebeca, Hayley seguía en mi corazón. Por mucho que quise convencerme de que no la quería más, en el fondo, sabía que sí. No sé si esto te sirva, pero deberías preguntarte: cuando ves a esa chica, ¿te imaginas las cosas que harían juntos? ¿La ves en un futuro contigo? ¿El corazón te late tan fuerte que te cuesta respirar?

—Pregúntate —intervino mi padre— Si es la mujer con la que sueñas despertar cada día y la última que quieres ver por las noches.

—¡Eso! —aplaudió mi tío.

—Se supone que Sydney sería la chica que vería cada noche y cada mañana. ¿Cómo puedo imaginar mi futuro con ella, si ya lo había diseñado con alguien más?

—Creo que ya tienes tu respuesta, Ryan —dijo papá. Asentí.

.....

Me quedé en Miami más de lo previsto. Le había pedido a Peter siete días y lo alargué a diez. Pero era hora de regresar. No podía esconderme por siempre en casa de mis padres.

Durante esos diez días, estuve tentado a escribirle a Ross, no lo hice. No sabía qué decir. Pero, al menos, tenía un poco de ella a través de las redes sociales.

—¡Ah! ¡Qué emoción! —gritó Maggy desde la sala, donde veía la televisión. Sacudí la cabeza y seguí en lo mío, espiar a Ross—. ¡Llévame contigo a L.A.! —pidió, irrumpiendo mi espacio personal.

—¿Por qué?

—¡Rosie está saliendo con Travis Fisher! ¡Quiero conocerlo!

—No creas en chismes de farándula.

—No son chismes de farándula. Bueno sí, pero le pregunté a ella por un mensaje y dijo que era verdad.

¿Está saliendo con Travis Fisher? ¿Cómo pasó eso? ¿Peter lo aprueba? ¡Mierda! La sola idea de pensar que él la ha tocado me hace desear golpearlo hasta verlo sangrar. ¡Lo quiero matar!

¿Tan rápido olvidó nuestro beso? ¿Tan poco le importó?

¿Quién te entiende? Te alejas de ella y luego la quieres de vuelta, acusó una voz interior.

¡Qué no esté con ella no significa que no la quiera! Ese es el problema, la quiero como nunca antes, como jamás debí. No hago más que pensar en su piel suave, en sus labios, en el escote de aquel vestido negro, en sus muslos en las yemas de mis dedos. ¡Mierda! ¡La quiero tanto!

—¡Ryan! ¿Escuchaste lo que dije?

—Sí, bien por Travis —respondí.

—Querrás decir, bien por Rosie. Él es el Justin Bieber de su generación. ¡Hacen una pareja tan hermosa! Llévame, por favor.

Me vale mierda quien carajo sea. ¡No soy yo!

—No voy a L.A. de visita social, Maggy —refuté.

—¡Aguafiestas! No importa, le diré a papá que me lleve.

—¡Suerte con eso! —grité, cuando salió corriendo escaleras arriba.

CAPÍTULO 14

Ryan huyó de casa la noche de nuestro beso. Esperé cada día por un mensaje o una explicación, pero no obtuve nada. Estaba enojada, muy enojada. ¿Cómo pudo irse sin más, como si nuestro beso no significara nada? *Claro, porque Ryan Wilson es un cobarde que se esconde detrás de excusas.*

«Solo quiero lo mejor para ti y lo mejor para ti no soy yo... ella sigue dentro de mí». *¡Tonterías! Sé lo que sentí cuando me besó, no fue solo un contacto físico, lo sé porque nadie jamás me besó con aquel sentimiento. Pero me rindo, ya no lo voy a esperar, no voy a rogar por lo que merezco.*

No voy a decir que lo superé, que no me duele que se haya ido, porque sería una enorme mentira, pero creo que he encontrado un punto medio y, más temprano que tarde, lo olvidaré. Aunque él lo hace difícil, me dejó varias melodías grabadas y logré escribir cinco letras con ellas. Así que, de una forma u otra, una parte de él siempre estará conmigo.

«No pude dormir toda la noche pensando en ti». Escribió Travis.

«**¿Eso es bueno o malo**», pregunté.

«Depende de ti. ¿Saldrías conmigo de nuevo?».

«**Umm, déjame pensarlo**», bromeé.

«Contaré cada segundo».

Travis fue mi primer novio. Lo conocí en casa de su prima Cristy, una de mis amigas. No estaba locamente enamorada de él, pero me gustaba mucho y era tan dulce conmigo que no dudé en decirle que sí.

Lo nuestro fue un romance de verano, Travis estaba iniciando su carrera de cantante y, como se ausentaría por semanas, pensamos que lo mejor sería separarnos. Para ese momento, yo tenía dieciséis años y él diecinueve.

Lo vi un par de veces más en casa de Cristy, y coincidimos en una que otra fiesta, pero no volvimos a reconectar hasta hace unos días, cuando papá lo trajo a casa para proponer un dueto entre los dos.

Esa tarde, grabamos una canción que mi padre escribió, se llamaba *Viajando en mis Sueños*. Papá, Chris y Angelo, el mánager de Travis, quedaron encantados con los resultados, dijeron que nuestras voces encajaban a la perfección y que, sin duda, haríamos varios duetos juntos.

Travis me escribió esa misma noche por *WhatsApp* y dejó clara sus intenciones de reconquistarme. Dijo que dejarme fue el peor error que pudo cometer. Saberlo me hizo sonreír, tenía lindos recuerdos de nuestro noviazgo y no me parecía descabellado retomar nuestra relación.

Admito que me resistí a la idea de salir con él, por todo el asunto con Ryan, pero si de verdad quería olvidarlo, tenía que dar un paso al frente. ¿Y quién mejor que Trav para hacerlo? Él era atractivo, talentoso... romántico. Contrario al asqueroso de Chad, quien por cierto, fue despedido por papá el mismo día de la fiesta. Por eso estaba furioso, porque mi padre lo llamó para decirle que lo sentía, pero que mi álbum iría en otra dirección.

Habría estado enojada con papá por tomar la decisión sin consultarme, pero, dada las circunstancias, lo agradecí.

«**¿Qué tienes en mente para esta noche**», le pregunté a Trav, después de hacerlo sufrir por media hora.

«¿Qué tal una película y palomitas?»

«**¿Tienes palomitas de mantequilla?**»

«Compraré de todos los sabores, si es preciso. ¿Qué dices?».

«**Le preguntaré a papá**».

«Me arrodillaré a rogar».

«**Hazlo**».

Aquella conversación me sacó una sonrisa, que no pude borrar por varios minutos. Hasta que...

—¡Ryan! —chillé. Había salido de la habitación, rumbo al estudio, cuando lo encontré frente a mí. Mi corazón me traicionó, latiendo con todo lo que daba.

—Voy llegando de Miami y vine a verte —dijo. Sus ojos me absorbieron con una mirada arrebatadora. Sí, me robaron la sonrisa, el aliento... la cordura.

¡No caigas, Rosie. ¡¡¡No caigas!!!

—No sé para qué —espeté.

—Ross, lo siento. Es que...

—Llegas tarde para darme explicaciones. Ese barco ya zarpó —sentencié con los brazos cruzados. Él dio dos pasos al frente y me acorraló entre su cuerpo y la pared.

—¿Es verdad? ¿Estás saliendo con Fisher? —Su mirada, su estúpida

mirada, rogaba por un no.

—Dijiste que encontrara a alguien mejor, y fíjate que Travis es mil veces mejor —contesté sin titubear. ¿Cómo lo hice? No sé, por dentro estaba corriendo en círculos y gritando a todo pulmón ¡Bésame!

Ryan bajó la cabeza y exhaló con pesar. Quise regresar mis palabras, negarlo todo y decirle que para mí nunca habría nadie mejor que él, pero no podía, eso era ir atrás y yo necesitaba seguir adelante.

—Prométeme algo —pidió, volviendo su mirada a mí—. Si alguna vez te trata mal, si estás asustada, si crees que corres peligro con él, llámame. Estaré ahí para ti, no importa dónde estés.

—¿Y a quién acudo cuando tú me lastimas?

Ryan de inmediato me soltó, dio media vuelta y llevo sus manos a la parte posterior de su nuca.

Mi intención no era herirlo, no buscaba venganza, pero lo que dije era la absoluta verdad. Él me había lastimado más que nadie, incluso más que Chad, porque, a diferencia de los demás, Ryan y yo teníamos un vínculo que él se esmeró en pisotear hasta volverlo polvo.

—No pasará de nuevo, Ross. Me cortaré la lengua si es preciso, pero nunca más te diré algo que te lastime —aseguró sin enfrentarme.

Escuchar sus palabras me partió el corazón. No quería que volviera a lo de antes, cuando se sumió en el silencio para contener su dolor. Quería que fuera feliz, el chico sonriente y alegre que conocí... del que me enamoré desde niña.

—No silencies a los demonios, Ryan. Déjalos ir —susurré, acercándome a su posición.

—¿Y cómo lo hago? —inquirió, mirándome por encima de su hombro. Sus ojos estaban rojos y contenidos, vi dolor y tristeza en ellos.

—Con la música. Escribe canciones, libérate con las cuerdas de tu guitarra... saca fuera lo que te lastima.

—¿Me dejarías volver al árbol? —preguntó con un “por favor” adherido a su voz.

¿Podía trabajar con Ryan, sin confundirlo con algo más? Si quería que su corazón sanara, tenía que hacerlo. No porque conservara esperanzas de un futuro, sino para que el viejo Ryan resurgiera de la oscuridad.

—Mañana a las ocho —respondí. Sus ojos brillaron con ilusión y mi estómago se hizo un nudo.

—Lo haré bien esta vez, princesa. Te lo prometo —pronunció con esperanza. Eso me alertó, Ryan estaba confundiendo mi conformidad, con una oportunidad para los dos y yo había tomado una decisión, que no cambió con su regreso. Por eso aclaré:

—Lo estoy intentando con Travis y de verdad quiero que funcione. Espero que lo entiendas y lo respetes.

—¿Lo quieres? —preguntó mirándome a los ojos.

Su interrogante me perturbó. No lo entendía. Hacía diez noches me dijo que alguien más ocupaba su corazón y luego me salía con esas.

—No hablaré contigo de mi relación con Trav —señalé.

—Solo necesito entender qué cambió en estos días, por qué sales con alguien que apenas conoces. ¿Es una forma de castigo para mí? ¿Quieres llamar mi atención? Porque si es así, la tienes, Ross. Tienes toda mi atención.

—No es un desconocido. Travis fue mi primer novio.

Ryan dio un paso atrás y apretó los puños. Saber que tenía una historia con Travis lo perturbó más de lo que pensaba. Pero no iba a mentirle y, además, estaba furiosa por su acusación. Pensar que estaba usando a Travis para atraerlo a él era algo que jamás haría. Él debía saberlo.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Ryan...

—¿Cuándo pasó? ¿Te tocó? ¿Hizo más que tocarte?

—¡Ryan! —cuestioné.

—¡Mierda, Ross! Me está matando. Me destroza por dentro... ¡Dios! No sabía cuánto te quería, no sabía que...

—¡Chicos! ¿Qué les toma tanto tiempo? —gritó papá desde la escalera.

¡Ay Dios! ¿Escucharía algo?

Ryan liberó sus puños y respondió—: Ya bajamos.

—No tarden, si quieren comer tarta —advirtió antes de irse.

—¿Qué fue eso? —pregunté. Ryan se rascó la nuca con nerviosismo. No sabía si respondería o retomaría nuestra conversación.

—Mi familia vino a pasarse unos días y me enviaron a buscarte —respondió secamente.

—Mejor vamos antes de que se acabe la tarta —dije con una risa nerviosa.

—No quiero tarta y a ti no te gusta la fresa —impuso—. Además, no hemos terminado de hablar.

¿Está loco? ¿De verdad cree que le diré qué hice o dejé de hacer con Travis?

—Oh, claro que lo hicimos, Ryan —objeté y di la vuelta para correr a un lugar seguro.

Bajé las escaleras rápido, temiendo que Ryan me alcanzara en el camino y me llevara de vuelta para seguir con aquella incómoda conversación.

CAPÍTULO 15

—¡Rosie! ¡Cómo has crecido! —exclamó Axxel, a quien en voz alta le decía tío.

—No tanto como quisiera, pero bueno, nada puede ser perfecto —bromeé.

—No hay nada malo con ser chaparrita. Bueno, al menos yo no le veo el defecto —aludió mirando a su esposa Melanie, que era un poco más bajita que yo.

Saludé a todos con un abrazo, incluyendo a Sam, quien odiaba los gestos cariñosos. Miré de soslayo hacia atrás y noté a Ryan rezagado en el fondo de la cocina, con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Te trajimos tarta de chocolate. Ryan nos advirtió que no te gustaba la fresa —refirió su madre y me dio un trozo.

—Gracias. No tenían porqué molestarse.

—¿Cómo que no? Hay que celebrar que pronto serás toda una solista famosa —aseguró “mi tío”.

—Solista, sí. Famosa... —dudé.

—Claro que lo serás. Tu voz es hermosa y, saliendo con Travis Fisher, todos sabrán quién eres —insinuó Maggy. Su comentario me perturbó, todavía era muy reciente la conversación con Ryan y, tenerlo detrás, sabiendo que todo lo concerniente a él lo irritaba, empeoraba las cosas.

—Rosie no necesita salir con nadie para brillar. Su talento es innato —impuso papá—. Pero bueno, un poco de publicidad no está de más —bromeó.

—¿Un poco? ¡Todas las redes están inundadas con las fotos de su cita! —añadió mi “prima”.

Miré a papá, esperando un gesto de odio o molestia, pero no llegó. Estaba demasiado tranquilo con respecto a Travis y eso no era normal. *Bueno, quizás está madurando en ese aspecto.*

—Por cierto, ¿cuándo viene? Me gustaría mucho conocerlo —preguntó Maggy casi dando saltitos.

Ella no me caía mal, era buena chica, pero en ese momento me provocó cerrarle la boca con un trozo de tarta de chocolate.

—Me alegro mucho que vinieran. Había pasado un tiempo ya, ¿dos

años? —pregunté para dejar el tema de Travis.

—Un poco más —contestó Ryan detrás. Todos miraron hacia él, como si les extrañara que se uniera a la conversación; pero luego de decir eso, se fue quién sabe a dónde.

—Ryan salió defectuoso —burló su hermano.

—No seas grosero, Sam —lo riñó su madre. El chico giró los ojos y bufó. Tenía un carácter de perros para tener solo diez años.

—¿Qué les parece escuchar un poco de música? Rosie y Ryan grabaron algo juntos —dijo papá con orgullo.

—¿En serio? Yo quiero escucharlo —chilló Maggy.

—Princesa, ¿puedes ir por Ryan? Me gustaría que estuviera ahí, Zeke hizo unos arreglos y quedaron increíbles.

¡Nooooo! ¿Por qué me dice a mí? Puede ir alguno de sus hermanos o sus padres. Repliqué en mi cabeza. Sin embargo, acepté.

Mientras salía de la cocina, me llegó un *WhatsApp* de Trav, preguntándome qué había dicho papá, le respondí que aún no le decía y envió una carita llorando.

«¿Dónde estás?», le escribí a Ryan.

Las palabras “escribiendo” no tardaron en aparecer y luego llegó el mensaje.

«¿Vamos a hablar?».

«No, papá quiere que vayas al estudio. Nos vemos ahí».

Ryan no respondió, pero supuse que iría. Primero, papá le pagaba por estar ahí. Y, segundo, no le haría un desaire ni a él ni a su familia.

Cuando empujé la puerta del estudio, mi estómago se me hizo un nudo. Estaba muy nerviosa. Saber que la familia de Ryan escucharía la canción que escribí para él me superó. Pero, a pesar de mi justificado estado de nervios, me senté en el fondo del estudio junto a Maggy y Sam; mis padres y los Wilson se quedaron de pie cerca de la cabina; y, por último, entró Ryan, quien optó por quedarse al lado de la puerta.

Las manos me temblaban, igual que lo hacía mi corazón. Esa canción significaba demasiado para los dos, lo sabía, y todo estaba tan frágil que tenía miedo de quedar en evidencia delante de todos.

Por eso traté de no mirarlo, luché con el deseo, pero no pude evitarlo. Sus ojos me atrapaban, me trasladaban a otro mundo, derrumbaban mis

planes y argumentos. Era inevitable. Entre nosotros había una conexión que nos atraía, por mucho que intentáramos correr al lado opuesto. Y sabía que, aunque tratara de olvidarlo, nunca podría. Ryan Wilson siempre sería el amor de mi vida.

Estuve tan perdida en mis emociones durante la canción que no pude apartar mis ojos de él hasta que los aplausos rompieron el encantamiento.

No es por alardear, pero quedó perfecta. Y no lo digo por la letra realmente, sino por la composición. Ryan era extraordinario y merecía todos esos aplausos solo para él.

—Tenemos seis canciones, todas compuestas por Ryan y escritas por Rosie. Estoy feliz de verdad —dijo mi padre. Su emoción era evidente, no dejaba de sonreír y no era el único, la madre de Ryan hasta estaba llorando de la emoción.

Salimos del estudio unos minutos después y quedamos en encontrarnos en el patio para pasar el día en la piscina.

En menos de cinco minutos, la visita de los Wilson se convirtió en una fiesta a la que asistirían los amigos de mis padres y, lamentablemente, mi tía Marlene y su prole.

—Puedes invitar a Travis si quieres —propuso papá.

¿*De verdad?*, quise gritarle. No era el momento para que se comportara como un padre relajado. ¡Necesitaba al celopata de vuelta!

—No sé si pueda venir —repliqué.

—Déjame llamar a su mánager para que le dé el día libre.

—¡No! Yo puedo escribirle —indiqué. Si llamaba a su mánager, Travis sabría que no quise invitarlo. Y la verdad no quería, con Ryan enojado no era lo mejor. Pero bueno, no me quedó opción.

Una hora después, estaba esperando a Travis en la entrada de la casa. Más tardé yo en preguntarle si quería venir, que él en responder «estoy desesperado por verte». Le advertí que se comportara, que lo nuestro aún no tenía nombre y que no quería que mi padre terminara sacándolo a patadas de la casa.

A eso respondió: «Tengo un nombre para lo nuestro y me aseguraré de que tu padre lo sepa pronto».

Dije: «**No antes que yo**».

«De hoy no pasa». Su respuesta me asustó. No esperaba que tuviera tanto apuro por definir lo nuestro. *Sí, seguro es eso*, replicó mi subconsciente.

Bueno, no quería oficializar nada con él hasta que Ryan terminara de decir lo que mi padre interrumpió. *¡Soy tan débil!*

«**Uh, no hagas nada loco**», impuse.

«Lo hice una vez cuando te dejé».

«**Un paso a la vez, Trav**», le advertí.

«Tú mandas, muñequita. Estaré en una hora en tu casa», finalizó el mensaje con un corazón latiendo.

Volver con él no era una decisión que tomaría a la ligera. Tuvimos buenos momentos hace años, sí, me gustaba mucho, también, pero no era tan fácil retomar las cosas en el mismo punto, como si el tiempo no hubiera pasado.

.....

El deportivo negro de Travis atravesó la entrada justo cuando Ryan salía de su caravana. *¡Para suertuda yo!* Sacudí la mano como saludo hacia Trav, pues él hizo el mismo gesto, y Ryan pensó que era con él y sonrió. *¡Dios, Ryan!* Mi estómago dio un vuelco. No quería herirlo, pero eso pasaría en 3,2,1... adiós hermosa sonrisa.

Travis detuvo el auto detrás del de mi tía Marlene, se bajó y caminó hacia mí. Estaba usando pantalones deportivos, zapatillas y una camiseta sin mangas, que dejaba ver los músculos marcados de sus bíceps. Aunque claro, no tenía tantos músculos como Ryan, pero no eran nada despreciables.

El chico de ojos azules claros, y cabello castaño claro, se acercó a mí, tomó mi cintura y, ni corto ni perezoso, me estampó un beso en la boca.

—Trav, te advertí de esto —reñí.

—Nadie nos verá desde aquí, muñequita. Además, fue solo un beso tonto —susurró, humedeciéndose los labios con la lengua.

¡Oh Dios! Recuerdo lo que esa lengua solía hacerle a la mía.

—Creo que saldrás pateado de aquí más rápido de lo que creía —bromeé.

—Si es así, entonces haré que valga la pena.

Y de nuevo me besó, pero esa vez le correspondí, olvidándome por unos segundos del entorno y de... *¡Ryan! ¡Ay Dios!* Aquel se hizo sentir, azotando la puerta de su caravana con tanta fuerza que rompió el silencio de nuestra pacífica calle en *Beverly Hills*.

—¿Y a ese qué le pasa? —preguntó Travis.

—No sé. Entremos, llevo esperándote un rato aquí y tengo mucha sed —usé de excusa.

Esperé un momento en la entrada, mientras Travis iba por su bolso en su auto, y no perdí la ocasión de mirar hacia la caravana negra, donde un muy cabreado Ryan daba manotazos al aire, peleando con la nada.

Mi instinto decía: *corre hacia él*, pero la lógica gritaba: *¡no lo hagas!* Y, mientras esa disputa se daba en mi cabeza, Travis regresó.

—Listo —dijo y me dio un beso en el costado de la cabeza. Él era más alto que yo, pero no más que Ryan. Sí, siempre los iba a comparar.

—¡Oh mi Dios, es él! —gritó Maggy dando saltos como loca cuando vio a Travis cruzar el patio. Isa, por su parte, guardó las formas solo para pretender que no se moría de los celos.

—Ella es Maggy, una fan, como puedes ver.

No terminé de decir la palabra “fan”, cuando ella estaba abrazándolo. No me molestó, las chicas se lanzaban a él siempre.

—Tengo todos tus cds y unos afiches. ¿Me los puedes firmar?

—Claro, sin problemas —respondió sin señal de disgusto.

Maggy corrió a la casa para buscar los cds y yo aproveché de presentarlo al resto de la familia, como mi amigo.

—¡Qué bueno que pudiste venir! —dijo papá muy contento.

—Gracias por sugerirlo, señor Keanton. Para mí es un honor.

No daba crédito. Mi padre aceptó a Travis cerca de mí sin poner resistencia. ¿Qué hicieron con mi padre? ¿Dónde estaba? ¿Travis tenía un poder hipnótico que lavaba cerebros?

—¿Quieres algo de beber? —le ofreció.

—Estoy bien, pero Rosie dijo recién que estaba sedienta. Me gustaría servirle algo, si no le molesta —dijo con respeto.

—Eh, no. Pasa con confianza —respondió mi padre.

—¿Qué quieres tomar?

—Limonada estaría bien —contesté.

Trav rodeó la barra de la cocina exterior, abrió la heladera y sacó la jarra con limonada. Papá le alcanzó un vaso de vidrio y él lo llenó.

—Toma, muñequita. No seré yo quien te deje morir de sed —dijo con mimo. Sonreí con cortesía y recibí el vaso de limonada.

Le pedí que me siguiera, caminé con él hasta una de las sillas, que

estaban cerca de la piscina, y me tumbé en ella. Travis ocupó la de la derecha y se sentó con las piernas a un costado, cerca de mí.

—¿Tienes calor? Nos podemos meter a la piscina o buscar una sombra por ahí —sugirió.

—Umm, estoy bien aquí. Ve tú si quieres.

—¿Sin ti? ¿Y por qué haría algo así? Vine aquí para estar contigo, mi amor.

Me emocioné, claro que lo hice. Él me estaba mirando con una dulzura avasallante y los recuerdos de aquel amor de verano salieron a colación.

La primera vez que nos besamos fue a escondidas, debajo de las escaleras de la casa de Cristy. Recuerdo que estaba nerviosa, tenía miedo de hacerlo mal porque mi experiencia se resumía a un piquito pequeño, ese que me dio Ryan, pero Travis fue muy dulce conmigo. Comenzó con un beso suave, casi un roce, luego, tiró con delicadeza de mi labio inferior con los suyos y alternó entre ellos sin ir más lejos. No duró mucho, creo, pero fue perfecto. «No dormiré esta noche», dijo con un susurro y luego me abrazó.

—¿Qué dices, muñeca?

—¡Ah! Lo siento, no te escuché —Él sonrió, mientras mordía la esquina de su labio inferior.

—Que hablé con tu padre antes de venir y le dije que quería hacerte una pregunta. Él estuvo de acuerdo, con ciertas restricciones, pero me dio pase libre. Eso quiere decir que puedo preguntarte: ¿te gustaría ser mi novia?

—¡Oh mi Dios! —chilló una voz detrás de mí. Travis no dejó de mirarme ni un segundo, a pesar de los gritos de emoción que daba Maggy.

—Lo siento, Trav. Yo... no sé —balbuceé.

Sentía que el aire me faltaba, que todo alrededor daba vueltas. ¡Necesitaba salir de ahí! Y eso hice, corrí al interior de la casa y no me detuve hasta subir las escaleras. Una vez en el pasillo de la planta superior, me apoyé contra la pared y me deslicé hasta el suelo.

Mis manos y piernas temblaban, mi respiración era pesada y el corazón me latía enloquecido, como si me hubieran inyectado una jeringa de adrenalina. ¡Estaba asustada! Decir sí cambiaría todo, me alejaría para siempre de Ryan. Pero, ¿no era eso lo que quería? No, no quería perder a Ryan, aunque la verdad era que nunca fue mío realmente.

—Ross, ¿estás bien? —preguntó Ryan por encima de mí. Cerré los ojos y suspiré con frustración. Él era una de las razones principales que me

impedían decirle que sí al chico dulce que jamás me lastimó, al que me miraba con sentimiento genuino, libre de alegatos y culpabilidad. Sin embargo, no amaba a Travis sino a Ryan.

—Dame una razón para decirle que no a Travis —susurré.

Él se arrodilló en el suelo, sostuvo mi rostro entre sus manos, buscando mis ojos, y confesó con convicción—: Porque te quiero.

El corazón me dio un salto de emoción ¡No podía creer que lo hubiera admitido finalmente! Pero, además de feliz, me sentía furiosa con él. ¿Por qué no lo dijo antes? ¿Por qué se fue? Por su culpa tendría que romperle el corazón a alguien que no lo merecía. Todo aquello me hizo sentir abrumada y terminé llorando como una tonta.

—Ross, mírame por favor —pidió. Había ocultado mi rostro detrás de mis manos. Lentamente, las aparté y miré hacia sus pupilas marrones. Había miedo y turbación en ellas y eso me estremeció—. He visto hacia el futuro y solo te veo a ti, conmigo. No te imagino con nadie más... no te quiero con nadie más —pronunció con la voz ronca. Sus manos tomaron las mías con suavidad y luego agregó—: Cuando él te besó... ¡Dios, Ross! Me destrozó el corazón.

Solté sus manos y lo abracé. Quería consolarlo y, a la vez, darle las gracias por decir finalmente la verdad. Todo ese tiempo la duda me comía viva, pensar que esa otra chica ocupaba su corazón me fragmentó, igual que a él cuando me vio con Travis.

—¿Qué vamos a hacer, Ryan? Tú lo dijiste, papá confía en ti. Si se entera de esto, te va a alejar de mí y prefiero tenerte cerca antes que extrañarte.

En ese momento, Travis gritó mi nombre desde la planta baja y supe que no tardaría en encontrarme. Tenía que ir con él antes de que subiera por mí.

—Lucharé por ti, Ross. Lo haré porque te quiero —reafirmó y luego me dio un beso en los labios, que superó con creces todos los que Travis me dio alguna vez.

CAPÍTULO 16

Dejé a Ryan en el piso superior y bajé las escaleras para encontrarme con Travis. El pobre se veía afectado, lo reflejaba en sus ojos y en la palidez de su rostro. Me dio pena y me llenó de un sentimiento profundo de culpabilidad. Estaba tan decidida a dejar a Ryan detrás que no me detuve a pensar en los sentimientos de Travis.

—No quise asustarte, Rosie. Sé que fue impulsivo, que me fui de bruces, pero es que no sabes lo mucho que he esperado esta oportunidad.

—Travis, no sé qué decir. Ha pasado mucho tiempo y ya no somos aquellos adolescentes de hace dos años. Crecí, maduré...

—¡Lo arruiné! —lamentó con la cabeza gacha.

—Pensé que podíamos retomarlo, que sería como antes, pero entendí que no podemos partir del mismo punto cuando ya no estamos en el mismo lugar.

Él levantó la cabeza y me miró con un gesto de súplica.

¡Dios! No quiero lastimarlo.

—Comencemos de nuevo entonces. Seré paciente, esperaré cuánto quieras. Ya he soportado unos años, ¿qué importan más?

—No te haré eso, Travis.

—¿Hacerme qué?

—No te haré esperar cuando sé dónde está mi corazón —confesé. No quería usar esa carta, pero lo mejor era cortar por lo sano.

—Debí suponerlo —resopló con rencor—. ¿Es por Arthur?

—¡¿Qué?! ¡No! ¿De dónde sacas eso? —repliqué con disgusto. Arthur fue un novio que tuve, pero no pensaba en él. Era un patán que jugó conmigo mientras seducía a cuanta fulana se le atravesaba.

—He escuchado historias de lo que tú y él...

—¡Ay Dios! ¡No! No es Arthur. Y no creas lo que ese idiota diga. ¡Es que voy a buscarlo para matarlo!

—¿Y ese alguien, que no es Arthur, te quiere? ¿Crees que estaría dispuesto a todo por ti como yo? Porque te juro que haría todo por ti, Rosie. Te perdí una vez y no estoy dispuesto a rendirme de nuevo.

Sus preguntas me hicieron dudar. *¿En verdad Ryan luchará por lo*

nuestro? ¿Y si solo hablaron los celos? ¿Y si sigue queriendo a esa otra chica y dijo aquello porque temía perderme? ¡Ay, no! Estoy tan confundida.

—No me des una respuesta ahora. Piénsalo, hazte todas las preguntas que quieras, y luego decide. No tienes porqué presionarte, muñeca —aseguró y le di la razón. No tenía que decidir bajo presión. Necesitaba tiempo—. Me iré ahora, pero volveré en unos días para las grabaciones finales. Hasta entonces, Rosie —me dio un beso suave en la mejilla y se alejó.

Resoplé cansada. Los últimos minutos me envejecieron al menos cinco años. ¡Qué lío armé!

—No creerás lo que te dijo ¿verdad? ¡Te está manipulando! —aseguró Ryan, apareciendo de la nada. ¿Me estaba espiando?

Me froté el rostro con frustración. No podía seguir hablando del tema. Me sentía cansada, abrumada... confundida. ¡Él tenía que darme un respiro! ¡Era mucho para asimilar!

—Lo siento, Ross. No quise... ¡Dios, princesa! —pronunció con una exhalación y me estrechó entre sus brazos. Me derretí en el calor de su cuerpo y lloré en silencio sobre él.

Creerán que es una tontería, que no debía estar llorando por algo así, pero es que, hasta hacía unas semanas, mi vida era relativamente tranquila. Nunca había tenido que enfrentar mis emociones o tomar una decisión madura, una que podía cambiarlo todo.

—¡Lo sabía! —gritó Maggy. ¡Qué oportuna la chica! Empujé a Ryan lejos de mí; lo menos que necesitaba era involucrar a toda la familia en esa situación.

—No es lo que piensas. Ross discutió con Travis y yo solo la estaba conteniendo —argumentó sin mucha convicción.

—¡Ja! ¡Y yo que te creí! No mientas, Ryan. Sé que te gusta, noté como la mirabas en el estudio y tampoco disimulaste tu enojo en casa cuanto te dije que salía con Travis.

Él bajó la cabeza y tiró de sus cabellos con rabia. Sabía que su hermana era una bomba de tiempo que no tardaría en explotar y las consecuencias serían devastadoras.

—No diré nada, pero tienen que hacerse cargo antes de que alguien más lo note —advirtió.

—Ella tiene razón. Sé lo que tengo que hacer —murmuré.

—¡No! —pronunció Ryan con un grito ahogado, descubriendo mis

intensiones.

—¡Sabes que es lo mejor! No vale la pena arriesgarlo todo por algo que nunca podrá ser —dije.

Ryan dio dos pasos al frente, tratando de alcanzarme, y decidí huir escaleras arriba. No podía permitir que arruinara mi intento de desviar la atención de Maggy. Necesitaba que ella dejara de pensar que entre él y yo había algo.

Al cerrar la puerta de mi habitación, le escribí un mensaje a Ryan. Le dije que mentí para que Maggy pensara que había terminado y que sentía haberlo lastimado.

Miré la pantalla por varios minutos, esperando que respondiera o, por lo menos, leyera el mensaje. Necesitaba que supiera la verdad lo antes posible.

—¿Qué es esto? —pregunté al sentir un paquete escondido debajo de las sábanas de mi cama. Era un libro que conocía, tenía una copia, aunque nunca lo había leído. Sexo con Sentido, de Axxel Wilson. Lo abrí en la página marcada por un separador, que me llevó al capítulo tres titulado “La primera vez”. Había un párrafo resaltado en color neón, lo leí.

“Algunos inician temprano, otros tarde. Pero nadie olvida la primera vez: al menos, no cuando es con la persona correcta. Yo era un promiscuo, eso lo leyeron en el capítulo uno, titulado: “Deja de ser un idiota”, pero lo que no dije es que no recuerdo cómo se llamaba la chica con la que estuve esa noche. ¡Eso es terrible! Nadie debería olvidar ese día, ninguna chica debería recibir ese trato. ¡Ninguna merece a un idiota follador! ¡No lo mereces! Puedes estar pensando que no tengo moral para decir lo siguiente, y quizás tengas razón, pero lo digo con toda la propiedad y la experiencia adquirida: espera, no entregues tu cuerpo por pasión o lujuria, asegúrate de que ese chico, o chica, te dé el valor que mereces, asegúrate de que tu primera vez sea con la persona correcta, con esa persona que, no solo sabe tu nombre, sino que lo tiene tatuado en su corazón”.

Di un salto de la cama cuando escuché dos toques en la puerta. Cerré el libro y lo escondí debajo de una almohada antes de ver de quién se trataba. Por un momento, creí que era Ryan, y el corazón respondió bajo esa premisa, pero resultó ser mi madre.

—Hola, cariño. ¿Estás bien? Tienes rato desaparecida y Maggy dice que Travis se fue.

—Eh, sí. Es que no me siento bien, hay mucho calor fuera y le dije a

Travis que mejor se marchara —mentí.

—Estás muy rara, Rosie. Te he notado así por semanas. ¿Qué pasa? Sabes que puedes confiar en mí —aseguró, acariciando mi rostro con su suave mano.

—Lo sé, mamá. Es que con lo del álbum y todo eso me he sentido abrumada —Ella entrecerró los ojos, no muy convencida de mi argumento.

—¿No tendrá que ver con Ryan?

Casi finjo un desmayo solo para evadir la pregunta.

—¿Ryan? ¿Qué tiene que ver él? —mamá sonrió.

—¿Por qué crees que tu padre está empujando a Travis hacia ti?

¡Ay Dios! ¿Ellos lo saben? Maggy tenía razón, lo han notado.

—No lo entiendo —eludí.

—Él piensa que puedes confundirte, que su vínculo tome un camino incorrecto.

—¡Ay Dios! ¿Por qué piensa algo así? ¡Nunca vería a Ryan como algo más! Es mi primo ¿no?

Decir esa mentira requirió un gran esfuerzo. Tuve que parecer segura y reservar mi conmoción detrás de una careta de incredulidad. Tuve que ocultarle que, no solo lo veía como alguien más que un primo, sino que lo amaba con todo mi corazón.

—Espero que así sea, cariño. Por el momento, trata de no verte a solas con él. Si quieren componer juntos, invita a Ady o a Isabella. Ya sabes, para que tu padre deje la paranoia —dijo con un tono más tranquilo, pero la duda seguía reflejándose en sus ojos.

—Sí, claro. Eso haré. Pero de nuevo te digo, entre él y yo no hay nada.

—¿Y con Travis? —preguntó dubitativa.

Bajé la cabeza y jugué con mis dedos. No podía desestimar a Travis de inmediato, eso pondría a Ryan en el ojo del huracán, más de lo que ya estaba.

—Es muy pronto para definir algo con él —me sinceré.

—Tranquila, princesa. Trataré de calmar a tu padre con respecto a Ryan y quitarle la idea de sacarlo de la gira. Él necesita esto y Peter lo sabe. Además, no creo que él haga algo que defraude nuestra confianza.

Mi corazón se turbó con un profundo dolor. ¡No quería que alejaran a Ryan de mí! Y no soportaba que pensaran mal de él, que creyeran que estar conmigo sería una traición.

Me contuve lo suficiente, hasta que mi madre salió de la habitación.

Luego de eso, me desplomé en llanto y sollozos sobre mi cama. *¡Tengo que renunciar a Ryan!*

CAPÍTULO 17

Estuve encerrada en mi habitación por dos horas. Me costó mucho recomponerme y dejar de llorar. Pero tenía que volver, no podía estar encerrada toda la tarde o levantaría serias sospechas.

Mientras me retocaba el maquillaje delante del espejo del baño, mi móvil vibró sobre el lavabo. Era un mensaje de Ryan, decía que nos encontraríamos en la sala de cine, situada en la misma planta del estudio.

«No es una buena idea», respondí.

«Ross, por favor. Necesito verte».

«Mis padres están sospechando de nosotros. Creo que debemos olvidarlo».

«Princesa. No me hagas esto».

«Trataré de verte más tarde».

«Nada me haría más feliz».

Bajé las escaleras y salí al patio, donde todos parecían pasarla muy bien. Las mujeres, como siempre, estaban en la terraza; los hombres, cocinando; Sam Akira e Isabella, metidos en la piscina y Maggy, tumbada en una silla, leyendo alguna revista de farándula. No supe si obtuvo los autógrafos de Trav o se quedó con las ganas. Pero, tendría más de una oportunidad de verlo de nuevo.

—¿Se te quitó el mareo? —preguntó Ady detrás de mí. Me giré y exhalé con alivio.

—¡Al fin apareciste!

—No me culpes. La repentina “reunión” puso a correr a mamá y, como buena hija que soy, la ayudé. Pero ya estoy libre. ¿Quieres hablar?

—La verdad, no. Creo que fingiré que mi vida es perfecta de nuevo, que mi única preocupación es que mi *selfie* salga bien.

—¡Dios! ¡Volvió la diva! —burló.

—¡Cállate!

—¡Oh mi Dios! —exclamó en voz baja.

—¿Qué?

—¿Por qué tiene que estar tan bueno? —susurró, mientras la baba caía

por su mandíbula.

Me giré hacia donde sus ojos apuntaban y entendí de quién hablaba. Ryan caminaba hacia la piscina, usando solo pantaloncillos. Su abdomen estaba marcado con líneas horizontales y verticales profundas. No aparté la mirada de sus hombros anchos y de sus duros pectorales ni para parpadear. *¿Cómo se supone que ignoraré eso? ¡No, no puedo!*

—Hola, chicas —saludó con una sonrisa torcida. *¡Es que lo voy a matar! ¿Por qué me pone en esta posición?—*. Pensé en entrar a la piscina. *¿Vienen?*

—¡No! —dije yo al mismo tiempo que Ady dijo ¡sí!

—Vamos, Ross. Te vendría bien un poco de sol, te ves tan pálida... —*¿Pálida? Petrificada es lo que estoy—*. No me obligues a tirarte a la piscina —sugirió—. Ya sabes, como en los viejos tiempos.

Definitivamente, no. Lo menos que necesitaba era que mi padre viera a Ryan cargándome hasta la piscina. Aunque, eso se veía muy bien en mi cabeza. Sí, aquellos fornidos brazos sujetando mi débil cuerpo era algo que no despreciaría, pero lo tenía que hacer.

—Me convenciste, pero lo mejor es que te mantengas a dos metros de mí —susurré.

—Uno y es mi última oferta —giré los ojos y acepté. *¿Quién le dice que no a ese portento de hombre y a esa sonrisa? Nadie.*

Ryan caminó hasta Maggy, le quitó la revista y la cargó, como se suponía que haría conmigo. Su hermana chilló y pataleó, pero no se salvó de la zambullida.

—¡Te voy a matar! —gritó con histeria cuando volvió a la superficie. Ryan me guiñó un ojo desde su posición y luego se lanzó a la piscina como un niño pequeño, salpicándome a mí y a Ady.

—Bueno, igual nos íbamos a mojar —dijo mi amiga.

Traté de sonreír, pero seguía absorta en la imagen de los músculos de Ryan ante mis ojos.

—¡Rosie! ¡Rosie! —gritó Sam desde la piscina. Akira se le unió y luego Ryan.

Suspiré con pesar mientras me quitaba las sandalias y el vestido. Mi traje de baño era un enterizo color negro, con un corte circular en el lado derecho de mi torso, marcando una perfecta curva en mi cintura. Caminé con elegancia hasta las escaleras y bajé los tres escalones, sosteniéndome del

pasamano. No me iba a lanzar al agua como lo hizo Ryan, no era lo mío. Pero Ady sí lo imitó y cayó como una bomba en el centro de la piscina, arrojando agua a todas partes.

—¡Guerra de agua! —gritó Sam hacia mi dirección y ya se imaginarán lo que pasó, me convertí en el blanco de sus ataques por varios minutos.

—¡Creo que ya estoy mojada! —grité de espalda a ellos.

—¡Suficiente! —advirtió Ryan y el ataque cesó.

Nadé hasta el extremo opuesto de la piscina y me atrincheré en una esquina, lo más alejada posible del cuerpo del deseo, Ryan Wilson. Ady y Akira se sumaron a mí, por suerte. No me gustaba ser la chica solitaria de la fiesta.

—Dile —pidió Ady, mirando a Akira.

—Isabella le dijo algo a Travis luego de que te fuiste. No sé qué, pero hablaron unos minutos.

—Se trae algo entre manos —murmuré. Akira asintió.

—Luego de eso, se acercó a tu papá y habló con él.

—¡Esa chica es el diablo! ¿Qué estará tramando? —siseé.

—Nada bueno será —acotó Ady—. Pero no se saldrá con la suya, yo que te lo digo. A mí no me tiembla la mano para arrancarle unas cuantas extensiones —burló.

—No hay que ensuciarse las manos todavía. Sé que no tardará en lanzar la amenaza y estaré preparando la defensiva.

—Creo que ya el ataque inició —señaló Akira.

Isabella se había movido de su lugar hasta Ryan y hablaba con él muy a gusto. En dos minutos, le tocó el hombro cinco veces al menos. ¡La quería matar!

—Disimula o todos se darán cuenta —advirtió Ady.

¿Disimular? Si lo que estaba era hirviendo de celos. No solo porque lo tocara, sino porque podía. Ella podía hablar con él sin que eso levantara suspicacias. *¡Isa tiene lo que yo quiero!* No podía soportarlo. Me giré e intenté salir por una de las esquinas de la piscina y terminé resbalándome como una tonta, golpeándome la nariz en el proceso.

—¡Estás sangrando! —gritó Ady con desesperación.

Me toqué la nariz y di un alarido; dolía a morir y, como dijo Ady, estaba sangrando a chorros.

Todo pasó muy rápido. Segundos antes, estaba de pie en la piscina; y al

otro, en los brazos de él. ¡Sí, como había imaginado!

—¡Traigan hielo y una toalla, rápido! —ordenó Ryan mientras caminaba por la piscina hacia las escaleras.

—¡Qué vergüenza! Soy una tonta —lamenté.

—Fue un accidente, a cualquiera le pasa —argumentó.

Sí, a cualquiera y tuve que ser yo.

Ryan me recostó en una silla y envolvió el hielo en una toalla blanca que le dio mamá y luego la puso en mi nariz.

—¡Ay! ¡Duele, duele! —chillé.

—¡Llama una ambulancia! —gritó papá con desesperación.

Ambulancia, hospital, agujas... ¡No!

—¡No! ¡No! Me van a inyectar. ¡Me van a inyectar! —vociferé con pánico.

—Tranquila, Ross. Solo hay que asegurarse de que tu nariz no esté rota —dijo Ryan.

—No está rota. Es solo sangre —aseguré.

Media hora después, los paramédicos que fueron a atenderme dieron el veredicto: me rompí la nariz y me tenían que trasladar al hospital para operarme. ¡Operarme!

¿Por qué me pasa esto a mí?

CAPÍTULO 18

—Buenos días, cariño —dijo mamá cuando abrí los ojos en la cama del hospital.

La operación fue tan terrorífica como lo imaginé. Bueno, al menos la primera parte, cuando tuvieron que acribillar mis brazos con agujas para colocarme la solución salina. Luego que me sedaron, no supe de mí.

—Hola, mami —mi voz sonó nasal a consecuencia de la escayola en mi nariz.

—¿Te duele? —Negué. Los analgésicos hacían su efecto—. Hay alguien que quiere verte. ¿Lo hago pasar?

La noche anterior, recibí la visita de todos, menos la de él. Ya estaba preocupada por su ausencia. Dije que sí con la cabeza y mamá salió a buscarlo. Me peiné el cabello con los dedos y me senté en la cama para esperarlo.

—Hola, muñequita. Me enteré esta mañana y vine enseguida —dijo Travis—. Te compré peonías. Una vez me dijiste que te gustaban.

—Eh, sí. Gracias, Trav —respondí con una media sonrisa. No esperaba que ese “alguien” fuese Travis, sino Ryan.

No lo entiendo ¿Por qué no ha venido a verme?

—¿Te duele mucho?

—No, en realidad. ¿Cómo lo supiste? ¿Dime que no está en *Twitter*? —pregunté alarmada. Él sonrió y negó con la cabeza, mientras se acercaba a mí.

—Fue Isabella. Estás a salvo de la prensa, por los momentos.

¡Esa entrometida!

—Creo que me haré cargo de la noticia antes de que digan que me operé la nariz por vanidad —bromeé.

—Dudo que piensen eso, tu nariz es perfecta, igual que tú.

—Travis... —advertí.

—Lo siento, es que no puedo evitarlo. Sé que es un mal momento, y que no debería preguntar esto, pero... ¿Qué has pensando? ¿Me darás la oportunidad?

—¡Hola, papá! —grité con entusiasmo cuando lo vi en el umbral. Travis irguió su postura y le tembló el pulso con nerviosismo.

—Hola, princesa —saludó y me dio un beso en la frente—. ¿Te sientes mejor?

—¿Y quién no? Me han cuidado como a una reina.

—Como mereces —apuntó—. Gracias por venir, Travis. Eso me habla muy bien de ti.

Luché con el deseo de girar los ojos y bufar. Traer flores y hacer una visita no es la gran cosa. Lo que hizo Ryan tenía más mérito. ¡Mucho más! Esperaba que lo hubiera felicitado al menos. Y también quería que estuviera ahí en lugar de Travis.

—Ya lo sabe, señor. Tengo las mejores intenciones con su hija y nada me haría más feliz que me aceptara a su lado —confesó

—Eso depende de mi princesa.

Travis asintió con un brillo de esperanza en sus ojos y luego dijo que tenía una reunión con los productores de su álbum, que solo pasó para saludar.

Volví a casa esa misma tarde. Ryan nunca apareció en el hospital y esperé hasta el último minuto. Debo admitir que me lastimó, pero esperaba que tuviera una buena explicación.

.....

—No lo entiendo, Ady. ¿Por qué Ryan no fue a verme?

—¿De qué hablas? Pasó toda la noche con nosotros en el hospital y sí que te vio, entró cuando estabas dormida.

—¿En serio?

—Sí, tonta. Tenías que verlo, parecía que quería salirse de su cuerpo. Tuve que reprenderlo y todo.

—¡Qué dulce! —pronuncié con una sonrisa.

—Ni que lo digas. Parece un chocolate blanco, con cuadritos y todo. Esos músculos que tiene... —se relamió los labios.

—¡Eh! Disimula al menos —reñí.

—Bueno, me voy. Ayudaré a mamá con el almuerzo. Con tanto huésped...

—Bien, aprovecharé para dormir un poquito.

—¡Ja! Si ya pareces oso invernando —bromeó y luego salió de mi habitación.

Me tumbé en la cama y me entretuve revisando mis redes sociales en el

móvil. Por suerte, no había indicios de mi accidente, pero sí señales de Travis y de su ramo de peonías. La instantánea que publicó en *Instagram* de las flores, acompañada por la frase: «Enamorado», tenía millones de “me gusta” y miles de comentarios. Algunos de odio, dirigidos a la “chica” que capturó su corazón. Es decir, yo.

«Hola, Ross. ¿Cómo estás», escribió Ryan.

«Mejor si estuvieras conmigo».

«Abre la puerta».

«¡Ryan, no!».

«Confía en mí».

Me levanté de la cama y caminé hasta la puerta, con miedo y alegría entrelazados en mi pecho. Quería verlo con desesperación, pero, si alguien lo descubría en mi habitación, sería el acabose.

Abrí la puerta, con el pulso tembloroso, y encontré a Ryan y a su hermana Maggy en el pasillo.

—Hola, Ross. Tengo una entrega especial para ti —anunció con una sonrisa tan hermosa como todo su ser.

Miré a Ryan, luego a Maggy, de nuevo a Ryan.

—Soy una romántica sin remedio. Estoy dentro —dijo ella.

Sonreí con nerviosismo y los invité a pasar. Caminé hasta la cama y me senté en el borde. Maggy me preguntó si podía probarse alguna ropa en mi vestidor, como una excusa para dejarnos solos, y le dije que sí.

—Ponle seguro a la puerta —le pedí a Ryan.

Me dio un beso en la boca y luego corrió a cerrarla. Los latidos de mi corazón imitaron a un tambor, dándole golpes a mi pecho y haciéndolo vibrar.

—Un helado de menta con chispas de colores para la chica más hermosa del mundo —anunció Ryan, develando su obsequio. Lo traía escondido en una bolsa de papel.

—¿Lo recuerdas? —pregunté con ilusión.

—Nunca olvidaré nada que te incluya a ti —respondió con aquella sonrisa tierna y hermosa que disparaba mis pulsaciones.

Fue en mi fiesta número trece, la celebramos aquí en casa. Papá se aseguró de que el motivo “Candy Party” fuera un hecho. Había golosinas de miles de sabores, algodón de azúcar, gomitas de dulce y, sobre todo, una

amplia variedad de helados.

Mientras miraba las opciones, Ryan se paró a mi lado y me hizo una propuesta. «Probemos todos». Comenzamos con el de vainilla, luego fresa, chocolate, banana... hasta que tocó el turno de la menta. La idea de la lluvia de colores fue también suya y me encantó. Recuerdo que dije: «Desde hoy, la menta con lluvia de colores será mi helado favorito». Ryan dijo: «El mío también».

—Creo que olvidaste algo importante.

—¿Esto? —sacó del bolsillo de sus jeans una cucharilla plateada.

—No dije nada —rescindió y se la arrebató de la mano.

Ryan se sentó a mi lado, no muy cerca, pero lo suficiente para que mi piel se erizara, y no de frío.

—¿Quieres un poco? —ofrecí.

—Me gustaría mucho —respondió. Hundí la cucharilla en el helado y luego le hice avioncito. Ryan la recibió con los labios separados y la deslicé fuera de su boca poco después.

—¿Te duele la nariz? —preguntó, luego de lamerse la comisura de los labios con una sensualidad abrumadora.

—Ni un poquito —afirmé esperanzada. Quería lo que él quería—. ¿Un poco más? —ofrecí. Asintió con expectativa. Repetí el proceso y, cuando la cucharilla abandonó su boca, se acercó a mis labios y me besó. ¡Me besó!

¡Oh sí! La menta nunca dejará de gustarme. ¡Jamás!

—Me moría por un beso tuyo, Ross —dramatizó, apoyando su frente contra la mía. Sus manos, cálidas y fuertes, estaban apoyadas en mis hombros y sus dedos no escatimaron en moverse, acariciando mi piel con suavidad.

Exhalé con fuerza, preparándome para la conversación que quería evitar a toda costa. Ryan me abrazó contra su pecho y respiró en mi cuello, absorbiendo mi esencia. Con aquel gesto, mi corazón se desquició y mi respiración, de esa no supe más.

—Espera —pidió, intuyendo lo que pasaría—. Quiero disfrutar un poco más de tu aroma. Hueles a lluvia y me encanta. Tú eres mi persona favorita en el mundo, Ross. Ha sido así desde que mi mente recuerda. Te quiero tanto —confesó.

—Y yo a ti, Ryan. Te quiero con todo lo que tengo, con todo lo que soy. Te quiero inmenso, infinito... inagotable. Pero...

—Shh —me silenció—, el pero niega lo antes dicho y no lo acepto,

Ross. Quiéreme con todos esos adjetivos, quiéreme sin peros o porqués. Quiéreme así, como yo te quiero.

—Ryan, eso nunca dejará de ser —murmuré. Él se apartó lo suficiente para ver mis ojos.

—Entonces, ¿por qué dices pero?

—Tú lo sabes mejor que yo. Lo dijiste aquella noche, cuando nos besamos en mi auto. Confían en ti y, además, te apartarían de mí si lo supieran. Papá hasta lo ha considerado.

—¿Te habló de mí?

—No, mamá. Dice que está paranoico, que por eso me empuja hacia Travis, para alejarme de ti. Dijo que... —me contuve, no quería admitir esa parte.

—Dímelo —rogó.

—Ha considerado sacarte de la gira.

—Entiendo —aceptó con tensión—. ¿Qué propones entonces? ¿Quieres que renuncie a ti? Si es eso, no lo pidas porque no lo haré. Lo hice antes cuando no sabía que me querías, lo hice hace años cuando me enamoré de...

Dejó de hablar cuando se dio cuenta de lo que estaba por confesar y se levantó de la cama. En cierta forma, yo tampoco quería escuchar su nombre, no quería confirmar lo que supuse por años.

Ryan caminó por mi habitación, dando vueltas en un círculo que no parecía terminar, hasta que se detuvo y dijo:

—Te esperaré esta vez, Ross. Me las jugaré todas por ti, si tú estás dispuesta. Porque te juro que si no estoy contigo, no me importa nadie más. Me quedaré solo, tenlo por seguro.

—Nos las jugaremos entonces, Ryan Wilson —acepté.

No necesitaba que lo pidiera dos veces porque yo lo quería de la misma forma y estaba dispuesta a correr todos los riesgos.

CAPÍTULO 19

—¡No! —gritó Ryan con renuencia.

Habían pasado tres días desde mi operación, pero seguía con la escayola, el reposo y los analgésicos. Esa tarde, su familia se iría a Miami y era la última vez que su hermana Maggy haría de cómplice para vernos en secreto en mi habitación.

Su grito fue a causa de mi propuesta: usar a Travis de distracción para que mis padres quitaran la atención de nosotros. Su reacción era exagerada, con Travis no sería más que una relación de amistad. No pretendía tenerlo a él en público y a Ryan en privado.

—Ryan... —exhalé—. No quiero que lo tomes por ese camino. Travis es mi amigo y haremos un dueto...

—¿Amigo?! Eso pensarás tú, pero él... No se te olvide que fui testigo de su beso. ¡Un beso que correspondiste!

—Lo siento —me disculpé por eso. Y sabía también que mantener la distancia con Travis sería difícil, pero no había más opción y Ryan tenía que apoyarme si quería que lo nuestro funcionara.

—No dejaré que un idiota con mano larga esté rondando a mi novia —puntualizó con los puños cerrados.

—Novia ¿eh? Creo que no me has pedido algo así.

Ryan liberó los puños y miró hacia mí con una mezcla de asombro y culpabilidad. Era la verdad, nos habíamos visto en secreto varias veces desde mi operación y, en esos días, nos besamos mucho, pero ni una vez hizo la pregunta.

—Soy un imbécil. Tienes razón.

—No importa, Ray. Decirlo ahora sería... no hace falta —divagué.

—Sí que hace falta, princesa. ¿Por qué no lo pensé antes? —lamentó con las manos en la nuca. Aquel gesto suyo era una señal de frustración y odiaba verlo así.

Me levanté de la cama y llegué hasta él, quien estaba a la mitad de mi habitación. Me paré de puntitas, le di un beso casto en su hermosa boca y luego dije:

—Sí quiero.

—Ross —suspiró—. No se supone que sea así.

—¿Y cómo se supone que sea?

—Lo sabrás pronto —prometió.

—Se acabó el tiempo, tortolitos —anunció Maggy, saliendo de mi armario—. ¿No te importa que me lleve tu bolso *Gucci*, no? Creo que me lo gané.

—Claro, Maggy y gracias por apoyarnos en esto.

—No tienes que darle tus cosas, Ross —gruñó Ryan.

—Ay, pero si tiene montones. Uno más, uno menos...

—No importa, de verdad. Además, ese ya ni lo uso.

Terminé con la disputa del bendito bolso y salimos de mi habitación para despedir a los Wilson. Ryan susurró de camino a la escalera que olvidara lo de Travis. Negué con la cabeza dos veces y me adelanté a los hermanos para llegar antes abajo.

Todos estaban en la sala conversando muy a gusto. No parecía que fueran a moverse de ahí en un rato. ¿Por qué Maggy nos apuró entonces?

Me senté en el sillón, Maggy ocupó el puesto libre en el sofá, junto a su madre, y Ryan salió de la casa, seguro a esconderse en su caravana. Él era así, no le gustaba estar entre tanta gente.

—Estábamos hablando de la gira, tu padre dice que sale en octubre. ¿Estás emocionada?

—Mucho, será la primera vez que cante algo mío en sus conciertos. Espero que a alguien le guste.

—Te amarán, cariño. Ya verás.

—A mi me encanta la de Ryan —comentó Maggy.

—¿Cuál? —preguntó papá con recelo.

—Quiero decir, la que tocó Ryan.

—Bueno, todas las que se han grabado lo incluyen a él. Estoy pensando en buscar a alguien más para las otras canciones —sugirió.

—No está de más probar, pero parece que ellos hacen una buena dupla —aseveró Axxel.

—También está la de Travis —intervine, para alejar a Ryan del asunto. No quería que mi padre enloqueciera.

—Cierto, esa es muy buena. Cuando el médico lo indique, grabaremos lo que falta con él.

—Habrá que esperar que él vuelva, está en Texas esta semana —acoté.

Tenía que estar informada, para casos como esos.

—Travis me encanta y ustedes se ven tan lindo juntos... —dijo Maggy.

¡Gracias a Dios Ryan no está aquí!

—Bueno, creo que es hora de irnos. Gracias de nuevo por recibirnos.

—Somos familia, Axxel. Siempre serán bienvenidos —respondió papá, dándole un abrazo fraternal.

La palabra “culpa” brilló en mi cerebro como un letrero de neón. Papá no tenía idea de lo involucrados que estaríamos un día. Sí, porque esperaba darle nietos a él y a “mi tío”, al menos tres.

Creo que te estás apresurando un poco ¿no?, acusó mi subconsciente. Pues no, porque Ryan y yo vamos a casarnos. ¡Lo sé!

.....

«¿Puedes venir al estudio?», preguntó Ryan.

«**¿Estás solo?**».

«Sí, Peter se fue hace unos minutos. Ady dice que subió a la habitación».

«**Está bien.**».

Eran más de las nueve de la noche cuando él me escribió, ya estaba en mi pijama y decidí salir así. Cambiarme me llevaría mucho tiempo. Antes de bajar las escaleras, fui a la habitación de mis padres para darles las buenas noches y cerciorarme de que ciertamente estuvieran ahí.

—Hola, cariño. ¿Estás bien? —preguntó papá.

—Sí, aunque ansiosa por volver a mi música.

—En unos días volverás a tu vida, princesa.

—Sí, gracias a Dios. Espero grabar las letras que escribí en estos días, aunque le falta la melodía —comenté.

—Tengo algunas que podemos arreglar para ti. ¿Qué opinas?

—Si quieres le das las partituras a Ryan, él es muy bueno con los arreglos —sugerí, papá no pareció disgustado y eso fue un avance.

—Bien. Hablaré con él mañana.

—Buenas noches, los quiero.

Le di un beso a cada uno y salí de la habitación. Mi visita garantizó su estadía ahí y que me vieran en pijama, lista para dormir.

Bajé las escaleras con sigilo, mirando con atención a los lados. Ady me

dijo que su madre estaba en el quinto sueño, igual que su padre, pero que estaría pendiente.

—Hola, Ray —saludé al entrar al estudio.

El barullo de los latidos de mi corazón zumbó en mis oídos y se propagó por todo mi cuerpo. Verlo siempre me estremecía y despertaba en mí emociones extremas de anhelo, alegría... éxtasis. Lo quería tanto.

Caminé hasta donde él estaba de pie, en medio de la habitación, con la guitarra eléctrica colgando de su espalda y una rosa blanca en la mano.

—Hola, princesa. Esto es para ti —me entregó la rosa junto con un beso suave que hizo hervir mis labios, todo mi ser—. Da dos pasos atrás —lo hice—. Ahí está bien. Ahora, di la palabra mágica.

—¿Sol? —pronuncié. Ryan movió sus dedos sobre las cuerdas y la nota vibró en ellas, resonando en los altavoces. Junto con el sonido, luces de colores inundaron el lugar, proveniente de una especie de cajita negra.

Él siguió tocando las notas de la primera melodía que compuso y las luces siguieron iluminándose al ritmo de la música. Entonces lo recordé, fue igual que en el muelle, brillaban igual.

—¡Oh mi Dios! ¡Eso fue increíble!

Ryan puso la guitarra en el soporte y luego dijo—: Ross, perdóname por no decirlo aquella tarde, pero la verdad es que estoy enamorado de ti desde hace mucho tiempo y siempre soñé con hacerte esta pregunta: ¿quieres ser mi novia?

—¡Sí, Ray! ¡Claro que sí! —chillé y corrí a abrazarlo. Fue tan dulce. Me colgué de su cuello y me paré de puntitas para alcanzarlo. Sus manos cálidas rodearon mi cintura y me acercaron más a él para besarme. ¡Dios! Ese beso fue el más mágico y alucinante que me dieron alguna vez. Sus labios, su lengua... el calor de su aliento. Sentirlo era como entrar al sueño más bonito que podrías imaginar.

Después de la propuesta, decidí volver a mi habitación. No quería correr el riesgo de que papá llegara. Él sabía que Ryan estaba en el estudio porque le dijo que quería tocar un rato y más valía prevenir que lamentar.

Subí las escaleras como si flotara en las nubes. Me sentía ligera de peso y muy feliz. Mi sueño se hizo realidad, Ryan y yo éramos novios. Solo faltaba una cosa, un pequeño detalle, la aceptación de la familia. Eso era algo que llevaría sangre, sudor y lágrimas, de eso estaba segura.

«Dulces sueños, novia», leí en el teléfono cuando llegué a mi habitación.

«Dulces sueños, novio», respondí.

Le tomé una foto a mi rosa blanca y la subí a *Instagram* con la frase: «La felicidad está en las pequeñas cosas».

Dormí como un lirón esa noche. No quise preocuparme por el mañana y ser feliz con el hoy. Muy feliz.

.....

El sol me dio la bienvenida muy temprano esa mañana y no me quejé. Estaba tan feliz que nada más me importaba. Encendí el móvil, incluso antes de cepillarme los dientes, ansiosa por los buenos días de mi otro sol, Ryan Wilson. Casi grito cuando vi una nota de voz en *WhatsApp*, enviada por él.

*Te veo en mis sueños
Te sueño en mis planes
Te quiero conmigo
Princesa, te quiero.*

Cantó y me derretí. *¿Por qué nunca escuché su voz en una canción?* Era gruesa, sensual... perfecta. Amaba su voz, amaba sus buenos días.

«Me muero de amor, Ray. ¡Te quiero! Tienes una hermosa voz».

«La tuya es más hermosa, mi princesa».

«¿No es raro que tu padre le diga princesa a tu madre y tú a mí».

«Las grandes mentes piensan igual», respondió.

«Pero si quieres te llamaré reina, porque gobiernas mi corazón».

«Yo tu reina, tú mi rey. Me gusta».

«Entonces. Te quiero, mi reina».

«Yo más».

«Recuerda esto cuando me veas hoy en el desayuno: cada segundo que esté ahí, solo pensaré en besarte».

«¡Ay Dios! Me quedaré encerrada todo el día».

«Inundarás mi día de oscuridad. No permitas que yo prevalezca».

«¡Payaso!».

«¿No me crees?», adjuntó una foto de sus ojos tristes y de su labio inferior extendido en un puchero.

«Pobre rey sin su reina. ¿Qué haremos para restablecer la paz?».

«Nunca dejes de quererme».

Me despedí de él con un beso y le dije que también pensaría en sus labios al verlo, que sería en unos... veinte minutos.

Esa mañana, solo fuimos Ryan, Ady, Marie y yo, mis padres se ausentaron por alguna reunión. Estaban teniendo muchas últimamente. Esperaba que no se tratara terapia de parejas o algo así, aunque lo dudaba, esos se amaban con locura.

Apenas alcancé a terminarme el cereal y una tacita de uvas. No hacía más que ver a Ryan e imaginar sus labios ocupando el lugar de la cuchara y de cada fruta que me comía. ¡Era una tortura!

—¿Vamos a la biblioteca por el libro que me ofreciste? —sugirió Ady.

¡La amo! Es la excusa perfecta.

—Sí, obvio —afirmé con más entusiasmo del que debería.

Salimos juntas de la cocina rumbo a nuestra coartada. Ryan llegó con diez minutos de diferencia, para no levantar sospechas.

—Tienes visita —dijo con los dientes apretados.

¡Oh, oh! Eso no suena nada bien.

—No me digas que es Travis —asintió—. Pues que espere, nadie le dijo que viniera sin avisar.

Ryan negó con la cabeza y salió de la biblioteca sin siquiera darme un beso. ¿Qué culpa tenía yo de que aquel se apareciera sin aviso?

CAPÍTULO 20

Travis no pudo ser más inoportuno. Ir a casa cuando mis padres no estaban y, encima, interrumpir mi encuentro con Ryan.

No tenía ganas de verlo, ni un poquito, pero no podía hacerle un desaire. Después de todo, era mi amigo y estábamos produciendo juntos una canción para mi álbum.

—Hola, Rosie. Llegué recién de Texas y vine enseguida a verte —me saludó con un abrazo fuerte, que duró varios minutos.

—No debiste molestarte, Trav. Todavía no estoy en condiciones de grabar.

—¿Y eso qué? Vine a visitarte. ¿No puedo?

—Eh, no quise decir eso. Es solo que...

—Me estoy volviendo loco. Necesito una respuesta, una luz, un rayito de esperanza, así sea chiquito.

—Trav... —intenté decirle, pero él siguió hablando.

—Vi la foto de la rosa blanca y enloquecí. Creo que ese chico está ganando puntos y no puedo luchar a la distancia.

—¡Para, Travis! Nunca te dije que esperaras por mí. Tú solo lo asumiste.

—Pero, ¿quién es él? ¿Lo conozco? ¿Es Chad? —con cada pregunta, se veía más perturbado. Me estaba asustando, la verdad.

—¡No! No hay nadie. Ya todo el mundo hablaría de eso ¿no?

—¡Mierda, Rosie! Tienes que dejar de jugar conmigo. ¿Sabes cuántas chicas se lanzan sobre mí? —desdeñó.

—Pues no las dejes caer, porque yo no estoy en plan de aventarme hacia ti.

—Dame una razón para no insistir —pidió.

¡Dios! Él estaba como loco. ¿Qué quería que le dijera? No podía admitir lo de Ryan, pero algo tenía que decirle.

—Es verdad, hay alguien. Tuvimos algo hace unos meses y lo dejamos, pero lo sigo queriendo y es injusto que te use a ti para olvidarlo a él.

—Úsame, te doy permiso —pidió con súplica.

—¡No! ¡Estás loco!

—Sí, muñeca. Loco por ti. ¿No lo ves?

Sí que lo veo. Está perdiendo la cabeza y no me gustaría tenerlo cerca cuando la pierda completa. ¡Atraigo chicos locos hacia mí!

—Lo siento, de verdad. Pero no funciona así. Uno no decide a quién querer —admití.

—Dudo mucho que ese merezca tu cariño, menos tu sacrificio. Pero bueno, tú te lo pierdes.

Y así, sin decir más, dio media vuelta y se fue. No es que lo lamentara, pero no quería quedar en pleito con él. Ni cuando terminamos, hacía unos años, quedamos en malos términos y ahora él se iba dolido y enojado.

A los minutos que él se fue, llegaron mis padres con, nada más y nada menos, que Isadiabla. Y no venía sola, traía una enorme maleta *Louis Vutton*.

—¡Sorpresa! —anunció con un alarido horroroso.

—No entiendo —dije con los ojos entornados.

—Me quedaré con ustedes hasta que comience la gira ¿no es genial? —contestó.

¡Nooooo! ¿Por qué a mí?

¿Qué podía hacer? Si les decía a mis padres que odiaba la idea, y a ella, de seguro nos amarrarían una frente a la otra hasta que resolviéramos “nuestras diferencias”. Lo hicieron dos veces cuando éramos pequeñas y no estaba dispuesta a correr el riesgo.

—También seré tu chaperona. Esta vez, con el delicioso de Ryan —susurró, para que solo yo la oyera.

Claro, eso era lo que planeaba aquella tarde en la piscina. ¡Pero no se saldría con la suya! Buscaría la forma de que el tiro le saliera por la culata.

.....

Los siguientes dos días fueron un infierno, y no solo por la estancia de Isa, sino porque no pude ver a Ryan a solas. Aunque eso era culpa de ella, me seguía hasta al baño. Bueno, estoy exagerando, pero algo así. Por suerte, en casa había más habitaciones y no tuve que recibirla en la mía.

Al menos ese día comenzó con buen pie, el médico me dio buenas noticias, podía volver a cantar. ¡Mi nariz estaba curada!

—Le di las partituras a Ryan hace unos días y ya las tiene listas. Hoy pueden reunirse para que trabajen en la letra.

—Gracias a Dios, comenzaba a ponerme ansiosa. Tenemos poco tiempo antes de que la gira comience.

—¿Has pensado en tu fiesta? ¿Qué quieres este año? —preguntó mamá.
¡Anunciar a los cuatro vientos que amo a Ryan!

—Me gustaría algo como lo de Jaz, una fiesta en un club, música... lo normal.

—Lo que tú quieras. Solo dime qué grupo quieres en tu fiesta. Me imagino que Travis estará encantado de cantar —alegó papá.

—No sé. Me gustaría una banda menos reconocida para no atraer tanta atención —sugerí. La verdad era que no quería involucrar a Travis para no incordiar a Ryan.

Al llegar a casa, pasé por la cocina para buscar una lata de Coca-Cola y encontré a Ryan sentado delante del desayunador. Enseguida, una colonia de mariposas voló dentro de mi estómago hasta alcanzar mi corazón. No había una vez que mi cuerpo no reaccionara al verlo.

—¿Nueva camiseta? —pregunté, en lugar de lanzarme a él como ansiaba. Marie miró hacia mí y sonrió, estaba delante de la estufa revolviendo un caldo con una cuchara.

—Sí, algo para variar —contestó Ryan sin inmutarse.

Estaba usando una camiseta gris plomo, jeans gastados y sus inseparables botas. Aquella camiseta se le ceñía al cuerpo y a sus hermosos bíceps, incrementando al máximo mi sed.

—Hay mucho calor aquí ¿no? —comenté, abanicándome con la mano mientras abría el refrigerador.

—No, bueno. Quizás es el calor de la estufa —dijo Marie.

Me reí entre dientes y me senté en un taburete, a dos puestos de Ryan, con mi lata de Coca-Cola en la mano. La destapé y la llevé a mis labios. Una gota de gaseosa se deslizó por la comisura de ellos y me apresuré a limpiarla con mi lengua. Ryan hizo un gruñido ronco que llamó mi atención, lo miré y él apartó sus ojos de mí, como si estuviera avergonzado por su exabrupto.

—Buenas noticias: ya puedo volver a mi música —anuncié con entusiasmo.

—¡Eso es genial, Ross!

—Sí, estoy emocionada. Papá me dijo que ya terminaste los arreglos, así que pensé que podemos iniciar hoy.

Un destello de ilusión brilló en sus ojos y con ello calentó mi corazón.

Nuestros deseos coincidieron, queríamos pasar un tiempo a solas... tanto.

—¿En el árbol, a las cuatro? —Mi yo interior hizo una rabieta. ¡Faltaba mucho para las cuatro!—. Quedé con Peter en grabar algo esta tarde y luego me dedicaré a ti... Quiero decir, a tu música —repuso nervioso. *¡Adoro su lado vulnerable!*

—Es una cita entonces —dije mientras abandonaba mi puesto en el taburete. Necesitaba escapar de la tentación que era Ryan Wilson a la orden de ¡ya! Unos minutos más, y mandaba por el caño nuestro plan.

—¿Qué haces en mi habitación? —le grité a mi enemiga número uno. En realidad, mi única enemiga.

—Vine a pedir una tregua. Estoy cansada de pelear contigo. ¡Es exhausto!

—¿Tregua? No te creo —bufé con los brazos cruzados.

—Es verdad, Rosie. Allá tú si no me crees —respondió mientras se miraba las uñas.

—¿Nada de trampas, ni jugarretas?

—Lo juro —dijo, elevando la mano derecha como promesa.

—Bien, pero ni pienses que nos sentaremos a ver pelis en mi cama o iremos a mi vestidor a probarnos ropa como si nada hubiera pasado. Me has hecho muchas maldades en estos años y no confío plenamente en ti.

Isa asintió con tristeza con la cabeza gacha. Sentí un poco de pena por ella, sabía que su vida no había sido fácil en los últimos años, pero eso no justificaba que me tratara así. Una vez, llenó mi shampoo de pintura y terminé con el cabello azul por dos semanas.

—A las cuatro trabajaré en mi música con Ryan. Te espero a esa hora en el recibidor. Mientras, ve a mirar si las gallinas pusieron.

—¿Qué gallinas? —replicó.

—Es un decir —respondí, girando los ojos.

En cuanto Isa salió, llamé a Jaz para ponernos al día. Le comenté de mi fiesta y ofreció a *Green Rock*, por supuesto que lo hizo. Acepté solo por ella y su novio, sabía que tocar en mi fiesta los ayudaría a impulsar su carrera.

Como era de esperarse, me dio una idea de una entrada triunfal, cosa que rechacé enseguida. No me creía una diva para descender de una escalera mecánica o flotar en una alfombra.

Me despedí de Jaz y llamé a Cristy, para evitar controversias y celos. Ellas tendían a ser exasperantes. Con ella, la conversación tomó un rumbo

distinto, rondó alrededor de su primo Travis. ¡Debí suponerlo! «Está desesperado», aseguró. «No hace más que hablar de ti», «¡Me está volviendo loca!». Le dije que lo lamentaba, pero que lo de Travis y yo no iba a pasar. Lloriqueó un poco y luego dejó el tema cuando le advertí que terminaría la llamada.

Las tres quedamos en salir al día siguiente por la tarde para ir de tiendas y escoger un vestido para mi fiesta, que se celebraría en diez días.

.....

Ni Ryan ni papá almorzaron con nosotras, supuse que estaban en el estudio, inmersos en las grabaciones. Mamá aprovechó el momento para decidir algunas cosas de mi fiesta, le comenté de *Green Rock*, de la decoración y de mi pastel. Quería uno de cuatro pisos en color verde menta con relleno de vainilla. Isa dio algunas ideas que tomé de buena gana. Sus intenciones parecían genuinas y aquello me hizo añorar nuestra infancia, cuando la guerra no había iniciado.

Las siguientes cuatro horas parecieron eternas. Mi mente viajaba de continuo a la sombra del árbol, a Ryan sentado sobre la grama verde a mi lado, tocando mi guitarra, cantándome una canción.

Me recogí el cabello con una rosca, para dejar expuesta mi nuca, como a Ryan le encantaba. Lo mencionó una noche, mientras nos besábamos en mi habitación. Y solo me apliqué brillo rosa en los labios, sin esmerarme en el maquillaje. Me puse shorts cortos de jeans, un top negro y una musculosa gris con el logo de *Guns N' Roses* —la banda favorita de Ryan— al frente.

A la hora puntual, bajé las escaleras con mi guitarra colgando de mi hombro y encontré con Isa en el recibidor. Al ver mi atuendo, arqueó las cejas. Ella usaba un vestido ceñido hasta la cintura y acampanado en la falda, junto con tacones corridos. También se había esmerado en el maquillaje y peinado, con ondas gruesas en su cabello castaño.

—Dije “trabajar” no que iríamos a los *Teen Choice Awards* —saticé.

—¿Y piensas ir al estudio así? Te vas a morir congelada —replicó.

—¿Estudio? No vamos al estudio —respondí sin dar más detalles y caminé hasta la puerta que daba al patio. Isa me siguió, quejándose por tener que salir al calor con su hermoso vestido.

Desde la distancia, vi a Ryan apoyado contra el árbol. Sonreí sin poder evitarlo, sin reparar en el hecho de que Isa estaba detrás de mí. A medida que

avanzaba, mis pulsaciones se dispararon, haciendo que mi cuerpo temblara como hoja sacudida por el viento.

—¡Hey, tú! —saludé con un tono despreocupado.

—Hola chicas —respondió, con los ojos entrecerrados, porque el sol se estaba reflejando directo en ellos.

—¿Por qué eligieron este lugar? Hace un calor tremendo —se quejó Isa.

La ignoré y me senté con Ryan. A su lado, el mundo dejaba de importar; hasta la voz quejumbrosa de mi prima querida desaparecía.

Saqué mi cuaderno de espiral del estuche de mi guitarra, para buscar las letras que cantaré para Ryan. Él alcanzó mi *Gibson* y, por unos segundos, nuestros dedos hicieron contacto, haciendo saltar chispas a nuestro alrededor.

—Me iré a cambiar de ropa —dijo Isa con una exhalación de derrota.

¡Sí, eso nos dará varios minutos a solas!

Luego que desapareciera del patio, Ryan miró alrededor, asegurándose de que nadie nos viera, y susurró con voz melosa: «hola, novia», junto con un beso suave en mis labios. Mi cuerpo se desvaneció ante su roce y quería más. Muchísimo más.

—Hola, novio. Extrañé esos labios tuyos —confesé.

—Cada segundo sin ti es como una vida entera —dijo, mientras trazaba un camino de caricias en mi brazo izquierdo, de arriba abajo, erizando mi piel, haciéndola hervir como el agua en una olla de presión. Me acerqué a él, más de lo que debería para el lugar en el que estábamos, y lo besé; esa vez más profundo e intenso que el simple roce que me regalaron sus labios segundos antes.

Lo bueno de estar debajo del árbol era que ese lugar se ubicaba en un punto ciego de la propiedad. De no ser así, no me atrevería a arriesgarme.

—Ross —suspiró cuando separé mis labios de los suyos—. ¿Te he dicho que te quiero? Te quiero, mi reina. Cada día más —pronunció con nostalgia, mientras acariciaba mi mejilla con sus dedos. Apoyé mi rostro contra su palma y correspondí a su afecto con un sincero te quiero, que me pareció muy poco para lo que en verdad quería decir.

CAPÍTULO 21

Isa no tardó en regresar con tres latas de gaseosa en las manos, una para cada uno, y un look más acorde para la ocasión. Recibimos las bebidas y, luego de tomarlas, comenzamos a trabajar.

Había escrito dos letras nuevas, que sufrieron pequeños ajustes para amoldarse a la melodía. Ryan se encargó de tocar mientras yo cantaba. La conexión entre los dos era tan poderosa que parecía liberar energía alrededor. Hacíamos una dupla perfecta, como dijo su padre.

—¡Wow! Tienen un talento tremendo, chicos —alagó Isa con una sonrisa sincera.

—No es para tanto —minimicé. No me gustaba alardear. Y, además, sabía que seguía siendo amateur. No me creía la gran cosa.

—Estoy de acuerdo con Isabella, pero no por mí. Tu voz es tan hermosa... —dijo él. Aclaré mi garganta para enviarle un mensaje, estaba poniendo esos ojitos de enamorado que lo dejaban en evidencia. Me derretía, pero no confiaba en Isa para exponer nuestro secreto.

—Creo que por hoy es suficiente —dije. El sol ya se estaba ocultado y comenzaba a ponerse oscuro.

—¡Gracias a Dios! —exclamó mi prima, como si hubiera trabajado en algo. Bueno, quejarse sin parar tiende a ser pesado. ¡Para los que la escuchan!

—¿Y si salimos a cenar? Creo que merecemos un descanso. Puedes invitar a Adeline —propuso Ryan.

—¡Sí, por favor! No he salido a la luz pública en tres días —dramatizó mi prima. Giré los ojos y negué con la cabeza. ¡Isa era exasperante!

—Si mi padre acepta, entonces sí —respondí.

—Claro que lo hará. Déjamelo a mí —intervino ella. Entorné los ojos—. Confía en mí, prima. Yo soy la primera interesada.

Una hora después, salíamos en una *Tahoe* negra, conducida por Edy, el padre de Adeline, rumbo a *Woodland Hills*, un bowling de L.A. donde también servían comida.

Para esa noche, cambié mis pantalones cortos por unos blancos de tubo; y la musculosa, por una camisa turquesa de botones y manga larga, las que recogí hasta mis codos. Opté por sandalias blancas de tacón corrido, no muy

alto. Me solté el cabello y me maquillé con tonos suaves, rosa y blanco en los párpados, brillo en mis labios y un poco de colorete naranja en mis mejillas.

Ryan mantuvo su estilo punk, con una sudadera negra de *Pink Floyd*[\[12\]](#), jeans gastados y botas militares. ¡Quería abrazarlo y devorarlo a besos! Era una tortura, de verdad. ¡Cada segundo parecía una eternidad! Y más cuando su perfume *Lacoste Red*, con ese olor a cedro, manzana verde y esencias florales, ocupaba todo el auto. No soy experta en perfumes, le pregunté cuál usaba y lo busqué en Google. El hecho es que, estaba que saltaba de mi puesto hasta el de copiloto, donde viajaba él.

Resiste, Rosie.

Nuestra llegada a *Woodland Hills* fue todo un acontecimiento. Los paparazzi nos estaban esperando y los flashes no faltaron. Miré a Isabella con desprecio y ella negó con la cabeza, eludiendo la responsabilidad. Pero sabía que había sido ella. ¿Quién más si no?

Entramos al bowling con Avery y Edy custodiándonos. Eran pocas las veces que salía sin compañía y esa no sería la excepción. A decir verdad, fue algo positivo, no hubiera podido llegar a la entrada sin ellos.

—¡Esto es una locura! —dijo Ryan con frustración.

Era abrumador, lo sabía. Esa era mi realidad desde que comencé a cantar con papá en sus conciertos. Los paparazzi me perseguían a todas partes, inventaban historias... notaban la cosa más mínima, por eso trataba de no salir a menudo.

—Tendrás que acostumbrarte —dijo Isa en tono burlón.

—Bueno, ya estamos aquí. Así que ignoremos a la prensa —dije para calmar las aguas.

Ryan asintió y cambió su gesto ofuscado por uno relajado, entendiendo lo que quise decir. *Estamos aquí juntos, no importa el resto.*

—Esto está como solitario ¿no? —comentó Ady. Miré alrededor y estuve de acuerdo. Era una noche de lunes, pero igual, se veía desértico y *Woodland Hills* nunca estaba vacío.

—Mejor así —reconocí.

Avery y Edy caminaron al frente, asegurándose de que todo estuviera en orden. Ady y yo los seguimos y más atrás venían Ryan e Isabella, quienes conversaban de la agrupación que tenía la sudadera de él al frente.

¡La envidié, mucho! Quería ser yo quién hablara con él a todas horas y sin limitaciones.

—¡Muñeca! —gritó la voz de Travis desde un punto lejano del bowling y se apresuró a alcanzarme, pasando por un lado de Edy y Avery. No pude evitar que me estrechara a su cuerpo y me elevara en el aire, dándome vueltas.

¡Ay Dios! Ryan lo va a matar. ¡Será un desastre!

—Recibí tu mensaje y desocupé todo el lugar para nosotros. ¿No es genial?

No esperó que respondiera a su pregunta y ¡me besó en la boca!

¿¡Qué mensaje!?

—No sé de qué hablas, Travis —dije, apartando sus manos de mi cintura. Ryan estaba detrás de nosotros, echando humo por la nariz y los oídos, no literalmente, pero su ira era más que obvia. Hice una oración silenciosa, clamando para que su enojo se aplacara. Tenía las manos en dos puños, listas para atacar a Travis en cualquier momento.

—Lo dice en el mensaje, muñequita. Aceptaste ser mi novia y te prometo que no te arrepentirás.

Palidecí. *Yo no envié ningún mensaje, tuvo que ser... ¡Isabella! ¡La mataré, ahora sí que lo haré! ¿Cómo se supone que saldré de esta?*

Mis guardaespaldas miraron la escena con duda, pero no intervinieron en nuestra conversación, quizás estaban al tanto de la opinión de mi padre con respecto a Travis. *Desearía que papá pensara lo mismo de Ryan.*

—Estaremos cerca, por si nos necesita —dijo Edy. Asentí involuntariamente. No sabía ni qué pensar en ese momento.

—Ay, me urge ir al baño. ¿Vas conmigo, Rosie? —preguntó Ady, mi salvadora.

—¡Sí! Vamos todas —dije, tirando de Isabella. Si creía que se saldría con la suya, estaba muy equivocada.

—No, yo mejor me siento con Ryan. No tengo ganas de ir al baño, pero sí mucha hambre —aseguró, prendiéndose del brazo rígido de Ryan.

Contrólate, Rosie. ¡No la mates con testigos!

Forcé una sonrisa y giré en mis tacones para escaparme al baño con Ady. Aunque la idea de dejar a Ryan cerca de Travis no era muy buena. Pero ¿qué podía hacer? Nada, solo esperar que él se controlara, al menos hasta que yo regresara.

Lo primero que hice al llegar al baño fue revisar mi móvil. Ciertamente, Isa le envió aquel mensaje a Travis y no escatimó en corazones y besos.

—¡Dios mío! Lee el final.

—Nunca hubo nadie más, siempre has sido tú. Te amo —recitó Ady en voz alta. Ese mensaje respondía una pregunta que hizo Travis antes: «¿Aclaraste tus sentimientos respecto al chico misterioso?».

—¡Es una víbora venenosa!

—¡Es la hija del diablo! Tuvo que entrar a mi habitación cuando me vestía y tomar mi móvil de la cama.

—Al menos no le escribió a Ryan —alegó Ady.

—No puede, su número está cifrado con otro nombre y me aseguro de borrar todos los mensajes, para prevenir. ¡Pero ya ves, no estoy a salvo!

—Lámalo, dile lo que pasó y él lo entenderá —propuso.

—No sé si sirva de algo.

—Al menos, evitará que asesine a Travis. ¿No viste su rostro? ¡Casi explota!

—Sí que lo vi. ¿Por qué crees que estoy tan preocupada? Ryan odia a Travis y, para colmo, me besó.

Inhalé y exhalé fuerte antes de marcar su número. Con un poco de suerte, lograría calmarlo.

—Ross ¿por qué ese idiota dijo que son novios? —preguntó, poco después de contestar—. Dejé muy claro que no quiero que lo uses como pantalla —desdeñó.

—Lo siento, Ray. Isabella le envió unos mensajes mientras me vestía y eso le hizo creer. No te enojas conmigo, por favor. Te prometo que arreglaré esto.

—¿Cómo? El muy imbécil lo acaba de publicar en el jodido *Twitter*, hasta llamó a tus padres delante de mis narices. ¡Esto es una mierda! —gruñó. Lo imaginaba tirando de sus cabellos o rascándose la nuca. Quería correr hacia él y abrazarlo y, a la vez, ahorcar a Isabella y, por qué no, a Travis también. ¡Anunciarlo en *Twitter* y llamar a mis padres! ¡Se volvió loco!

—Tengo que fingir que es verdad, al menos hasta que encuentre una forma de resolverlo —confesé. No podía hacer más nada. Si mis padres ya sabían, sería demasiado sospechoso que terminara el mismo día que inició.

—¡Mierda, no! No soporto que te toque, mucho menos que... ¡Te besó delante de mí, de nuevo! ¡Quiero matarlo!

—Lo sé, Ray. Y lo siento, de verdad. Yo soy la que menos quiero algo

con él y tampoco pretendo herirte, pero tienes que entenderlo.

—¡No puedo! ¡No quiero! —gritó—. ¿Qué pasaría si fuera al revés? ¿Te gustaría que besara a Ady, a Isabella o a cualquier otra chica?

Mi corazón dio un salto. ¡Claro que no! Solo de imaginar a Ryan con otra me destrozaba. Ya era suficiente dolor saber que quiso a alguien más, que su piel estaba marcada con la inicial de esa persona.

—Dile la verdad, dile que fue tu prima, lo que sea, pero no te quiero cerca de él, Ross —lo dijo con la voz notablemente herida.

—Ryan... —suspiré.

—Por favor, mi reina —pidió.

Las lágrimas se escaparon solas. Él estaba rogando que resolviera algo que no era fácil para mí. Lo entendía, sabía lo que mi cercanía con Travis le haría a sus sentimientos, pero ¿cómo hacía?

—Lo intentaré, Ray.

Abracé a Ady cuando terminé la llamada. Me sentía tan mal, tan frustrada.

—Lo resolveremos, Rosie —susurró, acariciando mi espalda.

Me sequé las lágrimas, dándome toquecitos con una servilleta de papel, e hice varias inhalaciones para serenarme. No podía pasar toda la noche encerrada en el baño.

Antes de salir con Ady, mi móvil vibró en mi mano con una notificación de *WhatsApp*. Desbloquéé la pantalla y vi el mensaje, era de Isadiabla, incluía un video de Ryan y yo besándonos en el árbol. *¡Nos vio! Peor que eso ¡Lo grabó!*

«*Si dejas a Travis, todos verán este video. ¡Todos, Rosie!*».

—¡Dios mío! ¡Se volvió loca!

—Déjamela a mí —gruñó mi amiga al ver el mensaje. La sostuve de la muñeca, para que no saliera del baño a atacar a mi prima, y le dije que no hiciera nada. No podía arriesgarme a que Isa cumpliera su amenaza. Si lo hacía, sacaría a Ryan de la gira y también de mi vida.

Tardamos un poco más en salir, había perdido la compostura y las lágrimas volvieron al acecho. Requerí de mucho valor y entereza para caminar hasta la cabina donde estaba Ryan, Travis y la víbora venenosa de mi prima. Ahora, mi mayor problema era: ¿dónde me sentaba? ¿Junto a Ryan o con Travis?

—¿Qué tal una partida de bolos? —propuse enérgicamente.

—¡Ay, no! Yo tengo hambre —replicó Isadiabla.

—La comida tardará un poco ¿no? Podemos jugar mientras llega — dispuso Ady. Se lo agradecería luego.

—Bien. Ryan y yo, contra Travis y tú. Lo siento, Adeline, tú puedes, no sé, limpiar las mesas mientras tanto —le dijo Isa.

¡Estúpida engreída! ¿Cómo se atreve?

—¿Crees que me ofende? —preguntó Ady con una sonrisa falsa, pero convincente—. Ayudar a mis padres es un orgullo para mí.

—Sí, como sea —siseó Isa mientras desocupaba la cabina.

Ryan me miró de reojo antes de seguir a mi prima hasta al puesto de zapatos, a donde lo invitó segundos antes. Leí la línea de sus pensamientos claramente, gritaba ¡arréglalo!, pero no podía, no sin consecuencias.

—Espera, Rosie —pidió Travis. Alcanzó mi cintura y me dio un beso en la mejilla. Traté de zafarme, pero él me sujetaba con fuerza, aunque sin hacerme daño—. Estoy tan feliz, muñequita —susurró con una sonrisa tierna—. Nunca más te soltaré.

—Creo que deberíamos tomarlo con más calma —encaré. Necesitaba que separara sus manos de mí antes de que se desatara el infierno.

—¿Con más calma te refieres a qué? —refunfuñó.

—No me siento cómoda con esto, tocarnos... besarnos delante de todos. ¿Entiendes?

—No le veo el problema, pero trataré de contenerme. No prometo mucho —dijo antes de soltarme.

Mejor eso que nada.

Luego de obtener nuestros zapatos, fuimos a la pista de bowling para iniciar el partido. Ryan se veía tenso, enojado y frustrado. No era para menos, lo entendía y hubiera deseado poder explicarle, pero no quería involucrarlo. Si él se daba cuenta de la amenaza de Isa, podría empujarme hacia la dirección equivocada, una que acabaría con nuestros planes.

Con una moneda, elegimos cuál equipo iniciaría el partido. Cara para Ryan e Isa, sello para Travis y yo. Salió cara. Ryan tomó la primera bola, una azul y, con toda pericia, la lanzó por el lustroso piso de la pista. La bola golpeó los pinos y los derribó en su totalidad. Isa celebró con aplausos y saltitos en su lugar.

Luego, llegó mi turno y, como no era buena en el juego, solo derribé dos pinos. Travis se acercó a mí, escondió un mechón de mi cabello detrás de

mi oreja y susurró que no pasaba nada. Aquel gesto me pareció tierno, pero era injusto para mi verdadero novio, quien tenía que fingir que no le importaba que él me estuviera tocando.

Ryan drenaba su impotencia con cada lanzamiento y cada vez lo hacía con más fuerza y determinación. Lo más seguro era que estaba imaginando a Travis al final de la pista, siendo golpeado por aquella pesada bola.

Una que otra vez, nuestras miradas se cruzaron y solo veía dolor en sus pupilas. Odiaba que sufriera así, odiaba tener que fingir que quería a Travis en lugar de a él, pero estaba entre la espada y la pared, sin otra opción más que seguir adelante con el plan que Isa trazó en mi contra.

Seguimos alternando sucesivamente entre los cuatro. La partida favorecía en puntuación a Ryan y a mi prima, más por él que por ella, en realidad. En nuestro caso, ni Travis ni yo éramos muy buenos y tampoco estaba esforzándome realmente para ganar puntos. Lo único que quería era salir de ahí y terminar con aquel suplicio.

—¡Ganamos! —celebró Isa cuando Ryan dio la última chuza, que derribó todos los pinos. Y, con toda la intención, se enganchó del cuello de mi novio. Me quedé de piedra cuando él la rodeó con los brazos y la elevó del suelo. ¡Por mi madre que lo quería matar!

¿Ves lo que se siente, no?, acusó mi voz interior.

Claro que sé lo que se siente, pero no tengo opción, él sí. Refuté.

—Bueno, al menos lo intentamos —comentó Travis con una sonrisa juguetona. Él no me disgustaba de un todo, al contrario, era divertido, cariñoso y muy atento. Pero no era Ryan, no era el chico que aceleraba los latidos de mi corazón.

—Ahora sí, vamos a comer —impuso Isabella, tirando de la mano de Ryan, rumbo al puesto de zapatos. Él se dejó llevar sin poner resistencia y eso me hizo hervir la sangre.

Mejor es que no me busque porque me va a encontrar.

Al llegar a la cabina, me deslicé junto a Ady, quien se quedó todo el tiempo sola, esperando la comida. Me sentí culpable, debí intervenir ante el comentario de mi prima e incluirla en el juego. Aunque Ady no se veía molesta e incómoda, ella era una persona con muy alta estima y nadie la hacía sentir menos nunca. Siempre decía que admiraba mucho a sus padres, que trabajar para nuestra familia era un honor que hacía con gusto. No lo haría por siempre, Ady quería estudiar economía en la universidad y mi padre

le prometió que pagaría sus estudios si cumplía con las calificaciones.

Yo, por mi parte, no tenía planes de ir a la universidad. Los últimos dos años estudié con tutores en casa, por aquello del acoso de la prensa y también de mis compañeros. Ser hija de una estrella de rock no es tan fácil como todos piensan. Tiene tanto ventajas como desventajas.

—Pedí pizza para todos. Espero no les moleste mi atrevimiento —dijo Ady con toda la intención.

—Gracias —concedí.

En ese momento, Travis se deslizó en el asiento junto a mí. Se había quedado rezagado, respondiendo una llamada. Ryan apretó su mandíbula, desde su lugar al lado de mi prima, cuando Travis rodeó mis hombros con su brazo.

¡Esto se pone cada vez mejor!, ironicé.

Por suerte, las pizzas no tardaron en llegar y mi “novio” me quitó su brazo de encima.

—¿Quieres de la mía? —ofreció Travis.

—Rosie es vegetariana —gruñó Ryan. El trozo que me estaba invitando él tenía jamón y tocino.

—¿Y eso qué? —replicó mi novio falso con altanería.

—Lo siento, desconocía tu ignorancia —burló Ray.

—¿Qué mierda pasa contigo, viejo?

¿Viejo? ¡Viejo! Serás tú, idiota.

Miré a Ryan con los ojos entornados, diciéndole con ello que no armara un lío que solo le traería problemas. Él tenía todas las de perder si se atrevía a pegarle a Travis, puesto que había al menos dos guardaespaldas cuidándolo.

Ryan se levantó del asiento y se alejó bufando, rumbo a la salida. Quería correr para alcanzarlo, pero no podía, por razones obvias.

—Es un imbécil —espetó Travis.

—No es así —defendí—. Ha pasado por algo duro y está haciendo un esfuerzo.

—Es todo un friki[13] demente. Solo hay que ver la pinta que lleva para saberlo —desdeñó.

—Para que sepas, ese “friki demente” es mi familia y no permitiré que hables así de él.

Una cosa era seguirle el juego a Isa y otra permitir que Travis hablara mal de Ryan.

—Muñeca, no quise...

—Creo que la fama se te ha subido a la cabeza. Sabes que odio a la gente prejuiciosa —añadí con disgusto. Tuve la intención de dejar la mesa, pero Isa hizo un gesto que me detuvo. ¡Me tenía!

—Iré a ver a Ryan —saltó a decir la muy cínica.

—Creo que mejor nos vamos ya, se me quitó el hambre.

—Lo siento, muñeca. No te vayas así —suplicó Travis con evidente arrepentimiento, pero no podía más, necesitaba hablar con Ryan. Necesitaba irme de ahí.

—Hablaemos mañana, Travis —sentencié antes de irme.

Ryan estaba frente a la puerta, con los brazos cruzados sobre su pecho y respirando fuerte. Quise acercarme, pero en ese momento aparecieron Edy y Avery para custodiarme fuera del bowling, porque los paparazzi seguían ahí.

Me tocaría esperar hasta llegar a casa para intentar solucionar el enorme lío en el que me metió la hija de la maldad.

—¿Travis estaba contigo? ¿Es verdad que harán un dueto juntos? ¿Participará en el tour de tu padre? —alcancé a escuchar de parte de los paparazzi, mientras corría hacia la *Tahoe*. Una vez dentro del auto, exhalé con frustración

¡Todo es culpa de Isabella! ¿Por qué me hace esto?

Aquella pregunta me llenó de impotencia y nostalgia. Tenía la esperanza de que en verdad la guerra entre ella y yo hubiera terminado. Miré hacia la ventanilla durante el regreso a casa, mientras lágrimas silenciosas y amargas se deslizaban por mis mejillas. ¡Todo se estaba desmoronando!

Al llegar a casa, Ryan se bajó de la *Tahoe* a toda prisa y caminó hacia su caravana, pisando fuerte. De nuevo, no pude seguirlo, eso me pondría en evidencia delante de mis custodios, que no escatimarían en irle con el cuento a mi padre.

Caminé con Ady hasta la entrada, mientras Isa nos seguía detrás, muy de cerca. Al cruzar la puerta, encontré a mis padres abrazados en el recibidor, estaban susurrándose algo al oído que no alcancé a escuchar. Aclaré mi garganta para llamar su atención; mamá escondió el rostro en el cuello de papá, apenada.

—Me habría gustado saber la noticia por ti —refirió papá. Me tragué el nudo que se formó en mi garganta y apenas pude decir «lo siento»—. Al menos, Travis había hablado conmigo días atrás, pero quiero que confíes en

nosotros, princesa. No me gusta ser duro contigo, bien lo sabes, solo procuro cuidarte —razonó.

—Lo sé, papi. Es que él estaba tan emocionado que no resistió la tentación. Incluso, me tomó por sorpresa que te llamara antes de que yo misma pudiera decirles.

—Lo entiendo. Me gustaría hablar mañana con los dos —resolvió.

—¿En la noche te parece bien? Quedé con Cristy y Jaz para ir por el vestido de mi fiesta.

Alargar la conversación me daría tiempo de buscar una salida, si es que encontraba alguna. Isabella usó muy bien sus cartas. Debí suponer que algo así pasaría. Esa tregua era demasiado para ser verdad, pero quizás la deseaba tanto que no me detuve a pensar.

—Bien, princesa. Isa también puede ir contigo a elegir algo para ella —impuso.

—No sé si sea buena idea, ella y Jaz no se la llevan.

—Isabella es tu prima. No puedes dejarla de lado por una de tus amigas. *¡Esto es el colmo! Jaz es mejor persona que ella. ¡Mil veces!*

—Gracias, tío, pero quedé con Ryan mañana. Me enseñará a usar la guitarra, como te comenté aquel día ¿recuerdas?

¡Se está pasando de la raya! ¡La odio tanto!

—Pero Rosie no estará. Mejor lo dejas para otro día —dijo mi madre. *¡La amoooo!*

Isabella asintió con una sonrisa falsa que cualquiera notaría. Bueno, mi padre no, él no era bueno en reconocer la maldad en las personas.

Me despedí de mis padres después de eso. Él día fue demasiado largo y agotador para mi gusto y, lo peor, no había acabado. Subí las escaleras, casi de dos en dos, y me enclaustré en mi habitación para idear un plan que me sacara de aquel predicamento. Apenas alcancé a quitarme las sandalias cuando escuché dos toques en la puerta. Caminé hasta ahí a regañadientes, no quería hablar ni ver a nadie... menos a ella.

—¿Qué quieres? ¿Regodearte en mi miseria? —espeté. La víbora venenosa no respondió y se metió a mi habitación como Pedro por su casa.

—¿Qué hice para merecer esto?! —grité, luego de cerrar la puerta con seguro.

—Una tontería nada más, nacer —contestó sin inmutarse.

—¡Eres mi prima, Isabella! No entiendo tu odio, tu rencor. No sabes lo

que has hecho.

—Sí que lo sé. ¡Te separé de Ryan!

—¿Por qué? —inquirí sin ocultar mis lágrimas.

—¡Porque tienes todo lo que yo no! Tus padres perfectos, tu casa perfecta... tu voz perfecta. ¡Hasta los chicos se inclinan ante ti! Ryan, Chad... Travis. ¿Qué les haces? ¿Es por sexo?

—¡Estás loca! —grité.

Isabella se levantó de la cama, donde se había sentado al entrar, y me miró a los ojos. Los suyos se veían rojos, brillosos, a punto de romper en llanto.

—Tú no sabes nada. Tú no ves a tu madre borracha todos los días llorando por el infiel de tu padre. Tú no escuchas cómo se pelean las pocas veces que ha ido a vernos. ¡Nunca has tenido que enfrentar la vida! Tienes todo a tus pies y ni tienes que esforzarte para conseguirlo —se secó las lágrimas con furia y luego me dio la espalda.

—Lo siento, Isa. Yo no...

—No quiero tu lástima, Rosie.

—¿Qué quieres entonces, mi destrucción? No es mi culpa que pases por todo eso, lo sabes.

—Lo que yo quiero, tú no puedes dármelo —sollozó.

—¿Y qué es eso?

—Que mis padres me quieran —admitió.

Escucharla me partió el corazón. No sabía que sufría tanto y quizás desde cuándo. Ella tenía razón, tenía todo a mi alcance: Fama, fortuna, el amor de mis padres, a Ryan... amigas.

Cuando era niña, ella siempre trataba de llamar la atención de su madre, pero a mi tía Marlene le importaban más su manicure francesa y las tardes de spa que estar con ella. Hubo un tiempo que la internaron en la clínica, por su problema de anemia, y mamá tuvo que acompañarla porque mi tía estaba en la semana de la moda de New York.

—¿Por eso viniste a casa? ¿Estás buscando afecto? —pregunté.

—¿Sabes cuánto daría porque mis padres se preocuparan por mí, al menos un poco? No les importa nada. Llevo chicos a casa y los meto en mi habitación. Ya ni sé con cuántos me he acostado —confesó—. A veces pienso que es mejor morirme.

—¡No, Isa! No digas eso. Mi papá te quiere, mi madre, la abuela

Mónica... yo —admití.

Isa se secó las lágrimas y me encaró, dejándome ver la tristeza y el dolor en sus ojos.

—¿Me quieres? ¿A pesar de todo lo que te hice? —asentí. Ella era mi familia, no importaba lo que hiciera. Y sí, quizás también la odiaba, pero era un sentimiento que quedaba de lado en momentos como esos.

—¿Por qué eres tan buena? —se cubrió el rostro con las manos y sollozó entre ellas.

—Podemos hablar con mis padres, contarle lo que está pasando para que traten de ayudar —propuse.

—¡Nadie puede ayudarme ahora, Rosie! ¡Estoy embarazada!

—¡Ay Dios! —grité.

—¡Lo ves! Y no te he dicho lo peor, no sé quién es el padre. ¡Soy una zorra!

Mi corazón se contrajo en un puño apretado. No pensaba que estuviera metida en tantos problemas. Isa apenas tenía diecisiete años y estaba embarazada. ¿Qué se suponía que hiciera? Ni yo sabía qué hacer para ayudarla.

En ese momento, alguien tocó la puerta. Isa susurró que no dijera nada y se escondió en el baño. Corrí a abrir y exhalé con alivio al ver que era Ady. Tiré de ella y la metí a la habitación. ¡Necesitaba toda la ayuda que pudiera!

—No sé cómo decirte esto, Rosie —murmuró con la mirada clavada en el suelo.

—¿De qué hablas?

—Es Ryan... —Los latidos de mi corazón se detuvieron. ¡Pensé lo peor!

—¿Le pasó algo? ¿Está bien? Dime que está bien —supliqué.

—Se ha ido —admitió.

—¿Se fue? ¿A dónde? —negó con la cabeza y luego me entregó un papel arrugado. Reconocí la hoja, era de mi cuaderno de espiral. Lo desdoblé y al leer lo que decía mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Oh mi Dios, Ryan!

Lo que escribí ahí fue producto de la rabia, esa noche cuando me dejó, después de nuestro beso en el auto.

“Del amor al odio solo hay un paso y tú me empujaste hacia él. Trazaste el camino, destruiste mi alma... me dejaste en total oscuridad. Este

amor fue un castigo, tenías razón. No debí quererte, Ryan Wilson, y espero que dónde estés lamentos lo que hiciste. Quiero que sufras como yo, quiero destruir tu corazón y hacer de ello una canción”.

Debajo de mis palabras, había una pregunta.

«¿Cómo le rompes el corazón a alguien que lo ha perdido?».

—También me dio esto —me entregó el cordón rosa con la letra “R” que le regalé hace años, cuando me dio mi primer beso—. Lo siento, Rosie —musitó con pesar.

Salí corriendo de la habitación para buscarlo. Tenía que explicarle que eso fue antes, cuando estaba herida, que hablaba la rabia, el dolor... la impotencia.

Al abrir la puerta de mi casa, un dolor agudo penetró cada parte de mi ser y se arraigó en mi corazón. ¡Su caravana no estaba! ¡*Se fue!*

CAPÍTULO 22

Regresé a mi habitación hecha un mar de lágrimas. Me dolía el corazón... el alma. Me costaba hasta inhalar el aliento que me hacía respirar. Me tumbé en la cama y me hice un ovillo, reclusando mi dolor entre mis brazos y piernas. Él se fue, me dejó y, lo peor, no sabía si volvería. El aluvión de emociones desbordaron mi intelecto, no podía razonar, ni pensar en una solución que lo regresara a mí.

Lamenté haber escrito esas palabras. Lamenté haberlo herido más de lo que ya estaba. Al pensar en aquel papel arrugado, recordé su interrogante.

¿Qué significa que ya ha perdido su corazón? ¿Habla de mí o de Sydney? ¿Estoy volviéndome loca!

—Perdóname, Rosie. No pensé. Yo solo... —balbuceó Isa a un lado de la cama.

—Vete de aquí, Isabella —dije con el poco aliento que tenía.

—Trataré de resolverlo, lo llamaré. Le diré la verdad... —se apresuró a decir.

—¿Cuál verdad? ¿Qué fue lo que le dijiste? —le pregunté, dando un salto de la cama. Los ojos me ardían por el llanto, el corazón quemaba mi pecho con cada latido. ¡Necesitaba a Ryan para sanar mi pena!

—Lo siento. Te juro que lo hice sin pensar.

—¡Termina de hablar! —instó Ady.

Isabella se frotó la sien con nerviosismo y tomó asiento al borde de la cama. Me quedé de pie, con los brazos cruzados y la respiración desecha.

—Lo seguí cuando tú lo llamaste y escuché la conversación —dijo sin mirarme—. Después que terminó de hablar contigo, me acerqué y le dije que estabas jugando con él, que habías planeado hacerlo desde antes y que no dejarías a Travis. Él no me creyó, entonces le dije que tenía una prueba, que la encontraría en su caravana.

—¡Dios, Isabella! —dije con lamento y me llevé las manos al pecho para contener mi dolor. ¡Ryan pensaba que jugué con él!

—Estoy tan arrepentida —confesó, llorando.

—¿¡De qué sirve ya!? ¡Se fue!

—Lo arreglaré, Rosie.

—¡Se fue, entiéndelo! ¿Cómo lo vas a arreglar?

—Solo necesito llamarlo. Le diré lo que hice, lo de Travis, la amenaza. ¡Todo! Ten mi teléfono, borra el video por ti misma para que veas que no miento.

Le tomé la palabra, borré el mensaje y revisé sus cuentas de email para asegurarme de que no lo envió a nadie más. Después, marqué el número de Ryan en mi teléfono y le dije que hablara con él delante de mí, con el altavoz activo. La voz ronca de Ryan respondió, pero era el mensaje del buzón.

—Ahí va tu plan —espeté con rabia. Su odio arruinó mis esperanzas. Arruinó todo lo que más me importaba—. Sal de mi habitación, Isabella. Necesito descansar, mañana me toca enfrentar más de la mierda que me arrojaste.

—Lo siento —volvió a decir, como si con eso resolviera algo.

Di la vuelta, me tumbé en la cama boca abajo y me cubrí hasta la cabeza con las sábanas. ¡Quería desaparecer!

.....

No tengo idea de a qué hora me dormí, lloré hasta caer rendida. De no ser por las benditas cortinas, que se abrían puntuales a las ocho de la mañana, exponiendo los poderosos rayos del sol, ni me hubiera levantado.

«Buenos días, muñequita», escribió Travis.

Gruñí de rabia. Por culpa de mi endemoniada prima, estaba en un lío enorme. *¡Toda la prensa me acribillará! Ya imaginaba los titulares: «¡Noviazgo fugaz!». «Rosie Keanton, la rompe corazones».*

¡Ah! Quería viajar al pasado y evitar todo eso.

Después del mensaje de Travis, mi teléfono no dejó de vibrar con notificaciones. ¡Tenía miles de mensajes de odio! Todos de las fan de Travis. ¡Hasta recibí amenazas de muerte!

¡Esto se termina hoy!, sentenció.

«Tenemos que hablar en persona», le escribí.

«En dos horas iré a tu casa, muñeca. Te quiero».

¡Dios! Pensé que ya había escapado de Travis y de nuevo me encuentro en la posición de lastimarlo. ¡Es tan injusto!

Me levanté de la cama, muy a mi pesar, y tomé una larga ducha tibia. Necesitaba relajarme, recomponer mi rostro desencajado, al menos un poco.

Al salir de la ducha, me metí en el armario para escoger un outfit que me sirviera para mi cita con Jaz y Cristy. Tenía que seguir con mis planes o mis padres sospecharían. Escogí un top blanco, una falda azul de tablón y unas sandalias bajas, más tarde las cambiaría por unos tacones de plataforma. Me recogí el cabello en una trenza y escatimé en maquillaje, no tenía ánimo para nada más.

Salí de mi habitación y crucé el pasillo hasta la habitación de Isabella. Cuando abrió la puerta, le dije que se vistiera, que Travis venía para la casa y necesitaba que admitiera la verdad. Su rostro palideció, pero asintió.

Bajé las escaleras y fui directo a la cocina para desayunar. Hambre no tenía, pero mis padres no consentirían que me saltara tan importante alimento.

—Buenos días, princesa. Te ves hermosa —refirió papá.

—Gracia, papi —lo saludé con un beso en la mejilla, igual a mamá, y me senté en mi puesto habitual en el comedor.

Marie comenzó a servir los platos una vez que Isabella llegó a la mesa, quien se veía muy pálida y sudorosa. Aquello me alarmó, con su embarazo, y la anemia, podía estar en peligro. Sabía que mis padres tenían que saber lo que le estaba pasando, pero necesitaba hablar con ella primero para preguntarle qué quería hacer.

El desayuno consistió en waffles con miel y jugo de naranja, pero Isabella apenas alcanzó a terminar un waffle y medio vaso de jugo. No sabía mucho de embarazos, pero seguro estaba sufriendo de fatiga matutina.

Papá no dijo nada de Ryan en el desayuno, quizás aún no había notado la ausencia de su caravana frente a la casa. Me mordí la lengua y no pregunté por él, lo menos que necesitaba era ponerme en el radar de su ausencia.

Luego de comer, me fui con Isa a la sala, donde esperaba recibir a Travis. Le pedí a Ady por *WhatsApp* que se apostara frente a la puerta, a esperar su llegada. Respondió que ahí estaría.

—¿Te sientes bien? —le pregunté a Isa.

—No mucho. Hoy me levanté revuelta —admitió, mientras se secaba el sudor de la frente con el dorso de la mano. No solo se veía pálida, también nerviosa.

—Creo que deberías decirle a mis padres —sugerí con sinceridad. En ese caso, no podía reparar en mi disputa con ella. Un embarazo eran palabras mayores.

Mi prima asintió con tristeza, con la mirada perdida en algún punto de la sala. Sentí pena por ella, sus problemas eran más grandes y reales que los míos. En cierta forma, lo de Ryan y yo tenía reparo, en cambio lo suyo...

«Llegó», escribió Ady.

—Travis ya viene. Solo confesarás que fuiste tú la que enviaste el mensaje y lo demás lo diré yo. ¿De acuerdo? —asintió. Estaba muy corta de palabras esa mañana.

—¡Mi amor! —exclamó “mi novio” con emoción al verme y no tardó en abrazarme. Aparté el rostro cuando intentó besarme en la boca y él frunció el ceño—. ¿Qué pasa, muñeca?

—Siéntate, por favor —le pedí seria. Él miró hacia Isabella y preguntó:

—¿Qué carajos le dijiste?

—¿Por qué le gritas? —reclamé. Isabella comenzó a llorar y se cubrió el rostro. *¿Qué está pasando aquí?*

—No le creas nada, mi amor —pidió con los ojos entornados.

—¿De qué hablas?

—Te mentí ayer, Rosie. Sé quién es el padre —balbuceó mi prima—. Travis es el padre de mi hijo.

—¿El qué? —gritó exasperado—. ¡Estás loca!

—¡Sí, imbécil! ¡Me embarazaste! ¿Vas a decir que no me follaste cuantas veces te dio la gana?

¡Ay Dios! ¡No lo puedo creer!

—¿Qué fue lo que dijiste? —preguntó mi padre desde el umbral.

¡Ahora sí que se desató la tercera guerra mundial!

—Señor Keanton, yo... —tartamudeó con el rostro pálido como la cal.

—¿Cómo fuiste capaz? —gritó mi padre furioso—. Isabella es una niña. Y no solo eso, ¡te involucraste también con mi niña! Dime que tú y él no... —indagó, mirándome. Sacudí la cabeza, no sé cuántas veces, para negarlo. *¡Gracias a Dios que no tuve sexo con él!*

—Eso fue antes de venir aquí, antes de que usted me llamara —se excusó el muy imbécil. ¡Cómo si eso cambiara los hechos!

—¡Dios mío! Es verdad entonces —dijo papá con el aliento ahogado. Mi corazón latía fuerte por la conmoción. Era mucho para asimilar: perder a Ryan, enterarme que Travis se acostaba con mi prima mientras me juraba amor... ¡Mi prima embarazada de mi ex!

—Sí, estuve con ella, pero me cuidé, usé preservativos —admitió

exacerbado. Parecía que le iba a dar un infarto y no sentía ni pisca de lástima por él.

—El 1% —murmuré. Lo leí en el libro del señor Wilson. En él hablaba de eso, de los fallos de los preservativos. Tenía un capítulo entero del tema, contaba que la concepción de Ryan no fue planificada, sino un fallo de los preservativos, y quizás pasó lo mismo con ellos.

—¿Qué dijiste? —preguntó mi padre con la mirada clavada en mí.
¡Bien bueno, pues! Me convertí en su blanco.

—El libro de mi tío Axxel dice que... —enuncié nerviosa.

—El uso del preservativo, como método anticonceptivo, puede fallar —completó Ryan, detrás de nosotros.

¡Oh mi Dios! ¿Está aquí? No se fue. ¡Está aquí!

Miré hacia la puerta, para comprobar que ciertamente era él. ¡Sí, lo era! Estaba usando el mismo atuendo de ayer y se veía desencajado, como si no hubiera pegado un ojo en toda la noche.

Contuve el deseo de saltar hacia él y colgarme de su cuello para rogarle su perdón, pero no podía hacer eso delante de papá, y menos con todo el lío que se había armado con Isa y Travis.

—Sí, lo he leído —mencionó papá con la voz apagada. Lo que vi en sus ojos me estremeció. Era una mezcla de decepción, culpa y algo más que no pude descifrar. *¡Qué Dios me libre de herirlo de esa manera!*

—¡Pero puede ser de cualquiera! —eludió Travis, desesperado y, quizás, esperanzado de que la criatura no fuese suya. No debió decir eso si apreciaba su pellejo.

—¿Qué mierda acabas de decir? —gruñó mi padre, empuñando el jersey de Travis con sus manos. No sé ni cuándo llegó hasta él. Se movió como Flash.

Ryan intervino, apartando a papá del cuerpo escuálido del embaucador de Fisher.

¡Yo hubiera dejado que papá le pegara una buena zurra en su rostro de ángel!

¡Ja! Ángel caído, será!, burló mi voz interior.

—¡Es tuyo, Travis! Estoy segura —gimoteó Isa desde su puesto en el sillón.

¿Será verdad? Bueno, no metería las manos en el fuego por ella, no sin protección.

—Vete de mi casa, imbécil. Ya haremos las pruebas de ADN cuando sea oportuno y, si eres responsable, te harás cargo —advirtió mi padre, hecho una fiera. ¡Nunca lo vi tan enojado!

Travis asintió con los labios y el ceño fruncido y salió de la sala como un endemoniado.

Me acerqué a Isabella y la abracé para contenerla, se veía tan turbada que me dio mucha pena. Su vida se estaba derrumbando y lo menos que podía hacer era tratar de ser su apoyo.

CAPÍTULO 23

Acompañé a mi prima a la habitación, a pedido de papá. Él vio lo afectada que estaba y decidió dejarla descansar. Mi madre no tardó en subir a la habitación con un té para Isabella para que calmara sus nervios.

Después de terminarse la bebida, se acostó en la cama, apoyando su cabeza en el regazo de mi madre. Ella la arrulló como a una niña pequeña y le acarició el cabello hasta que se quedó dormida.

Los ojos se me pusieron aguados y una que otra lágrima se desbordó por mis mejillas. No solo por ver la dulzura de mi madre con Isa, una chica que no llevaba su sangre, sino por todo lo que me confesó el día anterior: lo dura que fue su vida, la carencia de afecto con la que creció, los pleitos de sus padres... su promiscuidad. Quizás Travis no era el padre, pero admitió estar con ella y era un buen candidato.

En ese momento, agradecí que mis padres me cuidaran tanto. Entendí que ellos solo querían lo mejor para mí, que me amaban mucho y era algo que debía valorar como el tesoro máspreciado.

Hablé con mi madre al respecto, le dije lo que mi prima me contó y le pedí que no la dejaran sola, que lo más seguro era que mi tía Marlene no asumiría su responsabilidad. Mamá me abrazó y me dijo que era una niña buena, que odiaría verme en una situación similar. Le contesté que estuviera tranquila, que seguía conservando mi virtud para el hombre que me amara como merecía.

—Eres muy madura, Rosie. Gracias por ser así —dijo conmovida.

—Pero soy humana, mamá. Puedo equivocarme, quiero que lo sepas. No te digo que seguiré el camino de mi prima, pero no quiero que me idealices —advertí.

Ella sonrió con esperanza y me volvió a abrazar. Esa mirada lo valía todo, ella confiaba en mí y me respetaba como persona. Aunque le estaba mintiendo con Ryan. Pero era diferente, él me quería, me respetaba y sabía que nunca eludiría su responsabilidad, si algo así pasaba.

Bajé con mamá hasta la sala y de ahí separamos nuestros caminos, ella iba a buscar a papá, para hablar de Isabella y yo, bueno, a tratar de solucionar todo con Ryan.

«**¿Podemos hablar?**», le escribí.

Mi corazón cobró fuerza cuando vi la palabra “escribiendo” en la pantalla.

«¿Dónde?».

«**Debajo del árbol**».

«En veinte minutos, estoy con algo ahora».

«**Llevaré a Ady**».

Respondió con un pulgar hacia arriba.

Estaba asustada. No sabía en qué punto estábamos. Sus respuestas eran breves y secas ¿Me odiaba? ¿Iba a terminar conmigo? ¿Serían los veinte minutos más largos de mi existencia!

Subí a mi habitación para buscar mi pulsera, la que me regresó cuando se fue. Si todo salía bien, esperaba que la recibiera de vuelta. Sabía que si la seguía conservando, después de tantos años, significaba mucho para él.

Ady me estaba esperando en el inicio de las escaleras cuando bajé. Se veía nerviosa, quizás por todo el asunto de mi prima.

—Mi madre tuvo la conversación conmigo —murmuró Ady apenada. Me reí entre dientes de forma involuntaria y ella me miró con una ceja enarcada, pero luego comenzó a reírse a carcajadas—. Lo he leído, sabes. Sexo con Sentido —comentó cuando su risa se apagó.

—Yo lo llevo por la mitad y es bastante bueno. Ryan me resaltó algunas partes, creo que con un propósito.

—¿Él es, tú sabes...? —sugirió.

—No lo sé —respondí, cubriéndome el rostro—. Una vez me preguntó qué tanto hicimos Travis y yo. Creo que piensa que no soy virgen.

—Y cómo no, si gritaste en el comedor que no eras pura y santa —bromeó.

—Bueno, ni pura ni santa, pero virgen sí —alegué con una mezcla de orgullo y vergüenza. Sabía que muchas chicas a mi edad tenían un gran kilometraje en esa área y, en cierta forma, eso me hacía insegura. Aunque, sabiendo lo que le pasó a Isa, no quería ganar experiencia en ese plano y terminar con mi domingo siete[14].

—Ahí viene tu rey —burló “mi amiga”.

Mi cuerpo inició su ascenso vertiginoso, cual carrito de parque de diversiones. La presencia de Ryan hacía eso conmigo, me llevaba de paseo en

una montaña rusa intrincada y peligrosa de la que bajaba ronca y con los pelos de punta... con todo gusto, debo aclarar.

—Estaré contando las piedritas del sendero —bromeó Ady.

—Hola, Ross —saludó él sin ton ni son. ¿Dónde estaba la sonrisa de Ray, esa que ilumina mis días nublados?

—¿Ya no soy tu reina? —pregunté con desilusión. Ryan se estremeció, como si mi comentario le lesionara la piel.

—Me pediste hablar, aquí estoy. Habla —espetó. Contuve las lágrimas que picaban en mi garganta. Odiaba sentirlo a tres metros de mí, me lastimaba.

—Escribí eso hace mucho, la noche que te fuiste a Miami. No era verdad, Ray. Solo mentiras que trataban de sepultar mi dolor. Y lo de Travis...

—Fue Isabella, lo sé. Me envió como cien mensajes —asentí.

—¿Por qué me tratas así? —pregunté con la voz herida. Ryan me miró con turbación, como si la respuesta fuera tan dura de admitir como de entender. Temblé de miedo y desconcierto. ¡No quería perderlo!

—Te mentí, Rosie. No la he olvidado —confesó. Me derrumbé en llanto y dolor. Sentía los pedazos de mi corazón cayendo en el suelo como trozos de hierro caliente.

—Pe-pero dijiste que... me querías, Ray —balbuceé.

—No mentí en eso, pero no sabía que seguía sintiéndome así hasta que leí tu carta. Analicé mi corazón y descubrí que seguía en pedazos. Es injusto para ti, Ross.

—Ryan... —suspiré.

—Ahora sé que todo es mentira, pero en su momento, cuando creí que jugabas con mis sentimientos, que no me querías, sentía que moría de nuevo, como cuando perdí mi corazón. Y tengo miedo, Ross. Estoy paralizado y no puedo moverme.

—¿A qué le temes?

—A amarte con tanta fuerza que perderte signifique mi ruina. Mi corazón ya está débil, apenas sobrevive, y no puedo exponerlo a tanto dolor.

—No me vas a perder, Ray. Te lo prometo —supliqué.

—¿Cómo se cumple algo así? Tienes una vida por delante, apenas comienzas a brillar y no puedo ser egoísta, no puedo pretender que estés conmigo tras bambalinas cuando puedes llevar una vida normal con otro.

—¿Otro? No hay otro, Ryan. Eres el único, eres el hombre que quiero para mi primera vez.

Mi comentario hizo mella en su interior, lo noté. Le estaba confesando que nunca había tenido sexo con nadie y sus ojos destellaron en reconocimiento.

—Ross... —susurró con la voz entrecortada. Pero después de aquel breve traspié, dijo—: Me halaga que me concedas ese privilegio, lo juro, pero quiero que entiendas mi punto. Es duro para mí verte y no poder tomar tu mano o besarte como quisiera. Odio que llevarte a una cita sea un imposible, que nos tengamos que ver a escondidas...

—Son pretextos, Ray. Si fuera ella, si delante de ti tuvieras a Sydney... —Él entornó los ojos y dio un paso atrás.

—¿Quién te habló de ella? ¿Qué te dijeron? —inquirió alterado.

—Entonces es de ella que estás enamorado —musité con un profundo dolor.

—No dije que la amo, dije que...

—No la has olvidado —completé mientras me secaba las lágrimas.

—Te quiero a ti, Ross. Lo sabes —reafirmó.

—¿Entonces por qué estás renunciando? ¿No se trata el amor de arriesgarlo todo sin importar lo que depare el futuro? ¿No dijimos que tomaríamos el riesgo? —lo pregunté llorando a moco tendido.

Ryan me alcanzó y me apretó en un abrazo tan fuerte como el dolor que estrujaba mi alma. ¡No quería que acabara! Nuestra historia tenía mucho camino que recorrer, lo sabía... lo anhelaba.

—No renunciaré, mi reina. Perdóname. Soy un estúpido cobarde que insiste en herirte —dijo con pesar.

—No hay nada que un beso no cure —dirimí.

Ryan se separó lo suficiente para mirar mi rostro y me concedió la cura que aliviaría todos mis quebrantos. Fue un beso tan tierno y dulce como sus ojos avellanas. Moriría encantada, ahogándome en el néctar de sus besos.

—Esto es tuyo, Ray. Y te pido un favor, no me lo devuelvas nunca más. Al menos no, si piensas regresar.

Le entregué mi pulsera en la mano y él apretó el puño, encerrándola en su mano.

—Gracias, Ross.

—Por otra parte... Necesito que hablemos de ella. Si queremos que

funcione, seremos sinceros. Yo responderé a tus preguntas, todas, y tú harás lo mismo por mí.

—Está bien, solo te pido un poco de tiempo. ¿Es posible? —me preguntó mientras secaba el trayecto que dibujaron mis lágrimas en mis mejillas. Asentí.

—¡Trescientas piedrecitas! Eso tardaron en arreglar su asunto. En billetes de los verdes eso serían ¡trescientos dólares! —dijo Ady con su humor característico.

—O mejor una tarde de compras —ofrecí, mientras abrazaba a mi novio por la cintura.

—Hecho. Asegúrate de marcar *Rodeo Drive*[\[15\]](#) en el GPS —sugirió con picardía.

—Me salió cara la muchacha —bromeé, pero ella merecía la luna si la pidiera.

CAPÍTULO 24

Esa tarde salí de compras con mis amigas. No fue fácil persuadir a los paparazzi, aparecían de la nada como cucarachas asquerosas, avasallándome con preguntas, todas con el nombre Travis de por medio. *Rodeo Drive* se convirtió en *Rodeo Tortura*, pero al final pude comprar un hermoso vestido para mi fiesta de cumpleaños. Ady también escogió un modelito que moldeó su esbelto cuerpo, ese que se empeñaba en esconder tras blusas y vestido holgados.

Con Jaz y Cristy, hablé de mi fiesta, eludiendo todo lo que incluyera a Ryan. Ellas no eran de fiar. En cuanto a Travis, les dije que se había acabado, que sus haters me estaban destruyendo y la relación no era tan sólida para sostenerse por mucho. Eso pareció persuadirlas, además usé una carta bajo mi manga, *Green Rock* tocando en mi fiesta. Jaz casi hace estallar las copas de cristal en las que nos sirvieron los cócteles, sin alcohol.

Me despedí de mis amigas dos horas después y me fui con Ady a casa. Al llegar, vi el auto de mi tía Marlene estacionado en la entrada. Mi estómago dio un vuelvo, imaginaba todo el drama que reinaría en casa y lo mal que la estaría pasando Isa. Por un momento, quise tener otro lugar a dónde ir.

¿Y si tengo uno?

Ady bajó las bolsas de las compras y se adelantó con su padre dentro de la casa. Les dije que entraría en unos minutos, luego de terminar de enviar un mensaje. Pero era mentira, tenía otro plan. Bajé la colina hasta la caravana de Ryan y le di dos toques a la puerta. La ventanilla de vidrio ya no estaba rota, la había reparado.

Estaba nerviosa, nunca había entrado en su espacio y me moría de ganas por conocerlo.

—Hey, tú —saludé con nerviosismo y es que él no llevaba camiseta ¡Vi su torso descubierto en todo su esplendor!

¡Dios mío, ten piedad!

—Ross, ¿está todo bien en casa? —preguntó preocupado.

—Eh, sí. Yo solo... eh... vine a verte. ¿Puedo pasar?

¿Nerviosa yo? No, lo siguiente.

Ryan esbozó una sonrisa pequeña, pero poderosa. *¿Puede ser más*

lindo?

—No es tan grande como tu habitación, pero es un buen lugar —dijo, mientras abría la puerta en pleno para que pasara.

Subí los dos escalones con total torpeza, hasta me resbalé y Ryan tuvo que socorrerme, sujetándome por la cintura. Y por Dios y mi madre que morí y resucité.

El interior de la caravana era más acogedor de lo que pensaba... Y ordenado, además. Los rockeros tienen fama de ser desordenados, pero él podía ser la excepción a la regla.

Me senté en el sofá ubicado a la derecha, justo detrás de los asientos del auto. Frente a él, había un escritorio de madera con tres cajones al costado y una computadora portátil sobre ella. Un televisor plano colgaba en la esquina superior derecha, detrás del puesto del acompañante. La cocina, estaba ubicada a la izquierda, en la misma hilera que el sofá que estaba ocupando. La conformaba una estufa, un lavaplatos y un microondas, todo de acero inoxidable. Además, había alacenas con puertas de madera a lo largo de la cocina y dos más sobre el sofá. Al final, habían dos puertas, asumí que una era el baño y la otra la habitación.

Noté también los afiches de bandas conocidas, y otras no tan famosas, que cubrían la pared izquierda y, en la misma, colgaba la guitarra eléctrica de Ryan dentro de su estuche.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó mi exquisito novio, con los brazos en jarra sobre sus caderas.

¿Me gusta? ¡Te amo, mi rey!

—Es... una linda casa, Ray —dije con dificultad. Él notó mi nerviosismo y caminó hasta el fondo de la caravana. No le quité un ojo de encima mientras buscaba una camiseta limpia.

Disfruté cada segundo de su torso expuesto y lloriqueé en mi interior al verlo desaparecer detrás de una camiseta negra. Quería rebobinar la escena previa una y otra vez.

—¿Encontraste algo lindo? —preguntó, sentándose a mi lado en el sofá. Su brazo izquierdo cobijó mis hombros y me recosté en su pecho.

—Sí, ya lo verás en mi fiesta —respondí emocionada.

—Espero que no sea como aquel vestido negro de la fiesta de tu amiga. Juro que terminaré en prisión si usas algo así de nuevo.

No bromeaba, lo dijo muy en serio. *Pobrecito mi novio celoso.*

—¿Lo dices por el largo o por la tela faltante en la espalda?

—Lo primero no me molesta ni un poco —afirmó sin siquiera pensarlo.

—¿Te gustan mis piernas, Ray? —sonreí.

—Mejor pregunta qué no me gusta de ti.

—Umm, y cuál sería la respuesta.

—Que no me has dado un beso —respondió, acariciando mi hombro.

—Pues manos a la obra —resolví y no perdí tiempo. Aquel beso incluyó labios, lengua, caricias, gemidos roncros, calor intenso y sed, mucha sed uno del otro.

Sostuve mis manos sobre sus pectorales mientras él deslizaba las suyas por mis omóplatos. Por otra parte, su lengua trazaba un camino hacia mi clavícula de una forma ardiente, deliciosa... perturbadoramente exquisita.

—Ryan... —susurré extasiada y, a la vez, ansiosa por más. La tira de mi top se deslizó fuera de mi hombro, exponiendo aquel tramo de mi piel para él. Ahí, sentí un beso húmedo, luego el candor de su lengua moviéndose con pericia y, más tarde, descendiendo hasta a mi pecho. Me sentí mareada y excitada al extremo cuando sus dedos delinearon la línea de mi escote, erizando mi piel.

—¿Confías en mi, Rosie? —preguntó con voz vibrante.

—Por completo, mi amor —admití. Sí, lo amaba con cada poro de mi piel y sabía que me cuidaría.

—Creo que deberías irte —pidió con suplicio. Lo vi en su mirada plétora, me deseaba con su vida y me amaba con todo su corazón.

—Primera y segunda base —delimité. Sus ojos brillaron en consecuencia. Quería tocarme tanto como yo deseaba tocarlo a él.

—Te respeto mucho, Rosie, quiero que lo sepas. Si me atrevo a besarte así es porque tu nombre esta tatuado en mi corazón con tinta de fuego y nunca nada lo borrará. Te quiero presente en el final de mis días.

—Hasta el final, Ray —prometí.

El puso la tira de mi top en su lugar y luego me dio un beso suave en los labios. Me acurruqué en su pecho y me embebí su exquisita fragancia de *Lacoste*.

—Quiero una de tus camisetas empapadas de tu perfume —solicité.

—Y yo quiero tu piel diluviando sobre la mía, siempre.

—Algún día así será, Ray.

—Algún día, hasta la eternidad.

No sé si pasaron segundos o minutos antes de escuchar dos golpes al cristal de la puerta de la caravana. Los nervios me tomaron entera. *¿Nos descubrieron?*

—¿Rosie, estás ahí? —preguntó Ady.

—Hora de irme, Ray. Te quiero —besé sus labios y luego salí de su casa.

—¿Qué crees que haces? —reclamó Ady con disgusto.

—No me sermonees, chiquilla —me burlé.

—Pues esta chiquilla te ha salvado el pellejo. Tenemos dos minutos. ¡Corre! —ordenó.

—Espera, Ross —pidió Ryan y me dio una bolsa de papel. Sonreí al ver que estaba desnudo del torso para arriba. ¡Me dio su camiseta!

Le lancé un beso mientras Ady me arrastraba colina arriba, sin entender cuál era el apuro. Entramos a casa por la puerta del garaje y no por la principal, como normalmente lo hacía.

—¡Se armó la grande, Rosie! —dijo alarmada—. Tu tía Marlene quiere que Isa... dijo aborto —susurró.

Me cubrí la boca con la mano para ocultar un grito. Sentí mucha pena por mi prima, nadie merecía una madre como esa. ¡Era terrible!

—Tu padre pegó el grito al cielo, por supuesto, pero Marlene dice que Isa es su hija, su responsabilidad y que él no puede intervenir. Entonces él dijo algo de pedir su custodia y ella intentó llevarse a Isabella a la fuerza y ya te imaginarás el drama.

—¿Y entonces?

—Isabella gritó que se iba a suicidar si se la llevaba.

—¡Oh mi Dios! —exclamé con una profunda pena en mi pecho.

—Bueno, en fin, te fui a buscar porque mamá preguntó por ti y le dije que estabas en el garaje. Ella iba a ir por ti y yo me ofrecí a hacerlo.

—Gracias. No es el mejor momento para que descubran mi noviazgo con Ryan.

—¡Que si no!

Minutos después de entrar, los tacones de mi tía Marlene repicaron en el piso de mármol del pasillo hasta alcanzar el vestíbulo. Se veía furiosa, como un demonio de ojos negros y hostiles. Cerró la puerta con un azote y se fue.

Caminé hasta la sala, donde mis padres trataban de consolar a mi prima. Era una escena devastadora. Ella encontró condena cuando lo único que

necesitaba era amor y comprensión. No defiendo lo que hizo, claro está, pero mi tía era tan o más responsable como Isabella. *¡Ahí tenía su manicura perfecta y sus tardes de spa!*

Entré a la sala con sigilo, tratando de no alterar el orden con mi presencia, y me quedé ahí, abrazando la bolsa de papel que Ryan me dio antes de que mi amiga me subiera arrastras.

—Cariño, creo que sería bueno que Isabella durmiera contigo esta noche —sugirió mamá con los ojos apagados.

—Está bien —respondí. Entendía su preocupación, Isa podría cumplir con su amenaza y hacer algo lamentable. No solo necesitaba amor, también ayuda profesional.

—Gracias por apoyarme en esto —sollozó con tristeza.

—Lo haremos mientras tú lo quieras, preciosa —aseguró mi madre, acariciando su mejilla.

Poco después, subimos las escaleras hasta mi habitación. Llené la tina para Isabella y la ayudé a desvestir para que tomara un baño. No quise dejarla sola, temía lo peor.

Veinte minutos después, Isa estaba acurrucada en mi cama, usando uno de mis pijamas. Cerré la puerta de mi habitación con seguro, me desvestí y deslicé la camiseta de Ryan por mi cabeza. Desde esa noche, no necesitaría más mis *Sleepy Jones*[\[16\]](#).

Me acosté de espaldas a Isa, cerré los ojos y recordé cada caricia, cada beso... cada palabra que me regaló Ryan minutos atrás. Nuestro amor era lo más bonito que me había pasado en la vida y, dormir con su olor pegado a mí, maravilloso.

CAPÍTULO 25

Los días siguientes corrieron veloces hasta el veintidós de agosto, la fecha más importante para nuestra familia por celebrarse mi cumpleaños y el aniversario de mis padres. Ese día, la casa se llenaba de flores, obsequios y muchas felicitaciones.

Cuando desperté en la mañana, no estaba sola, Isa estaba a mi lado y había sido así los últimos nueve días. Todas las noches me decía que esa sería la última, pero al final siempre terminaba en mi cama. Mis padres la llevaron al obstetra unos días atrás y dijo que todo estaba bien. Solo su hemoglobina un poco baja, pero no era nada que unas vitaminas, y una dieta balanceada, no pudiera resolver.

Según la ecografía que le practicaron, tenía diecisiete semanas de embarazo. ¡Qué ironía! Pero, pese a todo el problema que suponía un embarazo a su edad, Isa se veía más tranquila. Al menos, ya no lloraba cada noche y había visto que se acariciaba el vientre hasta quedarse dormida.

¿Travis? A ese no lo vimos más por casa, pero sí que estaba activo en las redes sociales y hasta había comenzado a viajar por las ciudades del país para promocionar su nuevo álbum, como si nada pasara.

Mi prima juraba y perjuraba que el bebé era de él, que no estuvo con nadie más en esas semanas y, aunque me tilden de tonta, le creía. ¿Para qué iba a mentir después de descubrir la verdad?

—¡Feliz cumple, Rosie! —dijo Isa con una sonrisa.

—Gracias, prima. ¿Te sientes bien esta mañana? —pregunté. Casi todos los días se despertaba descompuesta y terminaba de rodillas en el piso del baño, delante del wáter.

—Milagrosamente, sí. Creo que ya pasé la etapa de las arcadas —dijo aliviada—. Te tengo un regalo.

Sonreí mientras esperaba que me diera mi primer obsequio. Lo tenía escondido debajo de la cama. Me entregó el paquete, que estaba envuelto en papel de regalo verde menta, mi color favorito.

—Rómpelo ya —me apuró. Era un papel tan bonito que me daba pesar rasgarlo, pero al final lo hice.

—Es hermoso, Isa. Gracias —Era un diario con empastado de cuero

marrón en la cubierta y mi nombre en relieve. Tenía un pequeño cerrojo con tres engranajes y números, para asegurarlo con una clave.

—Es mi forma de decir lo siento, ya sabes, por lo de la hoja que arranqué de tu cuaderno. Ahora, puedes escribir lo que quieras y estar segura de que nadie lo leerá sin tu consentimiento.

—¡Aw! Me vas a hacer llorar —dije conmovida.

—Bueno, mejor ve a cambiarte antes que te encuentren con la camiseta de Ryan —instó.

¡Es verdad! Mis padres no tardarán en llegar con mi tarta.

Me di una ducha rápida, para ganar tiempo. Quería esmerarme en mi peinado y en elegir un atuendo para robarme suspiros, todos de mi rey.

Me decanté por un vestido de algodón color verde agua de cuello redondo y mangas cortas. Se me ceñía hasta la cintura y de ahí, la falda caía libre en abertura tipo “A”. El largo no alcanzaba mis rodillas, para mostrar las piernas que tanto le gustan a Ray. Me calcé los pies con unos tacones fucsia de suela corrida. El detalle final fue un collar de plata, con la inicial de mi nombre, decorada con pequeños diamantes. No ostenté en maquillaje, solo un poco de rímel, colorete y brillo labial. Y el cabello me lo dejé suelto, con rulos gruesos.

—¡Vaya! —pronunció Isa al verme—. Ryan va a flipar.

—Espero que no babeé delante de mis padres —bromeé.

—Envíale una foto para que esté prevenido —sugirió.

—Umm, haré algo mejor.

Me tomé una selfie en la terraza de mi habitación, con los rayos del sol reflejándose en mi cabello, y la publiqué con las palabras: «Feliz cumpleaños para mí». Las notificaciones no pararon y la reacción de Ryan no tardó. Aunque, antes de eso, ya me había enviado un mensaje de cumpleaños, que no vi hasta ese momento.

«De todos los cumpleaños, este es el más especial porque es la primera vez que puedo decirte: feliz cumpleaños, novia». Y, por supuesto, me cantó el *Happy Birthday* con su masculina y preciosa voz. *¡Lo amo!*

«Opacas el sol con tu belleza, mi reina. Te quiero».

«Y yo más a ti».

—¡Buenos días, princesa! —saludó papá desde la puerta. Mamá estaba a su lado con una tarta de chocolate en la mano.

Pero no estaban solo, en pocos minutos, mi habitación se llenó: Ady,

Marie, Edy, mis abuelos —Henry y Mónica—, mi tía Ming, Akira, Chris y él, el castaño que me hacía alucinar.

Todos comenzaron a cantar la popular canción y, al terminar, soplé la vela con el número veinte, que se apagó y encendió varias veces. ¡Velas mágicas! Las amas y las odias.

Después de eso, pasé de un abrazo a otro, hasta llegar a Ryan. ¡Me abrazó delante de mis padres! ¡Sí! Estaba justificado, era mi cumpleaños, ¡Podía abrazarme!

¡Oh, su perfume y su calor! Era el mejor cumpleaños de mi vida, y apenas comenzaba.

—Te esperamos en la cocina, cielo —dijo mamá.

—Vamos, Isa —le dije a mi prima, quien estaba sentada en la cama. Se veía tan triste.

—Ahora los alcanzo, quiero hablar con mis abuelos un rato —dijo con nostalgia. Ellos no habían tenido la oportunidad de hablar con ella, llegaron la noche anterior de Londres, un viaje que tenían planeado desde hacía meses.

Al salir de la habitación, encontré con Ryan en el pasillo. Mi corazón se transformó en una orquesta de viento que vibraba en mi pecho y liberaba adrenalina por mis venas. Miré alrededor, asegurándome de que nadie pululara por ahí, y me colgué de su cuello para besarlo.

Su boca recibió la mía con gusto y ávido deseo, teníamos dos días sin poder saludarnos como era debido y lo echaba tanto de menos. La calidez de sus manos abarcaron mi espalda baja, mientras las mías se extendían por su pecho ondulado y macizo... y no era lo único duro de su anatomía que pude sentir.

¡Dios! Cuanto deseo brotaba de mi cuerpo, manaba como una fuente y caía en un cuenco vacío, porque no podía ser llenado... al menos no en pleno pasillo.

—Te quiero tanto, Ross —susurró abrazándome.

—¿Tanto que abrumba? —pregunté, mordiéndome el interior de mi mejilla.

—Tanto que duele y me paraliza, mi reina. Ya no tengo remedio ni punto de retorno, tienes todo mi corazón y el poder de mi vida en tus manos.

Suspiré conmovida. Y, con lágrimas en los ojos, le dije—: Y tú tienes el mío, Ray. Cada parte de él.

Lo abracé con fuerza, deseando que el tiempo se detuviera, que aquel momento durara una eternidad. *¿Se vale soñar, no?*

—Ahora tu obsequio —anunció con emoción—. Compré un dije para ti, es la mitad de un corazón. La otra la llevo aquí, junto a la “R” que me obsequiaste hace tiempo —dijo con ilusión y me mostró la cadena tipo militar que escondía debajo de su camiseta, de la que pendía la “R” de mi nombre y el dije con el corazón dividido.

Me quité mi cadena y se la di a Ryan, para que le añadiera mi obsequio. ¡Fue tan dulce!

—Algún día, la mitad de mi corazón se unirá con el tuyo para siempre. Es una promesa, Ross —estableció mientras colgaba la cadena en mi cuello.

—Ryan... —sollocé, con las lágrimas corriendo por mi rostro sin reparo. No podía creer que él fuera real, que sintiera un amor tan puro y verdadero por mí. Ni mis mejores sueños se equipararon con aquel momento.

—No llores, mi reina. Me duele ver lágrimas en tus preciosos ojos grises.

—Son de dicha, Ray —confesé con una media sonrisa.

Luego de un último beso, bajamos las escaleras para ir a la cocina por una porción de tarta. Yo llegué primero, Ryan un poco después, para no levantar sospechas.

Ese día, no vi más a Ryan hasta que llegamos al club, dónde celebraríamos mi fiesta de cumpleaños. Estaba de pie en la entrada, apoyado contra la pared, con los brazos cruzados. Al verme, liberó los brazos y vi en sus ojos sorpresa, emoción y deseo. Toqué el dije que me regaló como un reflejo y sonreí. Ese era nuestro secreto, nuestro pacto... nuestra ancla al futuro.

Mi vestido para esa noche —elaborado por Alba Swant, una diseñadora poco reconocida, pero muy talentosa— era perfecto, ceñido al cuerpo y del largo predilecto: hasta la mitad de mis muslos. Franjas horizontales en tonos morados, fucsias y plateados, se intercalaban a lo largo del vestido, decorado con lentejuelas que destellaban al reflejarse con las luces. No podían faltar unos tacones altos que estilizaran mis piernas y me otorgaran unos centímetros más.

Susie, mi estilista favorita, se esmeró en mi peinado y maquillaje, creando ondas gruesas y sueltas en mi melena dorada; y usando tonos suaves en mi rostro, nada extravagante. El vestido ya era bastante llamativo.

Ryan, por su parte, lucía muy apuesto con una camisa blanca con líneas grises y pantalones y zapatos casuales. Fue un gran gesto que lo hiciera, y me encantaba su aspecto, pero amaba aún más su estilo punk rock. No necesitaba una versión distinta de su personalidad para que “encajara” en mi vida.

—¿Lista, Ross? —preguntó con una sonrisa más brillante que las lentejuelas de mi vestido.

—Creo que sí —dudé. Al final si planeé una entrada triunfal, pero nada comparado con lo de Jaz. Mi padre tuvo una idea que me pareció genial: salir al escenario para hacer mi debut como solista, interpretando nuestra canción, sí de Ryan y yo, esa que llevaba mi letra y sus notas, esa que compuso cuando éramos unos niños... la misma que usó la noche que me pidió que fuera su novia.

Pero, aunque estuvimos ensayando los últimos días en el estudio, y no era la primera vez que me presentaba en un escenario con público en vivo, estaba muy nerviosa.

Tú puedes, Rosie. ¡Lo harás bien!, dije como un mantra. Tenía que salir, mi padre ya estaba en el escenario preparado para anunciarme y también los músicos que lo habían acompañado en cada uno de sus tours.

Ryan tomó mi mano y le dio un apretón, dándome aliento. Lo miré a los ojos y solo con eso me bastó para desbaratar el miedo y construir mi voluntad.

—Mi canción es para ti, Ray. Te quiero —susurré bajito. Él asintió con una sonrisa y acarició mi mano con el pulgar.

Caminé con él de la mano hasta el final del pasillo, donde me entregó mi micrófono, el que usaba en cada concierto, uno decorado con pedrería rosa.

Cuando papá anunció mi nombre, mi corazón se agitó. Había tantas emociones de por medio que por poco rompía en llanto, pero no lo hice, salí al escenario que dispusieron para esa noche y recibí los aplausos y vítores con una gran sonrisa.

—Gracias por venir a mi fiesta. Si están aquí, es porque son una parte esencial de mi vida. Los quiero —dije con voz segura.

Esperé que los gritos cesaran y luego les conté de la canción que cantaré esa noche. Mencioné a Ryan como el compositor estrella y a Zeke, nuestro arreglista, y demás músicos que participaron en la producción. También le agradecí a mi padre por todo lo que me había enseñado a lo largo

de los años, no solo como músico, también como ser humano. Y no pude dejar de nombrar a mi madre, quien con su amor y valiosos consejos siempre me animó a buscar mis sueños. Finalmente, anuncié la canción, la cual titulé *Te Quiero*.

Miré hacia atrás y le hice la señal a Ian —el baterista de papá, y esposo de mi tía Ming— para que marcara el inicio de la canción. Le guiñé un ojo a Ryan, quien estaba a mi izquierda, y luego volví la atención al público.

Después de escuchar los tres golpes de las baquetas, la música dio inicio. Empuñé el micrófono y lo acerqué a mis labios, preparándome para cantar, y entonces dejé de escuchar la guitarra de Ryan. Miré atrás, donde se suponía que debía estar, y vi como se alejaba hacia el fondo del escenario. Me giré hacia el otro extremo, donde papá tocaba su guitarra y entorné los ojos.

«Canta, princesa», articuló. No quería hacerlo sin Ryan, eso era para los dos. ¡Lo quería ahí!

Negué con la cabeza, pero papá insistió. Cuando los músicos repitieron la entrada, decidí cantar, no quería defraudar a mi padre y tampoco a mis invitados.

Al terminar la canción, cientos de aplausos valoraron mi primera canción inédita. ¡La amaron! Mi madre sonrió desde el público y me dijo que me quería. Le respondí que yo también y le lancé un beso. Fue un momento emotivo con sentimientos adversos entre alegría y tristeza. No podía entender porqué Ryan se fue del escenario, porqué abandonó nuestra canción. Estuve a punto de llorar, pero me contuve.

Ady, Isa, Jaz, Cristy y Akira subieron al escenario y me rodearon con un abrazo grupal. ¡Los quería tanto!

Después de aquel abrazo, dejamos el escenario libre para que papá cantara algunas de sus canciones. Luego, el Dj se encargaría de la música y, más tarde, *Green Rock*.

Me paré en primera fila junto a mi madre, quien me dio un abrazo fuerte y un beso.

—Para mi princesa con todo mi amor —dedicó papá al micrófono. Ian tocó las baquetas y la música inició, con la melodía de la canción *Mi Princesa de Cuentos*. Hablaba del amor verdadero, de ese que nace en el corazón y penetra tus huesos, de descubrir en un par de ojos grises la dulzura y recobrar la esperanza. Hablaba de mí, de la princesa que llenó su vida de

magia, amor y sueños.

Ya no pude contenerme más, lloré como una niña pequeña y no me importó. Mi padre estaba dejando su corazón en ese escenario por mí y lo valoraba con mi vida, lo amaba con todo mi corazón. También drené mi tristeza por la ausencia de Ryan, pero eso solo lo supe yo y tal vez mi mejor amiga Ady.

Las siguientes canciones que eran dedicadas a mi madre, no había una letra en la que no estuviera su nombre. Le di un último abrazo a mamá y le dije que iría por algunas bebidas. Ella aceptó de buena gana, sin mirarme siquiera, estaba embobada con el espectáculo de hombre que tenía delante, Peter Keanton.

Mi intención era ir por Ryan, pero quedé atrapada en un mar de felicitaciones y abrazos. Cuando finalmente puede huir a la tranquilidad del fondo del escenario, le pregunté a Ady si vio a Ryan. Dijo que no, que quizás se fue por la puerta trasera.

—¡No lo entiendo! Él se veía bien tras bambalinas y de pronto se fue, así como si nada.

—¡Llámalo! Usa mi teléfono —Tomé su móvil y marqué el número de Ryan. Al cuarto tono, respondió.

—¡Ray! ¿Estás bien? ¿A dónde fuiste?

—Ross, lo siento tanto —dijo con desazón.

—¿Qué paso? ¿Por qué te fuiste?

—No puedo decírtelo ahora, pero estoy bien. Disfruta tu fiesta, mi reina. Nos veremos mañana.

—¡No! ¡Necesito verte! —supliqué.

—Ahora no puedo, lo siento. Pero no olvides que te quiero mucho.

—¡Ryan, por favor! —grité, pero ya había terminado la llamada.

CAPÍTULO 26

Estar en aquel escenario me trasladó al pasado, a la terrible noche en la que mi vida se desmoronó.

Cada día, a lo largo de los últimos años, la escena se había repetido en mi cabeza, me había perseguido cuando intentaba dormir y me horrorizaba inclusive despierto. Se me hacía imposible desligarme del pasado, del recuerdo de Sydney, que seguía clavado en mi pecho y no dejaba de doler, unos días más, otros menos, pero aquella pena no se iba, como dijo tío Maison.

¿Y cuándo dolía más? Cuando me encontraba pensando que, si aquello no hubiera pasado, no estaría con Ross y eso me hacía sentir como un monstruo. Y es que la culpa es como un veneno que corroe el alma y el egoísmo como una maldición que condena los intentos de redención.

Sentía que corría en una caminadora, siempre en el mismo punto, que no podía avanzar, que por mucho que intentara desvincularme de mi pasado, este seguía frente a mis ojos, acusándome, señalándome, gritándome a la cara que era culpable. Y sí, lo era, ¿pero no había pagado ya con mi corazón? ¿Por qué tenía que sufrir Ross por mis transgresiones?

No, no lo merecía. Debí estar para ella, debí ser valiente para tocar nuestra canción.

—¡Soy un cobarde! ¿Hasta cuándo lo seré? —grité en medio de mi angustia.

—¿Ryan? —pronunció la voz que acallaba a mis demonios.

—¿Ross, eres tú? —pregunté con una mezcla de duda y esperanza.

—¡Ryan, gracias a Dios! Pensé que te habías ido —dijo mientras me abrazaba. La llovizna de su aroma refrescó las llamas del infierno que amenazaban con consumirme. Ross retraía la vileza de mi interior y restituía mi corazón. ¡Ella me complementaba!

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Eres muy grande para pasar desapercibido —respondió con una risita nerviosa—. Los de seguridad me dijeron que subiste a la azotea.

—No deberías estar aquí, Ross. Todos vinieron a celebrar tu fiesta y tus padres...

—Ellos creen que me fui a cambiar el vestido —dijo mirándome con sus preciosos ojos grises, en los que vi miedo y, a la vez, mucho amor. Esa noche estaba hermosa, más de lo que ya era. Y, por muy afectado que estuviera por los recuerdos de mi pasado, no pude contener el deseo de hundir mis dedos en su cabello dorado y abrazarla contra mí, agradecido con ella por tenerme paciencia, por tener fe en mí cuando ni yo mismo la tenía, por quererme con todos los demonios que le había dejado ver... por estar conmigo.

Y es que la amaba, sí. La amaba tanto que no encontraba consuelo, que sufría imaginando los peores escenarios. Temía que algo tan oscuro como el infierno se atreviera a ostentar mi pedazo de cielo.

—Lo siento, Ross. Lo siento tanto.

—¿Por qué te disculpas? ¿Me vas a dejar, es eso? —preguntó angustiada.

¡Dios, Ross! ¿Dejarte? ¿Cómo? Si mi vida es tuya. ¿Es que no se lo he dicho? No, no le he dicho que si un día la pierdo, no me quedará nada más.

—Nunca te dejaré. A menos que eso quieras —confesé.

—Entonces, ¿qué pasó allá abajo? —Cerré los ojos y exhalé, no estaba preparado para esa confesión—. No tienes que decirlo, sé que es por ella. Lo veo en tus ojos, Ray. No puedes dejarla.

Se alejó de mis brazos, dando pequeños pasos atrás, negando con la cabeza... perdiéndose en una oscuridad que no le pertenecía.

—Es verdad, pero no es lo que tú piensas —murmuré mientras me acercaba hacia ella.

—No puedo seguir así, Ryan. No puedo luchar contra algo que no entiendo, que no te atreves a debelarme.

¡Mierda! Está llorando. Ross está llorando de nuevo por culpa mía.

—No es tu batalla. No tienes que pelear contra nada. Lo único que tienes que saber es que nunca la quise a ella como te quiero a ti.

Sé que comparar a Syd con ella era un pecado, que no debí colocar en una balanza lo que sentía por Ross y lo que sentí por ella, pero era como querer respirar debajo del agua, imposible. Y no me mal entiendan, quise mucho a Sydney, planeé mi vida a su lado, diseñé nuestro futuro y le hice promesas en base a ello, pero, como se lo dije un día a Rosie, ella siempre fue mi primera opción. Y, si no me atreví a imaginar un futuro a su lado, fue porque siempre pensé que sería como construir castillos sobre las nubes. ¿Y

saben qué pasa con las nubes? se desvanecen, tarde o temprano, chocan con otra y se convierten en lluvia.

Entonces, al mirar aquella balanza, el peso siempre se inclinaba hacia Ross. Porque la había querido desde que supe lo que era enamorarse y la había deseado desde que alcanzó la edad permitida para imaginarla sobre mi piel.

—Pero, ¿por qué te sigue torturando? ¿Por qué te obliga a dejarme sola, cuando cantaríamos nuestra canción? —sus preguntas fueron acompañadas por quebranto y tristeza en su voz.

Me estremecí, al mismo tiempo que mi corazón latió fuerte, golpeando mi caja torácica a causa del miedo, del dolor, de la desdicha que me causaba prepararme para decir la verdad, una verdad que nunca pronuncié en voz alta, aunque no por ello era un secreto, al menos no para mi familia.

—¡Rosie! La gente comienza a preguntar por ti —gritó su amiga Ady, nuestra cómplice más comprometida.

—Te prometo que mañana hablaremos. Te diré lo que necesites para que entiendas por qué te dejé en el escenario. Pero, por favor Ross, no dudes de lo mucho que te quiero —supliqué, acariciando sus suaves mejillas.

—Entonces vuelve a la fiesta. No te escondas aquí cuando te necesito cerca de mí —pidió.

¿Qué clase de idiota soy? Hacerla llorar y suplicar por mi atención, cuando lo único que debería es hacerla sonreír.

Me sentía tan furioso por lastimarla el día de su cumpleaños que quise golpearme contra la pared. Pero encontré una mejor forma de plagar mi ira, besándola.

Mis sentimientos más viles se fueron alejando, a medida que su boca correspondía a la mía. Sus labios sabían a cielo, a gloria, a un milagro divino, concedido a un ángel caído como yo. Y es que al tener sus labios en los míos, mis manos en su cintura y las suyas en mi pecho, la oscuridad se disipaba.

Volví a la fiesta antes que Rosie, ella en verdad iba a cambiarse su vestido y, aunque quería intervenir en aquel proceso, no me era permitido. Algún día esperaba tener la dicha de develar su cuerpo solo para mí. Lo deseaba.

Me mezclé entre la gente lo más que pude, ahí no conocía a nadie, más que a los amigos de Rosie y a sus padres. Fue una pena que mi familia no pudiera ir, mi hermano Sam se enfermó de nuevo, la tercera vez ese año. Mis

padres estaban preocupados, temían que fuese algo grave y, lo peor, los médicos no habían dado con un diagnóstico.

—¿Qué mierda haces tú aquí? —le espeté al idiota de Chad cuando lo vi entre la gente.

—¡Hey, Wilson! —saludó despreocupado.

—¿No te quedó claro el mensaje, imbécil? Te quiero a kilómetros de ella —advertí.

—Tengo un pase en la mano. ¿Lo ves? —sacudió un pedazo de cartón purpura en el aire.

Apreté los puños, preparado para partirle la cara en cualquier momento, y le dije—: Yo también te tengo un pase, pero al infierno. Si no te maté esa noche, fue por ella, pero mis deudas contigo van en aumento y nunca olvido una.

—Está bien si defiendes lo que es tuyo, hablo de la música, pero déjame decirte, amigo, que Rosie Keanton no es la niña pura que aparenta. Al menos, media ciudad probó su esencia, y ni te digo las pollas que ha tenido en su perfecta boquita.

No pude contener mi ira y le partí la jodida boca con un solo golpe... pero no me detuve, lo seguí golpeando hasta que su rostro comenzó a sangrar.

—Mierda, Ryan. ¿Qué es lo que pasa contigo? —preguntó Peter, apartándome de Chad.

Obvio, yo soy el problema. ¡No sería de otra manera!

—Se volvió loco y comenzó a pegarme —acusó Chad.

—No menos de lo que te mereces, pedazo de mierda —reñí.

—Llévatelo, Avery. Y búscale hielo para las manos —ordenó.

—No sin que sepas lo que hizo —advertí.

—¿De qué hablas? —preguntó Peter en voz baja.

—Intentó abusar de Rosie —confesé, usando el mismo tono que él. No me importaban las consecuencias, con gusto iría a prisión por los golpes que le di.

—¿Que él qué? ¿Por qué no lo supe? —reclamó indignado.

—Hay que arreglar esto en privado, señor —sugirió Avery junto a nosotros. Entendí de lo que hablaba cuando noté que la gente estaba mirando con atención todo el asunto. Lo menos que quería era estropear la fiesta de Rosie.

Es que soy un idiota. Chad solo estaba provocándome y caí como

pendejo.

Peter asintió y él mismo se encargó de levantar a Chad del suelo. Y, por como lo agarraba, no creí que le estuviera haciendo un cariño.

Caminé detrás de ellos hasta la puerta trasera del club, no iba a dejar que aquel idiota diera una versión distorsionada de los hechos.

—¿Es verdad lo que dijo Ryan? —preguntó Peter, casi gritando.

Él no era el tipo que perdía las formas, pero era comprensible, yo en su lugar estaría peor. Y lo estaba, con la mierda que sí. Si me daban una oportunidad, le patearía las pelotas hasta que no le sirvieran ni para adorno.

—Claro que no, él solo está cabreado por sus estúpidas canciones ¡que nadie quiere comprar!

—¡Está mintiendo, Peter! No se trata de unas jodidas canciones. Fue en la fiesta de la amiga de Rosie, unas semanas atrás. ¡Tuve que quitárselo de encima! —aseveré.

—¡Ella se lanzó sobre mí! ¡Estaba borracha! —Ni bien dijo eso, Peter arremetió contra él, adelantándose a mí. Es que si no lo mataba él, lo hacía yo.

—¿Cómo te atreves a hablar así de mi hija? —gruñó entre dientes.

—¡Pues porque es una zorra! —Se atrevió a decir. Peter conectó un puño en la mandíbula de Chad, que lo elevó en el suelo y lo envió contra la pared. Luego, avanzó de nuevo, dispuesto a darle más golpes.

Yo también di varios pasos hacia él, para unirme a la masacre, pero Avery me sostuvo. En ese momento, aparecieron Kurt y Henry, impidiendo que lo matara.

—Te quiero fuera de Los Ángeles, Chad. ¿¡Escuchaste!?! Nadie toca a mi hija sin pagar las consecuencias.

—¡Ja! Como si fuera el primero. ¿Verdad, Ryan? —sugirió. Peter me miró con disgusto y mi estómago se sacudió. Si creía esa mentira, estaba jodido, toda su furia recaería en mi contra.

—Déjalo. Creo que está drogado, Peter —alegó Henry en defensa.

—¡Los voy a denunciar! —amenazó mientras se secaba la sangre de la boca con la mano.

—¡Hazlo, Chad! Haz público todo esto para que así sepamos a cuántas niñas has tratado de lastimar —contraatacó Peter—. Es más, llamaré ahora mismo a tu padre, imagino lo feliz que estará con la joyita de hijo que tiene.

—¡No! ¡Le juro que no soy un violador! Se lo dije a Rosie, solo estaba

cabreado y quería asustarla.

—¿Asustarla?! ¡Maldito imbécil! —Avery sujetó a Peter por la espalda para contenerlo mientras Chad se encogía en la esquina de la pared.

—Ya me encargo yo, Peter —convino Henry—. Vuelve con Rosie, debe estar preguntando por ti.

—¡Sácalo de aquí, Henry! —ordenó. Este asintió—. Vamos, Ryan.

Lo seguí por el pasillo hasta alcanzar la puerta del club. Antes de entrar, se detuvo, me miró fijamente y luego dijo con voz cansada—: Gracias por cuidar a mi niña, Ryan —apoyó su mano en mi hombro y lo palmeó dos veces.

—No tienes que agradecerme, Peter. Ella estaba a mi cargo y era lo menos que podía hacer —admití. Aunque no era toda la verdad. Peter asintió mientras se suavizaba los nudillos, no estaba acostumbrado a pelear como yo —. Busquemos hielo para tu mano, y quizás un buen trago para los nervios —sugerí.

—Eres de los buenos, Ryan —alegó con un destello en su mirada.

No era bueno, pero deseaba ser mejor para Ross. Y, mientras siguiera ganando puntos a mi favor, podía ser un sueño realizable.

Entramos al club, donde la música de *Green Rock* estaba sonando desde el escenario. Ross estaba junto a Ady, Isa, Cristy y Jazmin, coreando la canción de la agrupación. Sonreí hacia ella unos segundos y luego aparté la mirada como precaución. Sabía que, si seguía admirando su belleza, terminaría corriendo a su lado y besándola hasta dejarla sin aliento.

Seguí a Peter a la barra y pedimos un par de cervezas. Carrie, la madre de Ross, no tardó en aparecer al lado de su esposo con un gesto estoico, por lo que decidí huir por la derecha y tenía a dónde ir, hacia mi reina hermosa.

—¿Dónde estuviste metido? —preguntó Ross por encima de la música cuando me paré a su lado.

—Con Peter, luego te digo —prometí. Ella sonrió sin apartar sus ojos de los míos. Lo leí en su mirada, me estaba diciendo que me quería y yo, como un buen novio, le correspondí.

A las doce de la noche, una enorme tarta de cuatro pisos apareció en medio de la pista. Veinte velas encendidas iluminaron la oscuridad, aunque ni todo el fuego del planeta brillaba tanto como ella, ni el Sol.

Feliz cumpleaños, Ross. Produje en mi mente y, tal vez, hasta la besé.

CAPÍTULO 27

No había tenido oportunidad de hablar con Ryan desde hacía dos días, cuando celebramos mi fiesta de cumpleaños. Papá lo mantuvo ocupado, grabando hasta altas horas de la noche. Eso era normal, dado que solo quedaban unas semanas antes de iniciar la gira. ¡Gajes del oficio!

Estuve en el estudio un par de veces, con la sola intención de verlo. Si era lo único que podía hacer, entonces no me lo perdería.

Sus mensajes de buenos días nunca faltaron, y tampoco otras más en los pequeños descansos que tomaba para comer o ir al baño.

—Hoy me llamó mi padre —dijo Isa, sentada en el sillón de mi habitación. Estaba hojeando las páginas de *Sexo con Sentido*.

—¿Qué te dijo?

—¿Qué crees? Se va a casar este fin de semana y dijo, en pocas palabras, que no estaba invitada. Ya sabes, su hija embarazada no es aceptable.

—Lo siento, de verdad. Pero sabes qué, no lo necesitas. Nos tienes a nosotros.

—Debí leer antes este libro —murmuró—. Escucha esta parte.

“Cuando conocí a Mel, cuando realmente la conocí, más allá de ver su trasero caliente en vaqueros apretados, supe que era la indicada. ¿Cómo? porque reconocí a mi corazón latiendo en mi pecho, les juro que antes no tenía uno. El punto al que quiero llegar es que, al encontrarla, descubrí la diferencia entre tener sexo y hacer el amor y, aunque algunos giren los ojos y nieguen con la cabeza, les digo con toda certeza: esperen a la indicada o indicado, en el caso de las chicas. Sonará muy bíblico, lo sé, pero vale la pena seguir los latidos de tu corazón, no los de tus genitales. El coito en sí no dura mucho, pero el amor, ese puede durar toda la vida, si tomas las decisiones correctas”.

—Esto es... inspirador —suspiró con melancolía—. Yo me equivoqué mucho, tomé malas decisiones y ahora tengo un bebé en mi vientre. ¿Qué será de su vida? No creo que Travis asuma su rol, ni cuando sepa que en verdad es suyo.

Caminé hasta el sillón y tomé sus manos para decirle:

—Sé que no es lo normal, que soñaste con un príncipe de cuentos, pero en algún lugar hay un chico que estará dispuesto a quererte, sin importar que tengas un bebé de un imbécil como Travis. Y si no llega, procura darle a tu hijo todo el amor que anhelabas de tus padres. Ámalo y nada más.

Isa se secó las lágrimas con una mano mientras se suavizaba el vientre con la otra. Imaginé a la madre de Ryan en la misma situación, cuando estuvo sola, antes de que Axxel se diera cuenta de su error. Me dolió en el alma y me afectó más por la experiencia de mi prima. Travis varias veces intentó que estuviera con él, al igual que otros chicos, pero no quería dar ese paso, no sentí aquel deseo incontenible, que solo una persona había despertado en mí, Ryan.

Y hablando de mi novio, en ese momento me envió un mensaje diciendo que me esperaba en nuestro sitio habitual, debajo del árbol. *Deberíamos ponerle un nombre, ese viejo cedro ya es parte de nuestra relación.*

Di saltitos de emoción y hasta invité a Isa para que me acompañara, en parte para no dejarla sola, y también para usarla de chaperona.

En menos de diez minutos, bajaba el sendero hacia el árbol. Ryan estaba de espaldas y enseguida noté su tensión, su postura erguida lo delataba. Me puse nerviosa, no sabía si aquello se debía a nosotros o a otra cosa.

Sin necesidad de hablarle, él se giró hacia mí cuando llegué al punto de encuentro. Al verme, sonrió, pero aquel gesto no alcanzó sus ojos. Decidí ignorar unos minutos el problema y saludarlo con un beso. Todo se desvaneció a nuestro alrededor cuando nuestros labios se tocaron, no importaban los problemas o las restricciones, solo él y yo. Ryan ponía mi mundo patas arriba y, para lograrlo, solo tenía que deslizar sus manos en mi espalda y besarme. ¡Y cómo besaba! Su boca era experta en ese arte, lo hacía con suavidad, pero a la vez con pasión. ¡Lo besaría por la eternidad!

—Hola, novia —dijo cuando su boca abandonó la mía. ¡No quería que acabara!

—Hola, novio —imité—. ¿Estás bien?

—Sí, es que estoy preocupado por Sam, hoy le harán nuevos estudios —admitió con tristeza. Su hermano tenía varios días enfermo, con fiebres altas que no podían explicar.

—Lo siento, Ray. Espero que al menos sepan qué le pasa —asintió.

—Te traje algo —Se inclinó hacia el árbol y recogió un cuaderno negro

de espiral que estaba sobre la grama—. Quiero que lo sepas todo, que no quede ningún secreto entre los dos. Tengo varios de estos —señaló el cuaderno—, pero en este escribí desde que cumplí veinte años, un poco después de tu cumpleaños número quince.

—Ryan, no puedo aceptarlo.

—Necesito que lo leas, así entenderás lo que pasó. Aunque tal vez no sea una buena lectura, y puede que algunas veces te dolera lo que dice, pero es necesario —aseguró, poniendo el cuaderno en mi mano.

—¿Y si esto nos destroza? Mejor no, Ryan. Ya no quiero saber —dije asustada y le devolví el cuaderno. Una parte de mí quería leerlo, pero la otra estaba aterrada. Sabía que Sydney estaría presente en aquellas letras y, una cosa era saber que existió en su vida, y otra, leer todo lo que vivieron juntos.

—Tómalo y, si decides no leerlo, me lo regresas.

Mi lado curioso aceptó la oferta. *Puedo leer algunas líneas y, si se hace insoportable, solo lo cierro.*

—Entonces tus secretos están aquí. ¿Necesitas los míos a cambio? —pregunté. Ryan apretó la mandíbula mientras sus ojos se nublaron.

¿Dónde está la igualdad de condiciones? Si no está preparado para saber de mí ¿cómo espera que yo acepte gustosa leer sus memorias? Aunque no tengo mucho que confesar, no escribiría un cuaderno entero de ello, menos varios.

—Creo que tu pasado no afecta el rumbo de nuestra relación.

—¿Y el tuyo sí? —repliqué.

—Puede cambiar tu percepción de mí —dijo cabizbajo.

—¿Entonces para qué quieres que hurgue en ella? Ah, ya lo entiendo. Quieres que encuentre un motivo para dejarte.

—No. Quiero que nada nos separe —admitió, su voz temblaba y sus ojos gritaban por un poco de paz.

—Entonces hagamos una promesa, no importa la historia que dejamos detrás, solo la que está delante.

—Es que el pasado está delante, Ross, porque lo puedo ver. Es el futuro el que está oculto. Solo quiero que sepas mi historia, que entiendas porqué me despierto gritando en la noche o porqué a veces no puedo dormir.

—Oh, no sabía que... ven aquí, Ray —le pedí. Estaba a cinco pasos de mí, con las manos en la nuca y la respiración agitada. Sufría mucho y yo solo quería que no lo hiciera más. Él se acercó, pisando fuerte en el suelo, y me

apretó hacia su cuerpo tembloroso—. Nada cambiará lo que siento por ti, te lo prometo —susurré—. Lo voy a leer, Ray, pero también quiero contarte de mí. Todo de mí.

—Solo si tú quieres, Ross. No te pido verdad por verdad.

—Lo sé.

Nos despedimos unos minutos después de eso, él tenía que ir al estudio con papá para terminar las grabaciones de su álbum. Ese estaba casi listo, el mío en proceso. Aún me faltaban canciones y esperaba poder escribir en el autobús de la gira. El plan era seguir presentándome como telonera de papá, cantando mis canciones. Y, al terminar la gira, nos concentraríamos en mí. Tanto Chris como papá pensaban que era lo mejor y yo confiaba en ellos.

Una vez en mi habitación, me senté en la cama con las piernas cruzadas y puse el cuaderno en mi regazo. Estaba sola, Isabella fue a tomar un baño porque, según ella, se estaba derritiendo de calor. Bueno sí, en el patio había bastante sol. No debí arrastrarla conmigo, las mujeres embarazadas tienden a sufrir de sofocones, al menos eso había leído. No tienen idea de lo mucho que se descubre googleando las palabras “Embarazo precoz”.

Volviendo a mi predicamento, ahí estaba yo, luchando en mi interior con dos voces, una gritando: ¡*Léelo!* La otra: ¡*No lo abras!* ¿A cuál obedecía? Al final, escuché a la primera. Aunque, me tomó varios minutos abrir la tapa.

En la primera hoja, estaba el nombre de Ryan escrito en negro, junto a varias notas musicales, la clave de sol era la predominante. Pasé la yema de mis dedos por el contorno de su nombre y suspiré.

—Pasa la página, Rosie —dije, pero ni así puede avanzar.

¡Veinte minutos! Ese fue el tiempo que mi dedo apuntó al papel, antes de que pudiera hojear el cuaderno.

La siguiente página, tenía una entrada, sin fecha ni título. Decía así:

“Hoy estuve pensando en la tarde del muelle, la última vez que vi su cabello dorado bailando con la brisa. ¿Hay alguien más hermoso que ella? No lo creo. Al menos no para mí. Sé que no debería pensar así en ella, sé que a mis ojos debería ser como ver a Less o a Lexie, pero ¿cómo le digo a mi corazón que deje de sentir? Ojalá pudiera.. Anoche tuve una cita con Lauren, estudió conmigo en la secundaria. La pasamos bien, es divertida, inteligente y, sobretodo, no tiene quince años”.

Aquella frase me abrumó. Mi edad le era un problema. Por un momento

quise cerrar el cuaderno y lanzarlo al vacío, pero mi curiosidad pudo más. Seguí leyendo.

“...Pero, aunque Lauren es todo eso, no es mi Ross. A veces he pensado que lo que me atrae hacia ella es la pasión por lo prohibido, que quizás si la beso todo esto se esfumará y podré seguir adelante. Pero también pienso ¿y si me doy cuenta de que es real? Entonces estaría muy jodido porque tendrían que matarme para separarme de ella. Por otra parte, no sé si Ross sienta lo mismo por mí. ¿Y si me rechaza o sale corriendo aterrada? ¡Vamos!, puede pasar. Nos conocemos desde niños, nuestros padres dicen que ¡somos familia!... tengo que dejar de pensar en ella de esa forma. Nos separan más cosas de las que nos unen. ¡Tengo veinte años!, ella apenas está viviendo. Aunque también pienso que quizás nunca nadie la ha besado de verdad. ¡Yo podría ser el primero! Pero entonces Ryan, acabas de decir que debes olvidarla y piensas en besarla. ¡Estás loco!

—Huy, creo que si está loco. ¿Quién escribe así de sí mismo?

Mira quién lo dice, la que está hablando sola, acusó mi subconsciente.

De esa entrada a la siguiente, pasaron varias semanas. Lo supe porque iniciaba así:

“Como el verano había terminado, y el clima no era tan pesado, decidí dar un paseo por la playa. Di gracias por eso porque conocí a una chica, su nombre es Sydney, estaba luchando con las correas de cuatro grandes perros, quienes por poco la hacen caer en la arena. Le ofrecí mi ayuda y comenzamos a hablar. Sentí una atracción inmediata. Sydney es muy hermosa, con un cabello liso castaño, ojos cafés y unos labios carnosos que piden a gritos por un beso. No la besé, aunque quería. Desde ese día, se hizo recurrente para mí rondar la playa a las cuatro de la tarde. Eventualmente, nos besamos y, debo admitir, que es una gran besadora. Estar con ella era algo que disfrutaba, había logrado apartar a mi rubia debilidad de la cabeza, aunque no de mi corazón. La verdad es que nunca la sacaré de ahí, Ross es parte de mi vida, siempre lo será. Pero creo que llegó la hora de renunciar a algo que de igual forma nunca podrá ser e intentarlo con Sydney”.

Cerré el cuaderno y grité sobre una almohada. Él renunció a mí por ella. No fue capaz de preguntarme qué sentía por él. En ese momento, quise estrangularlo con mis manos.

Decidí dejar la lectura por lo sano, necesitaba azúcar, un kilo de

chocolate al menos para drenar mi ira. Con ese propósito, bajé las escaleras y caminé hasta la cocina. ¿Y qué creen? ¡Él estaba ahí, sacando una Coca-Cola del refrigerador! Y, para colmo, no había nadie más.

—Hola, novia —susurró en voz baja. Le lancé una mirada de odio, casi asesina, y vi la comprensión en sus ojos. ¡Sabía que había comenzado a leer su diario!—. Ross...

—Nada de Ross. Te odio —exageré. Ryan frunció los labios y sus bellos ojos se cristalizaron. *¡No! ¿Va a llorar, en serio?*

—Vale, no te odio. Estoy celosa. El final del verano, cuando la conociste... sus labios carnosos que gritan por un beso —espeté.

—No lo veas así, Ross. Céntrate en las partes que importan —dijo más aliviado.

—¿Cómo en qué? —repliqué. Ryan sonrió, me tomó por la cintura y me aprensó entre su cuerpo y la pared.

—En todas las veces que hablo de ti —su aliento acarició mis labios y me olvidé de todo. Solo quería que me consumiera con el ardor de su boca. *¡Cómo me controla ese Wilson!* Pero luché contra el deseo y decidí jugar un poco.

—Travis fue el primero en besarme.

Ryan apretó los dientes y me sostuvo con más fuerza hacia su cuerpo. Contorneó mi rostro con su nariz y se detuvo en la comisura de mis labios. *¡Ay Dios! Mi venganza se volvió contra mí.*

—Estás mintiendo, Ross. Tu primer beso te lo di yo —afirmó. Era verdad, fue pequeño, pero sí, fue mi primer beso, mil veces mejor que todos los de Travis—. Y lo que importa ahora es yo seré el único que te bese. Nadie más, Ross.

Asentí totalmente entregada. Tenía razón. No importaban los besos que Sydney y él compartieron, o los que yo di alguna vez, solo los nuestros.

—¡Están pillados! —gritó Ady y mi reacción fue empujar a Ryan contra la encimera. *¡De seguro le quedará un moretón!*

—¡Dios, Ady!

—Mejor yo que mamá. ¡Están locos!

—Yo... bueno... eh... ya me iba —balbuceó Ryan, nervioso.

Pobre mi novio, se ve tan asustado y tierno. Sí, me encanta la versión vulnerable de Ray.

—Adiosito —dijo Ady en tono burlón. Ryan sacudió la cabeza y salió

de la cocina.

—Eres mala y, lo peor, lo disfrutas —me quejé.

—Bueno, sí —admitió—. ¡No te he contado! —gritó después y me hizo dar un salto. No es para menos, todavía estaba sensible por todo lo anterior.

—¡Me vas a matar de un susto, Ady!

—No exageres. Conocí a un chico hoy en el supermercado. Intercambiamos números y quedó en llamarme. ¿No es genial?

—¿Delante de tu madre?

—¡No! Ella estaba eligiendo hortalizas y yo llenando el carrito de chucherías, de esas que te gustan tanto.

—¿A mí sola? —repliqué. Mi amiga giró los ojos y siguió:

—Concéntrate, Rosie. El hecho es que, estaba pensando: ¿y si planeamos una cita doble? Tú y Ryan nunca han salido en una y, bueno, yo también me beneficiaría.

—No creo que sea buena idea, los paparazzi no dejan de seguirme desde lo del imbécil de Travis.

—Podemos engañarlos. Piénsalo.

—Eso no sería difícil, el problema es convencer a Peter Keanton. Desde lo de Isa, está más loco que nunca.

—Pues ponte creativa, mamacita —burló.

—Vale, lo pensaré. Ahora dime algo importante ¿dónde está el chocolate de esta casa?

Con mi provisión de azúcar en la mano, regresé a mi tortura, una que decidí no compartir con Ady. Si se enteraba, me iba a acosar por información y no necesitaba ese tipo de presión.

La tercera página fue de muchas semanas después, meses, para ser precisa.

“Hoy vi a Ross. Iba caminando con otras dos chicas por Sunset Boulevard y se veía tan hermosa. Quise correr a saludarla, tenía mucho tiempo sin verla y me moría por hablar con ella... al menos unos minutos. No lo hice. Sydney no merecía algo así, tenemos más de cuatro meses de novios y la relación es muy estable. Ella es lo que necesito, es con quien puedo estar. Pero ver a Ross me pegó fuerte, pensé que mis sentimientos habían desaparecido, pero no, estaban ocultos en mi interior. ¿Qué haré cuando venga a casa para el aniversario de mis padres? Lo más sensato es mantenerme al margen. Es lo mejor. No sabría cómo ocultar mis

sentimientos. Sydney es muy perceptiva y también muy celosa. Por eso, nunca le hablé de Ross, para no crear tensión entre nosotros. Aunque estaré feliz de verla. Cada vez que eso pasa, ese día se convierte en el mejor, como hoy”.

—¡Dios, Ryan! ¿Por eso me ignoraste, porque no podías estar cerca de mí sin desear más que verme? —pronuncié con la voz apagada. Los celos de antes me parecían poca cosa luego de leer aquello. ¡Fui una estúpida!

«Te perdono por ignorarme como un insecto pequeño aquel diez de febrero», le envié el mensaje con una carita triste.

Miré varios minutos la pantalla de mi móvil hasta que la palabra “escribiendo” apareció.

«Lamento que te sintieras así, Ross. Fui un idiota».

«No te imaginas, Ray. Lloré por varios días porque tú la mirabas a ella como quería que me miraras a mí».

«Sigue leyendo y sabrás por qué».

Mi corazón latió rápido y me apresuré a pasar la página. ¡Estaba ansiosa por descubrir lo que él quería que leyera!

—¡Rosie! —gritó mamá desde detrás de la puerta, justo cuando iba a leer. Di un salto de la cama y contuve un grito. Tenía los nervios a flor de piel y que mi madre gritara no era algo normal. Escondí el cuaderno debajo de la cama, respiré profundo y caminé hasta la puerta para saber qué pasaba—. Es Isabella —murmuró con lágrimas en los ojos. Sentí que el mundo dejó de girar y mi corazón se detuvo.

¿Qué fue lo que hizo esa niña?

CAPÍTULO 28

El ambiente en la sala de espera era desolador. Mis padres se veían terriblemente afectados por lo que mi prima hizo y me sentí culpable. Debí acompañarla a la ducha, vi algo en su mirada, pero asumí que estaba solo un poco deprimida, aunque no tanto como para tomarse un frasco de ansiolíticos, que sabe Dios de dónde sacó.

—¿Y si no lo logra, Ray? —pregunté angustiada. Me daba miedo que muriera, la quería mucho, a pesar de todas las veces que discutimos.

—No pienses así, Ross —murmuró, tomando mi mano como apoyo. Me recosté en su hombro y lloré en silencio. Estaba tan triste y, a la vez, enojada. ¿Por qué alguien decide acabar con su vida? ¿Por qué no piensa en las personas a las que puede herir? No lo entendía. Se lo dije esa mañana, nos tenía a nosotros.

—¡Esto es tu culpa, Peter! —gritó mi tía al llegar al hospital.

—Creo que no es momento de buscar culpables, Marlene —impuso él.

—Peter tiene razón. Hay que estar unidos y esperar lo mejor —intervino mamá.

Mi tía rompió en llanto y papá la abrazó a su cuerpo. La escena me conmovió, jamás pensé que ella tuviera un poco de alma y menos que quisiera a Isa más de lo que admitió alguna vez. Era una pena que tuviera que pasar algo así para que abriera los ojos.

—Llevaré a Rosie por algo de comer —sugirió Ryan al verme tan afectada. No había dejado de llorar desde que salí de casa en el auto con él y mi madre.

Hambre no tenía, pero sí necesitaba un abrazo y consuelo. Algo que no sería bien visto ante los ojos de mis padres. Caminé con Ryan hasta el estacionamiento y encontramos un lugar apartado para tener privacidad. Una vez solos, lo abracé fuerte y lloré con una agonía que desconocía. Nunca había sentido tanto miedo en mi vida.

—Prométeme que nunca me dejarás, por favor —sollocé.

—Estoy aquí, Ross, y no me iré nunca —prometió mientras me abrazaba. Levanté el rostro y alcancé sus labios con los míos. Necesitaba sentirlo en mi piel, saberlo real y mío. Por siempre mío.

Lo besé hasta que la angustia dimitió y se llevó el llanto y la sensación de vacío.

—¿Estás mejor? —me preguntó mientras acariciaba mi espalda.

—Sí. Ahora volvamos dentro, quiero saber si ella... —Mi voz flaqueó, no podía decirlo. Ryan besó mi frente y dijo que sostendría mi mano todo el tiempo, que estaría para mí.

.....

—Los médicos lograron estabilizarla, la mantendrán en observación toda la noche —dijo papá cuando llegué a la sala de espera—. Ve a casa con Ryan, tu madre y yo nos quedaremos aquí.

—Yo también me quedaré.

—Prefiero que duermas hoy en tu cama, cariño —pidió mamá.

—Vendré temprano entonces. Los quiero —me despedí de mis padres con un abrazo y luego salí del hospital con Ryan. Avery nos esperaba en la *Tahoe* para llevarnos a casa.

Marie y Ady nos recibieron en la entrada. Abracé a mi amiga y le dije que Isabella estaba fuera de peligro. Ella no era santo de su devoción, pero suspiró aliviada. Agradecí su preocupación y le dije que la quería mucho. Estaba muy vulnerable y con los sentimientos a flor de piel.

—¿Quieres algo de comer, mi niña? —ofreció Marie. Negué.

—Prepárale algo, veré que se lo coma —intervino Ray.

Seguimos a Marie a la cocina y preparó un sándwich para cada uno. Ryan se sentó a mi lado y me pidió que comiera un poco. Traté, pero apenas pude terminar la mitad del pan, no tenía hambre, no podía pensar en nada más que en Isabella. La vida podía cambiar en segundos, así de frágil es.

Marie y Ady se despidieron poco después, era muy tarde y se notaba que estaban muertas del sueño. Le di las gracias por esperarme, por estar siempre para mí. Ambas sonrieron con nostalgia y me dieron un beso de despedida.

—Tú también deberías dormir, Ross.

—Ven conmigo, Ray. No quiero estar sola.

—Ross, no creo que...

—Por favor —supliqué.

—Haces imposible que diga que no —murmuró, acariciando mis mejillas.

Subimos las escaleras con cuidado, tratando de hacer el menor ruido posible. Mientras me acercaba a la puerta de mi habitación, el motor de mi cuerpo se puso en marcha, latiendo en mi pecho con una fuerza descomunal y dolorosa. *¡Dormiré toda la noche con Ryan!*

Entramos a la habitación, cerré la puerta con seguro y caminé hasta la cama. Ryan se quedó de pie contra la puerta, resistiéndose a dar un paso más.

—¿Te vas a quedar ahí toda la noche?

—Creo que no es buena idea que estemos aquí solos. ¿Por qué no invitas a Ady? —sugirió.

—Porque te necesito a ti, no a ella —contesté.

—Ross, no sabes lo difícil que es para mí estar aquí en lugar de ahí, contigo.

—Deja de luchar entonces, Ray. Ven, acércate —extendí mi mano hacia él y presencié su lucha interior. Caminar hacia mí o huir, esas eran sus opciones—. Solo vamos a dormir —prometí.

Le tomó unos minutos más mover su pies y llegar hasta mi posición en la cama. Tomé su mano y la acaricié con mis dedos. Su piel reaccionó erizándose, al tiempo que su boca liberó una exhalación.

—Dormir contigo está en mi lista de deseos, en un puesto especial —admitió.

—¿Es muy larga esa lista?

—Cada día crece más y tú estás en la mayoría.

Me puse en pie y rodeé su cuello con mis manos. Ahí, con mis labios cerquita de su boca, susurré:

—Tú eres mi único deseo, Ray.

Sus manos ocuparon el espacio que había reclamado como su lugar predilecto, mi espalda baja, y me pegaron más hacia él. Nuestras bocas colisionaron y se fundieron en un beso que nos consumía como flamas ardientes. Con cada segundo, la llama se hacía más grande y el deseo más incontenible.

Mientras nos batíamos a un duelo de besos y caricias, mis manos se aventuraron por debajo de su camiseta y trazaron un camino hacia arriba, hasta sacársela por encima de la cabeza. Mis ojos se prendieron de su anatomía, de cada cuadro cincelado de su torso y, con ávido deseo, lo recorrí con mi lengua.

—Ross... —gimió con la voz cargada de éxtasis y no reparó en

corresponder a mi pasión, que sin duda también era la suya. La blusa de algodón, que antes me cubría, desapareció de mi torso. Aunque mis pechos seguían ocultos detrás del brasier. Los ojos de Ray centellaron como las chispas de una hoguera al ver mi cuerpo semidesnudo. Me deseaba. ¡Oh Dios!, cuanto me deseaba. ¿Y qué decir de mí? Estaba que le arrancaba lo que quedaba de su ropa para apropiarme de su cuerpo.

—Eres tan hermosa —murmuró con voz ronca mientras sus manos rodeaban mi cuello, para luego descender lentamente hasta mis pechos. Lo siguiente que sentí fueron sus dedos haciendo de lado la tela blanca de las copas de mi brasier y trazando un círculo en mis pezones. Aquellas caricias no solo se sentían en la piel tensa de mis senos, sino en cada parte de mi cuerpo. Nunca me había sentido tan absorta por alguien y mucho menos tan excitada y húmeda.

Sus caricias nublaron mis pensamientos, se robaron mi cordura y me dejaron hecha polvo.

La tensión en mis partes bajas creció cuando su boca caliente saboreó mis senos con ávido deseo. Enterré mis uñas en su espalda y rogué en silencio que su boca encontrara su camino hacia el lugar que lo añoraba. Jamás me había sentido tan urgida por recibir la candidez de una boca. Su boca.

—Tercera base, Ray. Ese es el límite —dije con agonía y esperanza.

Él dejó de besarme, acunó mi rostro y dijo:

—No, Ross. Estoy sobre el límite. Si cruzo esa línea, no encontraré punto de retorno.

—Gracias, Ray —dije a punto de llorar. No esperaba menos de él. Inconscientemente, lo estuve probando, esperando que decidiera hacer lo correcto por los dos.

—Mi reina... —suspiró y me estrechó en sus brazos. *¡Soy una tonta! ¿Quién llora cuando su novio la está besando?* —. Te quiero tanto, Ross. No tienes una idea —confesó. Lloré más. Todo fue consecuencia de lo frágil que estaba mi corazón por lo de Isa.

—¿No estás enojado conmigo? Sé lo que un novio espera de su novia y yo...

—No podría estar enojado contigo, Ross. Y menos por esto.

Ryan recompuso mi brasier y me dio mi blusa. Me vestí y me senté en la cama mientras él se ponía su camiseta. Mi estómago se apretó fuerte,

estaba asustada, no sabía ni por qué. Luego de vestirse, se sentó a mi lado en la cama, tomó mi mano y dijo, mirándome a los ojos—: Quiero que la primera vez que te haga el amor sea cuando pueda llamarte esposa.

¡Oh mi Dios! ¿Él dijo qué? ¡Esposa! Mi interior gritó de emoción. Él pensaba en nuestro futuro. ¡Pensaba en casarse conmigo!

La felicidad no cabía en mi pecho. Ryan era más de lo que yo esperaba, muchísimo más. Era tanta mi felicidad que me lancé sobre él con un abrazo tan fuerte que lo hice caer sobre la cama.

—Te amo tanto, Ryan —declaré mientras lo miraba a los ojos. Él acarició mi rostro con sus dedos y sonrió. Sí, me concedió el regalo de su hermosa sonrisa.

—No me hagas darte un anillo esta misma noche.

—No lo hagas porque diría que sí —admití y cubrí su boca con un beso tan lleno de felicidad, como de amor. Él me correspondió con el mismo afecto.

Su pecho vibraba con la proximidad de mi cuerpo sobre el suyo, al igual que sus manos cuando me tocaban. Me sentía plena, querida... feliz. Estuvimos así por varios minutos, envolviéndonos con caricias y besos tiernos, luchando siempre con aquel deseo de ir más lejos. Para algunos será una tontería la idea de esperar, pero para mí era una prueba de su amor.

Eventualmente, dejamos de besarnos, no sé ni cómo, porque nuestros cuerpos pedían a gritos otra cosa.

Dejé a Ryan en el colchón mientras iba al baño para ponerme mi pijama, es decir, su camiseta. Cuando salí, él seguía en la cama y, al verme, cambió su postura encorvada por una erguida. Su pecho se infló y sus labios dejaron escapar un resoplido. Había olvidado lo mucho que le gustaban mis piernas.

—Hora de dormir —anuncié con picardía. Ryan parpadeó dos veces, tratando de recuperar el aliento, pero le tomó más que eso.

—Creo que... puedo... tu baño —balbuceó. Asentí mientras me mordía el labio inferior. ¡Adoraba verlo nervioso!

Me acosté en la cama y me cubrí con una sábana mientras Ryan caminaba al baño. Desde mi lugar, vi su espalda ancha alejarse hacia la puerta y mi corazón golpeó fuerte mi pecho, resultado del recuerdo de mis manos recorriendo aquella piel tersa y musculosa con mis dedos.

Por unos segundos, estuve por correr a alcanzarlo para seguir

disfrutando de su perfecta anatomía, pero sabía que él no estaba en posición de aguantar mucho más, ya que, mientras nos besábamos, sentí lo duro que estaba el bulto de su entrepierna.

Me estaba quedando dormida para cuando Ryan regresó del baño. No acostumbraba a dormirme tan tarde en la noche y, además, estaba muy cansada. Pero su presencia hizo que me espabilara, robándome el sueño y el cansancio.

—Ven aquí, novio —pedí, con la mano extendida. Él sonrió emocionado, le encantaba que lo llamara novio.

Se quitó las botas, las medias y la camiseta, y me acompañó en la cama. Me acosté de lado, enfrentándolo. Él me miraba con una chispa de felicidad, que iluminaba sus ojos miel. Pasó su mano por mi cabeza hasta alcanzar mi rostro y me dijo que me quería. Lo sabía, lo podía ver en sus ojos y sentir en sus caricias.

Le di un beso suave en la boca y luego recorrí su hombro con mis dedos hasta llegar al tatuaje que adornaba su brazo, sobre el músculo deltoides. Contorneé la silueta del corazón rojo, el cual estaba acorralado entre espinas. Luego, delineé la “S” que estaba en el centro, la inicial de Sydney.

—Sol —susurró.

—¿Sol? —pregunté.

—La “S” es por sol. Me lo hice luego del muelle, por ti. Así sentía mi corazón, Ross, herido por no poder tenerte.

—Oh, Ryan —su confesión me estremeció, desconocía la magnitud de sus sentimientos por mí desde aquel entonces. Me pregunté qué hubiera pasado de haberlo sabido, pero luego pensé que ya eso no importaba porque ahora nos teníamos.

—¿Por qué sol? —pregunté. Ryan curvó sus labios en una sonrisa tierna, que alcanzó sus ojos, y luego respondió a mi interrogante.

—Fue una tarde de febrero, antes de tu cumpleaños número quince. Estabas sentada en la arena, mirando el atardecer ponerse en el horizonte. Los rayos del sol iluminaron tu cabello y, de igual forma, mi corazón. Ese día supe que te quería, que realmente te quería.

Me incorporé de la cama, besé su tatuaje con suavidad y esparcí muchos más por su hombro, cuello... mejilla, hasta alcanzar sus labios.

—Debiste decírmelo antes, Ray —susurré cerca de su boca.

—Esperaba que algún día dejara de sentirme así. Un pensamiento

absurdo, la verdad.

—Muy tonto, Ray —burlé.

—Duerme, Ross —pidió con dulzura.

—Buenas noches, novio —dije mientras me acurrucaba en su pecho.

—Buenas noches, novia —musitó.

No sé cuánto tardé en dormirme, pero mi corazón latió fuerte todo el tiempo que estuve despierta, impregnándome de su perfume, de su calor y su amor.

CAPÍTULO 29

Cuando desperté en la mañana, estaba sola en la cama. Ryan dejó una nota sobre la almohada que él usó, diciendo que se había ido temprano y que me esperaba a las ocho en la cocina para desayunar.

Me acosté en el lado de la cama, donde él pasó la noche, y estuve ahí varios minutos, envolviéndome con el olor que había desprendido su cuerpo. Pensé hasta en no ducharme ese día para que su aroma no se borrara de mí, pero eso sería antihigiénico ¿no?

Llamé a papá antes que nada, necesitaba saber cómo seguía Isabella. Su voz se escuchaba apagada, quizás por la mala noche, porque las noticias eran alentadoras. Tanto Isa como el bebé estaban a salvo, aunque la dejarían ingresada en el ala psiquiátrica por unos días para tratar su estado de estrés.

Luego de terminar la llamada, me di la ducha a la que quería renunciar minutos antes.

—Buenos días, mi niña. ¿Dormiste bien? —preguntó Marie cuando llegué a la cocina. Miré a Ryan, quien estaba sentado en el taburete de la esquina, y contesté que nunca había dormido tan bien. Ady se aclaró la garganta desde su lugar junto al refrigerador, concluyendo lo que mi afirmación implicaba. *¡Esa se las trae todas más una!*

La reté con la mirada mientras me sentaba en el taburete libre, junto a Ryan. De inmediato, su perfume danzó hasta mi olfato y provocó una reacción en cadena en mi interior, que comenzó en mi pecho como un hormigueo y descendió a un lugar peligroso. Fue tanta la emoción de sentirlo cerca, que se me escapó un jadeo involuntario. Cosas como las que sentí esa noche, cuando me besaba, no se olvidan fácilmente, al contrario, se recrean una y otra vez en tu cabeza y te devuelven a aquel momento. ¡Pero tenía que controlarme, Marie estaba a dos metros de mí!

—¿Hay noticias de Isabella? —preguntó Ryan con el gesto fruncido.

Su expresión se fue suavizando cuando di las buenas noticias. Él era un amor, preocuparse así por mi prima, cuando no tenía porqué. Eso decía tanto de su corazón.

—¿Y Sam? ¿Ya tienen un diagnóstico? —Negó, frunciendo los labios y

con la mirada triste—. Esperemos lo mejor, Ray —le dije, acariciando su mano empuñada. Se veía tan necesitado de consuelo que lo único que quería era abrazarlo.

Cuando Marie puso el plato con el desayuno delante de mí, lo menos que quería era comer. No podía, sabiendo que Ryan estaba preocupado. ¡Me sentía impotente!

—Come, Ross —me pidió cuando notó que estaba jugando con mi cereal.

—No tengo hambre de cereal.

—¿Desde cuándo? Desayunas cereal cada día desde que tenías tres años —dijo Marie.

Elevé los hombros sin ánimo. No podía decirle la razón, lo triste que me sentía por no poder amar a Ryan en libertad, sin que ello significara algo malo ante los ojos de mis padres.

—Puedo prepararte algo más —ofreció Marie sin entender el mensaje.

—Gracias, pero no quiero que se haga tarde. Compraré algo de la expendedora en el hospital, pero me llevaré esta manzana para el camino —tomé la fruta de la cesta que estaba en la mitad de la mesa y le di una mordida, para tranquilizar a Marie.

—Asegúrate de que coma más que eso, Ryan —insistió con terquedad. *¡Es que mi padre la entrenó muy bien!*

—Delo por hecho —respondió con una sonrisa pícaro que aceleró mis pulsaciones. *¿Qué se trae este entre manos?*

Salí con Ryan por la puerta del garaje y le di las llaves de mi *Bentley* para que lo condujera. Avery y Kurt nos esperaban en la *Tahoe* para seguirnos. ¡Nunca salía sin resguardo! A veces pensaba que era exagerado, unos paparazzi no suponían un riesgo mayor como para tener que llevar guardaespaldas a todos lados. Además, estábamos en L.A., no era como si me fueran a secuestrar y a pedir rescate.

—Hola, novia —dijo Ryan cuando ocupamos mi auto. Tomó mi mano y la acarició con sus dedos, transmitiendo electricidad y calor a mi piel.

¡Bésame!, pedía a gritos dentro de mi cabeza, pero mis custodios estaban justo detrás de nosotros y nos podían ver.

—Me dejaste sola —dije con un puchero de malcriada. Ryan sonrió con un brillo en sus ojos.

—Te veías tan linda durmiendo que no quise despertarte.

—No me convences. Tendrás que esforzarte para recompensarme — advertí, cruzándome de brazos.

—Sus palabras son órdenes, alteza —burló, mientras ponía en marcha el *Bentley*.

—¡Ay, Wilson! No me busques porque me encuentras —advertí.

—Creo que ya te encontré —replicó.

—¡Odioso!

—¡Mimada!

—¡Ah! ¡Eres increíble! Te pido una recompensa y me dices mimada.

—Claro que lo digo porque eres mi niña consentida —bufé—. ¿No me crees? Pues espera y verás de qué hablo.

Ryan giró el auto, desviando el rumbo que nos llevaría al hospital. No tenía idea de a dónde iba. La parte inmadura de mí estaba dando saltos de felicidad y la responsable decía que lo detuviera.

¡Tengo veinte años, puedo ser inmadura!, le grité a la voz acusadora.

Miré a Ryan por encima de mi hombro y se veía relajado, como si el peso que llevaba en su espalda cuando le pregunté por su hermano hubiera desaparecido. Escondí una sonrisa, mordiendo mi labio inferior, y me di unas palmaditas en la espalda, no literalmente, pero me sentía gratamente responsable por su cambio de humor.

—Recuerdo el día que supe que eras vegetariana. Peleamos por un par de horas, cada uno defendiendo su causa. Me asombraste mucho, fuiste muy convincente para una niña de doce años...

—No tanto, porque igual pediste la hamburguesa —repliqué.

—¿Recuerdas lo que dije antes de morder la hamburguesa?

—«Respeto tu postura, pero no la comparto» —contesté.

—¡Sí! Es increíble que recuerdes cada palabra.

—¿Cómo no? Si lo único que pensé mientras comías era que ojalá te ahogaras con el pan —admití. Ryan rio sonoramente, dándole golpecitos al volante con la palma de la mano—. Sigue por ese camino y al final del día no tendrás a quién decirle novia —amenacé.

—Oye, ¿por qué le lanzas balas a mi corazón? —preguntó serio.

—¡Ja! Tienes que verte la cara —Ahora la que reía muy fuerte era yo.

—Dios, Ross. No me des esos sustos. ¿No sabes lo frágil que es mi corazón cuando se trata de ti? —Habló con mesura.

—Ray, mi amor. Tenemos un pacto ¿no? —toqué el dije de la mitad del

corazón que colgaba en mi cadena—. Serás mi novio hasta que podamos completar este corazón —Él me miró unos segundos y luego volvió sus ojos hacia el camino—. Te quiero, Ray, y nada de lo que digas va a cambiar eso —aseguré, mientras acariciaba su hombro con mi mano. La tensión no abandonó su cuerpo, a pesar de mis palabras.

—La idea de perderte atrae a una legión de demonios hacia mí y, cada vez que se acercan, me siento más débil —murmuró, apretando el volante con sus manos—. Sé que es algo incomprensible, pero así me siento y no puedo evitarlo.

—Lo siento, Ray. Solo estaba bromeando, yo...

—No tienes que disculparte, Ross. No debería ser tan inseguro, pero es que me gusta tener el control y es duro depender de ti.

—¿Depender de mí?

—Sí, Ross. Tú tienes y tendrás siempre la última palabra. Yo propongo y tú dispones.

—No quiero que dependa de mí —dije perturbada. No sabía que él se sentía así con respecto a nosotros.

—Olvida lo que dije, volvamos a las hamburguesas. Estuve pensando en todo eso de tu dieta vegetariana estos días y encontré...

—Ryan —dije para que se detuviera, no podíamos dejar aquel tema atrás, pero no resultó.

—...un lugar que sirve hamburguesas veganas y dije: tengo que llevar a Ross. Sí, ahí debe ser nuestra primera cita.

—¡Para, Ryan! ¡Detén el auto! —grité. Él detuvo el *Bentley* a un costado de la calle y golpeó el volante varias veces con sus manos.

—Eres un idiota. Tenías que cerrar la boca —vociferó furioso.

—Ryan, mírame —le pedí. Se resistió, pero lo hizo—. No vas a perderme. Te amo con todo mi ser y solo quiero estar contigo.

—Lo siento, Ross. Perdóname por mi cambio de humor, por presionarte de esta forma.

—No hay nada que perdonar, pero quiero que entiendas que en esta relación nadie tiene la última palabra. Tenemos un plan. Si nos apresuramos, lograremos que nos separen y es lo menos que queremos —Ryan me escuchó con atención y mis palabras remitieron sus sombras. Le dieron paz.

—Eres muy madura, Ross —admitió con un tono de culpabilidad. Entendí la razón, se suponía que por su edad él debería ser el más centrado,

pero estaba actuando de un modo irracional y ansioso. No lo culpaba, sabía que su corazón había sufrido y tenía miedo. Yo también lo sentía, pero me concentraba en lo bueno y trataba de ignorar lo malo.

—Ahora, llévame a comer esas hamburguesas vegetarianas —dije con una mueca.

—No pasará de nuevo —prometió.

—Lo sé, Ray.

Él asintió y puso de nuevo en marcha el *Bentley*. Mientras conducía, llamé a papá y le dije que demoraría un poco en llegar al hospital, él respondió que estaba por llamarme para decirme que restringieron las visitas de Isa y que iba camino a casa con mamá.

—¿Está bien si paso el día con Ryan?, no he podido enseñarle la ciudad desde que llegó y ya que pronto saldremos de gira...

—Sí, cariño. Diviértanse.

¡Yei! Estaré con Ryan y con el permiso de papá.

—Lúcete, Wilson. Tienes todo el día —anuncié, cuando finalicé la llamada.

—Pues hagamos que valga, mi reina.

Encendí el reproductor de mi auto y pasé las estaciones hasta encontrar una canción que nos gustara a ambos. No fue fácil, él es muy rock y yo muy country pop, pero ¿quién despreciaría una buena canción de John Legend? Ryan no, sin duda, porque se apropió de *You and I* y me la cantó completa.

*Te arreglas el maquillaje, justo así,
supongo que no sabes
que eres hermosa.
Te pruebas cada uno de los vestidos que tienes,
hace media hora estabas perfecta a mis ojos.
Y si tu espejo
no lo aclara,
yo seré el que te lo haga saber.
De todas las chicas,
tú eres la única para mí
Esta noche, no hay nadie en el mundo,
todas las estrellas,
tú las haces brillar como si fueran nuestras.
No hay nadie en el mundo*

salvo tú y yo, tú y yo.
No hay nadie en el mundo salvo tú.

¡Dios! Ryan Wilson no puede ser más dulce. Me derrite el corazón y me hace dudar de que exista un límite. ¡Cada día lo quiero más!

—Primera parada —avisó con una enorme sonrisa, cuando detuvo el auto en el estacionamiento de *Not Burger*, un *lunch* que jamás había visitado.

—Veamos si no alardeaste demasiado —bromeé.

—No exagero, Ross. Te encantará —aseguró con buen humor.

Le devolví la sonrisa y me bajé del auto para ingresar al local. Ryan caminó unos pasos delante de mí, teníamos que guardar las apariencias mientras los halcones de papá nos vigilaran.

Las campanillas sobre la puerta de cristal tintinearón cuando Ryan la abrió, y una vez más cuando se cerró detrás de sí, dejándome pasar a mí primero, como todo un caballero.

Una mesonera nos recibió en la entrada, con una enorme sonrisa, y nos llevó hasta una cabina al final del pasillo, una de las pocas que estaban desocupadas. Le di las gracias mientras me deslizaba en el asiento blanco de cuero y Ryan ocupaba un lugar frente a mí.

—Gracias, Diana —dijo Ryan cuando le entregó el menú. Que supiera su nombre me sorprendió, la mesonera no lo dijo y tampoco llevaba un gafete que la identificara. Los celos se arremolinaron en mi pecho como un veneno, que estaba a segundos de brotar por mis poros.

La chica le sonrió con un descaro reprochable. La odié sin darle una oportunidad y hasta quise preguntarle *¿Le sonríes así a todos los clientes o solo a mi novio?* Pero tenía mucha clase para armar un escándalo en un *lunch*. Además, corría el riesgo de que la noticia saliera en alguna de las revistas amarillistas, las cuales siempre tergiversaban la verdad.

—Volveré en unos minutos para tomar su orden —aseveró y volvió a sonreír. *¿¡Pero es que soy invisible!?*

—¿Escuchas eso? —preguntó Ryan con una sonrisita burlona.

—¿Qué?

—La alarma de los celos —bromeó.

—Estás muy gracioso hoy —repliqué.

—Eres la única para mí, Ross.

—Más te vale, eh, porque no soy buena compartiendo.

—Bueno, espero que no en todo, un día me gustaría que compartieras mucho conmigo —dijo seductor; no necesité más para sonrojarme. *¡Soy un títere en sus manos!*

—Creo que eso es un sí —se regodeó.

Era un sí en mayúscula y con signos de exclamación.

Dejé de un lado mis celos innecesarios, y me concentré en el sexy y atractivo castaño que tenía delante, quien me miraba como si fuera la única persona en el mundo. Tenía que disfrutar de nuestra primera cita oficial como novios y no andar disgustándome por tonterías.

—Podría besarte ahora mismo —susurró, sus ojos brillaron de emoción.

—Pues nada te detiene.

Ni bien terminé la oración, Ryan pasó de su asiento al mío, tomó mi rostro entre sus grandes manos y me dio el beso que ansiábamos desde que nuestros ojos se cruzaron en la cocina esa mañana.

En segundos, mis latidos se convirtieron en plegarias, todas dirigidas hacia él diciendo: «No dejes de besarme». Es que sus labios, sus manos, su cuerpo... todo él, tenía un poder sobrenatural que me trasladaba al cosmos y hacía que olvidara hasta mi nombre.

¿Dónde aprendió a besar así? ¿A cuántas chicas habrá besado antes que a mí? No vayas por ahí, Rosie. Aleja los celos.

En algún momento, Ryan se detuvo y presionó su frente contra la mía. Su respiración trepidaba con dificultad, imaginé que por la misma razón que la mía, se le hacía cada vez más difícil contenerse.

—Mejor leamos el menú —sugirió.

—¿Y si pido otro beso? —sonsaqué.

—Creo que eso sería un problema —admitió, con la mirada arrebolada de deseo.

¡Sí, yo quebranto su voluntad! Pero ¿cuánto puedo tentarlo? Todo hombre tiene un límite y él no es la excepción.

Sonreí con picardía y le di un beso en la mejilla para que dejara de sufrir, el pobre estaba sudando y no había regularizado su respiración. ¡Dios! Esa imagen suya calentó partes de mí que no debería, al menos no para el lugar en el que estábamos. Entendí porqué había gente que lo hacía en los baños. Aunque yo no veía haciéndolo en un lugar así.

Ryan aclaró su garganta mientras se deslizaba unos centímetros lejos de mí en el asiento. Lo miré con detenimiento, admirando el espectáculo que su

cuerpo tenso y tembloroso me ofrecía. Eso tenía un título para mí, se llamaba resistencia y no pude sentirme más halagada. Que un hombre luche contra sus instintos, para darte el lugar que mereces, es tan hermoso como admirable.

—Puedes elegir entre quinoa o lentejas, en sustitución de la carne — pronunció con la voz ronca.

—Sorpréndeme. Confío plenamente en ti —dije con doble intención.

Diana volvió a la mesa justo a tiempo para tomar el pedido: dos hamburguesas de quinoa, acompañadas de vegetales, salsa y patatas fritas. De bebida, dos malteadas de chocolate y helado de menta para el postre. Esa vez, la mesonera no sonrió, hasta se veía seria. Quizás fue testigo de nuestro candente beso y entendió el mensaje.

Ay, Dios. ¿Y si mis custodios también nos vieron? No pensé en eso antes. Pero creo que Ryan no se habría arriesgado si no estuviera seguro de que estábamos a salvo.

—¿Por qué nunca vine aquí antes? —dije, mientras limpiaba mis labios con la servilleta. Esas hamburguesas eran el sueño de cualquier vegetariano.

—¡Te lo dije! Son fabulosas y lo mejor es que ningún animal resultó sacrificado —consintió Ryan.

—Bueno, creo que te acabas de meter en un aprieto. Convertiste este lugar en mi *lunch* favorito y te enviaré por comida a diario —advertí.

—Y vendría con gusto —aseguró, deslizando su mano por mi espalda.

¡Dios! ¿Pero cómo hago para controlar mis pálpitos? No puedo ni sentirlo porque me enciendo como una cerilla. ¡Sus manos son la lija!

—¡Hora del postre! —pronuncié con exagerado entusiasmo.

—Tu postre, porque el mío no aparece en el menú —sugirió.

¿¡Pero qué le pasa!?, ¿quiere acabar con mi cordura? Porque, si sus besos me llevan a la estratosfera, morir será una probabilidad cuando se coma ese postre.

—Cierto, hay cosas que no se pueden comprar, se tienen que ganar. ¿Crees que mereces ese postre, Ray? —coqueteé sin descaro. Si él iba a atacar, pues yo igual.

—Trabajaré duro para que no tengas dudas —dijo con convicción.

¡Duro! ¡Ay pero que mente la mía!

Me abaniqué con la mano para ahuyentar el calor. Ryan hacía que mi temperatura cambiara en un dos por tres y se me estaba haciendo imposible ocultarlo. ¿Qué me estaba pasando? Mis hormonas estaban como locas y

comenzaba a dudar de que eso fuera normal.

CAPÍTULO 30

Retomamos el camino cuando obtuve mi helado de menta, el cual terminé comiéndome en el asiento de acompañante de mi *Bentley*. Pillé a Ryan mirándome de reojo varias veces mientras lamía aquel dulce con lentitud y exagerada sensualidad. Solo estaba siguiendo el juego que él mismo inició y tenía que atenerse a las consecuencias. Aunque el pobre volante de mi auto era quien recibía el castigo, lo iba a arrancar de cuajo.

—¿A dónde me llevas? Necesito información o lo tomaré como un secuestro —demandé.

—Si te llevara secuestrada, usarías una mordaza y una capucha negra en la cabeza —contestó sereno.

—Parece que sabes mucho del tema. ¿Cometiste algún delito?

—Algunos, mi padre tiene bastante material para un libro si los llegara a contar.

—Hablando de tu padre el escritor, vi que resaltaste algunas de las páginas de su libro, partes muy explícitas.

—No fui yo —murmuró.

—¿No?

—Sydney me dio esa copia.

¡Sydney! ¡Es que lo mato! ¿Me dio algo que le regaló ella?

Me sentí lastimada. Cada cosa que él me había dado la conservaba con alta estima y ahora, al ver aquel libro, solo recordaría que ella se lo dio. Pero, a pesar de la rabia que se acumuló en mi garganta, cual bomba a punto de estallar en insultos, me la tragué entera. Ryan me había dicho que toda la verdad estaba en el cuaderno y por lo de Isa no había podido leer más. ¿Responderían esas líneas todas mis preguntas? Y eran muchas, más de una docena.

En ese momento, deseé estar sentada en mi cama, leyendo su cuaderno para obtener las respuestas.

El silencio se instaló en el auto después de su respuesta, no podía ser de otra forma, él cambiaba de actitud cuando hablaba de ella y yo, bueno, me moría de celos. Sydney era un tema frágil que debíamos vetar, una vez que todo estuviera aclarado.

Encendí la radio y pasé varias estaciones, declinando entre canción y canción. Quería escuchar algo que coincidiera con mi estado de ánimo: oscuro y hostil.

Detuve la estación en la que sonaba *To Know Him Is to Love Him* de *Amy Winehouse* y le subí volumenal al reproductor. Aquella canción la escuché muchas veces pensando en él. Esta estrofa era la que más me hacía llorar.

*...para conocerlo, conocerlo, conocerlo
debes amarlo, amarlo y amarlo
es lo que hago, realmente lo hago y lo hago
por que él no se da cuenta
de lo ciego que puede estar
algún día se dará cuenta
que nació para estar conmigo*

Ryan giró la perilla a la izquierda, haciendo desaparecer la voz de Amy.

—Lo siento, Ross. No debí darte esa copia, lo sé, pero es que las partes que ella resaltó son las adecuadas para que entiendas porqué quiero esperar. No tenía sentido marcar otro libro. ¿Entiendes eso? —asentí sin mirarlo—. ¿Estás enojada? —negué—. ¿Te lastimé?

Es que... ¡ah! A veces quisiera zarandearlo. Él debería saber una de las reglas no escritas en una relación es: no admitas que conservas regalos de tu ex ¡y mucho menos se lo des a tu novia!

—No me hagas caso, son tonterías de niña mimada —contesté.

—Ross...

—Olvidalo, Ryan —dije subiendo el volumen del reproductor. Estaba cansada de discutir. No habíamos hecho otra cosa, en lo que se suponía debía ser nuestra primera cita.

Él respetó mi postura y siguió conduciendo, quién sabe a dónde y, sinceramente, ya no sabía si quería ir.

«Hola, princesa. ¿La estás pasando bien con tu primo?», preguntó papá por mensaje.

«Sí, me llevó a un lunch vegetariano. ¿No es genial? ¡Sirven hamburguesas sin carne!».

«Excelente, cariño. Te veo en la noche. Carrie te envía un beso y yo te dejo uno más», dos besitos rojos acompañaron el mensaje y le respondí con

un corazón latiendo.

Apagué el reproductor cuando Amy terminó de cantar. Decidí reconciliarme con Ryan y dejar atrás todo el asunto con Sydney. Ya estaba cansada de tanto estira y afloja. Aunque, mantener una relación no es como soplar y hacer botellas, requiere tiempo acoplarse.

—¿Recuerdas nuestra primera gran pelea, cuando éramos niños? — pregunté.

—¿Cómo olvidar algo así? Me castigaron por un mes sin videojuegos.

—Me arrancaste un mechón de cabello, todavía me duele —dramaticé.

—Tardé horas en construir ese castillo de Legos y tú lo derribaste porque querías ir a la playa y yo no —recordó.

—No fue por eso que lo hice. Estaba enojada por algo que me dijo Lexie de ti y Arantxa.

—¡Ah! Tu primer ataque de celos —bromeó.

—Y que lo digas —mencioné—. ¿Recuerdas cómo lo arreglamos?

—Esa fue mi parte favorita —dijo con una sonrisa—. Fuiste a mi habitación con las piezas de Lego y me ayudaste a construirlo desde cero.

—Exacto. Tenemos las piezas, solo resta construir el castillo y eso requiere tiempo, pero en equipo es más fácil. Somos del mismo equipo.

—Gracias, Ross. Cuando me das esas lecciones, me dejas absorto.

—¿Es bueno o malo?

—Bueno, mi reina. Todo, viniendo de ti, es bueno —afirmó.

—Tengo mis etapas también —bromeé, sacándole una sonrisa a su rostro, antes amargado.

—Y hablando del pasado. ¿Todavía tienes la lista de los diez lugares que querías visitar conmigo?

—Está justo aquí —señalé a mi cabeza.

—Bueno, esta noche puedes borrar una —señaló al frente con el dedo.

—¡Disney World! ¡Oh! Pensé que no lo recordabas. ¡Dios mío, Ray, eres lo máximo!

—No es para tanto. Seguro has venido ciento de veces —dijo con modestia.

—¡Pero nunca con mi atractivo novio! —celebré—. Lo admito. ¡Soy una mimada titulada!

Ryan no pudo esconder su sonrisa, lo contagié con mi algarabía. Es que parecía una niña con juguete nuevo. ¿Cómo es eso? Pues feliz.

Una vez que mi novio estacionó el auto, Kurt y Avery nos interceptaron con cara de pocos amigos. Entre ellos dos, el que más me intimidaba era Kurt, llevaba años trabajando para papá y era el más mayor, en cambio su hijo Avery, no pasaba de veinticuatro años y era más flexible.

—¿Su padre sabe que está aquí? —preguntó el inflexible.

—Me dio el pase libre y no demarcó un perímetro, así que hasta podría ir a Las Vegas —Kurt arrugó el ceño, mientras su hijo contuvo una carcajada.

—Me sentiría más cómodo si hablo con él —impuso.

—Bien, estaré allá —señalé hacia el *Californian Screaming*, una montaña rusa que forma parte de *Paradise Pier*, en *Disney Aventura*—. Me avisas si me quiere de vuelta. Chaito —tiré de Ryan por la muñeca y corrí hasta la entrada de la montaña rusa.

—Ross, sabes que nos van a seguir ¿verdad?

—Sí, solo quería hacerlo correr un poco.

—Pero que traviesa resultó mi novia —se mofó.

—No has visto nada, Ray.

En menos de dos minutos, mis dos sombras estaban detrás de nosotros. Pero no por mucho, buscaría la forma de despistarlos para estar a solas con mi novio. ¿Qué me iba a pasar en un parque de diversiones? Además, Ray me estaría cuidando.

—Hey, Kurt. ¿Qué tal está tu corazón? Las normas son muy claras para poder subir al *Californian Screaming*.

Estaba disfrutando de lo lindo. Sabía que Kurt sufría de la presión y no podría ir.

—Yo subiré —intervino Avery.

—Bueno, espero que no le temas a las alturas.

—Eso no es nada para mí —fanfarroneó.

No me daría por vencida, sabía que en algún momento Avery se descuidaría y tomaría esa oportunidad. Solo era cuestión de esperar y mover los hilos a mi favor.

Su padre no parecía muy convencido, pero no le quedaría otra más que vagar por el parque mientras me subiera a todas las atracciones con Ryan... y el agregado indeseado, es decir, Avery.

—Espérame aquí, Ross —dijo Ryan y se fue corriendo hacia una de las tiendas de recuerdos del parque. Me mordí las uñas mientras lo esperaba, no me gustaba perderlo de vista por tanto tiempo.

¡Pero qué posesiva! Después qué ¿lo acompañarás al baño?, burló una voz perturbadora en mi cabeza.

—Los vi en la cabina —murmuró Avery cerca de mi oído. Mis latidos se dispararon. *¡Nos descubrió! ¡Ay, Dios! Pero, ¿por qué no le dijo a mi padre?*—. Sé que son novios, Ryan y yo somos amigos —habló con más naturalidad. Halcón uno —Kurt—, se había alejado al menos dos metros para “revisar el perímetro”.

Mantuve la compostura sin cambiar el gesto, para no ponerme en evidencia. Avery podría estar probándome y yo no era un pez que picaba con facilidad un anzuelo.

—¿Estás enfermo? ¿Te ha dado fiebre en las últimas horas y se te quemaron las neuronas? —ironicé. Él se rio con suficiencia y negó con la cabeza.

—No importa si no me crees, pero te advierto que, la próxima vez, no correrás con tanta suerte. Agradece que los vi yo y no papá, porque de lo contrario...

—¿Qué? —repliqué cortante.

—Conoces a Peter mejor que yo, Rosie. No tengo que decir lo que pasaría.

En ese momento, Ryan regresó con una bolsa de papel en la mano. Mi mirada titubeó entre él y Avery, y luego me recompuse. No quería levantar sospechas y tener que llegar al tema escabroso de nuestra relación y el riesgo que corríamos si papá se enteraba.

—Los esperaré por aquí —dijo Kurt como advertencia.

—Vive la vida. Compra un algodón de azúcar o una manzana. ¡O quizás un café! —grité cuando ya estábamos lejos de él.

—Tu novia no me cree —delató Avery. Mi estómago dio tres giros y por poco lo vació en los pies de Ryan.

—Idiota, te dije que yo hablaría con ella —replicó él. Cerré un puño y le pegué a Ryan al costado del brazo.

—¡Eso fue por no advertirme!

—Lo siento, es que vi su demostración de afecto en la cabina y tuve que hablar. Solo piensa, esto es un daño menor en comparación si hubiera entrado papá y no yo.

—¡Mierda! —lamentó Ryan con una mano en la nuca.

—Tranquilo, Ray. No pasó ¿sí? Estamos a salvo. Además, vamos a

subir al *Californian Screaming*, puedes desahogar la frustración con gritos.

—Necesitaré más que eso —admitió alterado.

Pero bueno, ¿será que voy a pegar una hoy?

—Es culpa tuya —acusé al moreno de metro ochenta a mi lado, llámese, halcón dos. Él elevó las manos al aire como diciendo *no me ataques a mí*. Sabía que él no tenía culpa de nuestro arrebató, pero necesitaba descargar la rabia con alguien y él estaba ahí, así que...

—Sabes qué Ray, no nos ocupemos de desastres que pudieron ocurrir, centrémonos en mi lista de deseos. Estás aquí para demostrarme lo mimada que soy, pues hazlo —reclamé. Sí, no quería más conflictos por ese día, era suficiente con todo el drama del auto para añadirle más sal a la herida.

Ryan relajó la tensión en sus hombros y exhaló con fuerza para serenarse. Mi novio parecía un fosforito, que nada más frotarlo se encendía. Bueno, nadie puede ser tan perfecto.

—Tienes razón. Y, siendo fiel a mi promesa, te compré esto —sacó una tiara de circonio y la extendió hacia mi mano—. Eres oficialmente una reina. Lo que su alteza pida, serán órdenes.

¡Me muero! ¿Cómo puede ser tan ogro y tan tierno en fracciones de segundo?

Tomé la tiara con mucho gusto y la acomodé en mi cabeza. Con eso, el pequeño drama se esfumó tan rápido como un estornudo. Tuve que contenerme para no colgarme de su cuello y repartir besos en su rostro.

—Esto requiere una *selfie* —saqué mi móvil y posé delante de la cámara con total naturalidad. ¡Quedó perfecta! Le pedí a Avery que me tomara una con Ryan, no como hubiera querido, besándolo, pero al menos salíamos juntos. ¡Nuestra primera foto como novios!

Guardé de nuevo mi móvil en el bolsillo de mis jeans, sin publicar las fotos. De hacerlo, los paparazzi saldrían hasta debajo de las piedras y ¡adiós cita!

—Ahora sí, a dejar las amígdalas allá arriba —señalé con entusiasmo.

Entramos a la atracción y subimos el ascensor que nos llevaría al punto de abordaje. Ryan y yo ocupamos el puesto del frente; Avery, tres carritos más atrás, por petición mía. Ahí, aproveché de tomarme la fotografía que quería, besando a Ryan. ¡Nos veíamos tan adorables que quería imprimirla tamaño afiche!

Luego de varias fotitos más, aseguramos nuestras pertenencias en el

compartimiento ubicado a nuestros pies, donde metí mi móvil, la tiara, mis gafas de sol; Ryan las llaves de mi *Bentley* y su billetera.

—¿Lista, mi reina?

—Prepárate tú, te dejaré sordo —advertí. Él pensó que estaba bromeando, pero ya quería escuchar lo que diría cuando viviera la experiencia Rosie Keanton.

Minutos después, la atracción se puso en marcha y ya no supe de mí. Me dejé absorber por la adrenalina sin ninguna vergüenza, era como mi pecado capital.

—¡Dios, Ross! Debilitaste mis tímpanos —admitió Ryan cuando llegamos al punto de inicio.

—Te lo advertí. ¿Damos otra vuelta? —sacudió la cabeza enérgicamente. Pobre, lo traumaticé.

—Espérame abajo entonces. Ya encontraré a un acompañante a quién torturar.

—Pues no dejaría que un pobre chico quede sordo.

Me reí. Tenían que verle la cara, era digna de un retrato. ¿Han visto la pintura de *El Grito* de *Edvard Munch*? Bueno, algo así.

—¡Avery, ven aquí! —grité—. Bájate, ya encontré una víctima —le ordené a Ryan.

—No hace falta...

—Mi corona está guardada, pero mi investidura sigue vigente ¿Qué haces con tener poder y no usarlo?

Ryan me dio un beso en la boca y abandonó su puesto, el cual Avery no tardó en ocupar.

—Más vale que la cuides —le advirtió.

—¿Qué me va a pasar? Aquí el único en riesgo es él —Ryan soltó una risita cómplice.

—¿Por qué te ríes? ¿Qué va a pasar?

—Si te cuento, pierde la sorpresa —dijo Ryan con un guiño.

Cuando el recorrido inició, me reí entre dientes. El pobre no sabía qué lo iba a atacar. Grité más que la primera vez, intencionalmente. Era mi pequeña venganza por arruinar el humor de Ryan antes.

—¡Oh mi Dios! ¡Eres como Linda Blair, en el exorcista! Solo te faltó girar la cabeza y vomitar.

—¿Otra vuelta?

—¡No! Ni que me pagues con lingotes de oro —dijo y se apresuró a bajarse. Me reí tanto que el estómago me dolió. ¡No me había divertido tanto en meses!

CAPÍTULO 31

Después de la montaña rusa, arrastré a los chicos al resto de las atracciones. Tenía una energía atómica que parecía no acabar. Hasta nos tomamos fotos con los personajes más famosos de Disney. De Kurt, no nos pudimos deshacer en toda la tarde, pero siempre lograba escabullirme unos minutos y robarle besos a Ryan.

Él se comportó a la altura, cumplió todas mis peticiones, hasta gastarle una broma a *La Sirenita*, arrodillándose delante de ella para pedir su mano, con un anillo y todo. Era falso, pero eso funcionó. Fue de lo más gracioso y, por supuesto, me quedaron pruebas.

Pero no podíamos irnos sin llevar algunos recuerdos. Por algunos, quiero decir seis bolsas repletas, incluso compré ropa para el bebé de Isabella y, como no sabíamos el sexo, compré para niño y niña.

—Gracias a Dios no eres de la monarquía, pobres lacayos —satirizó Ryan.

—Bueno, ya sabes, no cometas de nuevo el error de darme tanto poder.

—Ya es tarde para eso —bromeó.

No fue difícil quedarme dormida cuando me senté en mi auto. Estaba agotada. ¡Ser una reina no es cualquier cosa!

—Ross, llegamos a casa —susurró Ryan acariciando mi rostro. Parpadeé para aclarar mi visión, pero no sirvió de mucho, ya era de noche y estaba oscuro—. Te cargaría hasta tu cama, pero creo que Peter me mataría.

—Cinco minutos más —pedí y me volví a acurrucar en el asiento.

Cuando abrí los ojos, ya no estaba en mi auto sino en mi cama. *¿Cómo llegué aquí?*

—Buenos días, dormilona —burló Ady desde el sillón de mi habitación.

—¿Buenos días? ¿Pero qué hora es? —pregunté sobresaltada.

—Las nueve, alteza. Avery me contó la historia.

—¡Ah, sí! Ese traidor. Pero ¿cómo llegué aquí?

—Tu súbdito leal te cargó desde el auto —entorné los ojos—. Tu padre lo aprobó —aclaró, al ver mi conmoción.

—¿Estás hablando del mismo Peter Keanton?

—Pues sí, a mí también me asombró, pero como su columna no es tan

fuerte, las opciones eran Ryan y Avery. Él optó por tu primo.

—Primo, sí —enuncié.

—Por cierto, qué haces aquí ¿velando mis sueños?

—No, esperando que despertaras para preguntarte: ¿por qué no me invitaste a Disney? Te mencioné lo de la cita doble ¿recuerdas?

—Umm, es que no sabía que iría hasta que llegué ahí, pero te prometo que tendremos esa cita doble.

—Más te vale —dijo con recelo.

Después de aclarar el punto con mi quisquillosa amiga, la despaché de la habitación para darme una ducha y bajar a desayunar. Me tardé un poco, el cansancio del día anterior me había dejado los músculos tensos.

Mientras el agua corría sobre mí, mis pensamientos me llevaron al cuaderno de Ryan, a la última vez que lo leí y a las preguntas que esperaba responder. La primera, ¿por qué Ryan abandonó el escenario la noche de mi fiesta? La segunda, ¿qué tan lejos llegó con Sydney? Porque aquella noche, cuando dijo que solo me haría el amor cuando fuese su esposa, no me quedó claro si tenía la misma postura con respecto a ella.

Pero es que él lo dijo, tonta, cuando mencionó lo del libro, compuso mi mente.

Eso quería decir que ¡Ryan era virgen! *Es difícil de creer, con lo sexy que es... No, tuvo que hacerlo con alguien. Nadie es tan santo y casto, y menos a su edad, supuse.* Pero la verdad estaba en un lugar, en aquel cuaderno negro de espirales que ocultaba bajo mi cama.

Dejé la ducha cuando la curiosidad pudo más. Hasta quería pasar del desayuno y sentarme a leer para terminar de develar el misterio. Necesitaba saber qué le hizo esa tal Sydney a Ryan que le arrebató el corazón.

Me puse un vestido casual, sandalias bajas y me recogí el cabello en una cola, sin reparar mucho en lo bien o mal que quedó. Solo pensaba bajar a la cocina unos minutos, terminar mi desayuno y volver. Tenía que comer porque sí; con mis padres en casa, no podía darme el lujo de no ir. Pero, en cuanto desayunara, me encerraría en mi habitación a leer hasta terminar.

Todo me salió a pedir de boca, en la cocina solo estaba Marie y no tardé más de diez minutos en comer. Subí las escaleras con prisa y me atrincheré en mi habitación. Habría colgado un letrero de “no molestar”, pero sería muy sospechoso.

«La extrañé en el desayuno, alteza», saludó Ray.

«¿Estás extendiendo mi reinado?».

«Esa corona nadie se la quita».

«Entonces tendrías que venir a darme un beso de buenos días si lo ordenase ¿verdad?».

«Sí, aunque le sirvo a otro rey y se molestaría si lo abandono, pero trataré de escaparme más tarde».

«No, tengo una misión. Te escribo cuando termine mi lectura. Te quiero, Ray».

«Y yo a ti. No lo olvides mientras conoces mi historia».

Su advertencia me puso más ansiosa de lo que ya estaba. Le daba miedo que supiera la verdad y no lo entendía, ¿para qué me dio el cuaderno si le temía a su contenido?

Quizás esté exagerando. En los últimos días ha estado susceptible y sigue caminando en círculos. Cualquiera cosa, le hace pensar que lo voy a dejar y su inseguridad me pesa.

—Bueno, que Dios me agarre confesada —proferí antes de abrir el cuaderno.

“El diez de febrero llegó más rápido de lo que esperaba. Ese día sin duda Rosie vendría a casa y tendría que enfrentar mis sentimientos. Estaría más tranquilo de no haberla visto unas semanas atrás en L.A., pero lo que siento por ella sigue intacto. Lo bueno es que vivo en un apartamento que renté recientemente y puedo irme directo a la fiesta en el salón. Sí, es lo mejor. Sé que Peter y su familia siempre llegan a casa desde la mañana. Cualquiera otro año, ese sería un momento feliz para mí, contaba los días en el calendario para que llegara. Esta vez, quería que el tiempo no trascurriera”.

—¡Ah! No sé para qué me dio esto... Sería más fácil decirme lo que pasó sin hacerme pasar por esta tortura —me quejé.

Tortura o no, seguí leyendo.

“Sydney usó un vestido blanco ese día. Se veía hermosa sin duda, pero Ross, ¡Dios Bendito! ¿Cuánto puede crecer una persona en unos meses? Estaba usando un vestido azul ceñido al cuerpo, y del largo perfecto para dejarme ver sus piernas tonificadas. Mi corazón no latía, gritaba su nombre, pero debí recordarle que mi decisión era la correcta, que él no dominaba mis

emociones y que debía mirar a Sydney como veía a Ross. Sí, tomé todo de mí para mirar con devoción y amor a la chica que elegí querer, a Syd. No fue fácil ignorar a Ross, fue la peor cosa que he hecho alguna vez; inclusive, mi corazón late fuerte mientras escribo estas líneas, pero nada ha cambiado, Ross es mi sueño inalcanzable y Sydney mi sueño posible”.

—¡Ah, Ryan! Pero sí serás... A veces le metes al burro.

«¿Sueño inalcanzable? Parece que no lo era tanto porque aquí estamos». Le escribí, no podía pasar por alto ese detalle.

No quise leer más hasta que respondiera; se tardó veinte minutos.

«Pero tenemos que escondernos».

«¡Nadie te obliga a hacer tal sacrificio!», respondí molesta.

Que se vaya con su sueño posible a dónde le dé la gana.

«No lees más, esto no está siendo productivo».

«¿Productivo? ¡Estás loco! ¿Cómo crees que será productivo saber cómo me cambiaste por ella?».

«¡Dios, Ross! Voy para allá».

«No voy a abrir la puerta hasta que lea todo, así que no pierdas el tiempo».

Seguí leyendo, la entrada siguiente era de hacía más de dos años.

“Un día como hoy, le pedí a Sydney que fuese mi novia. Han cambiado muchas cosas desde esa vez. Cuando la conocí, tenía muy claro mis sentimientos, sabía que Ross era la dueña de mi corazón, pero poco a poco le di cabida a Sydney y, aunque Ross nunca se borrará de mí, me volví a enamorar, fue inevitable. Syd es dulce, hermosa, inteligente, centrada y, además, comparte mis ideales con respecto a la abstinencia. Aquella postura no fue una decisión a la ligera, escuché muchas de las charlas de mi padre, en las que hablaba de sexo con sentido y todo eso. No diré que fue fácil, al contrario, era duro que la gente me señalara como el bebé no deseado. Y no solo eso, también soportar las burlas en la escuela por ser el hijo de Axxel Wilson, porque muchos lo tildaban de hipócrita y hasta de loco por pregonar la responsabilidad sexual y por emparentar las palabras sexo y amor en la misma oración. Pero, a medida que fui creciendo, lo entendí. Mi padre solo intentaba ayudar a los chicos, enseñarles con su experiencia que el sexo debe significar algo más, que no es hacerlo por hacerlo. Y por eso decidí ser la excepción a la regla. No solo me propuse esperar a la indicada, sino que

prometí que la primera vez que lo hiciera sería con la mujer que estaría conmigo por el resto de mi vida. Por eso esta noche le voy a pedir matrimonio a Sydney”.

Un dolor agudo me penetró hasta el alma cuando leí esas palabras. Se enamoró de ella, la eligió para hacerla su esposa. ¡Su esposa!

—¿Para qué me diste esto, Ryan? ¡Me está destrozando! —grité entre sollozos y lancé el cuaderno de la tortura contra la puerta.

—¡Ross, ábreme, por favor —dijo el culpable de mis desdichas.

—¡No te quiero aquí, Ryan! ¡Vete!

—Ross... —pronunció con remordimiento—. No llores, por favor. Déjame explicarte.

Le abrí la puerta para que descubriera lo que había causado con su devastadora verdad. Al verme, me estrechó a su cuerpo con fuerza y repitió «lo siento» tantas veces que comenzó a perder su significado.

—¿Te casaste con ella? ¿Lo hiciste? —le pregunté, apartándolo de mí. Ryan cerró la puerta tras sí y le puso seguro.

—No podemos hacer esto ahora, le dije a Peter que iría por unas partituras y...

—¿En qué página está? ¿Lo escribiste? —pregunté, mientras recogía el cuaderno del suelo.

—No te hablaré de ella mientras estés así.

—¡No, Ryan! El dolor me está matando. ¿No lo entiendes? Sydney fue la mujer que elegiste. Esperaste años a la indicada. ¡A ella!

Él se frotó las sienes con turbación y luego se llevó las manos a la nuca. Sabía que se sentía impotente e inseguro, pero en ese momento lo menos que me importaba era lo que él sentía. ¡Estaba tan enojada!

—¡Te esperaba a ti, no a ella! Pero tuve que elegir, sí, y elegí a Syd porque tú...

—¡Era un sueño inalcanzable! —dije como un reclamo. Fui cínica, quizás, pero las barreras que nos separaban no eran tan altas ni tan fuertes como para renunciar a mí sin intentar derribarlas.

—¿Crees que no luché contra esto? —pronunció con la voz cansada.

—¿¡Ahora somos “esto”!?! —dije indignada—. Dime una cosa, Ryan. ¿Por qué viniste aquí en primer lugar, si intentabas dejarme atrás? —pregunté con rabia, tristeza... desasosiego. No sabía ni qué sentir.

—Porque necesitaba saber si podía volver a vivir, Ross. ¡Por eso!

¿Recuerdas que te dije alguna vez que el Ryan que conociste había muerto?
¡Pues fue así! Porque la llegué a querer mucho. Me enamoré de ella... le hice promesas. No puedes culparme por intentar olvidarte —dijo al final, con la voz fragmentada.

—¡Y tú no puedes evitar que me lastime saberlo!

—Lo sé, Ross, pero no puedo cambiar el pasado, si pudiera...

—¡Estarías con ella! ¿Crees que no lo sé?

—¡No! ¡Si pudiera cambiar el pasado no hubiera dejado que muriera!
—dijo con dolor y comenzó a llorar. Sí, a llorar tan fuerte que su pecho se agitó y sus piernas fallaron, obligándolo a caer en sus rodillas.

—Lo siento, Ray. Pensé que solo te había dejado. No creí que... ¡Oh mi Dios!

—No me dejes tú también, Ross. No puedo perder a nadie más —rogó, abrazándose por la cintura. Su petición me llegó hasta el alma y me fragmentó en pedazos.

CAPÍTULO 32

Esa mañana, fui a casa y hablé con papá de mis intenciones con Syd. Su actitud fue inesperada, pensé que me diría que esperara un poco más, pero no, me dijo que se sentía muy orgulloso de mí, que era mucho mejor de lo que él fue alguna vez y que me daba su apoyo. Pero, antes de celebrar, primero ella tenía que decirme que sí.

Llegué al apartamento que había rentando, y que compartía con Fabian, el baterista de nuestra banda *The Crazy Rock*. Estuvimos trabajando varios años para encontrar nuestro lugar en la música y lo habíamos conseguido. En un par de semanas, firmaríamos un contrato con *Hangar Music*, una casa discográfica muy importante de Estados Unidos.

Eso fue lo que terminó de convencerme de proponerle matrimonio a Syd. Ella se acababa de graduar en la universidad, yo firmaría un contrato musical... era el mejor momento para los dos.

—Hey, ¿te tragaste a un payaso? —burló Fabian desde el sofá, donde estaba viendo deportes con Aaron, su hermano menor. Eran dos fanáticos de la NBA y, cuando la temporada iniciaba, se adueñaban de la sala.

Ignoré su comentario y me metí a mi habitación, tenía que darme una ducha y cambiarme de ropa antes de ir por Sydney.

Salí de ahí, una vez que estuve listo, y caminé hasta la sala, donde los hermanos Konrad seguían atrincherados. Me detuve intencionalmente frente a la televisión para que mi compañero de piso me prestara toda su atención.

—¿Estás en las drogas? Dime que no, no quiero que perdamos a la izquierda —comentó Fabian por mi osadía.

—Nada de eso, imbécil. Quiero que vean esto —abrí la cajita roja que contenía el anillo que compré para Syd.

—¡Acepto! —gritó mi amigo.

—¿Crees que le gustará? —pregunté serio.

—Si tiene una lupa, puede que vea el diamante —saturizó. Fruncí el ceño y esnifé, no había forma de que Fabian tomara algo en serio.

—Ya, hombre. Era una broma. Creo que tu chica va a llorar cuando lo vea, y no por el tamaño de la piedra, a ella no le importa, pero sé que dirá lo que esperas escuchar.

Sonreí emocionado. Ya no veía la hora de arrodillarme en el suelo y hacerle la pregunta.

—Ahora, quítate, que ya terminaron los comerciales.

—Gracias por su atención, señores. Iré por mi chica. Deséenme suerte.

—¡No lo necesitas! —gritó Fabian.

Bajé los dos pisos por las escaleras hasta llegar a la salida. Me subí a mi Jeep y encendí la música. *Think About You*, de *Guns N' Roses*, me acompañó los primeros minutos, mientras conducía a casa de Syd; vivía con su padre a veinte minutos de mi apartamento.

No me sentí nervioso en el trayecto, ni cuando llegué a su casa, pero a la hora de tocar el timbre de su puerta, mi corazón vibró en mi pecho y comenzó a latir descontrolado. Pedirle matrimonio era un paso enorme, significaba que ella sería con quien construiría un futuro, con quien tendrían mis hijos... la mujer de mi vida. No tenía miedo, estaba seguro de mi decisión, pero en el fondo de mi corazón seguía guardando sentimientos por Ross. ¿Era injusto para Sydney? Quizás, pero uno no puede arrancarse los sentimientos, ni reemplazarlos. Y no era que no quería a Sydney, la quería mucho, me enamoré de ella y por eso la haría mi esposa.

—Amor, llegaste temprano —dijo con una sonrisa y me dio un beso en los labios—. Tendrás que esperarme porque aún no estoy lista. ¡Tienes que dejar de ser tan puntual!

—Culpa a mi padre, así me crió —contesté.

Syd subió las escaleras, yo fui a la sala y me senté en un sofá junto a su padre, quien estaba viendo un partido de béisbol desde su sillón reclinable. Él me saludó con un simple: «¡Eh, Ryan!», sin apartar la mirada de la pantalla, a lo que yo respondí: «Un gusto verle, señor Robert».

La madre de Syd la había abandonado cuando apenas tenía siete años, dejándola con su padre. Él era contratista y trabajó duro para pagar los estudios de su hija. Su relación con ella era muy sólida, no era solo su padre, también su amigo.

Recuerdo la primera vez que hablamos, me dio una charla extensa de lo importante que era su hija para él, inclusive, me preguntó cuáles eran mis intenciones. Le fui sincero, le dije que lo nuestro era reciente, pero que respetaba mucho a Sydney y que compartía sus ideales de sexo después del matrimonio. Fue la conversación más incómoda que tuve alguna vez, pero Víctor era un hombre muy comprensivo y cordial, me trató como si fuese su

propio hijo y eso facilitó las cosas.

Hablé con él de mi propuesta unas noches atrás. Planeaba decirle primero a papá, pero vi la oportunidad y no la desaproveché. Él me dio su bendición, pero me hizo prometerle que cuidaría a su niña. Le dije que haría mi mayor esfuerzo por hacerla feliz y cuidarla.

Sydney bajó las escaleras y me dijo que estaba lista para salir. Sostenía en su mano la patineta negra que le regalé en nuestro primer aniversario de novios. Ella practicaba *Skateboarding* desde que cumplió quince años y era muy buena. Esa noche había una competencia en *Go Skate* en el que ella participaría.

Me despedí de su padre y salimos de su casa para subirnos en el Jeep. Una vez dentro, conduje hasta el parque de skate, que quedaba a unos minutos de su casa. *Guns N' Roses* volvió a sonar, aunque esa vez había otra voz acompañando a Axl Rose, la de Syd. Y no era buena cantando, ni un poquito, pero lo importante era que estaba feliz.

Llegamos a *Go Skate* sobre las seis de la tarde. La competencia iniciaba en media hora y ella tenía que prepararse. Me despedí con un beso y caminé a las gradas, donde estaría las próximas dos horas.

La competencia dio inicio, los primeros cinco participantes —entre chicos y chicas— realizaron muy buenos trucos y piruetas sobre la tabla de cuatro ruedas, pero ninguno era mejor que mi chica.

—¡Vamos, nena! —grité cuando llegó su turno. Ella elevó el pulgar hacia arriba mientras sonreía, mirándome.

Se subió a su patineta y comenzó a deslizarse por el piso de hormigón, hasta alcanzar las diversas rampas que había en la pista y realizar a la perfección trucos en el aire. Eso tiene sus términos, y me los había dicho muchas veces, pero no lograba aprenderme más que uno o dos, el *Ollie* y el *Nollie*, y eso porque rimaban.

Admito que la primera vez que la vi practicando skate casi me da un infarto, es un deporte muy peligroso para mi gusto, pero cuando me di cuenta que sabía lo que hacía, dejé de preocuparme tanto.

—¿Ocho punto cinco? ¡Oh, vamos! —me quejé cuando vi la puntuación de los jueces.

La recibí con los brazos abiertos cuando se acercó a mí en las gradas. Le dije que para mí merecía solo dieces, y no lo decía solo porque era mi novia, ella lo hizo excelente.

—Eres tan dulce, amor —dijo con una sonrisa. Acaricié su mejilla con mis dedos y luego la besé, me encantaba tener su boca contra la mía y estaba deseando tener mucho más que eso en las semanas próximas.

La siguiente hora pasó rápido, había muchos competidores talentosos y el entretenimiento no faltaba. Cuando llegó el turno de los gemelos Morgan, mi corazón se contrajo con fuerza. ¡Era la hora!

Syd estaba sentada a mi lado en las gradas de hormigón. La miré por encima de mi hombro y noté que estaba concentrada en la pista. Tragué el nudo de mi garganta mientras esperaba que pasara, sin quitarle un ojo de encima para no perderme su reacción.

Con mi vista periférica, pude ver que los gemelos se dirigían a la rampa más alta. ¡El momento estaba llegando!

—¡Oh mi Dios! —gritó Sydney y se cubrió la boca con las manos. Los gemelos habían extendido una pancarta con la pregunta: “Sydney, ¿te casarías conmigo?”.

Hiné mi rodilla en el suelo y abrí la caja que contenía el anillo que le compré, el diamante no era gran cosa, pero tampoco tan pequeño como dijo Fabian.

—¿Qué dices, Syd? ¿Quieres compartir el resto de tu vida conmigo? —estaba tan nervioso que mi voz falló un par de veces.

—Sí, Ryan. ¡Acepto! —contestó y se echó a mis brazos con tanta fuerza que casi me tumba contra el suelo.

Deslicé el anillo por su dedo cuando dejó de abrazarme. Sus hermosos ojos cafés brillaron por las lágrimas, estaba tan feliz. Yo también lo estaba, mucho. Le sequé la nostalgia de su rostro y luego la besé. El público comenzó a aplaudir en celebración. ¡Les dimos un gran espectáculo!

.....

—Oh, Dios, Ryan. No puedo creer que hoy te vayas a casar. Todavía recuerdo cuando naciste, eras tan pequeñito —lloriqueó mamá.

—No llores, princesa —le dijo papá con dulzura.

—Es que es mi bebé. ¿Cómo no quieres que llore? —replicó.

—Ven aquí, mamá —le pedí con los brazos extendidos. Ella se metió en el hueco de mi pecho y lloró más fuerte.

—Cualquiera pensará que me estoy muriendo —bromeé, mientras le acariciaba la espalda.

—Y pensar que hay dos más después de Ryan —dijo papá, echándole más leña al fuego. Sí, porque hizo que mi madre llorara más de lo que ya lo hacía—. Pero para eso falta mucho, princesa. Maggy y Sam son unos niños —aseveró, para enmendar su metida de pata, algo normal en él.

—Bueno, ya deja de llorar que me harás llorar a mí —le pedí. Ella me soltó y se secó las mejillas con los dedos.

—Estoy feliz por ustedes, cariño. Es que... —sollozó.

—Lo sé, soy tu bebé.

—Sí, sí. El bebé de mamá se va a casar —se burló Maggy—. Ahora, andando que Sydney te está esperando.

—Es temprano, cariño —dijo mamá.

—Pero el novio siempre llega primero. ¡Eso es ley!

—No hagamos esperar a la novia entonces —señaló papá—. Aunque si quieres huir, todavía estás a tiempo.

—Lo dudo mucho, papá.

Syd y yo decidimos casarnos el doce de octubre en una ceremonia pequeña a la orilla de la playa, cerca de donde nos conocimos, en la que asistiría la familia más cercana y un par de amigos.

Solo habían pasado tres semanas desde mi propuesta, pero teníamos cierto apuro, ya saben, dos años de solo besos ya no era suficiente.

Veinte minutos después, estaba esperando a Syd en el pequeño altar que colocaron dentro de una carpa blanca. Mis padres y mis hermanos ocuparon la primera fila. En las otras sillas, estaban mi tía Hayley, tío Maison, mis primas, mis abuelos, los chicos de la banda y Deisy, la mejor amiga de Syd. Esos eran todos los invitados.

Cuando Edward, el tecladista de la banda, tocó la marcha nupcial para darle la entrada a mi prometida, mi corazón comenzó a latir fuerte; el momento estaba llegando y no había vuelta atrás. No estaba arrepentido, sabía que había tomado la decisión correcta, pero la imagen de Ross llegó a mi mente sin poder evitarlo. En los últimos días, había pensado mucho en ella, más que todo porque hubiera querido que estuviera ahí. Ella era mi mejor amiga, lo fue por muchos años, y la extrañaba mucho.

Sydney comenzó a caminar hacia mí, de la mano de su padre Víctor. Se veía preciosa en aquel vestido blanco. Era uno sencillo, de estilo bohemio, según me comentó ella. Syd no era del tipo de chica que usaba vestidos llamativos o pomposos. ¡Ese era perfecto!

—Ella es mi más grande tesoro, Ryan. Cuídala —pidió Víctor, cuando llegó al altar con su hija.

—Lo haré, señor Robert —le prometí.

Tomé la mano de Syd y noté que temblaba. Estaba nerviosa y era comprensible, casarse es atemorizante, es la decisión más grande que uno toma en su vida; se hacen promesas que no se quieren romper, se construyen sueños que se esperan alcanzar... es una gran responsabilidad.

—Tranquila, mi amor —susurré.

—Te quiero, Ryan —pronunció con nostalgia.

Le dije que yo también la quería, mientras le acariciaba el rostro con los dedos. Ella asintió, diciéndome con ello que estaba lista, y entonces enfrentamos al juez para que iniciara la ceremonia.

Cuando llegó el momento de decir los votos, y compartir los anillos, le prometí que la amaría por siempre, que la cuidaría con mi vida y que sería la única mujer para mí. Ella dijo que yo era el único hombre que amaba y que su corazón sería mío por siempre. Sellamos aquellas promesas con un beso que desató aplausos y silbidos.

La celebración duró toda la tarde, había mucha comida y música involucrada. De los bailes, mejor no hablemos, yo tenía dos pies izquierdos y pisé a Syd más de tres veces, igual a mamá, que no hizo más que llorar a moco tendido durante toda la pieza.

—Estoy muy orgulloso de ti, hijo. Hiciste las cosas de la forma correcta todo este tiempo y llegó la hora de recibir la recompensa. Ya sabes, si necesitas mi consejo, tú solo me dices.

—Creo que lo tengo cubierto, papá.

—Nunca está de más saber.

—Que nunca lo haya hecho, no significa que no sepa —murmuré.

—Ese es mi hijo, carajo. Todo un Wilson.

—Papá... —lo reté.

—Ya, ya. Llévate a tu esposa y haz que valga la pena.

—Dios, ¿alguna vez vas a madurar?

—¿Madurar? ¡Ja! Estás hablando de Axxel Wilson —burló tío Maison, apareciendo de pronto.

—Mira quién habla —replicó papá.

—¿Saben qué? —dije poniendo una mano en cada hombro de ellos—, tengo algo más importante por hacer que escucharlos pelear. Aprovechen esa

energía para algo más productivo. ¡Los años no pasan en vano! —grité, porque ya me estaba alejando.

.....

Había pasado un mes desde que celebramos nuestra boda, tiempo que dedicamos a hacer el amor, muchas veces. Dicen que la práctica hace al maestro y yo quería graduarme con los más altos honores. Tuve un poco de ayuda en ese ámbito; en uno de los regalos de boda encontré un libro titulado: “Si vas a hacerlo, hazlo bien”. Supuse que lo envió mi padre, pero nunca pensé que él era el autor y que lo publicó con un seudónimo para no ensuciar su imagen “pro abstinencia”. Lo supe demasiado tarde y no fui a casa por varias semanas, no podía ver a mis padres con los mismos ojos.

—Buenos días, amor. ¿Estás emocionado con lo de hoy? —dijo Syd cuando llegué a la cocina. Estaba preparando el desayuno para los dos.

La saludé con un beso en la mejilla y me senté en una de las sillas del comedor, era uno pequeño de cuatro puestos. Nos quedamos con el apartamento que había rentado con Fabian y lo echamos a la calle. Bueno, no literalmente, él tenía otro lugar donde vivir.

—Sí, mucho. Participar en ese festival de rock con los chicos es emocionante. Ya quiero que llegue la noche.

—Y yo me muero por gritar desde primera fila el nombre de mi esposo. No me canso de decirlo. ¡Esposo!

—Creo que mejor me ves desde el escenario —sugerí.

—No. ¿Acaso tú me ves patinar desde la pista? No, verdad. Así que eso no es negociable —sentenció.

—Umm, eso está por verse —me puse en pie y la acorralé entre la pared y mi cuerpo. Deslicé mis manos por sus hombros desnudos hasta alcanzar sus manos, las sujeté por encima de su cabeza y luego besé su punto más sensible, su oreja. Descendí lentamente hasta llegar a sus pechos, y como estaba usando una musculosa, alcancé su aureola endurecida con mi boca.

—Ryan —jadeó.

—¿Te convencí?

—No —exhaló.

Liberé sus manos y la llevé en brazos hasta nuestra habitación. Tenía un reto y no escatimaría en esfuerzos para cumplirlo. La tumbé en la cama y la desnudé mientras le repartía besos, iniciando por sus labios, bajando por su

pecho, abdomen, caderas... hasta alcanzar su punto más sensible.

—¡Ay Dios! —gimió con el aliento cortado.

No abandoné su lugar cálido hasta que su cuerpo vibró con aquellos espasmos involuntarios que tanto preciaba. Syd era mía, solo mía. Nadie más la tuvo así, nadie más la tendría, solo yo. Ella era mi recompensa, mi tesoro... mi mujer.

—¿Escenario o primera fila? —pregunté.

—Primera fila, sin duda.

—Syd...

—El día que subas a una tabla de skate conmigo, y que te deslices por las rampas sin caerte, entonces te veré desde el escenario. De lo contrario, primera fila.

—Ingrata —reproché.

—Nada de eso, solo cumpliste con tus deberes conyugales.

—¿Y qué tal estuvo?

—Un nueve sin duda —bromeó.

—¡Ah, sí! No saldremos de aquí hasta que me des un diez.

—Inténtalo —retó, mordiéndose el labio inferior.

—Tú lo pediste, ahora atente a las consecuencias —advertí.

.....

A las seis de la tarde, íbamos en el Jeep rumbo al *Night Club Rock*, donde sería el festival en el que participaría con la banda. Syd llevaba puesta una camiseta negra, con el logo de *The Crazy Rock* estampado al frente; detrás, decía Mrs. Wilson.

La firma del contrato con *Hangar Record* comenzaba a rendir frutos y estábamos emocionados por participar en el Festival de Rock de Miami.

—Bien, chicos. Ustedes serán la primera banda en tocar. Quiero que dejen su corazón en el escenario y pateen traseros, que todos sepan quién es *The Crazy Rock* —dijo Gill, nuestro mánager.

—Los van a amar, chicos. Son geniales —aseguró Syd.

—Gracias por apoyarme, amor. Te quiero tanto —le dije.

—No está de más que lo grites al micrófono, ya sabes, para que todos sepan que eres mío —bromeó.

—Si logro quitárselo a Dean... —El vocalista.

Ella sonrió y se colgó de mi cuello para besarme. La sostuve contra mi

cuerpo varios minutos. No me gustaba mucho la idea de ella entre el público, pero no estaría sola, las novias de mis compañeros también querían estar en primera fila y bueno, quién las podía culpar, eran nuestras fan número uno.

Media hora después, estábamos subiendo al escenario para interpretar una de nuestras canciones, *Agonía*, se titulaba. La música la compuse yo y la letra era de Dean.

Una vez que afinamos los instrumentos, Dean nos presentó a cada uno y le dio la bienvenida al público. El lugar estaba lleno, pero podía ver a Syd en primera fila, al lado de las demás chicas, y desde ahí me dijo te amo, lo leí en sus labios. Pronuncié las mismas palabras y luego me concentré en la guitarra, si la miraba mucho me iba a distraer.

El público rompió en aplausos cuando la canción terminó, hasta pidieron que siguiéramos tocando, pero había más grupos esperando para participar. Desde mi lugar, vi a Syd saltando y escuché: «Te amo, Ryan». Le arrojé un beso con la mano y luego le hice una seña para que volviera conmigo, detrás del escenario. Ella tenía un pase que le permitiría ir tras bambalinas y no le tomaría más de diez minutos llegar a mí.

Estaba bajando las escaleras, cuando escuché gritos provenientes del público, y no eran de euforia, sino de terror. Mi corazón latió fuerte al pensar en Sydney, ella seguía ahí, podía estar en peligro. Regresé al escenario y lo que vi revolvió mi estómago, aquello parecía un motín y lo peor era que no la veía a ella.

Grité su nombre con todo lo que mi garganta me permitió, estaba desesperado por ver su rostro entre la multitud, por saber que estaba a salvo.

Tuve que correr de vuelta a las escaleras para bajar del escenario, estaba muy alto para saltar desde ahí y podía terminar con una pierna rota. Eso empeoraría las cosas. ¿Cómo la encontraría si me lastimaba?

—¡Sydney! —grité mientras trataba de abrirme paso entre la multitud, pero era como luchar contra una pared, no podía avanzar, el caos era terrible y los gritos espantosos.

Mi corazón latía cada vez más rápido y el oxígeno comenzaba a escasear en mis pulmones. ¡Pero necesitaba encontrarla y ponerla a salvo! No me detendría hasta lograrlo.

—¡Alisson! —grité cuando vi a la novia de Dean. Estaba tratando de escapar de la masa de cuerpos que luchaban como si de una guerra se tratase. Tiré de su muñeca y la saqué de ahí.

Ella me abrazó y comenzó a llorar fuerte. Estaba temblando tanto que me sacudía con ella.

—Alisson, ¿has visto a Sydney?

—Ella... Dios mío. Todo pasó muy rápido. Unos idiotas comenzaron a pelear y entonces el caos comenzó. Sydney me agarró por el brazo para que escapáramos y entonces... —sollozó sin poder seguir hablando. Mi cuerpo se sintió morir, algo malo le pasó a Sydney, estaba seguro.

—¿Dónde está ella? Dímelo, Ali. ¡Dime dónde está Sydney!

—Se cayó al suelo y... no la pude sacar, Ryan. Lo intenté, pero me empujaron y no pude. ¡No pude!

—Sal de aquí, Ali. Busca a Dean, busca la salida —le dije mientras regresaba al motín. Tenía que encontrar a Syd, le prometí que la cuidaría, se lo prometí a Víctor. ¡Tenía que ponerla a salvo!

CAPÍTULO 33

—Nunca había sentido tanto dolor en mi pecho. Fue terrible y desgarrador. Fue como si me arrancaran el corazón, Ross. Ella murió por mi culpa, si no la hubiera dejado ir ahí... —pronunció con una devastadora pena en su voz—. Eso no debió pasar, ella no merecía morir aplastada por culpa de unos malditos consumidores que se peleaban por una mierda de droga. ¡Ella era inocente, Ross! Ella... no debía estar ahí.

Lo abracé con todo el amor que pude, no encontré otra forma de consolarlo. Ryan me contó que se había casado con Sydney y que, un mes después, murió en uno de sus conciertos. Fue ahí cuando entendí porqué se bajó del escenario en mi cumpleaños; era la primera vez que pisaba uno desde lo de Sydney.

Sentí un profundo dolor por ella y una pena mayor por Ryan. ¡Nadie merece una muerte tan trágica!

Por ello, también comprendí porqué había cambiado tanto. Supe la razón de su sufrimiento y me sentí culpable por todo lo que le había reprochado cuando llegó a L.A. De haberlo sabido antes, jamás lo hubiese tratado tan duramente. Solo pensaba en mí, no hacía otra cosa que lloriquear como una malcriada que quería al viejo Ryan de vuelta, sin saber que su vida no podía ser la misma porque sufrió una pérdida tan terrible y devastadora que le robó una parte de sí mismo. Debí prestar más atención a lo que dijo mamá aquella tarde, él la estaba pasando mal, él me necesitaba y le fallé.

Saber todo aquello debilitó mi corazón. Por un lado, sentía mucha tristeza por lo que le pasó a Sydney, y por otro, moría de celos porque ella fue la primera para Ryan, ella fue su esposa. ¡Su esposa! Mi pensamiento era reprochable, egoísta... inmaduro ¿pero quién controla las emociones? Es difícil luchar y más cuando estás sintiendo tantas cosas a la vez: culpa, tristeza, celos, impotencia... dolor. Sí, dolor por el sufrimiento de Ryan. Su pena traspasaba mi piel y vibraba en mi pecho.

—Dime, Ray. ¿Qué hago para darte un poco de paz?—supliqué.

—Bésame, Ross. Dame un beso que me dé una certeza, un beso que me convenza de que nunca te alejarás de mí.

Sequé sus lágrimas con mis manos, acuné su rostro y luego lo besé. Le

entregué mi corazón con todo el amor que poseía, esperando que con ello sanara una parte de él, porque sabía que aquel dolor nunca lo dejaría, algo así jamás se olvida. Puedes vivir con ello, sí, pero te acompaña por el resto de tu vida.

—Te amo, Ryan. Te amaré mientras exista —pronuncié con sinceridad. Tenía la plena certeza de que sería así. Lo que sentía por él era más fuerte que cualquier otra cosa, más que los celos... más que el dolor. Lo amaba irremediablemente.

—Nunca dejes de existir, Ross. Prefiero perder tus besos y tu amor, antes que decirte adiós —admitió con quebranto.

—La muerte es parte de la vida. Nadie puede prometer algo así, Ryan. Hay cosas que simplemente no se pueden evitar —rebatí.

—¡Pude evitarlo, Ross! ¿No lo entiendes? —gritó alterado.

—No, Ryan. No te vas a culpar más por eso. Culpa a los imbéciles que comenzaron la pelea, pero no a ti. ¿Me escuchas? No fue tu culpa —le dije, mirándolo a los ojos.

—No funciona así, Ross. Las cosas no son tan fáciles como piensas. Fuera de tu vida perfecta, hay un mundo cruel y despiadado, hay dolor, hay pérdida... hay culpables y yo no soy inocente.

—¿Crees que no sé lo que es el dolor porque no he perdido a nadie? Pues déjame decirte que sí perdí, te perdí a ti.

—Estoy aquí —emitió con un quejido ronco. Negué con la cabeza—. Ross...

—Me rompiste el corazón, Ryan. Y podría vivir culpándote o buscando excusas, pero decido amarte —admití.

—No quise herirte cuando la elegí a ella —manifestó con una disculpa en su voz.

—Y tampoco quisiste que Sydney muriera. ¿Lo entiendes? Ella decidió pararse en primera fila, quería estar ahí y no puedes culparte por eso. No puedes vivir pensando en lo que pudiste hacer diferente, porque, como tú dices, el pasado está en frente porque lo puedes ver, pero nunca descubrirás el futuro si te concentras en lo que pasó. Puedo ser tu futuro, pero necesitas perdonarte —dilucidé.

—Tú lo eres todo. Estás en mi pasado, en mi presente y te quiero en mi futuro. Te quiero —expresó con aflicción.

—Lo sé, pero no podemos construir nada en un terreno baldío.

Necesitas reforzar tus bases. Necesitas un tiempo para sanar y eso no va a pasar mientras te aferres a mí. Piénsalo, tómate un tiempo para analizar si me quieres contigo porque sientes que perdiste todo o porque realmente me ves en tu futuro.

—No tengo que pensarlo —replicó con el ceño fruncido.

—Sí tienes. ¿Sabes la razón? Porque la elegiste a ella, la hiciste tu esposa, construiste sueños a su lado y luego la perdiste. Analízalo, si ella estuviera viva ¿con quién estarías ahora?

—¡Pero no está! —objetó.

—Quizás no físicamente, pero sigue contigo.

—Ross, por favor. Prometiste que no me dejarías.

—Lo sé y no lo estoy haciendo. Solo quiero estar segura de ti.

—Pero yo te quiero. ¿Qué necesitas que haga para demostrártelo? ¿Hablo con tus padres? ¡Lo haré!

—No necesito que hagas nada por mí, sino por ti. Sé que ahora no lo entiendes, que parece ilógico, y te juro que me duele con el alma decirte esto, pero mientras no superes tu pérdida, lo nuestro no va a trascender.

Ryan sacudió la cabeza mientras se levantaba de la cama y caminó a paso lento hasta la puerta. Cuando estuvo ahí, se llevó las manos a la nuca y exhaló con fuerza. Las lágrimas se asomaron en mis ojos por el terrible dolor que estaba sintiendo. Me reproché cada palabra que pronuncié, porque no quería alejarlo. No me planteé en ningún momento presionarlo, pero aquellos argumentos parecían correctos.

Es que el corazón no es amigo de los razonamientos, él solo quiere amor, pero una relación no sobrevive solo con sentimientos y lo que más quería era que construyéramos la nuestra sobre roca y no sobre arena.

—Tú no la reemplazaste, ella ocupó el lugar en el que siempre te quise a ti —habló de espaldas a mí.

Mis pulsaciones se aceleraron cuando escuché aquellas palabras. Ese era mi corazón respondiendo positivamente a su afecto. Pero mi cerebro gritaba ¡no está listo!

—Piensa tú en eso, Ross. Piénsalo y decide si me quieres así, estropeado y con cicatrices, o si prefieres a alguien mejor —sentenció, antes de salir de mi habitación.

Me tomó un parpadeo responder a aquella pregunta, el mismo tiempo que le tomó a él decirme que no tenía nada que pensar.

¡Estúpido cerebro!

Corrí fuera de la habitación para alcanzarlo y lo encontré, pero no estaba solo: papá estaba con él en el pasillo y no se veía nada feliz. Mi corazón se estremeció. *¡Nos descubrió!*

—Tomaré el primer vuelo a Miami —anunció Ryan.

—¿¡Te vas!?! —grité. Ryan se giró hacia mí y me miró con tanta tristeza que sacudió mi corazón.

—Es Sam, se puso muy enfermo —murmuró cansado.

—Lo siento tanto, Ryan. Llámame cuando estés con él —le pedí.

—Lo haré, Ross —dio la vuelta y se marchó.

¡Dios! quería irme con él para apoyarlo. Sabía que la estaba pasando muy mal y me sentía responsable por una buena parte de eso. Lo único que hacía era tomar decisiones que lo lastimaban y era lo menos que quería.

—No debería ir solo —le dije a papá.

—Muchas veces la soledad es la mejor compañía, princesa.

—No me gustaría estar sola en un momento así —respondí y bajé las escaleras para buscarlo. Salí de la casa y caminé por la colina hasta su caravana. Entré sin tocar la puerta y lo encontré sentado en el sofá, con las manos en la nuca y la cabeza gacha. Estaba llorando muy fuerte. Toqué su espalda con mi palma abierta y la acaricié, quería que supiera que estaba ahí para él. Su cuerpo vibró en consecuencia, pero no sabía si eso era positivo o no.

—No hay nadie mejor, Ryan. Tú eres al único que quiero —admití.

Él espiró con fuerza, como si saberlo le quitara un enorme peso de encima, y luego se puso en pie, me tomó por la cintura y selló mis labios con un beso duro y agonizante.

—No hay nada de lo que esté más seguro en este mundo que de ti, Ross. ¿Quise a Syd? ¿La extraño? ¿Me sigue doliendo? A todo eso, la respuesta es sí, pero eso no cambia el hecho de que te quiero a ti. Y quizás tienes razón en decir que no soy culpable, pero me tomará mucho tiempo convencerme de ello.

—Lo sé, Ryan. A papá todavía se le cristalizan los ojos cuando habla de Kaili.

—¿Quién?

—Mi hermana, murió cuando tenía cinco años, en un accidente de auto. Fue mucho antes que yo naciera y mi padre aún la extraña.

—Lo siento, Ross.

—¿Qué sabes de Sam?

—No me atrevo a llamar a mis padres. Si a él le pasa algo... no puedo, Ross. No puedo perder a nadie más —pronunció con la voz quebrada. Lo abracé con fuerza y le dije que eso no pasaría, que su hermano era fuerte y lo superaría.

—Llámalos, yo estaré contigo —prometí.

Ryan sacó su móvil del bolsillo de sus jeans y llamó a su madre. Ella le dijo que habían hospitalizado a Sam por un nuevo brote de fiebre que lo hizo convulsionar. A esa hora, le estaban realizando una tomografía y tenían que esperar los resultados para descartar cualquier anomalía. Ryan le dijo a su madre que iría de inmediato a Miami, ella respondió que se quedara en L.A., que le avisaría más tarde si era necesario que fuera a casa.

—Pero ¿él está bien? ¿Cómo lo ves? —preguntó, el teléfono estaba con el altavoz activo.

—Se ve muy bien, cariño. Ya no tiene fiebre y está atormentando a las enfermeras. Cuando salga del estudio, te llamaré para que hables con él y estés más tranquilo.

—Bien. Hay un par de cosas que quiero decirle. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, cariño.

Ryan se quedó en silencio por varios minutos después de finalizada la llamada. Sabía que quería estar con ellos y era comprensible. En momentos así, se necesita todo el apoyo posible.

—Ve a Miami, Ryan. Ve con tu familia.

—Quisiera llevarte conmigo, Ross.

—Siempre estoy contigo. Me llevas aquí —toqué su pecho, sobre su corazón—. Además, estamos en la era de la tecnología, para algo existe *Skype*.

—Tu imagen y tu voz serán un gran incentivo, pero nada se compara con sentirte entre mis manos —pronunció, mientras me sujetaba por la cintura y me pegaba a él.

—En eso te doy toda la razón. Nada en el mundo se compara con estar así, pegadita a ti.

—Te quiero tanto —su voz vibró en mi oído y alcanzó mi corazón. Solo él podía lograr que un susurro se convirtiera en sentimiento.

—¿Qué tanto? —indagué.

—Más de lo que pueda decir —admitió, al tiempo que acariciaba mi rostro con la punta de su nariz.

—Umm, entonces el amor no se dice, se hace —jugué.

—Se hace —repitió y luego me besó.

Nos perdimos en nosotros varios minutos, acercándonos peligrosamente a la delgada línea roja que él dispuso no cruzar hasta que pudiera llamarme esposa... como un día hizo con Sydney. Sacudí rápido aquel pensamiento y me concentré en su pecho macizo que se friccionaba sobre mi torso semidesnudo. Nos habíamos desvestido de la cintura para arriba, como aquella vez en mi habitación. Su boca se deslizaba por mi abdomen mientras sus dedos trazaban círculos en mis pezones endurecidos.

—Ryan... —jadeé, alentada por su incitación.

No quería esperar más, deseaba tanto cruzar esa línea, pero entonces él se puso en pie y me dio la espalda. Desde mi lugar en el sofá, vi cómo luchaba contra sus impulsos, tenía las manos empuñadas y su espalda se movía agitada, a causa del ritmo de su respiración.

—Ray —susurré—. ¿Estás bien?

—Eso no volverá a pasar. Tengo que... tú... —Estaba tan angustiado que no podía hablar con coherencia.

—¿Por qué no? Nos queremos, Ryan. Y los dos estamos seguros de que será para siempre. No entiendo porqué...

—No va a pasar así —dispuso mientras me enfrentaba. No habló con un tono hostil, sino suave y desvalido. Caminó hacia mí, acarició mi rostro y añadió—: Quiero hacerlo, Ross. Nunca lo había deseado tanto, pero te hice una promesa y no la voy a romper. Tú mereces la espera. Tú mereces que la primera vez que te haga el amor sea sobre pétalos de rosas. Lo vales todo y eso es lo que quiero darte.

—¿Cómo haces para que cada día te quiera más? ¿Cuál es el secreto de tu perfección? —pregunté, acariciando su precioso rostro.

—No soy perfecto.

—Para mí lo eres y no hay discusión que valga —reñí. Él sonrió y me dio un beso casto en los labios—. Algún día —murmuré, tocando el dije de mi cadena.

—Algún día —repitió él.

CAPÍTULO 34

Le debo tanto a Janus y Niklas, los creadores de *Skype*. ¡Sí! No habría sobrevivido esas dos semanas lejos de Ryan de no ser por aquella famosa aplicación. Pasábamos hasta altas horas de la noche hablando de cualquier cosa o componiendo canciones.

Una noche, Ryan me sorprendió cantándome una canción inédita inspirada por mí. ¿No era tierno? Pues sí, era el novio más dulce de todo el universo. Bueno, como decía, la canción era preciosa, la más hermosa que escuché alguna vez. Y qué decir de su voz, era... tan maravillosa como él. Ryan hizo un gran uso de aquel matiz barítono que lo caracterizaba, jugando con la ligereza de los tonos graves en contraste con los agudos. Cada palabra me llegó al corazón, pero el coro me encantó.

*Tú eres la reina de mi realidad
y la energía de mi humanidad
Me miras, sonrías, me dices te quiero
Te observo, y ahí me pierdo*

Volviendo al tema *Skype*, aquella herramienta nos mantuvo comunicados por esos quince largos días, pero finalmente Ryan iba a volver. Cuando me lo dijo, grité tan fuerte que mi padre entró alarmado a mi habitación con un bate en la mano. ¡No sabía que tenía un bate! Inventé una excusa de un nuevo bolso *Gucci* y lo creyó, no era la primera vez que gritaba por algo tan trivial como eso.

¡Me volví a desviar del tema! Decía que Ryan iba a volver, gracias a que su hermano Sam estaba fuera de peligro. Al fin, descubrieron lo que padecía: Fiebre Mediterránea Familiar, un trastorno genético que consistía en episodios repetitivos de fiebre e inflamación y que puede ser tratado con un medicamento preventivo.

El avión de Ryan aterrizaba a las seis, por lo que decidí visitar a Isa mientras eso pasaba. Mi tía la llevó a su casa cuando salió del hospital y, milagrosamente, estaba cuidándola como ella necesitaba. Hasta su padre había ido a verla varias veces. En cuanto a Travis, ese seguía en su tour como si nada. Había una forma de obtener el ADN antes del nacimiento del bebé, pero el procedimiento era peligroso y todos estuvieron de acuerdo con

esperar. Yo habría hecho lo mismo, el bebé no tenía culpa de que su padre fuese un idiota que no asumía su rollo.

—¡Se movió! ¡Ay, Dios! —grité, mientras tocaba el vientre abultado de Isa.

—Sí. Comenzó hace unos días y primero me asusté, pensé que estaba mal, pero mamá me dijo que era normal y ahora espero que pase. Es tan lindo...

—Y qué me cuentas de ti. ¿Estás más tranquila?

—Sí, mucho. Mamá está haciendo un gran esfuerzo por recompensarme y yo... no pensé que ella me quisiera —dijo con nostalgia—. Este bebé me cambió la vida de una forma positiva. Sé que no pasó en el mejor momento, pero admito que es una bendición y lo quiero, Rosie, lo quiero tanto. ¿Es raro eso?

—No es raro, Isa. Es instinto maternal.

—Tengo tanto miedo. ¿Y si lo hago mal? ¿Y si me odia?

—No te va a odiar porque lo vas a cuidar y a amar. Lo harás bien, Isabella. Solo tienes que estar ahí para tu hijo y lo demás lo vas aprendiendo. Para todo hay una primera vez. ¿O crees que mamá sabía algo de pañales cuando nació?

—Seguro no —respondió con una sonrisa—. Pero mamá me inscribió en un curso prenatal y ahí me enseñarán lo básico. Es lo bueno de vivir en Estados Unidos, hay cursos hasta para cruzar la calle —bromeó.

—¿Habrá uno para reconocer a los imbéciles?

—No te asombre que sí —contestó con buen humor.

Al parecer, la ausencia de Travis no le importaba mucho. Sin duda, que mi tía Marlene decidiera apoyarla, hizo la diferencia. Pero, por el bien del bebé, esperaba que aquel idiota se hiciera responsable por su hijo. Es muy fácil tener sexo, lo difícil es responsabilizarse por las consecuencias.

—Sé que sonará raro lo que diré, pero te voy a extrañar —admití. En unos días iniciaría la gira y estaríamos fuera de la ciudad por varios meses.

—¡Otro milagro de mi hijo!

—Sí, ese bebé es un gran milagro. Ya quiero saber qué será.

—Y yo, pero te prometo que te llamaré en el mismo momento que lo sepa.

—Más te vale.

Me despedí de mi prima y volví a casa, quería ponerme bonita para

recibir a mi rey. Un vestido era mi mejor opción, Ryan no disimulaba su favoritismo por mis piernas y qué mejor forma de decir ¡bienvenido! que usando uno.

A las seis en punto, estaba como un clavel en la sala para esperar a mi novio. Decidí usar un vestido amarillo, su color favorito. Lo supe en una de esas noches de ocio en *Skype*, cuando hicimos un cuestionario de cien preguntas. Me enteré de muchas cosas esa noche, de lo mucho que odia ir a la lavandería, que se volvió adicto al café por culpa de una apuesta que hizo con su padre, que nunca se ha subido a una motocicleta y que le gusta dormir en ropa interior... esa parte fue mi favorita.

Cuando escuché un motor acercarse, salté del sofá y corrí hasta la puerta, pero me llevé una gran decepción, solo era Edy. Mi tristeza duró cinco segundos, el tiempo que tardó Ryan en bajarse del auto. ¡*Edy lo trajo!* Tonta de mí que no lo pensé.

No me importó si alguien me veía, corrí hasta él y lo estreché con un abrazo tan fuerte que casi lo tumba al suelo.

—Hola, Ross —susurró, pero mi corazón lo sintió como una descarga eléctrica que aceleró mis pálpitos con una fuerza descomunal y dolorosa. ¡Estaba tan feliz de verlo!

—¿Tienes hambre? Podemos ir a *Not Burger* o a dónde quieras —propuse.

—Eso suena bien, pero me gustaría saludar antes a tus padres —dijo tenso. Algo andaba mal y necesitaba saber qué, pero no podía preguntarle delante de Edy.

—Ellos no están, pero si quieres los esperas en la sala, no deben tardar —sugerí desanimada. En verdad quería salir con él.

—No, ya los veré más tarde. Iré a guardar mi bolso y te llevaré a *Not Burger*.

—Yo puedo llevarlos —intervino Edy.

—¡No! —grité— Quiero decir, Ryan puede llevarme y que Avery que nos siga en la *Tahoe*.

Él asintió y luego entró a la casa, dejándonos solos al fin. Tiré de la muñeca de Ryan y lo llevé hasta el garaje para meternos en mi *Bentley*. Una vez ahí, me arrojé a su boca y lo besé con ansiedad y emoción. Él me correspondió de la misma forma, o quizás con más pasión. ¡Lo extrañé tanto!

—Hola, novio —exhalé cuando nuestras bocas se dieron una tregua.

—Hola, novia —correspondió.

—Te noté tenso antes. ¿Qué va mal? —pregunté, sin darle largas al asunto. Si tenía malas noticias, quería saberlas de una vez.

Ryan se pasó una mano por el cabello como un gesto de frustración. Me preocupé, hacía ese ademán cuando tenía malas noticias.

—Mis padres se enteraron de lo nuestro —admitió.

—Ay, no. ¿Cómo?

—A Maggy se le escapó. ¡La quería matar!

—¿Y entonces?

—Primero lo tomaron mal, pensaron que era incorrecto por eso de nuestros “lazos familiares”. Pero, cuando les dije lo que sentía por ti, me apoyaron.

—Eso es genial —aseveré. Ryan negó con la cabeza.

—Quieren que tus padres lo sepan, me dieron un plazo —dijo con preocupación.

—Bueno, ya soy grandecita y, si no están de acuerdo...

—Quiero ir a esa gira contigo —interrumpió—, pero si ellos lo saben...

—Quedarás fuera —murmuré.

—¡No sé qué hacer! —lamentó, exhalando con fuerza.

—Yo sí. Tenemos que terminar.

—¡No! ¡Eso no va a pasar! ¡No! —replicó con una mezcla de tristeza e ira en su voz.

—No entiendes. Les dirás a tus padres que terminamos.

—No me van a creer —afirmó, mientras hundía sus dedos en su cabello.

—Sí lo harán. Puedo tomarme algunas fotos con algún chico y hacer pensar que estamos saliendo. La prensa lo hará viral y entonces...

—¡No!

—Ryan...

—Nada de Ryan. No voy a pasar por esa mierda de nuevo. ¿¡Quieres que me dé un infarto!?

—¿Entonces qué? —pregunté con los brazos cruzados.

—Cualquier cosa menos eso.

—Bueno, puedes decirles que terminé contigo cuando propusiste hablar con mis padres, que para mí no era tan serio.

—¿Y que después te odien? —contradijo.

—No me van a odiar. Y si lo hacen, me volverán a amar cuando al fin

estemos juntos.

—Puedo renunciar a la gira, pero nunca a ti —dijo con un suspiro cansado.

—No estás renunciando a nada, lo estamos posponiendo. ¿Qué son cinco meses? Pasan volando, Ray. Te prometo que cuando la gira termine, diremos la verdad y que sea lo que Dios quiera.

—¿Segura, Ross? No quiero que sientas que elijo a mi carrera sobre ti.

—Te quiero en el escenario, tanto como te quiero a ti, así que es una decisión unánime —dicté.

—Eres la mujer perfecta ¿te lo he dicho? —preguntó, acunando mi rostro.

—Me temo que no, pero te perdonaré si me das un beso.

—Una disculpa con beneficio bilateral, me gusta.

—Ahora me debes dos por la demora —bromeé.

Sonrió con picardía y acercó su rostro lentamente hacia mí con toda la intención de seducirme. Me repartió besitos suaves desde mi mejilla hasta la comisura de mis labios, pero no se detuvo en mi boca sino que siguió la línea de mi garganta hasta alcanzar mi clavícula con más besos tiernos, pero luego inició el ascenso hacia mis labios, marcando un trayecto con su deliciosa lengua, erizando mi piel.

—Te quiero —susurró sobre mis labios con su cálido aliento. Y, sin esperar respuesta de mi parte, me besó con un amor tan profundo que me derritió.

—¡Ay, Dios! —grité cuando alguien le dio dos toques al vidrio de mi auto. Quien fuese, no pudo ver nada porque mi *Bentley* tenía los vidrios oscuros, pero igual me asusté.

—Avery, por Dios. ¡Casi me da un infarto! —reclamé, cuando bajé el vidrio.

—Mejor yo que papá, o Edy... o Peter.

—Ya, ya. Lo entendí.

—Creo que comenzaré a cobrar favores —insinuó. Ryan frunció el cejo hacia él y por poco lo mata con la mirada—. ¡Pero qué amargado! —burló y luego caminó hasta el auto de al lado.

Dejé a Ryan en mi *Bentley* mientras iba por las llaves. Mi plan de salir a comer fue improvisado y no estaba preparada. Al volver, ocupé el puesto de piloto, tenía tiempo que no conducía y me encantaba hacerlo.

—¿Puedo poner música?

—Obvio —contesté.

Ray conectó su iPod a los altavoces de mi auto y *Guns N' Roses* comenzó a sonar con el single *Sweet Child Of Mine*.

*Ella tiene una sonrisa
que me hace recordar recuerdos infantiles
donde todo
era tan fresco como el brillante cielo azul
y de vez en cuando al mirar su rostro
me lleva a ese lugar especial
y si lo mirase demasiado tiempo
probablemente me quebrase y lloraría*

*Dulce niña mía
Dulce amor mío*

*Tienes ojos del más azul de los cielos
como si pensarán en la lluvia
Odio mirar en esos ojos
y ver un poquito de dolor
su cabello me recuerda
a un lugar cálido y seguro
donde como un niño me escondería
y rezaría porque el trueno
y la lluvia
pasaran mansamente sobre mí*

*Dulce niña mía
Dulce amor mío*

*A dónde vamos
A dónde vamos ahora
A dónde vamos
Dulce niña mía*

—La primera canción que te dediqué —mencionó, cuando el single terminó.

—¡Qué dulce! Eres una cajita de sorpresas, Ryan Wilson.

—Lo sé, no encontrarías mejor partido que yo —se regodeó.

—Quizás si lo buscara... —insinué.

—No arruines mi ego, Ross —bromeó.

—Umm, creo que necesitaría más que eso para arruinar tu enorme ego —dije, siguiéndole el juego.

—No tienes idea de lo poco que tendrías que hacer para destruirme.

—Ryan —repliqué—. Se supone que estamos bromeando.

—¿Lo estamos?

—¡Ay, no! No me arruines la noche con tus inseguridades. ¡No quiero pelear!

—¡Mierda! Tienes razón, parezco un adolescente. Es que... ¡Dios! ¡Soy una patada en el trasero!

—Me gusta tu trasero —admití, con la intención de caldear su mal humor.

—Y a mí el tuyo —confesó.

—¡Ah, sí! ¿Lo miras mucho? —pregunté con picardía.

—No tanto como quisiera.

—Creo que lo verás mucho los próximos meses, ya sabes: tú en la guitarra, yo delante de ti, cantando...

—Tocaré muy mal entonces —dijo con una exhalación. Me reí.

Llegamos a *Not Burger* un par de minutos después y ocupamos la misma mesa de la última vez, pero ese día tuvimos un invitado especial, Avery. Al principio, estaba renuente a probar las deliciosas hamburguesas vegetarianas, pero al final se comió una y le encantó, hasta ordenó otra para llevar.

Al salir del *lunch*, nos encontramos con una sorpresa, los benditos paparazzi. Sus preguntas estuvieron como siempre fuera de lugar, una de ellas fue si había dejado a Travis por el chico de negro, es decir, Ryan. En ese momento, quise gritar que él era mi novio y que Travis era un imbécil, pero me contuve... no sé cómo.

—¿Estás bien, Ross? —preguntó Ryan cuando nos subimos a mi auto.

—Esto es lo que más odio de la fama. ¡Jamás tienes vida privada!

—Ellos pueden decir lo que quieran, pero tú sabes la verdad y es lo que importa.

—Eso es lo que dice papá.

—A ver, regálame una sonrisa —se la concedí—. Así me gusta, mi reina. No dejes que nadie te borre la sonrisa, ni yo.

—Pues no me hagas enojar.

—No te prometo nada, ya ves que suelo ser un incordio —dijo con buen humor.

—Cierto.

—Eh, se supone que digas que soy un amor —objetó

—Eres un amor, Ray... el ochenta por ciento de las veces.

Volvimos a casa después del impase con los paparazzi y nos despedimos en mi auto con un alucinante beso, que se me hizo corto. Mis padres aún no llegaban a casa por lo que decidí subir a mi habitación para dormir temprano, tenía días acostándome tarde por estar hablando con Ray por *Skype*.

Me cambié el vestido por la camiseta de Ryan y me tumbé en la cama. Cuando estaba a punto de cerrar los ojos, recibí un WhatsApp de él. Decía: «Si pudiera, juntaría esta misma noche nuestros corazones. Te quiero».

¡Ay Dios! ¿En serio dijo eso?

Me sorprendió mucho. Lo quería con todo mi corazón, pero casarnos en ese momento sería demasiado apresurado. No estaba lista, mi carrera apenas comenzaba... ¡Era muy pronto!

¿Qué digo? Obvio que él sabe que leí el mensaje. ¡No puedo ignorarlo!

Después de mucho pensarlo, escribí. «Gracias». ¿Qué más podía decir? Admitir que no estaba lista le rompería el corazón. Ryan era una persona demasiado sensible, y no es que lo estuviera juzgando, me encantaba que fuese tan dulce.

Perdí el sueño después de eso, mi cabeza no paraba de dar vueltas alrededor de la misma premisa “Ryan y yo no estábamos en la misma página”. Por primera vez, desde que lo nuestro inició, nuestra diferencia de edad se convirtió en un problema para mí.

CAPÍTULO 35

—Está enojado conmigo, lo sé. Son las diez de la mañana y no me ha enviado mis buenos días. ¡Es que me asusté! —expuse, mientras caminaba en mi habitación de un lado al otro.

—Primero, respira, que te va a dar una cosa. Y segundo, explícame de qué estás hablando —instó Ady con un gesto de evidente confusión. Espiré fuerte y me senté a su lado en el colchón.

—¿Recuerdas lo que te conté del dije? —asintió—. Bueno, resulta que Ryan me escribió anoche que si pudiera juntaría nuestros corazones en ese mismo momento y eso solo significa que...

—¡Se quiere casar contigo! ¡Ay, Dios! Eso es tan tierno —aseveró con una emoción tan grande que parecía que era ella la novia de Ryan—. ¿Qué le dijiste?

—Gracias —murmuré.

—¡Le diste las gracias! ¡No te creo!

—Es que no estoy lista para un matrimonio. ¡Tengo veinte años!

—Y él, veintiséis —remarcó. ¡Cómo si no lo supiera!

Estuve dándole vueltas y vueltas a ese asunto casi toda la noche y llegué a una pregunta que me inquietó, eso es algo que no podía decirle a Ady, ella no conocía el pasado de Ryan y no me correspondía a mí develarlo, pero cuando él se casó con Sydney, ambos tenían veintidós años. ¿Qué no estuviera preparada para decirle sí, significaba que ella lo quiso más que yo? Esa era la duda que me había estado atormentando. Y lo que más me aterraba era que Ryan descubriera mis pensamientos y se decepcionara de mí.

—Creo que si él te quiere, como dice, va a esperar que estés lista. Y si no lo hace, es un idiota.

Ady estaba en lo cierto, él tenía que comprenderme, pero ¿no tendría que ponerme en su lugar también? ¡Cada vez estaba más confundida!

—Tengo que hablar con él... pero no quiero —contradije—. Es que no hemos tenido un minuto de paz.

—No sé nada de relaciones para darte un mejor consejo, pero en mi humilde opinión, digo que lo dejes pasar. No pienses en la “supuesta propuesta” hasta que en verdad sea un hecho.

—Es que él dijo...

—No hizo la pregunta, Rosie.

—¿Y si la hace?

—Pues le dices la verdad, simple.

—¡Eso no tiene nada de simple! —refuté colerizada. Ady no tenía la culpa, lo sabía, pero me sentía tan frustrada que la pagué con ella.

—Tú lo que necesitas es una terapia de dulces. Vamos por provisiones y nos metemos a la sala de cine a ver una peli.

—Bueno —acepté desanimada. Sabía que eso no sería de mucha ayuda, pero era mejor que estar en la habitación esperando que Ryan apareciera.

.....

Pasamos horas en la sala de cine, viendo los clásicos de Disney: *La Bella Durmiente*, *Cenicienta...* *La Bella y la Bestia*. Fue bueno recordar nuestra niñez y volver a soñar con aquellas historias de amor. Verlas me sirvió para entender que había encontrado a mi príncipe, quien por un tiempo quiso aparentar que era una bestia, pero que tenía un corazón hermoso. ¿Y qué si era muy joven para casarme? ¿Y qué si estaba asustada? ¡Él me quería! y era lo único que realmente importaba.

Corrí desde la sala de cine hasta mi habitación para enviarle un mensaje a Ryan, necesitaba que nos encontráramos en el árbol o en cualquier lugar privado para aclarar todo. No estaba segura de lo que le diría, pero quería verlo y comprobar si mi mensaje no lo había herido.

Cuando encontré mi móvil, me sorprendió ver que tenía tres llamadas perdidas de él. ¡Raramente me llamaba estando en casa! Antes de devolverle la llamada, revisé los mensajes de *WhatsApp* y noté que tenía siete.

10:21 a.m. «Buenos días, novia. Dejé mi cargador en Miami y salí a comprar uno. Te quiero».

10:23 a.m. «Ross ¿estás bien?».

10:24 a.m. «¿Te asusté con lo de anoche?».

12:32 m. «No te vi en el almuerzo. ¿Dónde estás?».

Pensé que Marie le diría que estábamos en la sala de cine, nos llevó la comida ahí. Y, como mis padres habían salido a comer fuera, no pudo saber por ellos dónde estaba.

12:42 m. «Voy a subir a verte».

12:44 m. «No te encontré. ¿No quieres verme?».

12: 45 m. «Reina, respóndeme. Me estoy volviendo loco».

Lo llamé justo con leer el último mensaje, lo menos que quería era que pensara que no quería hablar con él. Después del tercer tono, respondió con un estoico «hola».

—Ray, lo siento. Me fui con Ady a la sala de cine y dejé mi móvil. ¿Podemos vernos en el árbol?

—Estoy aquí, trae tu *Gibson* —pidió y luego cortó la llamada.

Me apresuré a buscar mi guitarra y bajé las escaleras de dos en dos. Al salir al patio, corrí hasta el árbol, donde estaba Ryan sentado. Lo acompañé junto al tronco sin pronunciar palabra, prefería que él marcara la pauta de nuestra conversación. Pero mientras esperaba que decidiera romper el silencio, luchaba con el deseo de abrir mi boca y decirle lo que realmente debí contestar en aquel mensaje.

—Te escribí una canción mientras estabas en el cine —aseveró con serenidad. No parecía molesto, como pensé que estaría.

—¿Cómo supiste?

—Marie me dijo después que te envié el último mensaje. Siento eso, no puedo volverme loco cada vez que desaparezcas —dijo con una sonrisa sin gracia.

—Y yo no debí ocultarme en la sala de cine —admití.

—No quise asustarte con lo de anoche.

—Escucha, Ray...

—No, espera que cante —pidió.

Le entregué mi guitarra sin titubear, ansiaba escuchar la canción que respondería mis inquietudes. Al menos, esperaba que así fuese.

Antes de sacar mi guitarra del estuche, se acercó a mí y acarició mis labios con su pulgar, al tiempo que me miraba con un brillo especial en sus pupilas. ¡Dios! ¡Cuánto lo quería!

No me besó como deseaba, tomó la guitarra y comenzó a tocar. Los acordes sonaron y, poco después, su voz. Esa que me llegaba al fondo del alma.

*No existe desierto, que no halle cruzar
No existe el tiempo que puede borrar
No existen barreras, montañas ni abismos
Por ti cruzaría el Ártico mismo*

*Yo te esperaré
sin importar
si un siglo es*

*Mi sueño termina donde el tuyo inicia
Mi vida no es vida si un día te pierdo
Perderte no quiero, no puedo, me muero
Mírame, ya estoy padeciendo*

*Yo te esperaré
sin importar
si un siglo es*

*No encuentro más versos para esta canción
No encuentro espacio en mi corazón
Tú llenas mi alma, mi pecho, mis sueños
Tú tienes mi vida colgando en tu cuello*

—Ray... es hermosa —pronuncié con la voz frágil—. Y te diré algo, esto que apresa mi pecho desde antes de escuchar esa canción, si quisieras unir las mitades de nuestros corazones ahora mismo, mi respuesta sería sí.

Él tomó mi mano y la besó suavemente con sus hermosos labios. Luego, buscó mi mirada, y dijo:

—Sería un idiota si permitiera que hagas algo así, Ross. Tu vida apenas inicia, hay muchas cosas que necesitas alcanzar antes de que unamos nuestras vidas, y no seré yo quien trunque tus sueños.

—¿Y si mi sueño eres tú? —inquirí, con el mismo tono de voz gastado con el que hablé antes.

—Solo soy uno de ellos, mi reina. Sé que no estás lista, sé que tienes un camino que recorrer —afirmó, sosteniendo mis manos—. Te escribí ese mensaje porque así me siento, porque lo quiero todo contigo, siempre lo quise, pero nunca estuve tan cerca de obtenerlo como ahora y ese sentimiento me abrumba con tanta fuerza que quisiera gritarlo al viento y, como la única que puede saberlo eres tú, te lo dije.

—Cuando leí el mensaje, asumí que tú... ¡Dios! Soy tan tonta —me levanté del suelo y cubrí mi rostro con las manos para que no viese mi vergüenza.

—Ross —dijo cerca de mí—. Nada me haría más feliz que poner un

anillo en tu dedo, no lo dudes, pero nunca antepondré mis sueños sobre los tuyos. Eres mi prioridad, la más grande.

—Y tú la mía, Ryan. Renunciaría a todo, a la música, a la gira... a los lujos. Quiero estar contigo —Lo dije sin dudar, porque así lo sentía. Estaba segura de que Ryan era el indicado y que ocupaba el primer lugar en mi corazón.

—No quiero que renuncies a nada. Tú mereces todo, Rosie. Tú tienes que brillar y nadie lo va a impedir, menos yo.

No estaba de acuerdo con Ryan en ese punto, estar con él no me alejaba de mis sueños. Era todo lo contrario, él los hacía posibles. Sin su apoyo, jamás hubiera logrado escribir alguna canción. Él me inspiraba como nadie nunca pudo, como ninguno lo haría.

—Brillaremos juntos. Sobre un escenario, o en una pequeña casa en las afueras de la ciudad, con niños correteando en el patio. Mientras estés conmigo, mi vida siempre resplandecerá.

—¿Niños, eh? ¿Cuántos? —preguntó con ilusión.

—¡Ay, Dios! —chillé avergonzada.

Hablé más de la cuenta. Él dijo, minutos antes, que mi camino apenas iniciaba y yo hablando de hijos.

—Me gusta cuando te sonrojas, te ves tan tierna —admitió, acariciando mis mejillas escarlatas—. Entonces ¿cuántos serían? Tres es un buen número —propuso, con esa sonrisa demoledora que me hacía hervir la piel.

—Dos, y si no son tan tremendos, uno más —respondí con voz temblorosa. No podía creer que estuviéramos hablando de hijos cuando ni habíamos hecho lo propio para concebir alguno. No es que quisiera formar una familia en ese momento, pero no me quejaría si comenzáramos a practicar. Claro, con todas las previsiones del caso.

—Pero si sus padres son dos ángeles ¿qué tan tremendos podrían ser? —dijo en tono bromista, porque de ángel Ryan no tenía ni un pelo. Mi memoria estaba en perfectas condiciones y recordaba las travesuras que hacía cuando niño.

—Yo sí, pero tú... tienes las alas negras.

—Me ofendes, Rosie Keanton —ironizó, haciéndose la víctima.

—Sí, como no. Y mis ojos son marrones —repliqué.

—Creo que haríamos lindos bebés —susurró cerca de mi oído.

¡Ay, santísimo! ¿Cómo lo hace? ¿Cómo convierte cinco palabras en

una onda de calor expansiva?

—Bueno, no sé si seas bueno en eso de hacerlos, ya sabes, no tengo alguna prueba de que...

No me dio tiempo de terminar la frase, me sujetó por las caderas y me empotró entre la corteza del árbol y su perfecto cuerpo.

No supe más de mí después de eso, me estaba besando con una necesidad imperiosa que comenzó a absorber toda mi energía. Él era fuego y yo hojarasca, y juntos ardíamos como una flama inextinguible.

Él comandaba y yo obedecía y por eso terminé con las piernas alrededor de su torso, ceñida a él, a su masculinidad abultada punzando mi pelvis. Sus manos se deslizaron hasta mi trasero y lo apretó con fuerza para pegarme más contra su duro miembro. No supe cómo podía besarme y friccionar a la vez su sexo contra el mío, era algo tan... ¡Ah! ¡Qué abstinencia y qué carajos! Quería que me hiciera el amor ahí mismo. ¡Bendito el que lo creo! Lo suyo era... me estaba llevando a un lugar cálido y maravilloso y ni nos habíamos desvestido.

—¿Qué me dices ahora? ¿Lo haría bien o no? —preguntó con la respiración crispada.

Desenvolví mis piernas de su cuerpo, cerré mi mano en un puño y lo golpeé en el costado del brazo.

¿Cómo me hace algo así? ¡Será idiota! Calentarme de esa forma para luego echarme un balde de agua helada.

—¿Comparado con quién? —contrarié mientras lo empujaba con fuerza.

—Ross... —intentó.

—¡Lo hiciste a propósito! No quiero hablar contigo ahora, Ryan — liberé mi muñeca de su mano y caminé rápido, lejos de él.

—No te vayas enojada —pidió.

—Pues te aguantas. Yo no soy una máquina que se enciende y se apaga con un botón. Cuando yo te beso... no te haría nunca algo así —dije con las lágrimas a punto de aborarme. Me contuve, no iba a llorar delante de él.

—Mierda, Ross. Solo quería...

—No lo empeores. Hablaremos más tarde, cuando se me pase la rabia— advertí—. Y no escribas, yo te diré cuando quiera verte —salí corriendo rumbo a mi casa, en ese momento lo único que quería era tumbarme en mi cama a llorar.

—Suéltame —exigí, cuando me alcanzó a la mitad de camino, abrazándome por la espalda. No quería que me contuviera, solo quería huir, esconderme en mi habitación y tratar de comprender su comportamiento.

—Soy un idiota. El más grande de todos, Ross. Perdóname —suplicó cerquita de mi oído, en mi punto más débil. ¡Él lo conocía!

—No entiendo porqué lo hiciste. Sabes cuánto te deseo, sabes que en tus manos me convierto en polvo, y juegas conmigo de esa forma. Me heriste, Ryan. Me trataste como a una...

—No lo digas, por favor. Me siento estúpido por lo que hice y tienes toda la razón de enojarte.

—Suéltame, te lo pido. No quiero que nos encuentren en esta posición —le pedí más calmada. Él me liberó con lentitud, temiendo que si lo hacía muy deprisa correría lejos de él, pero no lo haría, necesitaba saber qué pasó en ese árbol.

—Ahora, explícame. A qué se debió eso, por qué sentiste la necesidad de tener que probarme “tus habilidades” —le pregunté enfrentándolo. Su mirada me lo dijo todo, estaba arrepentido, pero necesita escuchar la razón.

—No lo sé, Ross. Una cosa llevó a la otra y yo solo...

—Sí lo sabes y no lo quieres admitir —repliqué—. ¿Es por lo que te conté aquella vez en el auto, cuando íbamos a la fiesta de Jaz? ¿Quieres saber si me han tocado de esa forma antes?

Ryan se llevó las manos a la nuca y me dio la espalda. Estaba tan perturbado que apenas podía contener el temblor de sus manos. No entendía porqué le afectaba tanto, él no era puro y casto. ¡Estuvo casado!

—Te deseo tanto, Ross —murmuró y dio media vuelta para hablarme a la cara—. Nunca me sentí así antes y por eso me comporté de esa forma tan mezquina. Tú no tienes idea de lo mucho que te quiero, de las noches que sueño con hacerte el amor... de todo lo que despiertas en mi interior solo con sonreír —admitió, mientras se acercaba a mí. Quise retroceder, pero mis pies no se movieron; no obedecieron a mi cerebro, sino a mi corazón.

—Eso lo entiendo, pero no justifica tu actitud. Sé que yo le di inicio al juego con mi alegato, pero estaba bromeando. Me gustó lo que estaba pasando, sí, pero odié lo que dijiste después, porque tú solo me utilizaste para demostrar lo que podías hacer. ¿Para qué? Esa es mi pregunta.

—Tienes razón. Sí, pienso en esa conversación, la recuerdo... hace hervir mi sangre. ¡Quiero matar a todos los que te han tocado! —admitió con

rencor—. Y no, no quiero que me digas lo que pasó. No quiero saber sus nombres... solo quiero borrar esa imagen de mi cabeza.

—Y de la mía —aseveré.

—Sí —musitó.

—Entonces, dime si necesito competir con ella, si necesito preocuparme por las imágenes de ustedes haciendo el amor. ¡Porque eso hicieron, Ryan! Yo no llegué más lejos que tercera base.

—¡Mierda! —resopló—. Esto se está yendo por el camino equivocado. Estábamos hablando de casarnos, de bebés... de nuestros planes.

—¡Y tú decidiste darme una clase magistral de sexo con ropa!

—Dios, Rosie —se quejó con impaciencia.

—Te dije que me dejaras ir. Ahora estoy más enojada que antes y hasta...

—¿Qué?

Crucé los brazos y bajé la mirada. No podía verlo cuando le dijera lo que estaba pensando.

—Creo que nos precipitamos, que lo mejor es dejarlo hasta aquí.

—¿De dónde mierda sacaste esa conclusión? —preguntó enojado.

—Solo discutimos, Ryan. Siempre supe que juntos seríamos tóxicos.

—¿Tóxicos? Ahora no entiendo un carajo —replicó más enojado que antes.

—Sacamos lo peor el uno del otro, es así. ¿No lo ves?

—No, no es así una mierda. Tú lo dijiste antes, juntos resplandecemos.

—¿Y dónde está esa luz ahora? Porque solo veo nubes grises —sentencié. Ryan me miró a los ojos sin parpadear ni una vez, como si esperase encontrar la respuesta en mis pupilas. Mientras tanto, yo solo quería que la disputa acabara, que borráramos todos los momentos turbios y solos nos quedaran los hermosos.

—Acércate —me pidió.

—¿Para qué?

—Te enseñaré la luz —contestó con voz serena, pero en sus ojos seguía vislumbrando la rabia.

Exhalé con fuerza, tratando de liberar tensión. No podía dar los seis pasos que me separaban de él hasta que estuviera un poco más calmada. Él me esperó con paciencia, pero sin apartar sus ojos marrones de mí.

Cuando finalmente decidí transitar el pequeño camino que me llevaría

hasta él, me alcanzó con un abrazo tierno. Cerré los ojos y aspiré su perfume, me llené de él y de su calor, esperando que las nubes se fueran y el cielo se despejara. Y así fue, los pálpitos de su corazón, martillando en mi oído de forma constante y fuerte, destruyeron las nubes y me dejaron ver el sol.

—Escucha lo que dice mi corazón, está asustado, sufre con la idea de perderte, lamenta herirte, lo lamenta mucho. Él solo quiere tu amor y demostrarte que, aunque el imbécil al que supe de sangre toma malas decisiones, te quiere.

—Y yo quiero a ese imbécil —susurré. Su corazón latió más fuerte, respondiendo a mis palabras.

—¿Qué te dijo él, Ross?

—Que te emociona saber que te quiero.

—¿Y qué pasaría si dejas de quererme? —preguntó con la voz entrecortada.

—¿Dejaría de latir? —pregunté.

—Dejaría de latir —repitió él, confirmando mis palabras—. Ahora quédate ahí, escúchalo hasta que vuelva a la normalidad... hasta que el miedo desaparezca.

—¿Cuándo pasará eso?

—Cuando digas que no me vas a dejar. Cuando el sol, que eres tú, ilumine mi oscuridad.

—No dejaré a Ryan Wilson —dije y me quedé ahí, escuchando cada uno de sus pálpitos.

Una vez que su corazón se tranquilizó, me separé lentamente de él, lo miré a los ojos y le dije que no quería discutir más, que desde ese día olvidáramos lo que hicimos con otros y nos concentráramos en nosotros. Él estuvo de acuerdo y me pidió de nuevo disculpas por su comportamiento. De eso no salió ileso, clausuramos los besos hasta nuevo aviso. Yo comprendía muy bien sus necesidades, porque las compartía, y por eso creí que lo más sensato era dar un paso atrás. Sí queríamos que nuestro plan a largo plazo llegara a efecto, tenía que ser así.

CAPÍTULO 36

En los días siguientes, no tuvimos mucho tiempo de hablar, estuvimos ensayando para el tour “Recuerdos”, como lo llamó papá. Su performance incluiría los grandes éxitos de su carrera a lo largo de los años, y dos canciones inéditas, para cerrar con broche de oro.

El viernes en la mañana, los autobuses del tour nos esperaban frente a nuestra casa, uno para los músicos y otro para nosotros. Casi siempre éramos mamá, papá y yo, excepto un año que nos acompañó Isabella —cuando la guerra ya había iniciado—. Para esta ocasión, a mis padres se les ocurrió la brillante idea de invitar a Maggy. Aunque supuse que la idea no fue de ellos realmente. Porque, aunque Ryan le dijo a sus padres que “terminamos”, ellos no estaban muy convencidos y enviaron a una espía.

¡Genial! Ahora no solo teníamos que escondernos de mis padres para vernos, sino también de ella. No podíamos confiar más en Maggy, su lengua era demasiado peligrosa.

—Esto será asombroso. ¡Estoy tan emocionada! —celebró la hermanita de Ryan, dando saltitos.

—Será genial, ya verás —admití con una sonrisa. Ella era una buena chica y, que pudiera vivir aquella experiencia, sería una gran oportunidad. Por eso entendía su entusiasmo. Maggy me caía bien, el problema era que no sabía cuándo cerrar la boca.

—A ver, júntense todos para tomarles una foto —pidió, cámara en mano. A ella le encantaba tomar fotografías y era raro verla sin su Canon colgando del cuello.

—¡Eh, Kass! Creo que te salió competencia —bromeó papá, hablándole al fotógrafo oficial de la gira.

—Un poco de ayuda siempre es bien recibida —contestó con buen humor. Él era el menor del equipo, tenía veinticinco años, pero contaba con una amplia experiencia en la fotografía de espectáculos. Comenzó cuando tenía quince años, con una vieja cámara que le regaló su abuelo, pero fue mejorando y se convirtió en uno de los mejores del país.

Todos se juntaron frente al autobús, incluyendo mi sexy novio, quien esa mañana se veía más guapo que nunca. Deseaba apretar su cuerpo contra

el mío y comérmelo a besos, pero me tocaba aguantarme y no sabía hasta cuándo.

—¡Ryan, ven aquí! La familia tiene que estar unida —aseveró papá. Mi estómago dio un giro fuerte. ¡Familia! Él lo consideraba su sobrino. ¡Eso me rompía el corazón!

—¿Estás feliz, cariño? —preguntó mamá, a mi derecha.

—Sí. Muy emocionada —admití. Ese sería mi primer tour junto a Ryan. Y la idea de cantar mis letras, con su música, era como un sueño hecho realidad.

Mi padre estaba a mi izquierda y Ryan a su lado. Los músicos de la banda se ubicaron a un costado, entre ellos Ian, junto a mi tía Ming y su hijo Akira. Chris también estaba ahí, pero su familia no lo acompañó ese día.

—Bien, a la cuenta de uno, dos... tres —anunció Maggy.

Tomó varias fotografías antes de sumarse a nosotros y dejar que Kass hiciera su trabajo. Su lugar fue al lado de Ryan, por supuesto, a quien abrazó con mucho cariño, como hubiera deseado hacerlo yo.

No estaba celosa de ella, sino de la libertad que tenía para tocar a Ryan cuando quisiera. Bueno, al menos él estaba ahí y no exiliado por mi padre, porque eso era lo que hubiera pasado si supiera la verdad.

La sesión de fotos terminó un poco después, luego de que Kass nos tomara una foto familiar, incluyendo a “mis primos”, como era lógico. Luego de eso, ocupamos nuestros lugares en el autobús. Mis padres, Maggy y yo, en el primero, y los demás en el segundo. Sí, Ryan viajaría con los músicos, no esperaba que fuese de otra forma. Mi padre jamás admitiría a un hombre – familiar o no– en el mismo lugar donde su niñita dormía.

El nuestro era muy bonito. Contaba con asientos de cuero, sala de recreación, cocina, baño, una habitación privada para mis padres y dos juegos de camas literas para las visitas. El de los músicos era casi igual, pero tenía más camas y sin habitación privada.

Maggy y yo nos sentamos en la sala de entretenimiento y mis padres decidieron ir a su habitación para descansar.

«Hola, novio. ¿Cómo te sientes? ¿Estás nervioso?».

«Hola, novia. Te extraño».

«Sí, es un asco. No pudimos hablar estos días. Estoy preocupada por ti».

«¿Por qué?».

«Por lo que pasó en el escenario, la noche de mi fiesta».

«Estaré bien. Solo cerraré los ojos y pensaré en ti».

«¿Y cómo me verás el trasero?».

«Buen punto». Reí.

—¿Algo gracioso que puedas compartir? —preguntó Maggy con las cejas enarcadas.

—Es mi amiga Jaz en el chat, se le ocurren unas cosas... —mentí.

—Umm, ya. Pensé que hablabas con Ryan.

—No le hablo. Peleamos —siguiente mentira.

—Sí, algo escuché, pero no me convencen tus motivos. ¿En verdad elegiste la música sobre él? —murmuró.

—No es un tema del que quisiera hablar, gracias por ser tan comprensiva —dije con una sonrisa fingida.

—Solo diré que él te quiere.

—Maggy...

—Ya, me callo. Aunque, podemos hablar de otro de tus ex —sugirió. El tema Travis tampoco era uno que quería tocar. Además, la noticia del embarazo de Isa aún no se filtraba en los medios y lo menos que pretendía era que Maggy la divulgara.

—Mejor hablemos de ti. ¿Tienes novio? ¿Te gusta alguien?

—¿Novio? ¿La hija del rey de la abstinencia? ¡Ja! ¡Nadie se atrevería a pedirme una cita!

—¿Por qué no? —repliqué.

Maggy giró los ojos y se dejó caer contra el respaldo del asiento. Al parecer, encontré su talón de Aquiles.

—Nadie quiere una santurróna de novia. Ya sabes cómo son los chicos.

—No todos... —sugerí.

—¿Hablas de Ryan? Ese es un caso único en el mundo. ¡Nadie espera hasta casarse para tener sexo!

Mi rostro se tiñó de rojo. No pensé que Maggy estuviera al tanto de los ideales de Ryan. ¿Qué más sabía? No, mejor ni preguntaba, capaz y terminaba hablando más de la cuenta.

—¡Te sonrojaste! Ay, Dios. ¿Por eso terminaste con él?

—¡No! Eso es dulce ¿no crees? No te gustaría encontrar a alguien que te respete de esa forma —inquirí, tratando de que reflexionara.

—¿Respeto? Él no lo hace por eso. Un embarazo no deseado, eso es lo

que le preocupa.

Su respuesta me sorprendió. Nunca le pregunté a Ryan por qué quería esperar, pensé que era algo romántico, mucho, de hecho. ¿Era cierto lo que decía Maggy? ¡Ay, no! No iba a pasar el día comiéndome el cerebro con esa pregunta y tampoco quería preguntarle a Ryan y comenzar una nueva disputa.

—¿Y tú qué crees de la abstinencia? ¿Estás a favor o en contra? —indagué. Quería saber qué tanto la había influenciado su padre.

—Bueno, le doy la razón a papá en muchos aspectos. Me gustaría que mi primera vez fuese con alguien que me quiera mucho, y no con cualquier idiota que me diga frases lindas al oído. Pero no comparto la postura de Ryan. ¡No tener sexo hasta casarse! Eso es ridículo y anticuado.

—Pero muy romántico.

—En eso te doy la razón. Mi hermano es todo un amor. De no ser de mi sangre, me casaría con él —bromeó—. Pero dudo mucho que encuentre a alguien mejor, así que me tendré que conformar.

—Lo dices porque no te has enamorado. Pero, cuando el indicado llegue, no dirás lo mismo.

—Parece que sabes de lo que hablas. ¿Encontraste al indicado? —insistió. Ella sospechaba algo y estaba tentándome para que admitiera la verdad, pero no lo haría, no pondría en riesgo nuestro plan para complacer su curiosidad.

—¿Quieres helado? Hay de todos los sabores en el refri —ofrecí, para omitir su pregunta.

—Evádeme todo lo que quieras, pero sé que te mueres por mi hermano.

—Shh, calla. Que si mi padre te escucha...

—Lo mata —dijo como una broma.

Me cubrí el rostro y exhalé con frustración. Maggy haría la gira más interesante, de eso no tenía duda. En ese momento, añoré cuando fue Isa quien nos acompañó y eso era mucho decir.

—Quiero de chocolate ¿hay? —preguntó, olvidando que segundos antes evocó mi más grande temor: el enfrentamiento de mi padre con Ryan.

—Prométeme, por favor, que no le dirás nada a mi padre —Lo menos que necesitaba era empañar el tour con un drama como ese.

—¿Entonces sí siguen juntos? —giré los ojos exasperada. Hablar con Maggy era imposible.

—¿Cómo quieres que te lo diga? Terminamos, se acabó... no vamos a

volver. Lo que te pido es que no digas nada de lo que pasó, que olvides que un día fuimos algo. Para ti, y todo el mundo, Ryan y yo solo somos primos. ¿Entiendes?

Los ojos de Maggy se cristalizaron, como si estuviera por llorar, y no lo comprendí. ¿Por qué le entristecía saber que entre nosotros no habría nada?

—Maggy ¿estás bien?

—Es que Ryan... sé que te quiere, Rosie. Y él ha sufrido tanto... — sollozó con profunda nostalgia.

¿Qué hacía? ¿Le decía la verdad o le dejaba el corazón roto? *¡Qué predicamento!*

—Maggy, cielo. ¿Por qué lloras? —preguntó mi madre.

¿Cuándo llegó? ¿Qué tanto escuchó? ¡Ay, Dios! Calma, Rosie. Si está preguntando, es porque no sabe el motivo.

—Le contaba a Rosie lo difícil que fue para Ryan perder a Sydney. Fue tan duro, él la quería tanto —dijo entre gemidos.

—Oh, ¿ya lo sabes? —su pregunta fue dirigida a mí. Me estaba mirando con completa turbación.

—Sí, Ryan me lo contó una tarde —contesté lo más serena que pude, pero en mi interior me sentía destrozada. No solo por Ryan y lo que tuvo que pasar, sino por Maggy, quien estaba sufriendo por su hermano, pensando que yo le había roto el corazón.

—Es muy triste, pero él se ve mejor ¿cierto? Volver a la música lo ha ayudado mucho —presumió mamá.

—Sí, todos en casa estamos muy felices —consintió Maggy, mientras sorbía por la nariz.

—Iré por los helados —anuncié, poniéndome en pie. Necesitaba alejarme unos minutos de aquella situación.

Sin tener a dónde más ir, me escondí en el baño. Era el lugar más privado del autobús, obviando la habitación de mis padres.

—Contrólate, Rosie. No llores —pronuncié, mirándome al espejo. Sentía una angustia tan grande en mi pecho que lo más seguro era que terminaría hecha un mar de lágrimas y no quería que mis ojos se enrojecieran en consecuencia, así que refresqué mi rostro y tomé varias inhalaciones profundas para ahuyentar la nostalgia.

Antes de salir, revisé los mensajes en el teléfono; me había olvidado de Ryan desde que su hermana me habló.

«¿Cuándo terminará mi castigo? Aprendí mi lección».

El mensaje lo había enviado hacía varios minutos, era el único.

«Lo siento, estaba en una conversación interesante con tu hermana. Creo que tenemos que decirle la verdad. ¡Estaba llorando!».

Las palabras “escribiendo” aparecieron enseguida. Me mordí los labios mientras esperaba. Estaba nerviosa.

«¿Por qué estaba llorando? ¿Qué tiene que ver con lo nuestro?».

«Todo. Maggy quiere que seas feliz y cree que fui egoísta al elegir la música sobre ti. Está sufriendo».

«Hablaré con ella cuando pueda. No le digas la verdad».

«Es que se ve tan triste».

«Lo superará, Ross. Pero si le dices, puede volver a hablar de más y sabes lo que pasaría».

«Bueno. Volveré con ella. Te quiero, mi rey».

«Y yo mucho más, Ross. Así te quiero». Adjuntó un gran corazón rojo palpitante al mensaje.

«Aw, qué lindo es mi novio. Le daría un beso si lo tuviera frente a mí».

«Mierda ¡Detengan el autobús!»., bromeó.

«Esta noche trataré de llegar a tu boca. Me voy. ¡Me están esperando!».

CAPÍTULO 37

Llegamos a Anaheim una hora después de salir de los Ángeles; ahí sería el primer concierto, en el Honda Center[17]. Nos hospedamos en el *Homewood Suite*, donde nos prepararíamos para la gran noche. Maggy y yo ocupamos una habitación doble, mis padres una suite y los demás, habitaciones triples, individuales o matrimoniales, para el caso de Ian y mi tía Ming.

Quedamos en encontrarnos en el restaurant a las doce para almorzar, pero faltaban tres horas y no quería estar encerrada entre cuatro paredes. Además, extrañaba mucho a Ryan.

Sería más fácil verme con él si Maggy supiera nuestro secreto. ¿Y si le digo? No, Ryan me dijo que no la involucrara. ¡Pero si lo sabe, nos podría ayudar!

—¿Qué te pasa? Parece que vas a sufrir un infarto —atribuyó Maggy, sentada en su cama.

—No es nada. Es que estoy nerviosa. No sé si al público le gustarán mis canciones —dije, mientras me dejé caer en mi cama.

—Claro que sí, son perfectas y cantas hermoso. Creo que pedirán más —afirmó con una sonrisa reluciente. Ella y Ryan compartían muchos rasgos: su cabello castaño, el color de sus ojos y su sonrisa—. Oye, qué tal si damos un paseo por el hotel. Quizás eso despeje tu mente y te quite los nervios. También podemos ir a la piscina y pedir unos cócteles, no sé —sugirió.

—Suena bien. Le diré a mi padre, seguro quiere enviar a algún guardaespaldas, no sea que se me parta una uña y no haya nadie vigilándome —satiricé.

—Rosie... —murmuró—. ¿Estaría mal si invito a Ryan? ¿Te sentirías... incómoda? —preguntó dubitativa.

¡Ah, amo a esta chica!

—Claro que puedes, somos familia y es de la banda, se supone que nos veremos por ahí —contesté lo más serena posible, pero en mi interior bailaba Samba[18].

Veinte minutos después, salíamos de la habitación, custodiada por Lucas —el nuevo guardaespaldas— y Avery. Papá dijo que había pedido cerrar

la piscina para nosotros. Me pareció exagerado, pero no iba a discutir con él, estar cerca de Ryan era lo único que me importaba.

—Y este chico, Avery. ¿Qué sabes de él? —preguntó Maggy, cuando nos sentamos en dos sillas de extensión debajo de las sombrillas.

—No me digas que te gusta —repliqué.

—¿Qué tendría de raro?

—No sé, no pensé que él fuera tu tipo.

—Es muy atractivo y esos músculos... —se relamió los labios con picardía y le guiñó un ojo. *¡Está loca!*

—¿Crees que Ryan lo aceptaría?

—Él no tiene porqué meterse en mi vida. No me preocupa si lo acepta o no —contestó con convicción.

De esa materia no tenía conocimiento, quizás Ryan no era del tipo “hermano celoso”.

—Él es amigo de Avery. Se cuentan cosas... —previne. Maggy necesitaba saberlo, si pensaba relacionarse con él.

—Seguro Ryan le habla mucho de ti. Ya sabes, porque está enamorado...

—No empieces o te dejas sola —advertí.

—Hablando de mi sexy hermano...

Mi corazón se aceleró de golpe mientras se acercaba. Estaba usando su ropa habitual: jeans, camiseta negra y botas militares, pero esa sensación de mariposas en el estómago me apesaba cada vez que lo veía. ¡Mi novio era hermoso!

—Viste, te sonrojaste. Admite que lo quieres, Rosie —me retó.

—Claro que lo quiero, nunca he dicho lo contrario, pero no puede ser. No podemos estar juntos.

—¿Por qué no?

—Es complicado y no es algo que voy a discutir contigo.

—Pero él vale la pena. ¡Lo vale! —gritó colerizada. Se puso en pie y caminó hasta Ryan, quien estaba a tres metros de nosotros. Desde mi lugar, no pude escuchar lo que le decía, pero Ryan se veía afectado. Su ceño estaba fruncido, al igual que sus labios. Mientras que Maggy hablaba, gesticulando con sus manos. ¡Estaba furiosa!

Mi corazón latía cada vez más fuerte, a medida que su charla se alargaba. Quería saber lo que estaban hablando. ¿Qué les tomaba tanto?

Segundos después, Ryan abrazó a su hermana y le suavizó el cabello con mimo. Entorné los ojos y articulé una pregunta «¿Está todo bien?» Él asintió, pero no fue suficiente para mí. Necesitaba saber qué estaba pasando.

Cuando Maggy logró calmarse, se sentó en una silla apartada de mí y él le hizo compañía. Ryan me miró por encima de su hombro y me guiñó un ojo, gesto que despertó a las mariposas que dormían en mi estómago. ¡Cuánto deseaba llegar a él y besarlo!

Los demás músicos de la banda no tardaron en unirse a nosotros en la piscina, y poco después, llegaron los aperitivos y bebidas. Ordené una piña colada, que recibí minutos después de la mano de un mesonero muy simpático que me deseó suerte en el concierto. Le di las gracias, con una leve sonrisa, y luego se fue para seguir con su trabajo.

—¿Una foto para el recuerdo? —preguntó Kass, sentándose a mi lado.

—Claro. Sabes que amo las fotografías —contesté con ligereza. Él era como de la familia, lo conocía desde hacía mucho tiempo y me caía muy bien.

—¿Así? —inquirí, posando de forma sensual con mi bebida en la mano.

—Espera, déjame arreglarte aquí —peinó una hebra suelta de mi cabello hacia atrás y luego dijo que estaba perfecta. Ryan tomó aquel gesto de mala gana, lo vi en su mirada y en su postura rígida. A mí no me pareció raro, él me había tomado muchas fotos en sesiones y siempre hacía cosas como esas. Era todo un profesional.

—Hermosa como siempre. Podemos tomar otras más en la piscina, si quieres.

—Por ahora estoy bien. Gracias —decliné. No iba a hacer algo que incrementara los celos de Ryan.

—Bueno, supongo que pediré algo de beber. Esa piña colada se ve buena, pero me inclinaré por un mojito. ¿Lo has probado?

—Sí, pero si papá pregunta, lo negaré hasta la muerte —bromeé.

—Por mí no lo sabrá. Ahora vuelvo, cuida a mi chica —pidió, poniendo su cámara en mi regazo.

—Oh, será un honor —dije con buen humor.

Cuando Kass se fue, mi novio vino a mí y se sentó en la misma silla que ocupaba él. Su gesto me lo dijo todo, estaba celoso. Mucho. Pero no tenía porqué, él era mi amigo y no hice nada malo.

—¿Qué pasó con Maggy? —indagué, sin reparar en su estado de

humor.

—Si ese imbécil te vuelve a tocar, te juro que... —resopló con frustración.

—Ray, mi amor, él solo hace su trabajo. Me ha tomado fotografías muchas veces y...

—Un carajo, Ross. No puede tocarte, no como lo hizo. Y luego puso su estúpida cámara sobre ti. Que él pueda acercarse tanto a ti y yo no... No lo soporto.

—Hablaré con él ¿sí? Pero no tienes motivos para enojarte. Sabes que te quiero. Eres el único —dije con voz melosa. *Se consigue más con miel que con hiel.*

—Te extraño mucho, Ross —murmuró. Sus hermosos ojos dorados coincidieron con los míos y mi deseo de besarlo se convirtió en penuria.

—Y yo a ti. No sabes lo mucho que lo hago. Y he pensado que Maggy podría ser de ayuda, si le decimos que tú y yo...

—Se lo dije —interrumpió.

—¿En serio? —celebré con una gran sonrisa.

—Tenía qué, estaba muy preocupada por mí y pensaba mal de ti... solo se lo dije. Quizás no fue lo mejor, y nos meta en un lío, pero no podía verla llorar. Maggy creía que... —bajó la cabeza y entrelazó sus dedos detrás de su nuca, como hacía cuando algo le era difícil de admitir—. Perder a Syd fue duro. Me comporté como un imbécil, hice sufrir a mi familia... los alejé. Ella quiere que sea feliz y le aterra que tú...

—Te rompa el corazón —completé. Él asintió —. Pero eso no va a pasar, Ray. Yo te quiero muchísimo. ¿Lo sabes, verdad?

—Lo sé y espero que nunca dejes de hacerlo.

—Tendría que morir para dejar de quererte —contesté. La mirada de Ryan se turbó. ¡Fui una idiota! ¿Cómo hablé de la muerte? Él perdió a Sydney y la idea de que algo me pasara lo trastornaba—. Lo siento, Ryan. Quiero decir que...

—Que Dios me lleve a mí primero, Ross. No lo soportaría. Me duele el corazón solo de pensarlo —admitió con la voz apagada.

—Estoy aquí. No te dejaré —lo reconforté, tomando su mano. Él cerró los ojos y exhaló lentamente, como si dejara salir el miedo de su corazón.

—Necesito besarte, tanto —manifestó.

—Más tarde subiré a mi habitación. Cuando sea seguro, te enviaré un

mensaje y nos veremos ahí.

—Bien, mi reina. ¿Quieres comer algo? Según Maggy, los aperitivos están muy buenos.

—Vamos a comprobarlo —me levanté de la silla y me llevé la cámara, estaba bajo mi cuidado y haría bien mi trabajo—. Dale una oportunidad a Kass, es un buen chico y te aseguro que no tiene segundas intenciones conmigo.

—Más le vale. Nadie se mete con mi chica —presumió.

.....

Después de darme una ducha, salí al pasillo para esperar a Ryan. Por suerte, Avery tenía el turno en mi puerta y, como era nuestro aliado, teníamos eso cubierto. Maggy se quedó en la piscina “para refrescarse”, pero sabía que nos estaba dejando espacio para vernos, cosa que le agradecí con el alma.

Cuando mi novio cruzó el pasillo, mi cuerpo reaccionó al instante. Verlo despertaba en mí miles de emociones, generando un torrente de adrenalina que fluía por mis venas como electricidad.

—Hola, novio —lo saludé, saltando a sus brazos. Nuestras bocas se encontraron sin ningún esfuerzo y se consintieron como no lo hacían en días.

—No quiero interrumpir, pero siguen en el pasillo, donde cualquiera los puede ver... ¡Sepárense! —gritó Avery para llamar nuestra atención.

—Lo siento, es que... ya sabes... —balbuceé.

—Sí, sí. Entren a la habitación, pero no se pongan creativos —advirtió con una sonrisa socarrona.

—No seas idiota —se quejó Ray, dándole un puñetazo en el hombro.

Al entrar a mi habitación, reiniciamos el beso. No podíamos desaprovechar ni un minuto; quizás sería difícil volvernos a encontrar a solas. Nos entregamos tanto a la pasión, que terminamos en la cama, Ryan arriba y yo debajo, dejándome sentir la dureza de su virilidad sobre mi punto más sensible.

—Creo que... hay que parar —jadeé con la voz agotada.

Ryan escondió su rostro en el hueco de mi hombro y sentí su respiración calentando mi piel. Su cercanía, su aroma... su precioso cuerpo sobre el mío. Era indescriptible lo que sentía mi corazón al tenerlo tan cerca.

—Me encanta tu aroma. Hueles a rocío, a flores... al cálido atardecer. Te anhele tanto, mi reina. Te quiero tanto —murmuró, mientras acariciaba mi

rostro con sus dedos.

—¿A qué le temes, Ray? ¿Por qué esperar?

Él se levantó con cuidado de la cama, procurando no lastimarme, y se sentó en el borde del colchón. Lo imité y me quedé a su lado, esperando su respuesta.

Tomó mi mano y paseó su dedo pulgar por mis nudillos de una forma suave, delicada... cariñosa. Lo miré a los ojos y lo que vi en ellos me derritió el corazón, sus sentimientos brillaban en sus pupilas, fluían como en el caudal de un río... me dejaban ver su amor por mí.

—Porque sé que una sola vez no me bastará, que desearé hacerte el amor a diario y la incertidumbre de no tenerte no me dejará respirar.

—Oh, Ray. Eso es tan hermoso —murmuré con un sollozo ronco—. Eres muy dulce y cada día haces que te quiera más. ¿Cómo es posible tanto amor? ¿Cómo puede un solo corazón sentir tanto?

—Eso mismo me pregunto yo —contestó con una sonrisa tan hermosa como su corazón. Me puse en pie y me metí entre sus piernas para abrazarlo. Su cabeza quedó en mi pecho y la mía sobre su cabello.

—Me encanta tu cabello, es tan suave. Podría tocarlo por siempre y jamás me cansaría—confesé—. También adoro tu perfume, ese que me acompaña por las noches cuando me pongo tu camiseta, un olor que quiero impregnado en mi piel, en cada parte de ella —dije, sin dejar de tocar su cabello con masajes tiernos—. Anhele tu boca en la mía, en mi cuello... en mis pechos. Sueño con tu voz susurrándome al oído, con tus manos trazando caminos en mi cuerpo, imborrables... inigualables. Te quiero y te querré toda mi vida.

—Ross... —pronunció con calidez—. Tus palabras me quebrantan y tus caricias me hacen perder la cordura. Quiero amarte toda, sin olvidar alguna parte, pero me resisto y lo seguiré haciendo con la fuerza más efímera que esconda mi cuerpo porque, el día que te tome, nunca más te soltaré —confesó mientras acariciaba mi espalda, por encima de la tela de algodón de mi blusa.

Su amor me llenaba el alma y me hacía tan feliz que a veces me daba pellizquitos para saber que era real y no un sueño.

—Eres mi uno en un millón —musité, más para mí que para él. Ryan quiso saber de qué hablaba y le dije que se lo contaría otro día, que necesitaba hacer algo impostergable, besarlo. Sitié su boca con intempestivo deseo, mientras sus dedos se clavaron en mi espalda, por debajo de mi blusa,

erizando mi piel, encendiéndola con la calidez de sus manos.

—Princesa ¿hora de comer? —dijo papá desde el pasillo. Mis pulsaciones iniciaron su ascenso vertiginoso en mi pecho.

¡Nos va a descubrir!

—Tranquila, Ross. Me esconderé en el baño y luego tú sales. Todo estará bien —susurró en mi oído. Asentí y le di un beso en la mejilla antes de separarme de él. Cuando estuvo en el baño, abrí la puerta y salí al pasillo.

—Hola, papí —lo saludé con un abrazo.

—¿Y tu prima dónde está?

No titubees. No falles, Rosie Keanton.

—Se quedó en la piscina, yo solo vine por mi teléfono para tomarme unas selfies, tú sabes... —dije con una risita entusiasta.

—Está bien. Ve por tu prima y nos vemos en el restaurant —pidió sereno. No parecía molesto, o dudoso.

Avery, papá y yo, caminamos juntos por el pasillo hasta llegar al ascensor. Una vez que llegamos a la planta baja, nos separamos. Mi guardaespaldas me siguió los pasos y papá caminó rumbo al restaurant del hotel.

—Carajo. Eso estuvo tan cerca —comentó Avery.

—Gracias por no decir nada. Mantener el secreto es muy importante para nosotros.

—No puedo ayudarlos de nuevo, mi trabajo estaría en riesgo y no puedo perderlo —aseveró preocupado.

—Lo entiendo. No debimos incluirte en esto.

Después de buscar a Maggy en la piscina, fuimos al restaurant, donde nos esperaban todos, incluyendo Ryan. Me senté en la mesa que ocupaban mis padres, con Chris, Ian, tía Ming, Akira y Ryan, el chico que aceleraba mis latidos.

—Hola, preciosa. ¿Estás nerviosa por lo de hoy? —preguntó mi tía Ming.

—Un poco, sí. Será la primera vez que cante algo inédito delante de tanta gente —admití. No quería pensar mucho en eso, o terminaría postrada en una cama con el estómago revuelto.

—Lo hará bien. ¡Es una Keanton! —aseguró Chris con orgullo.

Era muy afortunada, tenía muchas personas a mi lado que me apoyaban y creían en mí y, lo más importante, me querían.

El almuerzo fue muy ameno, estuvimos charlando de algunas anécdotas de las giras previas y nos reímos un montón. Me encantaba ese ambiente familiar que reinaba a nuestro alrededor, porque eso éramos, una gran familia.

Volvimos a nuestras habitaciones luego de la comida. Necesitaba tomar una siesta antes de ir a la prueba de sonido. Y de regreso, Alice –mi estilista– iría al hotel para prepararme para la gran noche.

Maggy no perdió la oportunidad de celebrar que Ryan y yo seguíamos juntos. Dio saltos en su cama y gritó como una demente. Fue hilarante, demasiado, diría yo. Sabía de nuestro pacto, que revelaríamos el secreto cuando la gira terminara, y eso le parecía muy romántico.

Fue bueno tener con quien hablar. Con Ady lejos, ella era una buena opción. Aunque no podía darle tantos detalles como a mi mejor amiga. Hay cosas que no se le pueden contar a la hermana de tu novio.

CAPÍTULO 38

«Brilla, mi reina. Esta noche es tuya». Me escribió Ryan, antes de salir del hotel.

«Es nuestra, Ray. Te quiero».

«Y yo mucho más».

Bajé en el ascensor hasta el sótano, custodiada por Lucas y Avery, donde me esperaban mis padres. Maggy quiso irse con su hermano y los demás músicos en el autobús. ¡Yo también quería!

—Te ves preciosa, cariño. No puedo creer que apenas hace unos años te sostenía en mi pecho y ahora... —los sollozos detuvieron las palabras de mi madre—. Estoy tan orgullosa de ti.

—No llores, mami.

—Son lágrimas de felicidad, mi amor. Mi mayor anhelo es que cumplas tus sueños, que seas feliz.

—Gracias a los dos, son los mejores padres del mundo —los tres nos fundimos en un cálido abrazo. Los amaba con todo mi corazón.

—Qué bueno que mi rímel es a prueba de agua —bromeé, secándome las lágrimas.

El viaje al estadio no fue muy largo, el hotel quedaba a pocos minutos. Al llegar ahí, mi corazón palpitó fuerte, la fila para entrar era larga y sin duda llenaría el *Honda Center*. Me emocionaba saber que papá tenía tantos fans; no era para menos, era un estupendo músico y un gran cantante.

Bajé de la camioneta y entré a la una caravana que sería mi camerino hasta que el concierto diera inicio. Mi padre y los demás músicos estaban en el escenario, probando una vez más los instrumentos. ¡Eran demasiado quisquillosos!

—Esto es emocionante. ¡El estadio está repleto! —aplaudí Maggy—. Vengo aquí como mensajera. Un sexy chico de cabello castaño, y hermosos ojos marrones, te envió esto.

Me entregó una cajita negra y una carta. Los recibí con mucha ilusión. Ryan era muy considerado y seguro su obsequio me encantaría, como todos.

—Ay, qué lindo —era un dije de la clave de sol. ¡La amé!

—Lee la carta. ¡Me muero por saber qué dice!

—Oye, eso es privado. Hazte para allá —bromeé.

Olí el papel, tenía impregnado su perfume, mi fragancia favorita en el mundo entero. Respiré sobre él varios minutos, hasta que decidí desdoblarlo para leer lo que decía.

«Hola, novia. ¿Te gustó mi humilde regalo? Espero que sí. Es un símbolo que significa mucho para mí. Quiero que al verlo recuerdes que siempre te tengo presente. Hoy es un día especial, cantarás nuestra canción y cuando preguntes ¿qué te daré si pides mi amor? Te responderé que lo tienes todo, Ross. Te quiero».

«Posdata: Hace dos meses me dijiste que sí. ¡Feliz aniversario!».

Puse a prueba de nuevo el rímel, no pude evitarlo, las lágrimas salieron solas.

¡Ryan es el mejor novio del planeta! Y yo la más tonta. ¿Cómo olvidé que hoy se cumplían dos meses? Tengo que recompensarlo de alguna forma. ¿Pero cómo? Ya se me ocurrirá algo.

.....

—Llegó la hora, princesa. No estés nerviosa, has hecho esto antes y siempre te han amado.

—Gracias, papi. Eres el mejor de todos. Te quiero —me hundí en su pecho y lo abracé por varios minutos. Que él viniera a buscarme era parte de nuestro ritual, me daba coraje y ánimo. ¡Lo necesitaba!

Mamá nos esperaba fuera de la caravana con una gran sonrisa de satisfacción. Junto a ella, mi tía Ming y Akira, quienes se acercaron para abrazarme y desearme lo mejor. Le di las gracias y les dije que los quería mucho, que hacían de ese día más especial.

—Comenzamos en diez minutos —anunció Kelly, la organizadora del evento en esa ciudad.

—Necesito hablar con Ryan, es su primer gran concierto desde lo que pasó con Sydney —le dije a mi padre. Él estuvo de acuerdo, asegurando que para eso estaba la familia. Mi corazón se desalentó, odiaba engañarlo con respecto a mi relación con Ray, pero era un mal necesario.

A medida que caminaba hacia él, mis pálpitos se aceleraban más. Era la emoción de saber que, en solo segundos, lo tendría a escasos centímetros de mí; espacio que quería cerrar con un abrazo, para luego alcanzar sus labios con un enorme beso.

—Iré por mi cámara, la dejé olvidada en tu caravana —refirió Maggy dejándonos solos.

—¡Estás hermosa! —pronunció con la voz ronca—. Te besaría ahora mismo.

—Y yo —admití—. ¿Estás bien? Me preocupa que esto sea demasiado para ti.

—Me asusta como el infierno, no lo negaré, pero tengo que superarlo, Ross. Lo haré por ti.

—Gracias por esto —mencioné, tocando su obsequio—. Pensaré solo en ti mientras esté en ese escenario.

—Gracias a ti por ser mi novia. Cualquier cosa es poco para lo que mereces.

—Nada es poco viniendo de ti. Ahora me voy, tengo que subir a dedicarle una canción al chico que me robó el corazón —le guiñé un ojo y caminé de regreso con mi familia.

Cinco minutos después, subí las escaleras hacia la tarima. Los conciertos de mi padre no eran famosos por sus entradas triunfales, él era muy básico: humo, luces y pantallas con imágenes alusivas a los temas. Caminé hasta el centro del escenario, donde me esperaba un micrófono y mi *Gibson*. La tomé del soporte y la sostuve entre mis manos, preparándome para dar inicio a mi presentación. Mi corazón daba golpes feroces contra mi tórax a consecuencia de mi creciente emoción. Estar sobre un escenario era adrenalina pura y más si delante había miles de espectadores ansiosos por escucharme, por valorar mi interpretación.

Cerré los ojos y me concentré en lo importante, dejar mi corazón en aquel lugar, entregarles lo mejor de mí.

Cuando una luz blanca iluminó el punto en el que me encontraba en el escenario, la euforia dio inicio. El público comenzó a gritar con entusiasmo y pude ver algunos carteles con mi nombre escrito, junto con palabras de cariño y admiración.

—¡Buenas noches, Anaheim! —saludé. La respuesta no se hizo esperar, la emoción era evidente—. ¿Cuántos están ansiosos por escuchar al gran Peter Keanton? —Aquella pregunta enardeció más al público y me llenó de mucho orgullo—. Mientras él se prepara, ¿qué tal si escuchan mi nuevo single? —todos vitorearon—. Bien. Espero les guste, es una letra muy especial para mí y más en este día. Se titula *Te Quiero*, escrita por mí y

compuesta por el talentoso Ryan Wilson, el guitarrista a mi derecha. Gracias, Ryan.

Ian marcó el ritmo con las batutas a la cuenta de tres y la música dio inicio. Escuché cada instrumento, en especial la guitarra de Ryan, tocando la melodía de nuestra canción. Con los sentimientos a flor de piel, comencé a cantar aquellas letras que significaban tanto para mí.

*Cuando todo es más oscuro
Cuando más perdida estoy
Puedo saber que ahí está el sol
Puedo encontrarlo en mi interior
Se esparce y me calienta
Me ilumina y me libera
Mi luz eres tú*

*Quiero que veas mi interior
Donde te guarda mi corazón
Quiero, quiero y quiero
Te quiero...*

*Era de día, pero seguía oscuro
agua salada mojando mis pies
te pedí el sol, me diste colores
¿Qué me darás si pido tu amor?*

*Quiero que veas mi interior
Donde te guarda mi corazón
Quiero, quiero y quiero
Te quiero...*

Al terminar de cantar, los aplausos ahuyentaron mi temor. ¡Les gustó! y querían más. Me sentí tan feliz que no cabía en mi pecho tanta emoción.

—La segunda canción que interpretaré se titula El Amor Duele. De nuevo, Ryan se lleva los méritos por la música. Dice así:

*Pretendes huir de tu pasado
y se aventura al frente
Esperas derramar lágrimas*

*y parecen perderse.
Quieres que el sufrimiento cese
Pero el amor duele*

*Me dejaste en la pesadilla
Me dejaste en la oscuridad
¿Por qué lo hiciste?
¿Por qué destrozaste mi alma?
Vuelve y sánala
O termina de romperla*

*Ojalá el amor viviera de recuerdos
Ojalá, porque sería inmortal
Llenaste mi mundo de flores y colores
para luego dejarlas marchitar.*

*Me dejaste en la pesadilla
Me dejaste en la oscuridad
¿Por qué lo hiciste?
¿Por qué destrozaste mi alma?
Vuelve y sánala
O termina de romperla
Oh, sáname
Oh, vuelve*

Esa letra la escribí cuando Ryan huyó a Miami. Fue una canción difícil de interpretar, pero marcó un momento de nuestra historia y era mejor enfrentar la realidad que ignorarla.

He ahí el poder de la música: para algunos son sonidos y letras sin sentido, para otros contiene una porción de su corazón. Con la música, puedes liberar lo escondido de tu alma y acompañarlo con acordes. Oscar Wilde dijo: “el arte de la música es el que más cercano se halla de las lágrimas y los recuerdos”. *Estoy de acuerdo con él, hoy más que nunca.*

Al terminar, di las gracias por el apoyo y por aplaudir mis canciones. Fue una cosa de locos, ellos gritaban que querían otra, pero era el turno de papá.

Mientras caminaba hacia el fondo del escenario, mi mirada se cruzó con

la de Ryan. Sus ojos me transmitieron muchas cosas, entre ellas, lo feliz que estaba por mí. Le ofrecí una sonrisa y seguí andando, hasta encontrarme con mi madre, Maggy, mi tía Ming y Akira. Sus felicitaciones no faltaron, hasta me obsequiaron un ramo de rosas blancas.

—Buenas noches, Anaheim. ¿Están listos para el rock? —preguntó papá con una energía increíble. Subir al escenario lo revitalizaba, parecía un chico de veinte años y lo admiraba más por ello. La edad no es más que un número, el alma siempre es joven. El público cobró vida junto a él. ¡Era una locura!—. Esta noche me acompañan: Ian en la batería —cada músico se presentaba con un solo de su instrumento—; Leroy en el piano; Marc en el bajo; Paul, en la primera guitarra; Edith, Susan y Arthur, en el coro. Y muy especialmente, mi sobrino Ryan Wilson en la segunda guitarra; quien es un gran compositor además, como les comentó Rosie.

¡Ay, Dios! Dijo sobrino.

Mi mundo colapsó. Aquel anuncio haría más difícil las cosas cuando nuestra relación saliera a la luz. Contuve mi conmoción con todo lo que pude, no quería quedar en evidencia. Quizás Ryan también se sintió como yo, pero no por eso falló al hacer su solo de guitarra.

Mi padre habló del nombre del tour y presentó su primera canción, Por ti, una letra que escribió para mi madre muchos años atrás.

Su performance incluyó sus mejores canciones, las más conocidas: Vuelve, Mi Mejor Canción, Por esta Noche, Corazón Herido, Recuérdame, Terciopelo Rojo... y dos inéditas que tituló El amor es Suficiente y Navegar tu Piel.

El concierto fue todo un éxito y lo celebramos con una gran cena en un exclusivo restaurant de la ciudad.

.....

El tour continuó y, en cada ciudad que visitamos, fue éxito tras éxito. Recorrimos Fresno, Las Vegas, Phoenix, San Antonio, Portland, Houston, Austin, Dallas, Nueva Orleans, Tulsa, Oklahoma, Independence, San Luis, Wichita, Nashville, Atlanta, Jacksonville, Orlando, Tampa... hasta llegar a Miami, donde vivía la familia de Ryan.

En esas semanas, no pudimos vernos en privado, solo algunos encuentros ocasionales en los que nos dimos abrazos cortos y besos pequeños. Muy chiquitos. ¡Lo extrañaba tanto!

—¡Hola, familia! —dijo “mi tío”, al recibirnos en su casa.

«¿Cómo van a hospedarse en un hotel, si en casa tenemos espacio?». Esas fueron sus palabras, aunque no había tanto espacio como él dijo, algunos tendrían que dormir en la casa de al lado, donde vivía su hermana Hayley.

En otras circunstancias, estaría pletórica de la felicidad, pero estar ahí solo me hizo sentir ansiosa, porque si ellos decían más de lo debido, no habría refugio que nos salvara de la guerra que se desataría.

—Esto será toda una celebración, encendimos la barbacoa y hay mucha cerveza. ¿Quién se apunta? —invitó Axxel con entusiasmo. No hubo uno que dijera que no. Claro, los que tenían la edad suficiente para beber.

—No te preocupes, Ross. Me aseguraré de que preparen algo especial para ti —murmuró Ryan a mi lado.

¡Diosito eterno, creador del universo! Ansío con todo mi ser besarlo hasta quedarme sin saliva.

—Me gustaría ir a refrescarme —sugerí. De pronto, sentí mucho calor y no era por el clima.

—Vamos a mi habitación, tengo baño privado —dijo Maggy.

—Sí, la princesita tiene su propio baño —burló Sam.

—No es mi culpa ser la única chica, tonto. ¿Te gustaría ser niña acaso? —replicó con disgusto.

—Hermanos. ¡Los amas y los odias! —ironizó Ryan.

—Ya, dejen de pelear —impuso Melanie, la madre del clan Wilson—. Maggy, lleva a Rosie al baño. Sam, ve a ayudar a tu padre con los invitados. Y tú —señaló a Ryan—, ven conmigo.

¡Ay, Dios! ¡Preparen municiones que la guerra va a iniciar!

CAPÍTULO 39

El miedo oscureció las pupilas grises de Ross. No era para menos, mi madre habló en un tono nada alentador y estaba seguro a dónde se dirigía nuestro tema de conversación. Quise encontrar la forma de tranquilizarla, pero era difícil con ella mirándonos.

La seguí a la cocina y me recosté contra la puerta, con los brazos cruzados sobre mi pecho. Mi actitud lo decía todo, no quiero hablar, pero Melanie Wilson no aceptaría un no por respuesta. Era testaruda y la única capaz de controlar a mi padre. ¡Hasta podría gobernar el país!

—Siguen juntos ¿verdad? —Directo al grano. ¡Típico de ella!

—Mamá...

—No te atrevas a mentirme —advirtió, con las cejas enarcadas. ¡No había escapatoria!

—Es cierto, pero tuve que decir que había terminado. Peter no aceptará nada entre nosotros.

—¿Por qué? Tú eres un gran hombre. Me disgusta que tengan que ocultarse como si hicieran algo malo y no es así.

—No se trata de eso, él me ha dicho que soy un buen chico, pero ha anunciado por todos lados que soy su sobrino, confía en mí. De no ser así, ni entraría en su casa o estaría cerca de Ross.

—Pero, Ryan... —intervino disgustada.

—Yo la quiero, mamá. La quiero en verdad y estoy dispuesto a esperarla toda la vida si es preciso. Pero no te preocupes, cuando la gira termine, hablaremos con ellos y asumiremos las consecuencias.

—¿Por qué no ahora? —replicó con recelo.

—Porque si él no me acepta, me dejará fuera del tour y quiero estar ahí, quiero vivir ese momento con Ross. Por favor, no digas nada.

Mamá bajó la mirada y lo pensó por varios minutos. Mi corazón latía con impaciencia; sin su apoyo, todo se arruinaría. Y alejarme de Ross por tantos meses me comería vivo. ¡No lo soportaría!

—No estoy de acuerdo, pero te voy a apoyar solo porque me lo estás pidiendo. Y no me vuelvas a mentir —señaló con tristeza.

—Lo siento. No quise dejarte fuera.

—Quiero que seas feliz, Ryan. Mereces serlo. Has sufrido mucho y yo... —sollozó—. Te quiero tanto.

—No llores, por favor. Ven aquí —le pedí con los brazos abiertos. Ella se acercó y me abrazó, su cabeza apenas alcanzaba mi pecho, porque era bajita—. Soy feliz, muy feliz. Siempre estuve enamorado de ella, mamá. Y también quise a Syd, eso lo sabes, pero con Ross es... tiene mi corazón en su mano, así lo siento —confesé.

—Me dolió escuchar que no te quería como tú a ella. Después de lo que pasó, pensé que nunca te recuperaría. Lloré mucho, rogué cada noche... quería a mi dulce Ryan de vuelta —dijo entre gemidos.

—Siento eso, mamá. Lamento que sufrieran tanto por mí, pero te aseguro que Ross me quiere. No te imaginas lo que le hice pasar y, aun así, ha estado para mí. Es mi mejor amiga y la mujer que quiero a mi lado. Es la indicada, siempre lo fue, pero fui un idiota al dejarla de lado, al creer que un número era más importante que mis sentimientos.

—Desde la primera vez que te vi, supe que serías un gran hombre. Te quiero mi amor y mi mayor deseo es que seas tan feliz que no puedas contenerlo en tu corazón. No dejes que nadie te robe esa dicha, Ryan. Lucha por ella y jamás te rindas.

—Te lo prometo —La abracé unos minutos más, hasta que dejó de llorar. Sabía lo mucho que me quería y todo el esfuerzo que requirió cuidarme cuando era un niño.

—¿Qué tienen planeado para hoy? ¿Se ven a escondidas o cómo hacen? —preguntó mientras se secaba las lágrimas.

—Eh, creo que... —balbuceé incómodo. Una cosa era hablar con ella de mis sentimientos y otra de lo que hacía a escondidas con mi novia. No fuese a querer saber después...

—No dije nada, cariño. Ve, haz lo que tengas que hacer o lo que no. Tú me entiendes —pronunció con nerviosismo.

—Bien. Lo entiendo. Adiós, mamá —dije, antes de salir de la cocina. *Eso fue raro, más de lo normal.*

Subí los peldaños de las escaleras, de dos en dos, esperando encontrar a Ross en el pasillo, o en la habitación de mi hermanita. Y no solo la encontré, me la llevé por delante y la hice caer contra el suelo.

—Mierda, Ross. Lo siento. ¿Estás bien? —pregunté al tiempo que la ayudaba a poner en pie.

—¿Tienes un gemelo? Porque veo dos de ti. Son tan lindos —dijo con una sonrisa inusual.

—Te diste duro en la cabeza. ¡Qué torpe soy! —tomé su rostro entre mis manos para comprobar si no se había hecho daño.

—Estoy bien, Ray. Solo estaba bromeando —admitió mientras sonreía. Debí estar enojado con ella por asustarme así, pero cómo podía si su sonrisa me arrebatava todo.

—Tu castigo por mentirme tiene un costo.

—¿Ah, sí? ¿De cuántas cifras? —jugó.

—Un beso, pero tiene que ser uno bueno —advertí.

—Umm, ¿quiere decir que te he dado uno malo?

—Bueno... aquella vez, detrás del autobús...

—Oye —se quejó, golpeando mi brazo con su puño—. Fue un buen beso.

—¿Lo quieres superar? —tenté.

—Obvio. Dime lugar y hora —inquirió con una ceja elevada.

—Ahora y el lugar, sígueme —caminé delante de ella por el pasillo hasta llegar a la última puerta, donde mi madre guardaba cajas y la ropa que no quería que papá usara—. Es pequeño, pero...

—Deja de hablar que el tiempo apremia —instó Ross.

Terminamos dentro de aquel espacio reducido de escasa iluminación y mucho polvo, pero estábamos juntos y me daba igual. La tomé por las caderas y la pegué a mí, como tanto me gustaba. No la besé enseguida, recorrí la piel suave de su rostro con la punta de mi nariz hasta alcanzar su cuello, ahí me detuve e inhalé su esencia hasta saciarme de ella. Su piel se erizó, como cada vez que incitaba aquel lugar sensible. Disfrutaba sentir la reacción de su cuerpo ante mi toque, su piel se encendía, sus latidos... su respiración. Cada vez, me era más difícil tenerla así de cerca y contener el deseo de desnudarla. Soñaba con hacerle el amor, con sentir su piel contra la mía con libertad. La quería tener de todas las maneras posibles y, también, despertando cada día a mi lado. La amaba con todo mi ser y la anhelaba con cada parte de mi piel.

La espera terminó, no podía más, besé su cuello con pequeños roces hasta alcanzar su boca, uno de mis lugares favoritos de su cuerpo, porque tenía muchos: su clavícula, sus pechos —eran preciosos y perfectos, cabían en mi palma completos y soñaba con ellos muchas noches, por no decir todas—,

su trasero era otro. Desde la primera vez que lo toqué, no podía pensar en otra cosa más que en sentirlo de nuevo. ¡Mi posición en el escenario era una tortura! Muchas veces, tuve que concentrarme en un punto perdido entre la multitud para no terminar excitado en pleno concierto.

¡Dios bendiga a los jeans ajustados!

Aleja esos pensamientos, Ryan. ¡No caigas en tentación!

Deslicé mis manos hacia arriba, lo más lejos que pude de su trasero, para vencer al deseo. El problema era que no solo quería tocarla ahí, deseaba tomar cada parte de su cuerpo y llenarlo de mí.

—Te quiero siempre conmigo, Ross. Es doloroso cuando no puedo sentirte así —murmuré, acariciando su rostro con mis dedos.

—Lo sé, es una locura extrañar tanto a alguien que ves a diario. A veces, me provoca gritarlo a los cuatro vientos, pero con mi padre pregonando que eres su sobrino...

—Sí, eso empeora las cosas. Pero no pensemos en eso ahora; quiero aprovechar cada segundo para tenerte cerquita de mí, sintiendo tu hermoso cuerpo contra el mío.

—¿Así? —preguntó, fundiéndose sobre mí lo más que dos cuerpos podían juntarse.

—Sí —musité sobre sus labios y volví a besarla. No me cansaba del elixir de su boca, de su lengua rozando la mía... de su cuerpo intensificando mis más precarios deseos—. Te quiero solo para mí —confesé. Mis manos no se detuvieron esta vez, alcanzaron su trasero y lo empujaron contra la dureza que latía con vehemente deseo en mi entrepierna.

Nuestro beso se convirtió en más, respondiendo al estímulo que, tanto ella como yo, alentaban. Tocando, rozando... lamiendo.

Mierda, mierda, mierda. Quiero quitarle toda la ropa y devorar su cuerpo, cada parte, sin olvidar nada. ¡Nada! Quiero probar la esencia de su excitación y tomar sus pechos entre mis manos. Quiero... ah, estrechar la calidez de su sexo... ¡Mierda!

—Tenemos que... parar —balbuceé con la respiración crispada.

—Claro, sí. Creo que... tenemos que marcar los límites.

—Eh, sí. ¿Cuál es el tuyo? —pregunté.

—Tú.

—¿Yo? —repliqué.

—Sí, Ray. Tenerte cerca es mi límite. Apenas me tocas, lo deseo todo.

¡Todo! —reafirmó. Su respuesta vigorizó más mi excitación. Yo también quería todo y lo quería en ese instante sin importar el polvo o la estrechez de aquel armario.

—Entonces qué ¿no puedo besarte más?

—Sí, pero no en lugares cerrados —respondió.

—Eso se reduce a en ningún lugar —desalenté.

—Aquella vez en el pasillo del restaurant, no estuvo mal —comentó.

—¡Duró diez segundos! —me quejé.

—¡Eso es! Solo podemos besarnos diez segundos cada vez.

—¡Qué! Eso es...

—Diez segundos o nada —ofreció.

—¿Y si volamos a Las Vegas y nos casamos delante de Elvis? —propuse en mi desesperación.

—Oye, ¿dónde está mi novio romántico? —bromeó.

—Salgan ya, los siete minutos en el cielo se acabaron —dijo Maggy desde el pasillo.

—¡Mierda! Nos descubrió. Tenemos que salir.

—Tú primero, yo esperaré unos minutos.

No quería dejarla ahí, pero no podíamos escondernos todo el día en un armario. Le di un beso suave en los labios y luego me fui. Lo que le dije de volar a Las Vegas no era broma, estaba dispuesto a comprar un anillo y pedirle su mano delante de todos. Sí, tanto así la quería en mi cama cada noche, a partir de ese mismo momento.

—¿Qué carajos? Parece que vienes de una construcción. Ve a darte una ducha —ordenó mi hermanita.

—Eh, recuerda quién es el mayor aquí —repliqué.

—Bueno, no soy yo la que está haciendo travesuras con su novio ¿o sí?

—Eres un fastidio.

—¡Yo también te quiero! —gritó, cuando me alejaba hacia mi habitación.

.....

Después de ducharme, salí al patio para unirme a la “celebración”. Saludé a mis tíos, a Hanson y a mi prima Less, quien no se limitó a decir hola, sino que me abrazó con fuerza, feliz de verme.

—He escuchado mucho de ti. Todo un gran compositor ¿eh? ¡Genial!

—ensalzó—. Podría retomar mi guitarra y unirme al tour.

—No, Chispita. Nadie debería pasar de nuevo por esa tortura —intervino su padre.

—¡Papá!

—¡Era horrible, cariño! Me tuve que comprar tapones para los oídos.

—¿Tú solo? La escuchaba desde la orilla de la playa —bromeé.

—Sí, sí. Búrlense de mí. No importa, cuando obtenga mi título de periodista, diré cosas feas de ti en los periódicos —desdeñó.

—Tu padre comenzó y yo solo lo apoyé.

—Bueno, a él le diré desde ahora señor Hudson —atacó.

—Oh, mi pobre corazón ha sido lastimado. ¡Pequeña, tu hija me disparó una flecha justo aquí! —dramatizó, con la mano en el pecho. La “pequeña” era su esposa, mi tía Hayley. La llamaba así desde que eran adolescentes.

Dejé a los Hudson con su drama y caminé hasta la vieja casita, la misma donde le di el primer beso a mi reina. Lo recuerdo como si fuera ayer. Fue la cosa más dulce que viví en mi vida y hasta puedo rememorar lo que sentí esa noche.

Di media vuelta cuando sentí su aroma, la brisa lo llevó hacia mí. Se había cambiado los jeans ajustados y el top blanco por un vestido floreado que me dejaba ver sus hermosas piernas. ¡Otra de mis partes favoritas de su cuerpo! Sería más fácil decir lo que no me gustaba de ella... y eso era tener que vernos a escondidas.

Noté sus intenciones de caminar hacia mí, pero Peter la retuvo y la llevó al otro extremo, donde estaban los músicos y el imbécil de Kass. Todavía no me fiaba de él, se la pasaba encima de mi novia, “tomándole fotos”.

—¡Ryan, ven aquí! Queremos una foto con todos —gritó Peter.

Una más para la colección y, como siempre, me tocaba estar a su lado porque era de “la familia”, y sí, quería ser de su familia, pero no como el primo de Rosie, sino como su novio.

Después de la sesión de fotos, comenzaron a servir la comida. Asado para todos, y ensalada para Ross. Fue lo mejor que mamá pudo ofrecer, no sabía preparar comida vegetariana.

—¿Y si vamos a la playa? El concierto no es hasta mañana ¿no? —propuso Maggy.

—¿Quieres ir, cariño? —preguntó la madre de Ross.

—¿Cuándo le digo no a la playa?

—Avery, Lucas... Kurt, los quiero a los tres cuidando a mi princesa.

—¡Papá!

—Sin ellos, no vas. No hay discusión.

Rosie se cruzó de brazos, pero al final aceptó. Su padre era muy diligente con su seguridad y yo lo apoyaba. Ella estaba muy expuesta, y más desde que su fama comenzó a aumentar. En los últimos conciertos, tuvieron que redoblar la seguridad como previsión, porque cada vez sumaba más fans que enloquecían al verla.

La propuesta de Maggy puso a volar mi imaginación. Si Peter pregonaba a diestra y siniestra que yo era su sobrino, entonces como uno me comportaría. Los primos hacen muchas cosas juntos ¿por qué guardar las distancias?

CAPÍTULO 40

No todos quisieron ir a la playa, solo se animaron mis hermanos, Ross, Akira, y yo. Eso facilitaba las cosas, lo menos que necesitaba era a Kass encima de nosotros, molestando.

Sam y Akira se metieron al agua enseguida, mi hermanito parecía un pez, pasaba más tiempo en la playa que en casa; Maggy, prefirió quedarse debajo de la sombrilla leyendo una revista, no era muy fanática del sol; y yo, solo miraba a Ross, quien estaba muy ocupada esparciendo protector solar por su hermosa piel. Los primos no le ponen protector a sus primas ¿cierto? Al menos, nunca lo hice con las gemelas.

—Oye, Ross. ¿Alguna vez has subido a una moto de agua?

—Nunca. Es raro, ¿no?

—Entonces está decidido, será tu primera vez y lo haremos juntos —se sonrojó de inmediato, mi discurso tenía doble intención y logré afectarla. Me encantaba verla ruborizada—. ¿Vamos? —pregunté con la mano extendida, luego de quitarme mi camiseta sin mangas. Me había cambiado los jeans por pantaloncillos antes de ir ahí.

—Claro... sí. ¿Tengo qué...? ¿La ropa? —tartamudeó. Sí, era el efecto que le causaba verme desnudo del torso para arriba y sin duda yo hablaría de la misma forma cuando la viera semidesnuda.

—¿Tienes algo debajo?

—¡Obvio! —replicó—. No andaría sin nada por ahí.

—Sí, lo sé. Es que... el vestido se moja y... —*¡Tarado!* —Quiero decir, que...

—Ya sé. Me quitaré el vestido —anunció y luego mordió su labio inferior de forma provocativa. Ella comandaba cada parte de mí con el gesto más pequeño, que para algunos sería insignificante, pero para mí lo era todo.

El vestido floreado abandonó su cuerpo y me regaló una vista de ensueño. Aquel bañador amarillo destacaba cada parte de su perfecto cuerpo: sus pechos, la curva de su cintura... sus invaluable piernas.

—¿No tienes unos de esos... cortitos... pantaloncitos?

—¿Shorts? —preguntó, con una sonrisa de picardía. ¡Lo estaba disfrutando!—. Déjame ver —se giró hacia el bolso que tenía sobre la silla de

extensión, apuntando su trasero caliente hacia mí.

¡Mierda! Mi excitación estaba creciendo con una velocidad peligrosa. Tuve que mirar a otro lado para contenerme.

—Lista. Ya me puse uno de “esos cortitos pantaloncitos” —repitió, burlándose de mí.

Los tres guardaespaldas estaban a varios metros de distancia, repartidos en diferentes puntos de la playa. Cuando comenzamos a caminar, ellos también se movieron. Ese era su trabajo, pero me hubiera gustado deshacerme de ellos, al menos de Lucas y Kurt.

—¿Crees que esto está bien? —murmuró Ross.

—¿Qué?

—Subirnos a una moto, con tan poca ropa... hacer cosas de novios.

—Esa es la idea, mi reina.

—Pero...

—Muchas veces, subí con las gemelas. Es algo normal entre primos —afirmé.

—Primos ¿eh? ¿Y tu amigo se emocionaba así con las gemelas?

—Mierda, ¿lo notaste?

—No es algo que puedas esconder mucho —impuso—. Tranquilo, que nadie más lo vio, creo.

—Eres traviesa.

—No sabes cuánto —afirmó con una enorme sonrisa.

Rentamos una moto de agua y subimos en ella poco después. Ross se sujetó de mí con fuerza, como si temiera caer al agua. Le prometí que conmigo estaría a salvo, que nada le pasaría. Ella dijo que lo sabía, pero que solo estaba sacando provecho de la situación para tocar mi torso desnudo. No me quejé por ello, sentir su cuerpo pegado a mi espalda, y sus manos en mi cintura, era tan beneficioso para mí como para ella.

—¡Aquí vamos! —anuncié y puse en marcha la moto de agua.

Conduje lo más alejado que pude, donde sabía que nadie nos vería. Ese siempre fue mi plan.

—No lo puedo creer. ¡Me quitaste de encima a los guardaespaldas!

—No tenemos mucho tiempo.

—¿Diez segundos?

—Ross...

—Quizás un poco más, ya que esto no es un lugar cerrado —accedió.

Me giré con cuidado en mi asiento y la tomé por la cintura, sentándola a horcajadas sobre mí. Acaricié su rostro con mis dedos lentamente, hasta tocar sus labios.

—Me encantan estos —susurré y le di un beso suave en ellos—. Tu cuello, hombro... clavícula —repartí besos en cada parte que nombraba. Ross deslizó sus manos por mis músculos pectorales, descendió con lentitud y se detuvo en mi abdomen, cerca de mi creciente excitación.

—Y tú me encantas de pies a cabezas, Ray.

—Tócame —le pedí. No medí mis palabras, solo lo dije.

Un nudo apretado descendió por su garganta, mientras que mordía sus labios con nerviosismo.

Mi respiración se aceleró cuando sus dedos rozaron sutilmente mi virilidad, por encima de la tela de mis pantaloncillos. Acaricié su espalda con mis palmas abiertas, al tiempo que la suya se movía a lo largo de mi sexo palpitante. Alentado por su incitación, trasladé mis manos a sus pechos y me apoderé de cada uno, luego de apartar la tela de su bañador.

—Cásate conmigo, por favor —supliqué.

—Ryan... —jadeó—. Tenemos que... la gira... —masculló con la voz colmada.

—Lo siento. Lo dije sin pensar —recompuse su bañador y aparté su mano de mi entrepierna—. Tenemos que volver.

—Sí quiero, pero...

—Lo sé, fue insensato... las dos veces.

—¿Hablabas en serio de Las Vegas? —preguntó con cierta tristeza.

—No jugaría con eso, lo sabes. Pero olvídalo, tenemos un plan, hablaremos con tus padres en cuatro meses y después veremos. Tengo que dejar de pensar con la polla.

—Es decir, que solo te quieres casar conmigo por...

—Mierda, no. Solo pensé en voz alta. Es que...

—Llévame de vuelta, Ryan.

—Reina, no...

—¡Llévame ahora!

La lastimé. ¡Fui un idiota! Mi plan era pasar un momento a solas y lo arruiné, como siempre. No podía creer que dije aquello en voz alta y solo la peor parte; consideraba que lo mejor era esperar, que Ross estaba iniciando su carrera y no era el momento para nosotros, que tenía que dejar de pensar

con la polla y controlar mis impulsos.

—Mírame a los ojos, Ross —pedí angustiado—. Mi reina, por favor.

—¿Para qué? Para que me convenzas con tu mirada de culpabilidad. No quiero. ¡No me da la gana! Sé lo que escuché y tú lo admitiste.

—Lo estás tomando fuera de contexto, Ross. Sabes que te quiero, te lo he dicho mil veces, y sí, dije eso porque quiero hacerte el amor, lo ansío con todo mi ser, pero sé que no es el momento. Solo fue...

—Un impulso...

—¡No! Bueno sí, pero...

—Quiero irme de aquí. Llevamos mucho tiempo lejos y en estos momentos Kurt debe estar llamando a mi padre.

—¡Pero necesitamos hablar de esto!

—¡Será después! Mueve la jodida moto o me voy nadando —amenazó.

—Daremos una vuelta para que nos vean y luego volveremos para terminar esta conversación —dije, mientras me giraba hacia el volante.

Ross se sujetó de mí, pero sin mucha fuerza, como si tocarme le causara repulsión. Mi corazón se agitó con pálpitos fuertes. Odiaba herirla. Odiaba que peleáramos, pero siempre terminábamos haciéndolo. Con Sydney, todo era más fácil, sin tanto drama. Nunca discutíamos como Ross y yo y eso me frustraba.

Al llegar a la playa de donde salimos, Kurt me hizo una señal para que acercara la moto. Le dije que daríamos otra vuelta, trazando un círculo con las manos. El me mostró diez dedos, lo que significaban diez minutos y elevé el pulgar para que supiera que lo había entendido.

—¿Dónde la conociste a ella? —preguntó, cuando detuve la moto en el mismo punto.

No quería decirle, sabía que mi respuesta la lastimaría, pero tampoco quería mentirle. Me giré en el asiento, como lo hice la primera vez, y la miré a los ojos para responderle.

—Cerca de donde estábamos sentados hace un rato.

—Ahora lo entiendo —musitó.

—¿Qué?

—Por eso te comportas así, por eso me has pedido dos veces que me case contigo: tienes miedo, Ryan. Crees que me vas a perder como a ella. Estar aquí te afecta y quizás no te des cuenta, pero estás intentando cubrir tu pena con sexo...

—¡No!

—Tú eres el que quiere esperar, lo has repetido muchas veces y, de pronto, me dices que te toque y luego me pides que me case contigo porque quieres tener el derecho de follarme con libertad —concluyó con tristeza.

—Ross, no hables así. Para mí no eres un cuerpo al que quiero poseer, eres mi vida entera.

—¿Y qué era Sydney? ¿Por qué te casaste con ella? ¿Porque la querías o por tu empeño en tener sexo solo con una mujer que pudieras llamar esposa?

—¡No la metas a ella en esto! —dije disgustado. No tenía derecho a opinar con respecto a las decisiones que tomé con Sydney.

—¿Por qué me gritas? —inquirió con la voz fracturada. La discusión se estaba saliendo de mis manos y no quería empeorar las cosas. ¡Nada me salía bien con Rosie nunca!—. Es obvio que no la has superado, Ryan.

—Siempre volvemos al mismo punto. ¿En qué idioma te explico que te quiero a ti?

—No es a mí a quién tienes que convencer, sino a tu corazón.

—Quisiera arrancármelo del pecho y ponerlo en tu mano para que veas que late por ti. ¡Joder, Ross!

—Tienes que entender mi posición, Ryan. Todas las veces que me hablaste de casarnos fue cuando me estabas besando o cuando acababas de hacerlo. ¿Cómo se lo propusiste a ella? ¿Fue en un armario polvoriento, por un mensaje o en una moto de agua, mientras le tocabas los pechos? —cuestionó, su voz cada vez más frágil.

—¿Crees que lo que siento por ti es solo físico?

—Sí —Su respuesta hizo trizas mi corazón, destruyendo cada detalle que había tenido con ella, cada canción que le había escrito... cada vez que le había dicho te quiero.

—Tienes razón. No he olvidado a Sydney y nunca lo haré. La amo como jamás te amaré a ti. ¿Eso querías escuchar? ¿Estás complacida ahora? —pregunté disgustado. Ya estaba harto de hablar del mismo tema.

—¡No! Quiero un anillo, flores y chocolates, no que me lo propongas cuando tu polla se endurezca —me echó en cara, con una mirada tan desoladora que me estremeció.

—¡Soy un imbécil! —grité con frustración.

—No vuelvas a pedírmelo, Ryan. Ni mañana, ni en un mes... ni cuando

termine la gira —lo dijo con letanía, con un tono de ruego en su voz. Y sus ojos, ¡Dios! Estaban llenos de dolor y tristeza.

—Ross, no... —mi corazón latía con tanta fuerza que parecía que se saldría de mi pecho. Nuestra relación se caía a pedazos y no encontraba la forma de detener el desplome.

—Si me lo preguntas en los próximos meses, no solo diré que no, sino que terminaré contigo —sentenció. Un enorme nudo se formó en mi garganta, empujando lágrimas hacia mis ojos. ¡La estaba perdiendo por idiota! No podía ni hablar, si lo hacía, terminaría llorando como bebé, implorando su perdón.

Me volví hacia el volante y encendí la moto para llevarla de regreso a la orilla. Cuando llegamos al punto de salida, Ross se bajó y caminó rápido delante de mí. Corrí hasta alcanzarla y la tomé por la muñeca con cuidado, tratando de no lastimarla. Ella dio media vuelta y me enfrentó.

—Te quiero, Ross.

—Ryan... —silencié sus palabras, interponiendo mi dedo en sus labios, y le dije:

—Te esperaré, ¿recuerdas? El tiempo que necesites, sean semanas, meses o años...

—No, Ryan. Yo te estaré esperando a ti. Ahora, por favor, déjame ir y no me sigas —rogó, conteniendo el llanto. Asentí y liberé su muñeca para que pudiera alejarse de mí, aunque era lo que menos quería. De ser por mí, la hubiera abrazado hasta que la calma volviera a mi corazón. Pero ella tenía razón, valoré más mi relación con Sydney que la nuestra. La gran pregunta era ¿por qué?

CAPÍTULO 41

Cuando Ryan me liberó, caminé rápido hasta la silla donde estaba mi bolso, lo alcancé y salí corriendo a la casa, sin ponerme el vestido. Mis guardaespaldas me siguieron el paso, cuidándome en todo momento, pero no pudieron evitar que algunas personas me tomaran fotografías con sus teléfonos móviles. ¡Lo que me faltaba! Que me tomaran fotos cuando estaba conteniendo las lágrimas.

Me sentía tan mal, tan lastimada, que lo único que quería era encerrarme a llorar hasta quedar seca. Mi orgullo estaba devastado, las palabras de Ryan me golpearon directo en el corazón. «...La amo como jamás te amaré a ti». Él nunca había usado la palabra amor conmigo, siempre me había dicho te quiero y sabía que era cierto, lo veía, lo sentía, pero faltaba algo, no tenía todo su corazón. Pero, a pesar de eso, no estaba lista para dejarlo; tenía la esperanza de que, en algún momento, él encontraría la forma de entregarse entero a mí, rogaba por eso.

Al entrar a la casa, subí las escaleras sin detenerme. Por suerte, nadie estaba en el vestíbulo y no tuve que mentir. Me enclaustré en el refugio que me proveyó la habitación de Maggy y me tumbé boca abajo en la cama. Cinco minutos después, dos suaves golpes en la puerta anunciaron que no pasé desapercibida para todos y temía que detrás de ella me esperara mamá, o mucho peor, mi padre.

—Soy Maggy. ¿Quieres hablar conmigo? —preguntó con voz suave.

Sí, quería hablar, pero necesitaba a mi mejor amiga. Con Ady, no tendría problemas para desahogarme; a diferencia de Maggy que, aunque era buena chica, sus lazos con Ryan me impedían serle sincera. Sin embargo, abrí la puerta y la dejé pasar.

—Ay, Dios. Si estás colorada del llanto. ¿Qué hizo ese idiota? Porque no me importa que me lleve unos cuantos años, y muchos centímetros, yo le lleno el rostro de cachetadas —aseveró con extremo disgusto.

—¿Está bien si solo me acompañas? No quiero hablar ahora —le pedí.

—Claro. Me sentaré a tu lado y sostendré tu mano, si quieres —asentí. Al final, no solo sostuvo mi mano, sino que me recliné en su regazo y lloré, mientras ella acariciaba mi cabello—. El amor es un asco —despotricó. Su

comentario me sacó una sonrisa y tenía razón, el amor dolía muchas veces, pero no siempre era así.

En algún momento, mientras lloraba en silencio sobre su cuerpo, me quedé dormida. Cuando desperté, estaba recostada en la cama, con una almohada debajo de la cabeza. Ya había anochecido, lo noté por la oscuridad que se escurría desde la ventana de la habitación. Me levanté de la cama, caminé hasta ella y miré afuera. Todos estaban reunidos alrededor de una fogata improvisada, mientras mi padre cantaba *Mi Mejor Canción*, tocando su guitarra acústica. No pude evitar buscar a Ryan con la mirada, pero no lo encontré. Eso me perturbó porque, aunque parezca estúpido, lo extrañaba mucho y verlo siempre me animaba.

Decidí tomar una ducha para bajar; no pasaría toda la noche encerrada, ahogando mis penas en llanto. Me metí al baño de Maggy, era muy bonito y limpio, con azulejos en tonos crema y rosa, junto a hermosas toallas fucsias colgadas en los toalleros. Corrí la puerta de cristal, después de desvestirme, y me metí en el baño. Mientras el agua caía sobre mí, mi cabeza comenzó a formar una nueva canción, que terminaría plasmada en un papel.

Enrollé una toalla en mi cabello y otra alrededor de mi cuerpo para salir del baño y vestirme en la habitación, donde me esperaba el *outfit* que había escogido: pantalones cortos, blusa holgada celeste y sandalias bajas.

—¡Ay, Dios! ¿Qué haces aquí? —grité cuando vi a Ryan sentado en la cama. Al verme, tragó un gran nudo en su garganta y me miró de pies a cabeza, sin disimular.

—Lo siento es que... necesito hablar contigo y Maggy me dijo que... creo que mejor...

—balbuceó afectado.

—No estoy lista para hablar, como ves —espeté. Seguía molesta con él y, por razones obvias, no podíamos hablar en aquella habitación mientras no llevara nada debajo de la toalla.

—Lo entiendo, sí. ¿Pero hablaremos después? —preguntó con melancolía.

—No lo sé, Ray. Lo siento —me sinceré. Mi corazón seguía muy abatido y necesitaba espacio para pensar.

—Lo arruiné ¿verdad? ¿Me vas a dejar? —pronunció con lamento y hasta derramó una lágrima. Aquello me descompuso de adentro hacia afuera, estaba muy abrumada. Regresé al baño y me escondí ahí.

—Te amo, Ross. No importa lo que pase, siempre lo haré —dijo a través de la puerta.

Su confesión terminó por desmoronarme. Hubiera preferido que no lo dijera, no así, no cuando pensaba que todo se estaba acabando. Eso hacía más difícil saber si lo dijo de corazón o solo como un recurso desesperado.

Me tomó una hora estar lista para bajar y mostrar mi mejor cara delante de todos, cuando por dentro sentía una devastación tan grande que me carcomía el alma. No entendía porqué Ryan asumió que era el fin, yo solo necesitaba un tiempo para pensar, y lo peor era que no sabía si mi huida al baño le dio una respuesta equivocada. Pero no podía preguntarle por *WhatsApp* en qué términos quedamos y mi corazón estaba muy frágil para hablar de eso cara a cara.

En el tiempo que estuve encerrada en la habitación, tratando de normalizar mi corazón, gestos y emociones, escribí una canción, la titulé *Dime que Sí* y cantarla sería la única forma de llegar a él.

Bajé las escaleras y salí al patio, donde seguía el grupo reunido. Mamá me preguntó si me sentía mejor, contesté que sí. Asumí que Maggy le dijo alguna excusa que evitó que subieran a buscarme; aunque seguro, alguno de los dos, fue a verificarme mientras dormía.

—¿Quieres comer? Ryan te trajo una de esas hamburguesas vegetarianas. ¿No es increíble? —atribuyó papá.

Me emocioné por a aquel gesto de Ryan, decía mucho de él y de cuanto pensaba en mí. No podía obviar sus detalles conmigo, cuando me pidió que fuera su novia, los dijes, las cartas, las canciones... su diario, donde me contaba la verdad. Todo eso pesaba más que sus errores, que no fueron intencionales, quizás estúpidos. Pero ¿no había fallado yo también muchas veces? No de la misma forma, pero nadie es perfecto. Ese era el problema, que estaba esperando perfección de un simple mortal con heridas y demonios internos, que muchas veces dilapidaban sus buenas intenciones. ¿Y qué si quería a Sydney? Fue triste lo que pasó, pero ya no estaba. Si le eché en cara aquello, fue porque quería que abriera los ojos y aceptara que su corazón seguía dividido.

No quería que nuestra relación fuera una copia al carbón de la suya con Sydney, claro que no, pero sí esperaba que tuviera el mismo cuidado conmigo, lo merecía.

—En verdad, sí. Mi estómago está quejándose muy fuerte —admití.

—Ya escuchaste, Ryan. Alimenta a mi princesa —habló papá, mirando hacia donde él estaba. Se había atrincherado al costado de la puerta de la entrada trasera de su casa. Mantenía esa postura taciturna y hostil, la misma que mostraba cuando llegó a L.A., varios meses atrás.

Ryan asintió y me hizo una señal para que lo siguiera. Vi en sus ojos la disculpa implícita, no era su idea empujarme a la cocina con él, pero no podíamos contrariar a papá y encender las alarmas.

—Me gustaría cantar antes algo que escribí en estos días —propuse. Pálpitos fuertes inundaron mi pecho a causa de las emociones que se desbordaban en mi interior. De nuevo, usaría mis letras para llegar al corazón de Ryan y eso me ponía enferma, al grado que quería correr y vaciar mi estómago, pero lo soporté.

Ryan se recostó de regreso en la pared y cruzó los brazos. Tragué el nudo de mi garganta y la aclaré dos veces, antes de pedirle a papá que me alcanzara su guitarra.

—No tiene música, pero voy a improvisar —anuncié con una sonrisa tímida.

—Ya lo arreglarás luego con tu primo —refirió papá. ¡Odiaba esa palabra! Pero no dejé que aquel adjetivo me afectara y comencé a tocar.

*Tapar el sol con un dedo
aunque no deje de brillar
mi pulgar cubre la mentira
la luz es la realidad*

*Es complicado,
soy complicada
pero aún guardo la fe
tú me destrozas, es cierto
pero solo tú me puedes juntar
me duele, me duele tanto
me dueles tú*

*dime que no está perdido
dime que puedo esperar
dime que sí*

*el amor es una rosa
atrapada entre espinas
te lastima miles de veces
pero no deja de ser hermoso*

*dime que no está perdido
dime que puedo esperar
dime que sí*

No miré a Ryan ni una vez mientras cantaba, tenía miedo de quedar en evidencia delante de todos o romper en llanto. En cualquier caso, sería desastroso. A todos les gustó, fue innegable con sus aplausos, pero vi algo extraño en la mirada de mamá, un tinte de sospecha, y aquel gesto me hizo reconsiderar lo que acababa de hacer. ¡Fui muy lejos al compartir esas letras tan duras! A ningún padre le gusta comprender que su hijo está sufriendo y ella no era la excepción.

—No se imaginan los cientos de emails que me llegan a diario y muchas veces encuentro inspiración en esas letras —comenté, para desviar su atención.

—La musas llegan de diferentes formas —dijo papá, acariciando la espalda de mi madre.

—Y en los momentos menos oportunos —bromeé—. Bueno, voy por esa hamburguesa. ¡No aguanto más!

Cuando me levanté del suelo para ir a la casa, Ryan ya no estaba de pie contra la pared. Mantuve mi gesto sereno y seguí mi camino hasta la cocina. A medida que avanzaba, mi corazón comenzó a romper las paredes de mi pecho con pálpitos fuertes. ¡La decisión estaba en sus manos!

Me detuve frente a la puerta de vaivén que llevaba a la cocina y respiré profundamente, antes de ser capaz de cruzarla. Lo que pasaría después de traspasar aquella pieza de madera, lo definiría todo. Las bisagras anunciaron mi entrada, chillando como grillitos molestos.

Sin emitir ningún sonido, me senté en uno de los taburetes frente a la barra. Ryan estaba de espaldas, con las manos apoyadas en el fregadero y la cabeza gacha. Usaba jeans rotos, *Converse* negras y una sudadera del mismo color. Su postura me desalentó, algo iba mal, era evidente. Supe entonces que su respuesta me partiría el corazón.

—Ray ¿estás bien?

Él irguió la espalda y se giró hacia mí. Sus pupilas estaban dilatadas, reafirmando mi sospecha, mientras que su boca dibujó una semicurva, sin influenciar en su mirada pétrea.

—¿Qué quieres de beber? Hay jugo, Coca-Cola, Pepsi... agua — preguntó, mientras metía la cabeza en el refri. Su voz sonaba inquieta, insegura... muy alarmante para mi gusto.

—Segunda opción —contesté.

Ryan sacudió la cabeza como si no entendiera de qué hablaba y luego y dijo—: Lo siento, ¿eso sería?

—Coca-Cola —señalé—. ¿Qué pasa, Ray? Estás...

—Aquí está tu bebida y aquí tu hamburguesa —interrumpió mi oración y empujó los alimentos hacia mí.

Cada minuto que pasaba, la situación se volvía más insostenible. Su cuerpo estaba ahí, pero su alma... no supe dónde.

Lo miré atónita, sin poder siquiera alcanzar la hamburguesa para intentar comerla.

—¿Crees que puedo tragar algo mientras estamos así? Te hice una pregunta con esa canción, Ray. ¿Sí o no? —exhorté con un miedo atroz, que crispó mi piel.

—La pedí con quinoa, como a ti te gusta. También tiene extra ketchup y doble queso, porque así la pediste la última vez.

—Ray...

—Pruébala, Ross. Come tu hamburguesa —pidió, su voz temblaba, junto con sus manos. Nunca lo vi tan angustiado. ¿Qué estaba pasando por su cabeza? Temía hacer esa pregunta. Es más, no quería que respondiera ninguna, solo necesitaba recuperarlo.

—La comeré, Ryan. ¿Puedes sentarte?

—Gracias, pero no puedo hacerlo ahora. Solo quiero que...

—Lo sé. Está bien. Mira, la voy a morder —Él asintió sin mirarme y se quedó de pie a mi derecha, a un metro de distancia. Después de tres mordidas a la hamburguesa, no podía más, y apenas tomé un poco de gaseosa—. Es bueno saber que en Miami también se consiguen de estas —comenté, pero él ni se inmutó—. Ray, ¿me escuchas?

—Lo siento, estaba... ¿no quieres más? —preguntó, mirando los restos del pan.

—Era una muy grande —bromeé, pero mi sonrisa se me borró

enseguida, sus ojos seguían tan lúgubres como antes—. Ryan, dime qué es lo que pasa. Estoy comenzando a asustarme.

—No quiero decirlo. Es muy duro, Ross —admitió con la voz entrecortada. No me gustó ni su tono, ni el gesto de su rostro. Me puse en pie y, en cinco pasos, estuve frente a él.

—Saldremos adelante, como siempre —prometí e intenté alcanzar su mano, pero él dio un paso atrás.

—No. Todo este tiempo tuviste razón, desde aquella vez que me pediste en tu habitación que me tomara un tiempo para analizar mis sentimientos por ti.

—Ya superamos eso —murmuré con la respiración irregular. Los golpes fuertes de mi dolorido corazón me cortaban el aliento.

—Tú dijiste que sacábamos lo peor de cada uno y es verdad. Tu canción lo dice, soy como una espina clavada, te destrozo el corazón y tú pisoteas el mío. ¡Nos estamos arruinando! Aquella frase que una vez te dije está latiendo tan fuerte en mi cabeza y mi corazón que quisiera dejar de respirar, así de fuerte duele —Cada palabra era como un bloque que ayudaba a construir una muralla invisible entre los dos, separándonos cada vez más, y lo único que quería era derribarla y cruzar sus linderos.

—No hagas esto, Ryan. No te rindas. Tienes en tu pecho la promesa, juntaremos los corazones... tú y yo...

—No debí quererte, Ross. No así —interrumpió—. Nuestra relación era mil veces mejor cuando solo éramos amigos y yo...

—No lo digas, Ryan. No lo hagas porque si lo dices... —El llanto ahogó mis palabras.

—Se acabó —pronunció sin poder mirarme.

—Dímelo a la cara. Admite, mirándome a los ojos, que todo fue un error, que todas tus palabras, que todas las promesas, que estos símbolos —toqué los dijes de mi cadena—, no significaron nada.

Él negó con la cabeza, con la mirada clavada en sus pies. No estaba intentando mirarme y me dolía tanto la distancia que eso suponía para nosotros.

Cerré el pequeño espacio físico que nos separaba, alcancé su rostro y lo elevé hacia mí, para buscar sus ojos.

—No quiero perderte. Te amo —confesé, acariciando sus mejillas, esperando que correspondiera a mi ruego.

—Estar contigo duele —musitó débilmente— y estoy cansado de luchar.

Sus palabras le causaron un impacto terrible a mi corazón y me afectaron de tal manera que todo comenzó a girar a mi alrededor. Perdí la estabilidad en las piernas y la capacidad para ver con claridad. Ryan me alcanzó por la cintura y me llevó hasta un taburete, sin ninguna dificultad. Por primera vez, su contacto me dolió terriblemente. No quería necesitar de él, no después del puñal oxidado que le clavó a mi corazón.

—Suéltame. Estaré bien sin ti —solicité con escasa convicción, por no decir nula.

Él acarició mi rostro con lentitud hasta alcanzar mi barbilla—: No te dejaré así, Ross —susurró.

—No seas hipócrita. Tú me hiciste esto... tú... no tienes derecho... ¿Por qué no me quieres? —Flaqueé en mi tribulación, pero enseguida reaccioné—. ¡Ay, Dios! Soy tan estúpida —lo empujé, con una fuerza que no supe de dónde salió, y eché a correr fuera de la cocina, el vestíbulo... la puerta. Alguien gritó mi nombre varias veces detrás, pero no me detuve hasta llegar a la orilla de la playa, donde caí de rodillas, completamente abatida.

—Rosie, ¿estás bien? —preguntó una voz masculina. En un principio, pensé que era Avery, pero cuando se acercó más, y sentí el olor de su perfume, supe que era Kass—. Ven aquí —pidió, ayudándome a poner en pie, y me rodeó con sus brazos. Me apoyé en él varios minutos y sollocé mi pena sobre su camiseta gris.

—¿Te sientes mejor? —inquirió, mientras secaba mis lágrimas con sus pulgares. Negué con la cabeza, podría llorar un mar entero, pero eso no cambiaría mi realidad.

—No quiero volver ahí... no puedo —gimoteé.

—Te llevaré a otra parte —sacudí la cabeza a los lados.

—No quiero que papá pregunte...

—Lo resolveremos. Yo estaré contigo —prometió. Asentí, a la vez que secaba incesantemente las lágrimas que no dejaban de salir.

A unos metros de nosotros, vislumbré a Ryan con la postura rígida y los puños apretados. ¿Qué hacía ahí? ¿Con qué derecho miraba con recelo hacia nosotros? ¡Él me dejó y tomó de rehén a mi corazón!

Con todo el dolor y la rabia que contenía en mi interior, tomé una decisión sin retorno: me quité la cadena, junto con los dijes que él me regaló,

y la lancé lo más fuerte que pude hacia su dirección. Él dio un paso al frente, pero después de ahí no avanzó más, no movió ni un músculo... robándome con ello la mínima esperanza que tenía de que fuera por mí.

—Sácame de aquí, por favor —le pedí a Kass.

Tomó mi mano y me dejó llevar por él hacia el Este, bordeando la orilla de la playa.

CAPÍTULO 42

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está Rosie? —preguntó Maggy, siguiéndome los pasos. Me rehusé a responder, no necesitaba tenerla encima haciendo preguntas estúpidas. Tenía demasiada mierda sobre mí para sumarla a ella.

Subí las escaleras a largas zancadas y cerré la puerta de mi habitación con un azote tan fuerte que debilitó el marco que la soportaba. Tomar la decisión me desgarró el pecho, pero decírselo a Ross me arrancó el alma. Lo que vi en sus ojos fue terrible, me hizo sentir miserable... una persona despreciable. Me dolía hasta respirar y nada podría quitarme esa pena.

Metí mi mano en el bolsillo izquierdo de mis jeans y saqué su cadena. Tardé en encontrarla en la arena, pero no la dejaría ahí, en la intemperie. Tenerla sería una tortura, solo me recordaría lo que perdí, pero significaba mucho para mí, y también para ella. La llevaría conmigo cada día, hasta que la muerte se dignara a apiadarse de mí y arrancarme de ese mundo absurdo y doloroso.

No debí quererla, no debí dejar que mi corazón volviera a la vida, para morir otra vez. Y no era una muerte súbita, sino una lenta, terrible, desoladora... malditamente dolorosa.

—Ryan, ¿estás ahí? —preguntó papá desde el pasillo.

No quería verlo, no después de la conversación que tuvo con Peter en la cocina, esa que derrumbó los planes que me tomó construir todo el día, después de que Rosie se alejó de mí en la playa.

—Peter está preocupado por Rosie, no la encuentra. ¿Sabes dónde está? —insistió. Tuve que abrir, no tenía opción.

—Se fue con Kass, los vi caminando en la playa —respondí con acritud.

Se fue con él, dejó que la consolara... que la tocara. Mi sangre hervía, igual que mi corazón. La incertidumbre de no saber dónde estaban, o qué hacían, fragmentaba mi interior.

—¿Estás bien, campeón? Te noto...

—¿Define bien? Tú, que sabes tanto de la vida —espeté. Mi padre frunció el ceño sin entender mi actitud. Era obvio, no sabía que lo había escuchado, no tenía idea del daño que me hizo.

—¿Qué pasa, Ryan? Pensé que ya habías superado...

—Y una mierda. Me voy de aquí —dije, pasando por su lado. Ya no era un niño para escuchar sermones, y menos de él. Bajé las escaleras lo más rápido que pude, pero encontré a Peter al final. Me hizo la misma pregunta que papá y respondí igual.

—Pero estaba contigo, ¿cómo terminó con él?

—Salió después de comer —respondí a regañadientes.

—¡Esa niña me va a matar de un disgusto! ¿Cómo sale así, sin nadie que la custodie? —preguntó para sí, visiblemente preocupado.

—No es una niña y no está sola —contrarié.

—Es que no lo entiendes, Ryan. Hay personas que pueden hacerle daño... debí ser más precavido —lamentó con preocupación. Nunca vi a Peter tan afectado y me sentí culpable, ella no habría huido de no ser por mí. ¡No hacía nada bien!

—¿Hacerle daño? ¿Por qué?

Mi pregunta no llegó a ser respondida, su teléfono comenzó a sonar y lo tuvo que contestar; se trataba de Ross.

—Entiendo, sí... Enviaré a Kurt y a Avery... ¿En un hotel? No, la quiero aquí, Kass...

¿Hotel? ¿Qué mierda? Si le pone un dedo encima... ¿En qué carajo estaba pensando cuando la dejé irse con él?

Los celos latían con tanta fuerza en mi interior que no sabía cuánto tiempo podría contenerlos.

—Voy a buscarla yo mismo. No se muevan de ahí, ¿escuchas? Si a mi hija le pasa algo... —su voz se apagó y la fragilidad inundó su mirada. En ese momento, recordé lo que me contó Ross de su hermanita, la que murió cuando niña, y entendí la preocupación de su padre. Además, él mencionó que había personas que podían hacerle daño y eso sacudió mi corazón.

—¿Está bien? ¿Qué te dijo Kass? —preguntó su esposa Carrie, preocupada.

—Me dijo que Rosie le pidió que la llevara a un hotel. No entiendo porqué, ella sabe que tiene que estar con nosotros —dijo contrariado.

—Pero está bien, cielo, y es lo que importa. Llévame con ella, quiero saber porqué huyó de esa forma.

Quería ir con ellos, pero sabía que era la última persona a la que Ross deseaba ver. Además, mi decisión era definitiva, hice lo necesario para que

todo se fuera al carajo, a un punto de no retorno. El problema era explicárselo al órgano que no medía más que mi puño cerrado. Él no entendía mi decisión, no la aceptaba... él solo la quería a ella.

.....

No dormí ni un miserable minuto en toda la noche. Mi cabeza no hacía más que dar vueltas alrededor de mis errores, de todo lo que me arrastró a mil metros de mi Ross. La noche anterior, no solo perdí a mi novia, sino a mi mejor amiga y era tan doloroso como tener un puñal atravesado en el corazón y, con cada uno de sus pálpitos, la hoja filosa se movía y desgarraba un pedazo más de él.

Ross estaba muy dentro de mí, mucho más arraigada de lo que un corazón resistiría, y por eso la dejé. Porque, aunque las palabras de mi padre me hirieron, no significaba que no tuviera razón. Él me consideraba una persona inestable, sin metas definidas, sin propósitos... sin nada que ofrecer.

¿Estaba equivocado? ¡No! ¡Era cierto! Mi sueldo apenas cubrían mis gastos, que se resumían en comer, pagar la lavandería, ponerle gasolina a mi caravana y abonar a la deuda que me sobrevino por incumplir el contrato de *Hangar Music*, cuando abandoné *The Crazy Rock*; deuda que me llevaría años pagar. Mi padre ofreció saldarla, pero no quise, eso habría sumado otro punto a mi fracaso.

¿Qué me quedaba entonces? Una mierda. Mi miserable sueldo no alcanzaría para darle a Ross la vida a la que estaba acostumbrada. Y, para empeorar las cosas, los contratos le estaban lloviendo desde que la gira inició. Es decir, en un día, ella podría ganar cinco veces mi salario de un mes. ¡Eso me haría un mantenido!

No pude comprarle un anillo digno, solo un aro sencillo, que ni un diamante tenía. Porque sí, quería casarme con Ross, y no solo por el sexo, con la mierda que no, con ella lo quería todo: la casa, los desayunos en la cama, las cenas de aniversarios, los niños jugueteando... hasta un perro, pero ella seguía siendo mi sueño inalcanzable.

No sé en qué estaba pensando cuando creí que alguien como yo, con antecedentes policiales por partirle la cara a cualquier idiota que se le atravesara, un imbécil que no supo cuidar a su esposa... un guitarrista fracasado que vivía en una caravana, podría merecerla.

—No mires eso —sugirió Maggy.

—¿No puedo ver mi propio teléfono?

—Hazme caso por una vez en la vida, idiota.

—No le hables así a tu hermano —riñó mamá mientras servía el desayuno en los platos.

—¿Por qué no? Algunos consideran que soy un fracaso —repliqué con reparo.

—¿Quién piensa algo así? ¡Estás en el tour de Peter Keanton! —ensalzó mamá.

—Sí, porque es de la familia, no por mis méritos —contrarié.

—Sigo sosteniendo lo de idiota, pero no eres un fracaso, Ryan. Las letras de Rosie no serían nada sin tu música y eres un guitarrista fenomenal, mejor que Slash —dijo mi hermana.

—No te pases. ¡Nadie es mejor que Slash! —repliqué.

En ese momento, papá entró a la cocina y caminó directo hacia donde se encontraba mi madre. La incomodidad latió en mis venas, sus palabras seguían repitiéndose en mi cabeza y dolían igual. La verdad es dura, pero más viniendo de alguien que admiras y quieres.

—Umm, eso se ve delicioso —dijo, apretándole el trasero a mi madre. ¡Ningún hijo debería ver eso!

—Comeré por ahí —anuncié, poniéndome en pie—. Nos vemos en el concierto... los que quieran ir —recalqué.

—¡Todos iremos, campeón! —dijo él, con una sonrisa de orgullo, o quizás de condescendencia. Asentí sin ánimo y caminé fuera de la cocina, estar ahí comenzaba a irritarme, aunque mi humor esa mañana era una mierda.

Entré al garaje y tomé las llaves del Jeep para dar una vuelta antes de ir al estadio para la prueba de sonido. No dejaría la gira por dos razones: una, ver a Ross a diario, aunque fuese desde lejos; y dos, necesitaba el dinero.

Mientras calentaba el motor del viejo auto, revisé las redes sociales de Rosie. Esperaba una *selfie* de buenos días, o cualquier indicio de su existencia. ¡La extrañaba como un loco!

—¡Lo voy a matar! —grité. La ira explotó a través de mi garganta con todo su potencial. El puto *Twitter* estaba lleno de fotografías de ella con Kass en el vestíbulo de un hotel. En una, caminaban tomados de la mano, en otras más, estaban cerca, a centímetros de besarse.

Los medios explotaron la noticia sin ningún tacto, presumiendo que

Rosie y ese cretino pasaron la noche en una de las suites del hotel. Y sí, ella se quedó ahí, pero sus padres también y no creí que Peter permitiera que su niña durmiera con ningún hombre. ¡Jamás consentiría algo así! Sin embargo, mi ira no disminuía, sino que crecía como una bola de nieve, cayendo desde la cima de *El Monte Everest*.

¿Por qué carajos la toca? ¿Quién le dio ese derecho?

Ella, quién más, respondió una jodida voz en mi cabeza.

¡No! Ella solo estaba triste y él se aprovechó de su debilidad, pero no va a pasar, ese imbécil no va a sacar partido de nuestro rompimiento.

Di marcha atrás al Jeep hasta alcanzar la salida y aceleré a fondo, sin importarme una mierda el límite de velocidad. ¡Tenía que llegar a ese hotel y partírla la cara a Kass Lawson!

Maldije durante todo el camino y ni eso liberaba la presión en mi pecho. Mi único alivio sería saber que no pasó nada más de lo que vi en esas imágenes. ¡Lo opuesto me mataría!

—¡Mierda! —me quejé, cuando una patrulla comenzó a seguirme. ¡Estaba jodido!

Detuve el auto en el hombrillo y esperé hasta que el oficial se acercara para levantarme una multa, no tenía duda de que eso pasaría.

—Buenos días, soy el oficial McGregor. Necesito sus documentos y los del vehículo.

—No los tengo aquí, los dejé en casa —contesté sin quitar la mirada del camino.

—Bájese del auto, por favor.

Abrí la puerta del Jeep y me deslicé fuera del asiento. El oficial me revisó, buscando un arma o quizás drogas, pero perdía su tiempo, jamás consumí nada, ni marihuana medicinal.

—¿Estuvo bebiendo esta mañana? —negué—. Necesito que camine por la línea amarilla.

Hice todo lo que el oficial de mierda me pidió y, aunque comprobó que no había bebido, o llevaba drogas, los datos que arrojó el sistema, cuando introdujo mi número de identificación, lo llevaron a leerme los derechos. ¡Estaba detenido!

Dije en mi cabeza cada maldición que recordaba, y la lista era larga. No podía creer que mis estúpidas acciones me llevaron de nuevo a viajar en el asiento trasero de una patrulla. ¡Otro fracaso para incluir en mi lista!

—Tiene derecho a una llamada —dijo McGregor, cuando llegamos a la estación policial.

¡Mierda! Tenía que llamar a la última persona que quería ver, a Axxel Wilson.

Miré el teléfono por dos minutos completos. No quería marcar ese número y escuchar el tono de decepción de mi padre, pero no tenía otra opción.

—Papá, estoy detenido —Tres palabras que escuchó una docena de veces antes.

—¿A quién golpeaste? —reprochó.

—A nadie. Exceso de velocidad —contesté—. Entiendo si no quieres ayudarme.

—¡Claro que iré, Ryan! Dime dónde —le di la dirección y terminé la llamada.

El oficial me escoltó hasta una celda, que por suerte estaba vacía. Me senté en la banca de cemento, con los codos apoyados en mis rodillas y la cabeza gacha. Sentía rabia, impotencia... decepción ¡No servía para una mierda!

.....

Casi cuatro horas tardó el proceso para liberarme de esa jodida celda. Mis antecedentes no me favorecieron, fueron muchas las veces que terminé en aquella situación y el oficial quería llevar el caso a un fiscal. Por suerte, mi padre tenía sus influencias y, finalmente, me dejaron en libertad.

—Estoy preocupado por ti, Ryan. Pensé que habíamos superado esto —habló papá cuando estuvimos en su auto. Su mirada estaba clavada al frente y lo agradecí, no quería ver en sus ojos la decepción.

—Necesito ir al estadio, la prueba de sonido debe estar por iniciar —eludí. No quería hablar de eso. ¡Sería más de la misma mierda de siempre!

—¿Qué está pasando contigo? —preguntó con voz cansada.

—¿Puedes llevarme o no? —espeté. ¡No quería hablar con él!

—Te llevaré, pero necesito que hables, que me digas qué pasó. Hace unas semanas, estabas feliz, me contaste de tus planes, de lo mucho que querías a Rosie y ahora...

—¡Se acabó! ¡No hay nada más de que hablar!

—Puedes gritarme todo lo que quieras, pero siempre estaré para ti. No

importa la hora o el lugar en el que estés, te buscaré —aseguró con el mismo tono de voz negligente de antes.

—Preocúpate por Maggy y Sam, yo soy un caso perdido.

—Nunca más cometeré ese error, Ryan. Te dejé una vez y me perdí los primeros años de tu vida —lamentó—. Y no, no eres un caso perdido. Eres mi hijo y te quiero.

Me quedé callado, no quería rebatir sus palabras. Me aferré a ellas, porque las necesitaba para dejar de sentir tanta miseria y desolación.

Sentí su mirada sobre mí, pero no le devolví el gesto. Lo menos que necesitaba era ver la pena en sus pupilas y sentirme la mierda de hijo más grande del universo. Minutos después, el motor de su auto rugió y lo puso en marcha para llevarme a mi destino.

—Gracias —musité cuando llegamos.

—No hay porqué, campeón —dijo con tristeza.

Me bajé del auto, entré al estadio y caminé hasta el escenario, donde los demás músicos de la banda comenzaban probar sus instrumentos.

Ocupé mi lugar sin detenerme a saludar, no tenía ganas ni de respirar, menos de hablar. Me incliné hacia la guitarra, la tomé y pasé la correa por encima de mi cabeza. Cuando volví a erguirme, percibí la silueta de Rosie delante de mí. Sus ojos hicieron un minúsculo contacto visual con los míos, y luego los apartó. Me dolió como el infierno. Antes, aprovechábamos cualquier pequeña oportunidad para susurrarnos cosas con la mirada, pero lo único que me dijeron sus pupilas grises, en aquellos míseros segundos, fue lo herida que estaba.

—Axxel me llamó —murmuró Peter, cuando se acercó a mí—. ¿Estás bien?

—Sí. Fue una tontería —aseveré, restándole importancia.

—Si quieres hablar de cualquier cosa, búscame.

Sí, de hecho, quería preguntarle qué le dijo Rosie cuando llegaron al hotel, pero sería un atrevimiento de mi parte y demasiado incriminatorio.

—Estoy bien así, gracias —contesté. Él asintió, palmeando mi espalda dos veces, y luego se alejó.

Ross no volvió a mirarme. En cambio yo, no tenía ojos para nadie más que no fuera ella y el espectáculo que me brindaba su cuerpo en aquellos jeans ajustados.

Mantener la distancia fue horrible y doloroso. Mi corazón no palpitaba

en mi pecho, clamaba por su atención, pero no podía concederle sus deseos, sabía que mi lugar estaba detrás y nunca más a su lado.

Cuando la prueba terminó, bajé del escenario y caminé directo al autobús que nos llevaría a casa para prepararnos para la noche. Me recosté contra él, mientras esperaba a los demás, y fue cuando vi el cuerpo de Ross esbelto acercándose, pero no venía sola, el fotógrafo imbécil caminaba a su lado.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunté, interceptándola.

Su mirada chocó con la mía por escasos segundos y luego asintió, con la vista perdida detrás de mí.

—Estaré cerca, por si me necesitas —dijo Kass y le dio un jodido beso en la mejilla, delante de mis narices.

Mis manos se apretaron en dos puños, dispuestas a entrar al acecho, pero no me dio tiempo ni de dar un paso al frente de lo rápido que él se alejó.

—Habla —espetó con repulsión.

Quería decirle tantas cosas, entre ellas, lo mucho que la extrañaba y lo devastado que estaba mi corazón, pero no podía.

—Siento que las cosas terminaran así —murmuré, buscando su mirada. No me concedió nada.

—Y yo siento que terminaran —recriminó.

—Ross...

—No te preocupes, Ryan. No mendigaré tu amor. No espero nada de un cobarde como tú —pronunció con convicción y luego se fue. Sus palabras le clavaron una segunda daga filosa a mi corazón, haciéndole compañía a la primera... acrecentando mi dolor.

Quería gritar para liberar la tensión, pero eso requeriría un esfuerzo que no habitaba en mí. Y, aunque sabía lo que tenía que hacer para terminar con el incesante dolor que latía en mi tórax, no lo hice. ¡Era un cobarde, sí!, pero renunciar a ella fue lo más valeroso que hice alguna vez. Porque, a pesar de todo el dolor, y la necesidad de tomarla entre mis brazos y no soltarla nunca más, seguía firme en mi decisión y no había marcha atrás.

Ella merecía más que yo, siempre lo supe, pero estuve aferrado a ese sueño con tanta fuerza que me negaba a aceptar la realidad. Ella era blanco y yo negro, así de simple.

CAPÍTULO 43

Llevaba diez minutos mirándome al espejo, tratando de ver más allá de mi maquillaje perfecto y de mi cabello dorado peinado en ondas, intentando entender qué había mal en mí, porqué Ryan dijo que lo lastimada de una forma tan visceral que no podía seguir a mi lado. ¡No lo entendía!

Por primera vez, desde que comencé a cantar en los conciertos de papá, no tenía ánimos de salir. Mi corazón se sentía tan vacío y lastimado que apenas tenía fuerzas para estar en pie.

Dos toques a la puerta del camerino regresaron mi atención a la realidad. Caminé hasta ella y la abrí, después que la persona se identificara.

—Hola, Rosie. ¿Puedo entrar?

—Sí, claro —abrí más la puerta y dejé pasar a Maggy. De su cuello colgaba su cámara y en sus manos traía una caja de bombones.

Se sentó en el sofá de cuero, que estaba contra la pared de la pequeña habitación, y palmeó el espacio vacío a su lado para que le hiciera compañía. Me senté y puse mis manos en mi regazo, una sobre la otra.

—¿Alguna vez viste la película *Forrest Gump*? —negué—. Mi padre impuso como regla, una vez al mes, reunirnos a ver películas que dejaran algún mensaje positivo y esa fue una de ellas. El protagonista era *Tom Hanks*. La película inicia con él sentado en una banca de una parada de autobús. Mientras espera, destapa una caja de bombones que tiene en su regazo y dice lo siguiente: «La vida es como una caja de bombones, nunca sabes lo que te va a tocar».

Maggy destapó la caja y me invitó a tomar uno. Todos se veían iguales, no importa cuál escogiera; para conocer su interior, tenía que comerlo.

—Eliges un bombón a ciegas y esperas que sea el correcto, pero a veces el que te toca no era lo que esperabas, sin embargo, hay más bombones en la caja —refirió con tristeza.

—Gracias por lo de ayer y por esto —le dije con una sonrisa sincera.

La excusa que utilicé con mis padres fue que había discutido muy fuerte con ella y por eso no quería volver a su casa. Ellos lo creyeron, no era la primera vez que peleaba con alguien y reaccionaba de la misma forma. Después de hablar con ellos, llamé a Maggy para que confirmara mi coartada,

sin darle detalles de lo que pasó con Ryan; estaba muy dolida para hablar de él.

—Estaré para ti a una llamada de distancia —afirmó.

—¿Te quedarás aquí? —pregunté con desilusión.

—Estoy furiosa con él, Rosie. No puedo estar a su alrededor mucho tiempo sin desear golpearlo —admitió—. Lo mejor es que me quede.

—Te echaré de menos —confesé y le di un abrazo, que correspondió con efusividad.

—Ahora, quiero que quites esa carita triste y sonrías para mi lente. No soy Kass Lawson, pero tomo unas buenas fotos —bromeó. Sabía porqué lo nombró, las redes sociales hicieron un gran escándalo de mi estadía en el hotel junto a él. Aunque no pasó nada, Kass era solo un gran amigo.

Le concedí su petición y posé para ella con la mejor sonrisa que pude mostrar. En verdad era muy buena, me gustaron tanto las fotos que le pedí que las enviara a mi cuenta de email para añadirlas a mi enorme colección.

—Me alegra ver que arreglaron sus problemas —dijo papá cuando fue a buscarme al camerino.

—Sí, el perdón es la mejor de las virtudes —contestó ella en complicidad—. Hora de irme, mi familia me espera en primera fila.

Oculté mis sentimientos lo más profundo que pude y caminé con papá al escenario. Saldría por él y por todas las personas que esperaban escucharme cantar, pero no porque quisiera.

Estar ahí fue doloroso, interpretar aquellas letras acrecentó mis heridas de una forma tan poderosa que comencé a desmoronarme, no físicamente, pero sí en mi interior.

.....

La siguiente parada fue Orlando, y de ahí, recorrimos las demás ciudades de la Costa Este del país, hasta llegar a Richmond, Virginia. Había pasado un mes desde que Ryan rompió conmigo en Miami y, aunque me seguía doliendo, cada vez era más soportable. Hablábamos pocas veces, la mayoría delante de mis padres, para conservar las apariencias.

Estar con Kass era lo único que me mantenía a flote, se había convertido en un gran amigo y una grata compañía. Al principio, papá tenía sus reservas, no le gustaba la idea de que pasáramos tiempo juntos, pero después lo fue aceptando. Tuve una larga conversación con él y le dije que

tenía la edad suficiente para saber con quién podía involucrarme y con quién no, hasta le hice ver que en la cultura de nuestro país muchas chicas de mi edad vivían en residencias universitarias o incluso con sus novios. Eso casi lo infarta, para él seguía siendo su dulce y pequeña Rosie, pero ayudó a que abriera los ojos y extendiera un poco la cuerda invisible que había enlazado a mi alrededor, con la intención de protegerme.

Después del concierto de Virginia, visitamos New York y, de ahí, dos ciudades de Canadá: Montreal y Ottawa, la última era la ciudad natal de papá, y la misma donde mis padres se enamoraron.

El público nos dio una cálida bienvenida y descubrí que tenía muchos fans en el país vecino. Me encantaba compartir con mis seguidores, lo hacía al finalizar los conciertos, con diez privilegiados que escogía al azar, según el número del ticket.

—Un poco más a la derecha —pidió Kass, me moví—. Perfecta —El flash se disparó y los labios de mi paparazzi personal se curvaron hacia arriba—. Ahora entiendo porqué tus padres se casaron en este parque, es hermoso —admitió.

—Sí, a mí también me gusta mucho. A ver, muéstrame la foto —solicité. Kass se acercó a mí lo suficiente para que la viera y desplazó su mano por mi espalda hasta alcanzar mi cadera. Aquel gesto me pareció muy íntimo y prometedor, pero no me aparté—. Bella, como siempre —adulé.

—Cada día más hermosa —musitó con suavidad. Mi corazón hizo un ruido extraño y aquello me descolocó. ¿Estaba desarrollando sentimientos por Kass? Esa pregunta me estremeció. Mi ruptura con Ryan era muy reciente, lo seguía queriendo y muy dentro de mí tenía la esperanza de que recapacitara, de que dejara la cobardía y regresara a mí.

—Creo que... debemos regresar —balbuceé. Nos habíamos alejado del grupo porque Kass había determinado tomarme fotos en cada extremo de *Major's Hill Park*.

—Rosie... —pronunció con su voz gruesa—. ¿Tendrías una cita conmigo?

Su pregunta no me tomó por sorpresa, sospechaba que le gustaba de esa forma, y hasta había pensando en una respuesta, llegado el momento.

—¿Entiendes que sigo queriendo a Ryan? —inquirí. No quería darle una idea equivocada de lo que pasaría si decía que sí.

—Lo sé, pero me gustaría intentar demostrarte que hay más después de

él —admitió con esperanza.

—Acepto, pero no olvides que no como carne de ningún tipo —advertí.

—La última vez, me quedó muy claro —bromeó—. En la próxima ciudad, te llevaré a la mejor cita de tu vida —alardeó.

—Umm, quiero ver eso —alegué con una sonrisa de picardía.

—Es la idea.

Él se separó de mí y guardó su cámara en el estuche. Dimos la vuelta para volver al autobús y me encontré con la mirada gélida de Ryan; estaba a tres metros de distancia, pero eso no supuso un problema para notar lo enojado que estaba. Aquello me borró la sonrisa de golpe, no podía entender porqué se ponía celoso si fue él quien decidió romper mi corazón en miles de pedazos. ¿No merecía estar con alguien que me hiciera sonreír, en lugar de llorar?

Kass me preguntó si me sentía bien, al percibir mi cambio de humor. Le dije que sí, no quería empañar los minutos anteriores con más mierda de Ryan.

Aquel dio la vuelta y caminó, pisando fuerte la grava verde del parque, hasta perderse de nuestra vista. No puedo decir que sentí alivio, al contrario, me retorció el corazón. Era inevitable llenarme de esperanza cuando lo veía afectado por mi cercanía con Kass, creía que, en algún momento, trataría de hablar conmigo para intentar retomar la relación, pero nunca pasaba. Me resistía a aceptar que lo nuestro llegó a su fin, que los besos, las canciones, las promesas, las confesiones... los recuerdos, no valieran nada para él.

Me despedí de Kass con un abrazo antes de subir a mi autobús, esa tarde viajaríamos de vuelta a Estados Unidos, hasta llegar a Washington D.C., donde nos presentaríamos la noche siguiente en el *Verizon Center*. Al entrar a la sala de entretenimiento, encontré a mis padres en una situación bastante comprometedor. ¡Tuve que huir de ahí!

—Siento que vieras eso, cariño —dijo mamá con el rostro sonrojado, cuando salió fuera del autobús—. Pensábamos que tardarías un poco más y...

—Lo entiendo, pero me tomará mucho borrar esa imagen de la cabeza. Muchísimo —hice hincapié en ello—. Y jamás podré usar de nuevo ese sofá. ¿Dónde se supone que me sentaré a escribir mis canciones?

—¡Ay, Dios! —se quejó, cubriéndose el rostro con las manos—. Le dije a Peter que era mala idea.

—Umm, pero al final te gustó.

—¡Rosie! —riñó.

—Muchísimo tiempo, como dije.

Luego de aquel suceso bochornoso, volví a entrar, pero me fui directo a mi cama. Mi plan anterior era sentarme a escribir unas letras que daban vueltas en mi cabeza, pero se evaporaron y quizás nunca volverían. En lugar de eso, llamé a Ady por *Skype* y hablamos por una hora, al menos. Claro que le conté lo de mis padres. Quitando el trauma que conllevaría haber visto aquella escena, fue de lo más gracioso. Después, llamé a Isa, me enseñó su enorme panza de treinta y dos semanas de embarazo; al fin sabíamos el sexo, sería una niña. Nombre aún no tenía, pero la lista era bastante larga.

Hablar con ellas cambiaba mi ánimo, me hacía olvidar por unos minutos mi miserable realidad, pero la emoción duraba lo mismo que un suspiro, una vez que decía adiós.

Con la melancolía machacando mi corazón, subí una fotografía a *Instagram* de mi colección personal, era una en la que salían los dos dijes que me dio Ryan, el medio corazón y la clave de sol. Debajo de la fotografía, escribí tres palabras: «Duele el amor». Mi corazón se apretó con fuerza, era insoportable lo mucho que dolía. Las lágrimas trazaron un camino recto en mis mejillas y bajaron lentamente hasta mi garganta. Eran muchas, eran tantas... eran amargas. La comisura de mis ojos ardía y mi corazón se violentaba cada vez más. ¡Quería dejar de sufrir!

.....

Más de diez horas después, con dos paradas para comer, llegamos a la capital del Estado. Eran casi las dos de la mañana cuando ingresamos al *Four Seanson*, el hotel donde nos hospedaríamos.

La mirada de Ryan se cruzó con la mía en el vestíbulo, se veía fatal, como si estuviera enfermo, y mi corazón lo resintió. ¡Odiaba verlo así! Pero, aunque quería caminar hasta él para comprobar qué le pasaba, no lo hice.

Al llegar a mi habitación, abracé la cama, literalmente. Era una matrimonial, con un colchón mullidito y calentito. Estuve en la misma posición por varios minutos, recostada boca abajo, esperando que el sueño me cobijara, pero la imagen de Ryan no se borraba de mi cabeza. Dejé todo mi orgullo de lado y salí al pasillo donde estaba la única persona que podía ayudarme, Avery.

—¿Insomnio?

—Sí, pero tiene un nombre particular —respondí. Él entendió el mensaje, no tenía que decirle de quién hablaba—. ¿Sabes en qué habitación está?

—¿Estás segura de esto?

—No, pero dime.

—No quiero meterme en problemas con tu padre...

—Por favor —pedí con un puchero.

—Me voy a arrepentir de esto, lo sé —se quejó y comenzó a caminar. Lo seguí hasta el final del pasillo, a la derecha, para llegar a la habitación 135 —. Es esa —señaló.

—¿Está solo? —pregunté, él dijo que sí. Me paré frente a la puerta y tardé un poco en tocarla. Una voz en mi cabeza decía *¡Regresa!* y otra, *¡Tócala!* El debate duró un poco, pero al final golpeé dos veces la madera.

—Quizás no está —comenté, cuando la puerta no se abría—. Mejor nos... vamos.

—¿Ross? —preguntó Ryan con la voz más ronca de lo habitual. Mi corazón se desplomó en el suelo al verlo. Sus ojos estaban rojos, como si fueran a sangrar, y sus labios brillaban demasiado.

—¿Estás enfermo? —examiné, tocando su frente. Su temperatura estaba elevada, mucho—. Estás ardiendo en fiebre. ¿Tomaste algo? —negó—. Dios, Ryan. Eso es muy peligroso. ¡Necesitas medicina!

—Tengo unas pastillas en mi maleta —comentó Avery.

—¿Podrías buscarlas? —le pedí como un favor.

—No puedo descuidarte. Si tu padre lo sabe...

—Está ardiendo, Avery. No tardarás más de cinco minutos en ir por ellas —inferí.

—Está bien, pero no te vayas sin mí —advirtió.

¿Ir a dónde? No podía dejar a Ryan así.

—Dejaré la puerta sin seguro para que entres cuando vuelvas, Ryan necesita una ducha —Avery asintió dos veces y luego se fue.

Entré a la habitación y llevé a Ryan al baño, necesitaba bajar su temperatura antes de que cayera en el suelo con una convulsión. El pobre apenas podía caminar, casi tuve que empujarlo hasta el baño. Una vez dentro, lo ayudé a quitarse la camiseta negra. El primer brazo salió rápido, pero el segundo me costó más. Cuando la tela abandonó su torso, mi corazón desertó de mi pecho. De su cuello colgaban dos cadenas de metal, la mía —con los

dijes que me regaló— y la suya —con la inicial de mi nombre y la mitad de su corazón—. No podía creer que la llevara consigo y que la encontrara en la arena. Pero, no me detuve a razonar en los motivos, no era el momento de alimentar esperanzas inútiles que solo me lastimarían.

Empujé su cuerpo contra la pared y trabajé duro para quitarle los jeans. Era difícil usar las manos y sostenerlo al mismo tiempo. Cuando estuvo solo en sus bóxers, mi garganta se secó de forma instantánea, mientras que mi corazón palpitó con fuerza en mi pecho. Nunca lo había visto tan desprovisto de ropa y fue... ¡glorioso! Su cuerpo estaba esculpido como las grandiosas esculturas de Miguel Ángel.

Concéntrate, Rosie. ¡Él está enfermo y ya no es tu novio!

Ese mantra se repitió en mi mente durante varios minutos, pero ¿de qué sirvió? ¡De nada! Mi cuerpo reaccionaba ante él de forma automática y no había poder en el mundo que lo regresara a su estado natural.

—¿Puedes estar de pie por ti mismo? —pregunté, cuando estuvo en la ducha. Hice un buen trabajo escondiendo mi nerviosismo. Prácticamente, lo estaba sosteniendo contra mi cuerpo, sintiendo el ardor de su piel en la mía. ¡Tenía mucha fiebre!

—Del suelo no pasaría —bromeó con poca gracia.

—Si te sostengo, terminaré mojada —expuse—, pero si te dejo solo, sin duda terminarás en el suelo.

—No tienes que hacer esto, Ross —dijo con debilidad. Su voz apenas era audible y sus ojos luchaban por mantenerse abiertos. Quizás él no merecía mis cuidados, pero no lo dejaría solo mientras estuviera tan enfermo. Nuestros problemas no impedirían que lo ayudara, por muy dolida que estuviera con él.

—Es mi decisión, no tuya —encaré, para darle fin a su protesta.

Con mi brazo izquierdo rodeando su torso, y su brazo derecho encima de mi cuerpo, extendí mi mano libre hasta el grifo del agua y abrí las dos llaves, la de agua fría y tibia, para lograr que saliera templada. Las finas gotas comenzaron a fluir por la regadera del baño y en pocos minutos nos empararon a los dos.

El cuerpo de Ryan temblaba con compulsión y cada vez me era más difícil sostenerlo. Era muy grande y, que sus piernas no tuvieran la estabilidad suficiente, empeoraba las cosas.

—Ray, ¿estás despierto? —pregunté, golpeando su quijada con mi

mano. El «sí» apenas se escuchó a través de sus dientes, pero lo escuché.

—Te amo, Ross —musitó con fragilidad. Mi corazón dejó de latir y mis ojos se llenaron de lágrimas. ¡Fue una dolorosa confesión!

Arrastré hacia abajo el nudo pesado que se formó en mi garganta y exhalé el aire que quedó atrapado tras él. No respondería con la misma palabra, ni le haría saber que escuché lo que dijo, solo lo dejaría pasar. Él estaba muy enfermo y lo más seguro era que olvidaría todo cuando volviera a la normalidad.

—¡Rosie! —llamó Avery desde la habitación.

—Aquí, en el baño —contesté. Él no tardo en aparecer en el umbral y, al vernos, entornó los ojos.

—No puede ni sostenerse solo —aseveré, como una contestación a su gesto—. ¿Tienes las pastillas?

—Sí, traje un blíster[19].

—Dame una, tengo que hacer que se la tome —me entregó una pastilla blanca en forma circular y le pedí a Ryan que abriera la boca. Empujé el medicamento dentro e incliné un poco su cabeza hacia atrás para que bebiera agua y pudiera ingerirla con facilidad—. Bien. Estaremos aquí un par de minutos más, tu cuerpo sigue en llamas.

—¿Necesitas que ocupe tu lugar? —preguntó Avery.

—Estoy bien. ¿Puedes ir por un cambio de ropa a mi habitación? Un vestido o lo primero que encuentres.

—Eso... creo que...

—No seas tonto, Avery. Es solo ropa. La llave está en el bolsillo de mis jeans, sácala y ve a mi habitación.

—¿Quieres que hurgue en tu trasero? —replicó.

—No hurgar, buscar una llave.

Cuando la obtuvo, salió del baño para hacer lo que le pedí.

El agua seguía corriendo por nuestros cuerpos, empapándome más, haciendo que mi ropa se pegara a mi piel. Sin soltar a Ryan, desabotoné mis jeans, bajé mi bragueta y los deslicé por mis piernas, hasta quitármelos. Después, me deshice de mi blusa, era una de botones frontales, cinco en total. En menos de unos minutos, estaba semidesnuda frente a Ryan, aunque ni se había dado por enterado. Sus ojos estaban cerrados y su respiración era irregular.

Cambié de posición y lo sostuve por el costado izquierdo de su cuerpo.

Mi estómago se encogió cuando vi el tatuaje de su brazo, ese que confesó un día que se hizo por mí. Toqué los bordes del corazón hasta llegar al final. Luego, tracé con mi dedo índice la letra “S”, la inicial de la palabra sol. Aquel dibujo describía a la perfección lo lastimado que estaba mi corazón, se sentía así, entre espinas.

Con las emociones latiendo con frenesí en mi torrente sanguíneo, deslicé mis dedos por su pecho, delineando los surcos que demarcaban sus músculos pectorales, y fantaseé con la idea de que seguíamos juntos. Le planté un beso en el tórax y luego me permití uno más. Estaba sacando partido de su debilidad, pero ¿quién me podría culpar? Lo amaba con ansia, con un anhelo tan indómito que alejaba la cordura de mi mente.

No supe cuándo pasó, pero ya no lo estaba sosteniendo con un brazo, sino abrazando contra mi cuerpo, deslizando mis manos por el largo y ancho de su espalda. Su temperatura seguía siendo alta, pero ya no tanto como al inicio.

Abrí los ojos de par en par cuando sentí la tensión formarse en su entrepierna. ¡Él estaba reaccionando a mi estímulo! ¿Qué estaba haciendo? Me cuestioné. Se suponía que solo lo estaba ayudando a bajar la fiebre, se suponía que no podía confundir eso con algo más... se suponía que él estaba convaleciente.

—No te vayas —pidió, cuando sintió que aflojaba mi cuerpo del suyo.

—¿Por qué no?

—Porque quiero seguir soñando —contestó con turbación.

Oh, Ray. ¿Por qué me haces esto? No sabes que te quiero con el alma, que te daría todo lo que me pidieras.

—Creo que ya es suficiente, terminarás resfriado —dije, obviando las verdaderas palabras que quería pronunciar. Me separé un poco de él para alcanzar el grifo y cerrarlo—. ¿Crees que no terminarás en el suelo si te suelto ahora?

—Sin ti caería hasta el infierno —respondió con los ojos abiertos. Jamás vi una mirada tan triste en toda mi vida. Se lo atribuí a la fiebre e ignoré su comentario. Si iba a parar al infierno, no sería por mí, sino por él.

—Buscaré una toalla y ropa seca para que te vistas. Si no puedes solo, le diré a Avery que entre y te ayude.

—Ross... —susurró, sosteniendo mi muñeca. Lo miré a los ojos sin parpadear y esperé ansiosa la continuación de su discurso—. Gracias.

Siete letras, una palabra. ¡Eso fue todo! ¿Y qué esperaba? ¿Una declaración de amor eterno?

—Es lo que haría por cualquier otra persona —respondí sin inmutarme. No le daría la satisfacción de verme herida.

Descolgué una toalla del toallero y me sequé rápidamente. Miré alrededor del baño, tratando de encontrar otro juego para Ryan, pero no había más. Esperando tener suerte, abrí un cajón debajo del lavabo y encontré dos toallas secas y limpias. Le di una a Ryan y salí del baño, con una de ellas rodeando mi cuerpo.

—Lo siento yo... no quise revisar tu ropa y traje una maleta —tartamudeó Avery y me dio la espalda.

—Gracias. ¿Puedo pedirte otro favor?

—Sí, claro.

—¿Ayudarías a vestir a Ryan? Es que...

—Lo entiendo, sí.

Busqué la maleta de Ryan y saqué un cambio de ropa, incluyendo unos bóxers. Traté de ignorar que estaba tocando su ropa interior, pero mis emociones eran un hueso duro de roer cuando se trataba de él.

—Aquí está. Tocas la puerta antes de salir, me vestiré aquí —advertí. Avery se giró y recibió la ropa, siendo muy cuidadoso de no mirarme. Su nivel de respeto era loable, al igual que su lealtad. Le daría una gran recompensa por todos sus favores.

Saqué unos pantalones de chándal, un juego de ropa interior blanca, y una camiseta manga larga. Me cambié lo más rápido que pude y caminé a hurtadillas hasta la puerta, tratando de espiar un poco.

—Hombre, si te dejaras ayudar —recriminó Avery.

—No vas a verme en pelotas, idiota —dijo Ryan, recompuesto.

—Bueno, si te partes la cabeza por caerte contra la cerámica, no solo te veré en pelotas, sino muriendo desangrado —bromeó.

—¿Ross? —preguntó.

—Se está vistiendo en la habitación —contestó—. Es de las buenas, Ryan. ¿No crees que cometiste un error?

—No hablaré de eso con ella ahí, puede escucharnos.

Mis ilusiones se desplomaron. Esperaba tanto escuchar una respuesta afirmativa... ¡Era una ingenua!

—Eres el tonto más grande del universo. Espero que no sea tarde

cuando recapacites.

—¡Qué sabes tú! —replicó.

Dejé de espiar después de eso. Me dolía tanto el pecho que no podía ni respirar. Regresé a través de mis pasos, envolví la ropa mojada en la toalla y esperé sentada en la cama el aviso de Avery.

Cuando escuché dos toques, me acerqué a la puerta y le dije que lo esperaba en el pasillo. Me apresuré a alcanzar mi maleta, y la toalla con la ropa húmeda, y salí de la habitación. ¡No podía ver a Ryan y ocultarle mis emociones!

—Se ve mejor —alegó Avery mientras caminábamos de regreso a mi habitación.

—Se sentirá mejor en unas horas —aseguré—. Muchas gracias por todo, te lo pagaré con creces.

—No hace falta —contrarió.

—Yo digo que sí. Fin de la discusión.

—No esperaba recompensa.

—Lo sé. Buenas noches, Avery —dije, cuando llegué a mi puerta.

CAPÍTULO 44

Esa noche, lloré hasta quedarme dormida. Mis emociones estaban tan frágiles como pompas de jabón y Ryan era el culpable de hacerlas explotar una a una. ¿Por qué no pudo quererme? ¿Por qué me llenó de colores y después me dejó en blanco?

Cruel amor que me subyuga.

Cruel amor enterrado en mi pecho como espinas dolorosas.

Lo odiaba tanto que lo amaba más, pero estaba decidida a sacarlo de mi corazón, a enterrar en el olvido todo lo que alguna vez creía que era real. Estaba determinada a dejar de sufrir, a no llorar ni una lágrima más por él.

En la mañana, el sol me dio la bienvenida, colándose por la ventana de la habitación. Corrí las cortinas antes de acostarme con esa intención, quería que mi amanecer fuera distinto, que aquellos rayos dorados sesgaran las tinieblas y me recordaran que cada día es una nueva oportunidad, que el astro rey nunca deja de brillar.

Mi selfie de ese día no hablaba del dolor, sino de la esperanza. Incluía una fotografía del amanecer y tres palabras: «La vida sigue».

«Buenos días, hermosa. ¿Lista para la mejor cita de tu vida?».

«Buenos días, Kass. Un poco temprano para una cita ¿no crees?».

«Ninguna hora es mala si estoy contigo».

«¿A dónde podríamos ir a las seis treinta de la mañana?».

«Buen punto. ¿A las nueve en el lobby? Tenemos pocas horas antes de la prueba de sonido».

«Tú ganas. Nos vemos a las nueve».

Después de ducharme, me vestí con lo que había elegido en mi cabeza mientras estaba en el baño: pantalones negros de pitillo, botas de cuero altas, que llegaban hasta debajo de mis rodillas, y un jersey gris con un corazón negro bordado al frente.

Decidí recoger mi cabello con un trenzado muy bonito que me enseñó a hacer Alice, una de las tantas estilistas que se había ocupado de mí. Consistía en tres trenzas, una gruesa en el medio y dos finas a cada lado. La más gruesa la enrosqué en un moño y los laterales los llevé hasta él, uno hacia arriba y otro hacia abajo. El maquillaje fue sencillo y natural, colorete rosa, brillo

labial, un poco de color en los párpados y rímel.

Cuando estuve conforme con mi aspecto, salí de la habitación para ejecutar la maniobra más difícil: decirle a Peter Keanton.

En el pasillo, me esperaba Lucas, otro de mis guardaespaldas. Supuse que Avery estaba descansando. Por lo general, se dividían los turnos para dormir cada uno un poco. Le dije buenos días y caminé con él hasta el ascensor. Una vez que subimos al piso donde estaba la habitación de mis padres, toqué tres veces la puerta con mis nudillos. No era cualquier toque, era uno especial que escondía un misterio ancestral, según mi tía Ming. Ella estaba un poco chiflada, pero la quería mucho. En fin, me lo enseñó de niña y lo adopté como una clave para que mis padres supieran que era yo.

—Buenos días, papi.

—¿Q-qué hora es? —preguntó, frotándose los ojos con los dedos. Estaba a medio vestir, con unos pantalones negros de chándal y sin camiseta.

—Las ocho —contesté con una sonrisa burlona.

—¿Qué haces vestida tan temprano? ¿Te sientes mal? —enunció, más despierto.

—No tenía sueño y no, no me siento mal. Vine a decirte que saldré con Kass esta mañana. Me llevará a conocer D.C. y volveremos a tiempo para la prueba de sonido.

—¿Con Kass? ¿Cómo una cita? —Eso lo espabiló por completo.

—Ya hablamos de esto, papá. Solo vine a informarte. Te quiero, bye —le di un besito en la mejilla y giré rápido para no esperar su respuesta.

—¡Lleva dos escoltas! —gritó desde la puerta.

—¡Está bien! —respondí desde el final del pasillo.

No fue tan malo como había pensado y no me tomó mucho tampoco, así que tendría que esperar una hora antes de encontrarme con Kass en el vestíbulo. ¿Qué haría con todo ese tiempo?

Podría comprobar a Ryan, murmuró una vocecita en mi cabeza.

¡No! Ryan quedó atrás, ya no más.

«**¿Crees que sería muy temprano vernos ahora**», le escribí a Kass mientras caminaba por el pasillo de mi piso, tenía que buscar un par de gafas y una chaqueta a juego con mi *outfit*.

«Estoy vestido desde que hablamos. Te veo en cinco minutos».

«**Hecho**».

Cuando levanté la vista de la pantalla, encontré a mi pasado frente a mí.

Estaba usando jeans gastados y una camiseta negra con el logo de *Linkin Park*, una de las bandas de rock alternativas que le gustaban a Ryan.

—¿Me puedes dar un momento? —le pedí a Lucas. Él asintió y dijo que estaría al doblar el pasillo.

Seguí caminando hacia la puerta de mi habitación, donde me esperaba él, con los brazos cruzados sobre su pecho, resaltando los bíceps y tríceps de sus extremidades superiores. Fue inevitable rememorar la escena del baño, cuando su cuerpo casi desnudo brillaba con la humedad del agua.

Aquel recuerdo aceleró mis pulsaciones de una forma tan vil que erizó mi piel. Me enojé mucho conmigo misma. Hacía apenas un par de horas había dicho ¡basta! y ahora me encontraba en una disyuntiva tremenda, en una guerra entre mi cabeza y mi corazón.

Me detuve frente a la puerta y deslicé la llave dentro de la ranura de la cerradura. No sería yo quien dijera la primera palabra. *Él me buscó, que hable si es lo que quiere.*

—¿Qué pasó anoche? —preguntó. Mis ojos ardieron, advirtiendo que las lágrimas venían detrás. Una parte de mí, siempre supo que estaba delirando por la fiebre.

—¿Qué crees que pasó? —contraataqué sin enfrentarlo.

—Lo único que recuerdo fue a ti pasándome una toalla y después vi a Avery...

—Recuerdas lo importante —musité sin esperanza y empujé la puerta para entrar a la habitación. La sostuve con una mano, entreabierta, y luego dije—: Me alegro de que estés mejor. Si eso era todo, te pido que te vayas.

—¿Por qué me ayudaste, Ross? —preguntó con el gesto endurecido. ¿Tanto le dolía saber que lo toqué?

—Por estúpida, pero no te preocupes que nunca más pasará. A partir de hoy, no serás más que uno de los guitarristas de papá, menos que eso, porque a los demás los aprecio, pero a ti... —Tragué las últimas palabras, esas que quería sentir, pero no podía decir.

—Nunca quise herirte de esa forma y me destroza por dentro ver esa mirada en tus ojos —admitió con profunda sinceridad—. Dejaré la gira, si eso quieres.

Mordí el interior de mi mejilla, tratando de contener las lágrimas. No quería hacerle eso, sabía que estar en el tour era su sueño, uno que perdió años atrás cuando Sydney murió. Y, por mucho que me lastimara verlo a

diario, no sería tan cruel como para arrebatarme la oportunidad.

—No tienes que ir a ninguna parte. No diré que es fácil verte, sabiendo que todo acabó, pero no estoy lista para que te vayas.

—Yo tampoco —musitó, cabizbajo.

—Espero que algún día podamos ser amigos de nuevo —añadí—, pero tampoco estoy lista para eso.

Sus pupilas coincidieron con las mías y me dijeron que me seguía queriendo, pero eso no era suficiente para él, no le alcanzaba para seguir luchando por lo nuestro.

—Lo entiendo. Tengo que... iré a... —señaló a un costado del pasillo—. Adiós, Ross.

—Adiós, Ryan —contesté y luego cerré la puerta.

No quería llorar, luché con cada fibra de mi ser para evitarlo, y lo logré. Había prometido no derramar ni una lágrima más por él y daría todo de mí para ser fiel a mi palabra, aunque mi corazón y alma estuvieran tan destrozados como un cristal que cayó desde una azotea.

.....

—Dicen que las mejores fotografías son las robadas —comentó Kass cuando apareció frente a mí. Lo estaba esperando en una de las salas del hotel, sentada en un sillón marrón mullido y suave.

—¿Ah sí?

—He aquí la prueba —me entregó un sobre amarillo que contenía muchas fotografías, la mayoría de mí.

—¡Eres un acosador! —bromeé.

—Y tú una roba corazones —replicó con una sonrisa.

Kass era un chico bastante atractivo, con un cabello castaño oscuro rebelde y desprolijo que le daba un aspecto desenfadado y liberal. Sus ojos eran de un marrón oscuro intenso, casi negros, que contrastaban con sus labios finos y rosados. Mientras que su mandíbula cincelada estaba delineada por una barba cuidada en forma de candado.

Esa mañana, vestía una sweater gris oscuro cuello redondo, remangado hasta sus codos, jeans negros y un par de *Converse* del mismo tono. Pero su accesorio más llamativo siempre era su cámara, pocas veces estaba sin ella.

—¿Lista para irnos?

—No. Primero quiero comer, muero de hambre.

—Eso está cubierto. Tengo todo planeado —dijo con un guiño.

—Pues vamos. Aunque... ¿estás seguro de que pensaste en todo? —pregunté con los ojos achicados.

—¿Paparazzi? —intuyó.

—Exacto. ¿Cómo vas a librarme de ellos?

—Eso tendrás que verlo por ti misma. Vamos —pidió, extendiendo la mano hacia mí.

Con mis dedos entrelazados con los suyos, caminamos juntos por el vestíbulo hasta cruzar un pasillo y alcanzar el ascensor. Lucas y Avery nos siguieron los pasos, sin perder detalle. Era incómodo, muchísimo, y más teniendo al mejor amigo de mi ex espiándome, pero no podía deshacerme de ninguno.

Al llegar al sótano, avanzamos hasta los autos negros que usábamos para movernos en la ciudad, pero Kass tenía otros planes, que no incluían viajar en el asiento trasero de una camioneta, con chófer incluido.

—¿Una Vespa? ¡Siempre quise ir en una!

—¿Es seguro? ¿El señor Keanton lo sabe? —preguntó Avery.

—El señor Keanton lo sabrá —contesté—. Y los accidentes pasan en motos o en autos, así que...

—Es seguro y no habrá ningún accidente —repuso Kass, para salvar mi dañina respuesta.

Una vez cerrado aquel asunto, nos ocupamos en subirnos a la moto, no sin antes ponerme un casco de seguridad que serviría para dos cosas: protegerme y despistar a los paparazzi que, no sé cómo, siempre sabían dónde nos hospedábamos.

En un par de minutos, salíamos del sótano del hotel rumbo a “la mejor cita de mi vida”, como presumía Kass. Me sujeté de su torso con fuerza. No era tan ancho o fuerte como el de Ryan, pero no por ello dejaba de ser emocionante. ¡Era alucinante conocer D.C. sobre una Vespa!

—Primera parada, *Busboys and Poets* —anunció Kass al detener la moto—. Hice mi investigación y es uno de los mejores restaurantes vegetarianos de D.C. ¿Sabes por qué? ¡También es una librería! Y como a ti te gusta leer...

—No tienes que tratar de convencerme, ya estoy encantada —dije, cuando mis pies alcanzaron el suelo.

Como era lógico, Avery nos seguía los pasos hacia el restaurante, casi

siempre era él quien me acompañaba y Lucas custodiaba la entrada. Papá era muy reservado cuando contrataba nuevos guardaespaldas.

Cinco segundos, ese fue el tiempo que me bastó para enamorarme de *Busboys and Poets*. El ambiente era cálido, acogedor y muy bonito. Las paredes estaban decoradas con fotografías antiguas y frases de libros, y otras más con obras de arte. Al fondo, un escenario, donde los poetas y escritores podían sentarse a dar una conferencia o a leer sus historias justo frente a los comensales. La librería quedaba a la izquierda, en la que, sillones y sofás de distintos colores y diseños, estaban dispuestos a manera de pequeñas salas de estar. El comedor estaba a la derecha, del mismo lado que el escenario. Las sillas y mesas de madera color caoba contrastaban con el amarillo de las paredes de fondo, donde pude identificar la fotografía de Gandhi, Martin Luther King y muchos más activistas por la igualdad y la justicia social, que marcaron un hito en la historia.

Nos sentamos en una de las cabinas, ubicadas al fondo del restaurant, y de inmediato nos concentramos en el menú. ¡Moría de hambre!

Tanto Kass como yo, ordenamos la tortilla vegana de huevo. Consistía en una tortilla de tofu, rellena con verduras mixtas, tocino vegetariano y queso de soja; servido con patatas fritas caseras. Añadimos al menú un gran vaso de té helado de limón.

Después de comer aquella delicia, decidimos dar un tour por el lugar y, como siempre, Kass aprovechó de tomarme varias fotografías. En la librería, tardamos un poco más, escoger un libro entre cientos era una tarea difícil.

—Este —señalé.

—¿Ana Karenina[20]? ¿No la has leído ya? Creo que lo mencionaste en una de nuestras largas conversaciones por WhatsApp. Hasta me hiciste un gran resumen de ella.

—Sí, pero es bueno tener dos copias. Si una se pierde...

—Llevaremos esa —le dijo al vendedor. Mi sonrisa se amplió con emoción, me encantaban los libros, olerlos, tocarlos... leerlos. Sin duda, *Tolstoi* me acompañaría durante el resto del viaje.

Una hora después, viajábamos de nuevo en la Vespa. ¿A dónde? Solo Kass sabía, tenía un gran misterio con respecto al itinerario.

La estaba pasando muy bien con él, tanto, que el dolor de mi pecho casi había desaparecido, pero seguía ahí, anestesiado hasta que llegara el momento de verlo de nuevo.

—Bienvenida a la *Galería Nacional de Arte* —dijo Kass con tono ceremonial, hasta hizo ese movimiento tipo bienvenida, extendiendo su brazo al costado de la galería.

—Muchas gracias, señor —dije, siguiéndole el juego.

Después de subir un montón de escalinatas, ingresamos finalmente al emblemático museo. Kass se encargó de ser el guía y lo hacía de maravilla.

—El edificio oeste expone una gran colección de pinturas y esculturas de maestros europeos, la cual abarca obras desde la época medieval hasta el siglo XIX con algunos trabajos del siglo XX de artistas estadounidenses —leyó de un folleto—. Entre las obras más importantes del museo se incluyen trabajos de la época Gótica y el Renacimiento. La principal joya del museo es el *Retrato de Ginebra de Leonardo Da Vinci*. Helo aquí —señaló hacia el retrato.

Para mí era una versión de *La Mona Lisa* con el pelo enrulado, pero me reservé el comentario. La celebrada obra tuvo un costo de cinco millones de dólares, una suma cuantiosa y exagerada, según mi criterio. Pero qué sabía yo de arte, nada.

Recorrimos cada habitación de la galería, haciendo comentarios graciosos de las pinturas que veíamos. Kass podía convertir la cosa más aburrida en la más divertida solo con decir dos palabras. No es que ir ahí me pareciera aburrido, el arte para mí es hermoso, pero luego de dos horas de pinturas y más pinturas, el buen humor era bien recibido.

Al salir del museo, vistamos el jardín de las esculturas y ahí Kass se desató a tomarme fotografías, instándome a imitar cada figura. Pero no lo dejé salirse con la suya, él también tuvo que participar, así que me apropié de su Canon y pulsé miles de veces el botoncito redondo... corrección, el obturador, como dijo él que se llamaba.

—¿La estás pasando bien o es la cita más aburrida de tu existencia? —preguntó, mientras caminábamos por los alrededores del museo.

—¿Tú qué crees? —eludí.

—Que soy un asco —contestó con buen humor.

—Nah, es divertido. Visité muchos museos cuando estudiaba en la escuela y es la primera vez que me divierto —consentí. Era cierto, estar con él era refrescante, tranquilo... sin dramas o complicaciones. Todo lo opuesto a Ryan.

—Detente —pidió—. Necesito tomar una fotografía de esto.

—¿De qué?

—De ese gesto, te ves... feliz. Tenía tiempo sin ver esa sonrisa en tu rostro —su comentario me hizo sonreír más. Era cierto, no recordaba cuándo fue la última vez que una sonrisa sincera se esbozaba en mis labios.

El flash no tardó en entrar en escena y capturar el momento. Kass se acercó a mí y me mostró la imagen, era una muy buena, la mejor de todas las que tomó ese día.

—Gracias por esto, Kass. Lo necesitaba mucho —admití, acariciando su muñeca.

Él humedeció sus labios y miró mi boca por unos segundos, para luego alcanzar mis ojos. Su mirada lo decía todo, quería besarme y, aunque no sabía si estaba preparada, la idea no me disgustaba.

Me concentré en él, en el momento, en lo que iba a pasar, tratando de desplazar al fondo de mi memoria el recuerdo de la última vez que mis labios se juntaron con los de Ryan.

Mi corazón se aceleró cuando una de sus manos se deslizó por mi espalda, hasta alcanzar mi cadera. Fue una caricia íntima y muy suave que incrementó mi nerviosismo. Iba a pasar, ¡Kass me besaría! ¿Estaba emocionada? ¿Lo deseaba? No lo sabía, pero a ciencia cierta necesitaba sentir algo más que no fuese dolor y nada perdía con intentarlo.

La distancia entre nuestros cuerpos se cerró con lentitud, él estaba dándome mi espacio, esperando por mí, y eso me pareció muy dulce de su parte. Con un movimiento lento, pero seguro, sus suaves labios acariciaron los míos, alternando entre el inferior y el superior.

Una gran porción de mí quería empujarlo hacia atrás, era muy pronto, era demasiado para asimilar; pero la otra, quería entregarse, permitirse aquel momento, dejar de anhelar los besos de alguien que solo se empeñaba en lastimarme. Y esa parte fue la que venció. Correspondí a sus labios como si mi vida dependiera de ello, con esperanza, empeño y deseos de redención. Deslicé mis palmas por su espalda, juntando nuestros cuerpos un poco más. Para él era difícil acariciarme, o intentar cualquier otro movimiento; solo tenía una mano disponible, la otra sostenía su cámara. Sin embargo, eso no le impidió sujetarme con fuerza contra él, a medida que nuestras lenguas se daban una cálida bienvenida. Le cedí mi boca sin protestar, pero mi corazón, ese no estaba listo. Ese beso dolía. Ese beso significaba que Ryan y Rosie no existía más.

—Eres hermosa, Rosie —murmuró, acariciando las hebras sueltas de mi cabello—. Espero que un día puedas sentir por mí, lo mismo que yo siento por ti.

—Perdóname —musité con culpabilidad. Necesitaba tanto un escape que no consideré sus sentimientos.

—Sé donde estoy parado, mi niña hermosa —dijo con voz melosa—. No te pido nada. No quiero forzarte.

—Fue un buen beso —admití, con un poco de rubor en mis mejillas.

—Para mí fue más que eso, pero no soy bueno dando explicaciones.

—No puedes ser bueno en todo, Lawson —bromeé.

—¡Vaya! Quería que tardaras más en encontrarme un defecto —lamentó con una sonrisa de picardía.

—Y seguro encontraré más.

—Espero que no sean tantos —murmuró—. Debemos irnos, el tiempo se ha terminado.

—Ves, ya encontré otro. Eres malo midiendo el tiempo.

—Es que tú me distraes mucho —se quejó de buena gana.

—Ah, es que soy muy bonita —mi comentario le hizo sonreír.

Caminamos de regreso al estacionamiento, donde nos esperaba la motocicleta, y subimos en ella. Durante el recorrido, lo único que hacía era pensar en el beso y lo que podía significar. ¿Qué vendría después? ¿Estaría dispuesta a repetirlo? ¿Qué diría si me preguntaba si quería ser su novia? ¡No! Esa sería mi respuesta, lo supe en el mismo momento que la pregunta se formuló en mi cabeza. Kass no merecía ser mi segunda opción, pero tenía toda la intención de trabajar fuerte para que se ganara el primer lugar de mi corazón.

CAPÍTULO 45

Tres Meses Después

El *Staples Center*, en Los Ángeles, sería el escenario donde el tour “Recuerdos” terminaría. Mi corazón estaba dividido, me sentía feliz por volver a casa y triste porque esa noche sería el último concierto.

Muchas cosas habían pasado en las semanas anteriores. Isa había dado a luz a su pequeña, la cual llamó Anie; era hermosa, su cabello era castaño oscuro como el de Isa y sus ojos azules como los de su padre, que resultó ser Travis. Quien, las semanas previas al nacimiento de su hija, fue a casa de mi prima para pedirle que lo dejara estar ahí, sin importar si era suya o no. Eso no significaba que estarían juntos como una pareja, pero sí que Anie contaría con el cuidado y el amor de sus dos progenitores.

Con respecto a Ryan, todo seguía igual, por no decir peor. Apenas hablábamos y, la mayoría de las veces, era de la gira y de las presentaciones. ¿Seguía doliendo? Sí. Un amor como el que sentía por él no terminaría en tres meses, ni en un año o más, eso lo sabía muy bien. Lo había querido desde que tuve conciencia de lo que era enamorarse y, por mucho que intentara borrarlo, no podía porque estaba tatuado en mi corazón con tinta indeleble.

Por otro lado, estaba Kass, que era para mí como una lluvia fresca. Sus insistentes intentos de mantenerme en pie estaban rindiendo sus frutos y me encontré sintiendo un profundo afecto por él. No lo amaba, eso sería casi imposible, pero lo quería mucho y por eso le dije que sí a su propuesta dos noches atrás, cuando me llevó a cenar a un lindo restaurant de la ciudad.

Es un misterio como obran las cosas. Cinco meses antes, cuando salí de L.A., tenía un plan con Ryan: anunciar nuestro noviazgo la noche que terminara la gira. Y ahora, resultaba que no era a él a quien presentaría como mi novio, sino a Kass.

Cuando desperté esa mañana en mi cama, traté de no pensar en eso, pero era inevitable. Fueron tantas cosas hermosas las que viví con Ray, pesaban tanto... dolían tanto. Muchas veces, movía mis dedos hacia mi cuello, buscando la señal de nuestro pacto, ese medio corazón que un día él prometió unir al suyo. Y era irremediable no llorar al notar que no estaba,

cuando recordaba que todas sus promesas se desvanecieron como polvo lanzado al aire.

¿A dónde fue el amor? Me pregunté muchas noches sin poder entenderlo. Simplemente, no tenía explicación. Porque él me quería, lo sabía. ¡Nadie puede fingir un sentimiento así! Pero ¿y si fui yo la que vi en él cosas que no existían? Cualquiera que fuese la respuesta, ya no importaba, había renunciado a él y a la estúpida idea de que un día tocaría la puerta de mi habitación para decirme lo mucho que me quería, lo tanto que lamentaba haberme dejado el corazón hecho trizas. Y, para colmo, culparme a mí. Porque eso hizo, dijo que estar conmigo dolía y que estaba cansado de luchar. Pero el tiempo de esperar se había acabado.

—¿Qué quiere la princesita de la casa? —preguntó Ady en tono burlón cuando entró a mi habitación, sin tocar la puerta.

—Si no te hubiera extrañado tanto, te empujaría fuera de aquí.

—Ah, yo también te extrañé. Es horrible estar a solas con mis padres en casa. ¡Necesito un novio! —dramatizó.

—Tendrías uno si no le dijeras que no a todos —intervine—. Harold es un nombre muy feo, las orejas de Caleb son muy pequeñas... Jesse habla mucho —contabilicé—. ¡Eres muy exigente! ¿Será que estás enamorada de alguien más y no me has dicho?

—¡No! ¿De quién estaría enamorada? —replicó sonrojándose.

—¡Lo sabía! ¿Quién es él? ¿Lo conozco?

—¡Te digo que no!

—¡Estás mintiendo! Dímelo o no serás la dama de honor de mi glamorosa boda.

—¿Te vas a casar?

—Obvio que no hoy, pero algún día y no cambies el tema. Habla, Adeline Samara.

—¡Ay, ya! Te lo diré. ¡Es Avery! —admitió, cubriéndose el rostro.

—¿En serio? ¿Por qué nunca lo dijiste?

—Es que... —titubeó—. No quiero una versión más joven de mi padre.

—Explícalo mejor —exigí con los brazos cruzados sobre mi pecho, mientras batía mi pie contra el piso, con impaciencia.

—Es un... guardaespaldas.

—¿Y desde cuándo a ti te importa eso? No parecen cosas tuyas, Ady —socavé, dejando caer mis brazos al costado.

—Quiero algo mejor para mi futuro. ¿Te imaginas que nos casemos y terminemos en el mismo lugar? Mis hijos serían guardaespaldas, chóferes o cocineras. No me mal entiendas, quiero mucho a mis padres, y no me estoy quejando, pero quisiera romper con eso.

—Cuando uno ama a alguien, no importa nada más, Ady. Te aseguro que si Ryan fuese un mendigo, me daría igual. Viviría con él hasta debajo de un puente, comería pan con agua... dejaría todo por él. La pregunta es ¿qué sientes por Avery?

—Eso no importa —musitó.

—¿Por qué?

—Porque él lo sabe y nunca me va a perdonar.

—Espera. ¿Ustedes tenían una relación y yo no sabía? Pero ¿cuándo pasó eso? —grité con una mezcla de rabia y decepción. Se suponía que nos contábamos todo.

—Te quería decir, pero tú y Ryan tenían tantos problemas y entonces...

—¡No lo puedo creer! Mi pobre corazón —dije, empujando mi mano contra mi pecho.

—Lo sé, soy la peor amiga de todas, pero me daba vergüenza admitir que tengo esos prejuicios.

—¡Tonta es lo que eres! Te voy a decir una cosa, si tú no vas por Avery y le ruegas que te perdone, entonces nuestra amistad se termina. No importa si no quieres estar con él, ve y arregla lo que hiciste. ¿Sabes lo devastado que debe estar por tu rechazo? ¿Sabes lo mucho que duele que te rompan el corazón? —sequé con furia una lágrima que se resbaló por mi mejilla y le di la espalda.

—Rosie... lo siento tanto. Yo no...

—Déjame sola, por favor.

Ella concedió mi petición y se fue sin decir más. Me conocía lo suficiente para saber que necesitaba estar sola. Fue muy doloroso comprender que, quien creía mi amiga, la persona a la que le contaba cada minúsculo detalle de mi azarosa vida, me ocultara algo tan importante.

Había logrado serenarme cuando escuché que llamaban a mi puerta. Caminé sin mucho ánimo y la abrí, sin siquiera detenerme a pensar quién estaba detrás.

—Hola, Ross —saludó con un brillo especial en su mirada.

No podía creer que él estuviera delante de mí como si nada y después de

tanto tiempo, cuando ya era demasiado tarde.

—¿Estabas llorando? —preguntó con turbación.

—Ni que fuera la primera vez —espeté, cruzándome de brazos—. ¿Qué quieres?

—¿Es por mí? ¿O fue Kass quien te lastimó?

—Él jamás me ha lastimado, Ryan. Contrario a ti —le eché en cara—. Si no vas a decirme a qué viniste, te puedes ir.

Él asintió dos veces, dando un paso atrás, pero luego cerró la puerta tras de sí, caminó hasta mí y me tomó por la cintura. Nuestras bocas chocaron y no perdieron un segundo en besarse con deseo afanoso. En cuestión de segundos, él estaba sobre mí en el colchón, acariciándome, besándome, lamiendo mi cuello, mi clavícula y volviendo a subir a mi boca. Envolví sus caderas con mis piernas y lo pegué más a mí, anhelando el calor y la dureza de su cuerpo contra el mío. No pensé en nada, solo en lo mucho que lo necesitaba, en las veces que había soñado con su boca en la mía y con sus manos en mi piel. ¡Lo anhelaba! Por Dios que sí.

—Te amo, Ross. Te amo tanto que duele, que corroe y desgarras, que me deja sin alma... que me pierdo sin ti —confesó, mirándome a los ojos.

—¿Por qué te creería? —dudé, con la voz fracturada.

—Porque es la verdad.

—Pero tú dijiste que dolía estar conmigo —recordé.

—Te mentí y he estado en el infierno desde ese día —pronunció con voz débil y ronca.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me heriste de esa forma?

—Te lo contaré, te lo prometo, pero ahora solo necesito saber si mis estupideces no arruinaron tu amor por mí... si me dejarías intentarlo una vez más —pidió, acariciando mi rostro con sus dedos.

—Si tienes que preguntarlo, entonces nunca me escuchaste —reproché, empujándolo fuera de mí. Él me libero de la prisión que era su cuerpo y me puse en pie.

—Ross...

—Ya es muy tarde para nosotros, sin importar si te quiero o no —afirmé, de espalda a él.

—¿Por qué lo dices? —profirió con temor.

—Porque estoy con Kass. Me preguntó si quería ser su novia y dije sí.

Ryan llegó a mí tan rápido que creo que traspasó la barrera del tiempo.

Sus manos acunaron mi rostro y sus ojos suplicaron por la verdad.

—¿Lo quieres?

—Sí —respondí sin tener que pensarlo.

—¿Como me quisiste a mí? —preguntó con suplicio y una profunda tristeza. Fue duro, muy duro ver lo mucho que sufría y lo peor era que no sabía el resto.

—Sabes que no, pero... anoche él y yo...

—¡No! —resopló con agonía, sin dejar que terminara la frase—. Dime que no es cierto, Ross. Dime que no —rogó, cayendo en el suelo de rodillas.

—Lo intenté... —musité con debilidad.

Su rostro se volvió hacia mí y, con la mirada más devastadora que vi alguna vez, sopesó—: ¿Entonces no pasó? —negué con la cabeza.

—No pude porque te amo a ti, imbécil. ¿Por qué tardaste tanto?

Mi pregunta no fue contestada, sus labios arremetieron contra mi boca con un deseo tan poderoso que me arrebató el alma y la tomó para sí. Mi alma y mi corazón le pertenecían solo a él y nada lo cambiaría.

Mi boca todavía ardía con la intensidad de sus besos cuando separó sus labios de los míos. Hundió su rostro entre mi cuello y mi hombro y rompió en llanto. Sentí sus lágrimas caer en mi omóplato y recorrer el dorso de mi brazo. Eran muchas, tantas que parecían una lluvia torrencial. Acaricié su espalda para intentar consolarlo, sin saber el motivo de sus lágrimas.

—He cometido tantos errores en mi vida, demasiados, pero el más grande fue dejarte. No tengo perdón, Ross. No merezco nada, ni tus besos, ni tu amor, ni tu consuelo, pero estoy aquí, dispuesto a rogarte por la eternidad que me dejes demostrarte lo mucho que te amo. Porque lo hago, Ross. Te amo a ti y a nadie más y no tengo que convencer a mi corazón, él lo sabe, me lo grita a cada segundo, me lo reprocha con latidos fuertes y dolorosos.

—Mírame —le pedí. Se separó lentamente de mi cuello y levantó sus ojos hacia los míos—. Sí.

Él cerró los ojos y dejó escapar dos lágrimas, que recorrieron su precioso rostro hasta alcanzar su mandíbula. Lo envolví con mis brazos y recosté el costado de mi cabeza sobre su pecho.

—Amo a Ryan. ¿Escuchaste, corazón? Ya no tienes que gritar más.

Sus brazos me sujetaron con fuerza y me mantuvieron ahí, cerquita de su pecho, aguardando por la calma que tardó mucho en amainar.

—¿Ross...? —pronunció a forma de pregunta—. ¿Dijiste sí?

—Sí —contesté con una sonrisa.

—¿Sí?

—¡Sí!

—¿Eres de nuevo mi novia?

—¡Sí!

—¿Quieres ser algo más que mi novia? —insistió, pero esa vez, se arrodilló en el suelo y extendió su brazo hacia mí con una sortija de compromiso.

—¡Oh mi Dios! —exclamé, cubriéndome la boca con las manos.

—No la tengo dura, te lo juro —aseveró con una media sonrisa, pero con una clara espera de mi confirmación dibujada en sus ojos.

—¡Hijo de Axxel Wilson tenías que ser! —recriminé.

—¿Entonces? —titubeó.

—Obvio que sí —contesté, extendiendo la mano hacia él para que me pusiera el bendito anillo. Era hermoso, tenía la clave de sol, entrelazada con la mitad de un corazón. ¡Era perfecto!

—Ve —dijo.

—¿A dónde?

—A decirle a tus padres —enarqué una ceja con una pregunta implícita en mi gesto—. Te dije que esta vez lo haría mejor.

—¿No? ¿¡Ellos lo saben!?! —exclamé con un alarido.

—Lo saben —afirmó.

—¿Y sigues vivo? ¿Seguro hablaste con Peter Keanton, el verdadero?

—Solo hay una forma de saberlo —lo miré con incredulidad. No imaginaba a papá estando de acuerdo con nuestra relación y eso era algo que tenía que ver con mis propios ojos—. Espera —pidió cuando me encaminé a la salida—, falta algo.

En tres largos pasos, me alcanzó, descolgó la cadena de su cuello y la puso en el mío. Las dos mitades de los corazones se habían juntado y el dije de la clave de sol lo acompañaba.

—Perfecto —dijo con una sonrisa y me dio un beso casto en los labios que me duró poco. Tiré de su cuello y me paré de puntitas para tener mejor acceso de su boca, y entonces lo besé como merecía aquel gesto, con todo mi corazón.

—Te amo, Ray.

—Gracias —contestó con una mueca ¡Se estaba burlando!—. Yo

también te amo, mi reina —repuso.

Cuando salimos de la habitación, no podía creer lo que mis ojos veían. Desde el inicio de la escalera, hasta el final, había rosas blancas, ciento de ellas. Y no solo eso, toda nuestra familia estaba ahí. Sí, toda. La mía y la suya. Apreté la mano de Ryan con fuerza para comprobar que era verdad, que no estaba soñando. Pero, si se trataba de un sueño, era uno muy vívido.

—¡Dijo que sí! —anunció, dando inicio a la locura. Aplausos, chiflidos... gritos. Parecía una cosa de locos y lo que era peor ¡no entendía un carajo!

Terminamos de bajar las escaleras, donde fuimos recibidos con abrazos y felicitaciones. Yo actuaba de forma automática, seguía tan sorprendida y absorta que ni escuché lo que mis padres susurraron en mi oído. Jamás, desde que todo comenzó, imaginé que su reacción fuera esa.

La celebración continuó, con copas de champagne incluidas. Me tomé un par de ellas, ante la mirada atónita de papá. ¡Él nunca me había visto beber!

—Sé que todavía debes estar molesta conmigo, y te doy toda la razón, pero lo arreglaremos de la misma forma que tú y Ryan y como lo hice yo con Avery. Tú estás comprometida, yo tengo novio...

—¡Oh Dios! ¿En serio? —grité emocionada y la abracé, dando saltitos en medio de la sala junto con ella—. Eso es genial.

—¿Me perdonas?

—Sí, pero nunca más me ocultes algo así —reñí.

—Lo prometo —me volvió a abrazar y luego se fue para estar con Avery.

Me quedé de pie junto al ventanal de la sala, disfrutando de las vistas, y no las de L.A. sino la de la reunión familiar más importante de mi vida. Los lazos de los Wilson y los Keanton eran más reales que nunca y nada los podría romper.

—Hola, novia —deslizó una de sus manos por mi cintura y me dio un beso suave en la mejilla.

—Hola, novio —imité—. Dime que tienes una buena historia con respecto a esto —pregunté con extrema curiosidad.

—Da para cinco capítulos de una novela o más —lo que quería decir que era mucho para contar en ese momento—. Ross...

—Dime.

—¿Dijiste que sí?

—Sí —su rostro se iluminó con aquella mágica sonrisa que llenaba de colores mi interior y luego me besó. Sí, ahí, delante de todos. ¡Fue el sueño más bonito que había tenido!, pero era real.

CAPÍTULO 46

Ross no tenía idea del infierno por el que pasé. Lo decía en serio, estuve ahí por meses, sintiendo las llamas ardiendo en mi piel, pero sin consumirme. No la culpaba, ella era un ángel, el único capaz de sacarme de aquel abismo... pero seguía firme en mi decisión. Fue difícil. Hice un buen trabajo aparentando, guardando la distancia, fingiendo que no me estaba quemando en carne viva cada vez que la veía cerca de Kass. Pero la quería tanto que no podía arrebatarme aquel trozo de felicidad. Porque lo veía, ella sonreía estando con él, parecía feliz.

Había renunciado a Ross y mi condena sería amarla a la distancia. Un amor que me desgarraba, porque cada día más dagas se clavaban en mi pecho, acrecentando mi castigo. ¡No sabía cuánto más podía soportar!

Cuando llegamos a L.A., la agonía era insostenible. Me encerré en mi caravana y lloré tan fuerte que sentía que iba a partirme en dos. En medio de mi pena, llamé a papá, descargué mi ira con él, le dije cómo me arruinó escuchar lo que pensaba de mí. Lo culpé por todo, por cada maldita cosa que me pasó en la vida, y hasta le dije que lo odiaba. Desde la distancia, pude sentir como se rompía su corazón y lo lamenté enseguida.

Al día siguiente, temprano en la mañana, él estaba delante de la puerta de mi caravana. Sus ojos se veían cansados y enrojecidos, como si hubiera llorado. Mi reacción fue abrazarlo, sí, como un niño necesitado de afecto. Él me sostuvo contra su pecho de la misma forma que hacía cuando era un pequeño y me dijo que me amaba, que no pensaba que fuera un fracaso, que tomé aquellas palabras fuera de contexto.

Lo invité a pasar y tuvimos una larga charla. Me contó palabra por palabra lo que habló con Peter esa tarde. Le estaba contando cómo me afectó la pérdida de Sydney y lo difícil que fue retomar mi vida, mis metas, mis propósitos. Estaba agradecido con Peter por darme la oportunidad de trabajar con él, ya que muchas puertas se cerraron para mí por renunciar a la banda, y él estuvo dispuesto a abrirme una. También me contó lo que Peter le dijo de mí, lo mucho que me halagó y lo orgulloso que estaba por mi desempeño en la gira. Las piezas comenzaron a encajar y una parte de mi corazón cobró fuerza. Sin embargo, seguía pensando que era muy poco para Ross y que

jamás sería suficiente.

—Tienes lo más importante, lo único que ella necesita, y eso es tu corazón —aseveró mi padre.

—No lo sé, papá —contradije.

—¿Crees que ella te va a rechazar porque no tengas una mansión en L.A. o un auto de último modelo? No la conozco como tú, pero estoy seguro de que no necesita nada de eso.

—Ella me aceptaría así viviera en la calle, pero ese no es el problema...

—¿Dónde está el Ryan que nunca se rendía, que luchaba... que daba la cara? Recupéralo, campeón. Olvida las excusas, olvida lo que te falta, y solo toma en cuenta lo que tienes aquí, en tu corazón. ¿La quieres? Lucha por ella, Ryan. Lucha con todas tus fuerzas y, si no resulta como lo esperas, al menos sabrás que lo intentaste.

—Gracias por creer en mí, papá. Gracias por no rendirte y estar siempre conmigo —dije, palmeando su espalda con emoción.

—No sería de otra manera, campeón. Te quiero —admitió y me dio un abrazo tan fuerte que lo sentí en mi corazón.

Después de nuestra charla, papá se fue a un hotel. Sabía que necesitaba hablar con Peter y una visita repentina de su parte no haría posible que eso pasara.

Esperé toda la tarde, hasta que Peter pudo atenderme en su oficina. Estaba nervioso, más de lo que estuve alguna vez en la vida, le diría toda la verdad.

Él estaba sentado en el sofá junto a Carrie y yo ocupé el sillón diagonal a ellos. No sabía ni por dónde comenzar, así que les conté todo, desde el día que supe que me había enamorado de Ross, hasta la noche que terminé todo con ella en casa. Fue duro hablar de eso con ellos, más de lo que pensé, pero solo obtuve comprensión de su parte. ¡No lo entendía! Estaba tan pasmado que les pregunté si habían escuchado todo lo que dije.

—No diré que celebro que mantuvieran una relación a escondidas, pero me conmueve saber lo mucho que amas a mi princesa y eso lo vale todo —aseguró Peter.

Mis pulmones recobraron el oxígeno que había perdido mientras relataba la historia, pero todavía faltaba lo más importante, pedirle la mano de Rosie.

—¡No! —gritó enardecido cuando formulé la pregunta. Mi corazón

latió fuerte contra las paredes de mi pecho al escuchar su respuesta.

—Cariño... —intervino Carrie—. Creo que esa decisión debe tomarla ella, no tú.

—Pero...

—Están enamorados, Peter. Tú sabes lo que eso significa y, si quieren estar juntos, ¿por qué te opondrías a su felicidad? —miró a su esposa con profunda nostalgia y luego dijo entre dientes:

—Te doy mi consentimiento. Ahora solo depende de ella.

Exhalé una gran bocanada de aire fuera de mi boca y bajé la cabeza, con mis manos detrás de mi nuca. Fue un tremendo alivio admitir la verdad y obtener la bendición de los padres de Ross. Sin embargo, lo peor no había pasado, porque, como dijo Peter, dependía de ella.

—Si te dice que sí, quiero que la cuides, Ryan. Que impulses sus sueños y no que los derribes... que dejes que brille. ¡Y no la vayas a embarazar en la luna de miel!

—¡Peter! —riñó su esposa.

—Su carrera apenas comienza y un bebé...

—Haré lo posible —intervine— Y nunca me interpondré en su carrera. Ella es mi prioridad, Peter. Solo ella. Sé que es muy joven, sé que tiene mucho camino por delante, pero la quiero con todo mi ser y la necesito conmigo cada día, cada noche... cada segundo —admití con el corazón sobre mi mano.

—Sé de lo que hablas —acordó, tomando la mano de su esposa.

Me levanté de un salto del sillón y me abalancé sobre ellos con un abrazo. Mis emociones se desbordaban y no podía contenerlo. Salí de la oficina y corrí escaleras arriba, hacia su habitación, pero ella no estaba. ¡Había salido con Kass! Mi sangre hirvió y mi corazón lo resintió, pero no me daría por vencido. Tenía la bendición de sus padres y todo el deseo de recuperarla.

Con eso en mente, llamé a mi padre y le pedí que trajera a mi familia a L.A., necesitaba que estuvieran ahí. El anillo ya lo tenía, lo había comprado en Miami y, aunque con los cheques que me pagó Peter por la gira pude comprarle algo mejor, no lo hice porque esa argolla sencilla significaba más que cualquier diamante, por muy grande que fuese.

Ross volvió tarde en la noche, la vi llegar con Kass en su estúpido auto y, aunque quería correr allá y estamparle mi puño contra su jodida cara, no lo

hice. Eso solo empeoraría las cosas.

El resto, es historia. Mi ángel me rescató del infierno y en su dedo llevaba la promesa de un futuro.

.....

—¿Y si le envías un email? —planteé. Estábamos en el camerino, esperando que el concierto iniciara.

—¡No! ¿Qué clase de persona crees que soy? —se quejó con reticencia.

—Una muy bonita —adulé, acariciando su hermoso cabello.

—No me vas a convencer. Hablaré con Kass cuando termine el concierto —sentenció. No iba a discutir con ella. Habíamos perdido mucho tiempo en el pasado por andar peleando y no quería hacerlo más. La abracé contra mi pecho y la mantuve ahí, justo sobre mi corazón, dejando que su aroma a lluvia fresca me inundara el alma. La amaba con cada parte de mí, hasta la más insignificante.

—¿Has pensando en alguna fecha? —indagó, trazando un camino de arriba abajo sobre mi pecho con sus dedos.

—Sí. El veinte de febrero me parece bien.

—¡Pero eso es hoy!

—De hecho —bromeé.

—No vuelvas con eso de Elvis y Las Vegas porque te golpearé fuerte, lo más que pueda —impuso.

—Nah, tengo una mejor idea.

—¿Cuál?

—No sería sorpresa si te lo dijera.

—No puedo planificar una boda si no sé dónde o cuándo será —replicó, separándose de mí con disgusto.

—Lo sabrás, te lo prometo. Ahora vuelve aquí, necesito mucho de ti sobre mí para soportar las próximas horas —pedí, atrayéndola hacia mí.

—Me hiciste tanta falta, Ray —musitó con nostalgia, mientras se pegaba más a mí.

—Lo siento, mi reina. Lo lamentaré cada día hasta que muera —susurré mirándola a los ojos. Ella me dio un beso suave en los labios y luego recostó su cuerpo esbelto y sensual sobre mí. La adoraba con mi vida y quería venerarla con cada parte de mi ser. ¡Seguía sin creer que fuera mía!

—Ray... —musitó con voz melosa—. El veintiuno de febrero me

parece buena fecha.

Mi corazón se detuvo, en serio. Me perdí esos segundos de mi vida. Eso significaba que ¡en menos de veinticuatro horas sería mi esposa!

—¿Segura?

—¡Sí!

—¿Las Vegas?

—¡Ryan!

—Tú solo preocúpate del vestido —concilié sonriendo. No podía borrar la sonrisa de mi rostro y mi mandíbula no estaba acostumbrada a tanta felicidad.

—Seré la señora Wilson —pronunció con ilusión.

—Serás mía, Ross —dije, y me adueñé de esa boca hermosa y deliciosa que me concedía todos los honores.

.....

El concierto fue el mejor de todos, al menos para mí. Ross tenía un anillo en su dedo anular. ¡Sería mi esposa! Amarla, eso hacía con todo lo que mi corazón daba y al fin podía dejar de construir castillos en el aire para fundamentarlos sobre la roca de nuestro amor.

Cuando perdí a Syd, pensé que nunca más me permitiría querer a alguien de esa forma, que no podría hacer de nuevo una promesa eterna, pero no solo estaba enamorado de Ross, le cedí mi corazón y el destino de mi vida. Yo era un barco y ella dirigía el timón.

—Te estaré esperando aquí. No tardes —le pedí cuando bajamos del escenario.

—No quiero romperle el corazón —admitió con tristeza.

—Es duro, pero lo va a superar.

—Sí, como tú pudiste superarlo —se mofó.

—Es distinto, él no te quiere como yo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te he querido toda mi vida —admití. Hubo un tiempo que puse en pausa mis sentimientos por ella, los escondí en un lugar especial, pero era la verdad, la había amado desde mi niñez y lo haría para siempre.

Le di un suave beso en los labios y la dejé ir. Lucas la siguió y, en un par de minutos, se sumaría Avery, quien estaba resolviendo un asunto de

seguridad con Kurt. Quería ir con ella, pero me pidió que le diera unos minutos y se lo concedí.

Hablé un rato con los chicos de la banda de la experiencia del tour y de las ofertas que había recibido de varios cantantes, algunos muy reconocidos. Estaban interesados en mi composición y también en mi talento con la guitarra. Todo estaba saliendo a pedir de boca, me casaría con Ross, sus padres lo aprobaban, ganaría el dinero suficiente para comprar una linda casa y saldar mi deuda... era el momento perfecto.

—Eh, Ryan. ¿De casualidad no has visto a Rosie? Me dijo que nos veríamos en el camerino, pero no está ahí —preguntó Kass.

—¿Cómo que no? Ella se fue hace más diez minutos con Lucas —dije alarmado.

—Vengo de allá. Te digo que no está —aseguró.

—¡Peter! —grité mientras caminaba hacia él; estaba hablando con Chris, su mánager—. Creo que Ross está en peligro.

Cuando le dije lo que estaba pasando, corrimos hasta el camerino, seguidos por Chris, Kurt, Avery, Edy y Kass, pero no la encontramos. Nos dividimos para buscarla por distintos lugares del *Staples Center*, notificando además al encargado de la seguridad del estadio, pero no sirvió de nada. ¡Rosie no estaba en ninguna parte!

—Se la llevó —musitó Peter con profunda agonía.

—¿Quién? —pregunté, el miedo latiendo en mi pecho.

—Leo Clark. Tuvo que ser él. ¡Maldito desgraciado! ¡Debí matarlo! —gritó, cayendo en el suelo de rodillas, doblándose sobre su estómago—. La va a matar, Ryan. Me va a quitar a mi niña.

Esas últimas palabras me horrorizaron. ¿Quién era Leo Clark y por qué pensaba que la mataría?

—¡No! ¡Nadie le hará daño! Ella estará... bien. Ella... no puede... dejarme —balbuceé torpemente.

En ese momento, Henry —el abuelo de Ross—, se acercó a nosotros y se puso a cargo de todo. Comenzó a dar órdenes y ayudó a levantar a Peter del suelo. A dos metros de nosotros, estaba Carrie, llorando desconsolada sobre el pecho de su amiga Ming. Mi corazón palpité con todo su potencial. ¿*Se llevaron a Ross!*?

—Campeón, ¿qué pasó? ¿Dónde está Rosie? —preguntó papá con los ojos entornados. Mamá y mis hermanos venían detrás de él.

—Fue secuestrada —dije con un hilo en mi voz.

—¡Oh, cariño! —pronunció mi madre, abrazándome a su pecho. Mi cuerpo vibró de miedo, tristeza e impotencia. ¡La quería de vuelta en ese mismo instante!

—Lucas está detrás de esto, fue el último que la vio y el único que no está aquí. Trataré de contactar a Clark en prisión y tú ve con Carrie a poner la denuncia —ordenó Henry—. Peter ¿me escuchas?

Mi corazón se hizo trizas al notar lo afectado que estaba Peter. Se veía el miedo en sus ojos y eso me dio a entender que ella estaba en verdadero peligro. ¡Por eso la cuidaba tanto!

—¡Necesito que reacciones, Peter! La traeremos de vuelta, pero tienes que cooperar. ¡Joder, Peter! —le gritó.

—¡No encuentre a Carrie!, ¿por qué crees que hallarías a Rosie? —le dijo como un reclamo.

No entendía nada, pero sabía que había una historia detrás. Maldije en mi interior por no haber previsto todo aquello. Tenía que haber recordado cuando Peter dijo que había gente que quería hacerle daño y todas las veces que insistió en que llevara guardaespaldas. Era mi culpa, si hubiera ido con ella...

—Yo hablaré con Leo —gimoteó Carrie.

—¡No! —gritó Peter.

—Lo haré, así no quieras. ¡Se trata de mi hija!

—Preciosa... —jadeó, extendiendo los brazos hacia ella para cobijarla en su pecho—. La vamos a encontrar, mi amor. Te lo prometo.

.....

Antes, pensaba que había ido al infierno, pero no fue así, el verdadero abismo era no saber de ella. ¡Habían pasado siete días con sus horas desde que se la llevaron! No podía más con el dolor que me corroía de adentro hacia afuera. Mi corazón golpeaba mi interior como una bestia rabiosa dentro de una jaula con espinas. ¡Necesitaba recuperarla!

En su casa, el ambiente era hostil y desolador. Peter parecía un alma en pena y Carrie... no sabía que una persona pudiera llorar tanto. Y yo, ni me atrevía a mirarme a un espejo. La última vez que lo hice, terminé con los nudillos rotos, porque no quedó ni un trozo de él.

—¡Tenemos una pista! —gritó Henry, entrando como un huracán a la

sala. La atención de todos se centró en él—. No es definitivo, pero es un indicio. Leo aseguró que no tenía que ver con el secuestro, lo han interrogado varias veces, pero una vez dijo: «Todo tiene un principio y un fin». Entonces pensé...

—El lugar donde lo conocí —intervino Carrie.

Me habían contado toda la historia. Supe que Leo Clark fue novio de la madre de Rosie y le hizo mucho daño. El problema era que ella perdió la memoria en un accidente y solo sabían la versión de Peter, dejando muchos cabos sueltos.

Carrie miró a su esposo, formulando una pregunta con su mirada.

—Nunca me lo contaste, preciosa. Sé que fue en Canadá, nada más —lamentó.

—Puede que haya alguien que lo sepa —sugirió Henry.

—¿Quién? —replicamos los tres al unísono.

—Scott Stanton —contestó él.

—Prepara todo, Henry. Volaremos a Canadá —ordenó Peter.

CAPÍTULO 47

Antes de salir de L.A., tuve una conversación incómoda con Kass. Por lo del secuestro, Ross no tuvo oportunidad de hablar con él y su incesante presencia en casa de los Keanton, por noticias de ella, me comenzaba a irritar.

Le conté, de la forma más sutil que pude, lo de nuestro compromiso y él, aunque se vio afectado, lo entendió. Le prometí que lo mantendría informado; él la quería y no era un mal tipo. Kass lo agradeció y se fue de la casa con el corazón roto. Sentí pena por él, sabía lo duro que era perder a Ross, lo había vivido en carne propia y no le deseaba a nadie aquel infierno.

Esa misma noche, volamos a Montreal, la ciudad de Canadá donde quedaba la prisión en la que Scott Stanton cumplía una condena por homicidio. Jamás pensé que el pasado de los Keanton escondiera tantos altibajos. Según me contaron, Scott asesinó a su esposa, la mujer que crió a Carrie como si fuera su hija, ocultándole que había sido arrebatada de sus padres a la edad de tres años.

Durante las más de seis horas de vuelo, lo único que pensaba era en Ross. Las cosas que me contaron me perturbaron tanto que no pude conciliar el sueño. ¿Cómo podía dormir sabiendo que ella estaba en peligro? Si había cerrado los ojos más de diez minutos, en veinticuatro horas desde que se la llevaron, era mucho. ¡Me estaba consumiendo en vida!

Esperé en el auto mientras los padres de Rosie entraban a la prisión de la provincia de Quebec, en Canadá, para tratar de sacarle alguna información a Scott. Mis piernas se sacudían con inquietud, al igual que mi corazón. Ese no había tenido descanso ni un solo minuto, él sabía lo que pasaría si no encontrábamos a Ross sana y salva: sería su fin, y el mío.

Media hora después, los Keanton volvieron a uno de los dos *Hondas* que había rentado Henry. Uno para los escoltas, y otro para nosotros y Ming quien, sorprendentemente, era una ex agente federal. Contar con su ayuda sería clave para encontrar a mi Ross.

—Lo único que conseguimos fue otra pista. Carrie no tenía una buena relación, por no decir ninguna, con Stanton —dijo Peter, mirando a Ming—. Él dice que ellos se conocieron en Montreal, pero no sabe dónde. Sin embargo, hay alguien que sí, Caterina Alvaz.

—Me suena ese nombre —consintió Ming—. Llamaré a Thomas para que investigue.

Thomas era un agente que nos estaba ayudando con el secuestro de Ross, quien estuvo involucrado antes con los Keanton en el caso de Carrie, que implicó al F.B.I. y a la D.E.A, por un asunto de tráfico de drogas. ¡No dejaba de sorprenderme!

—Lo tengo. Caterina es una ex gimnasta y, para suerte nuestra, vive en Montreal —informó Ming, no más de veinte minutos después.

Edy puso el auto en marcha y condujo a la dirección que ella le proporcionó. Encontrar a Ross se estaba convirtiendo en la búsqueda del tesoro, el más grande y valioso de la historia de los tesoros.

Veinte minutos después, Caterina Alvaz se sumó a las filas de nuestra travesía por hallar a Ross. Sus ojos eran de un verde aceitunado y su cabello cobrizo lo llevaba recogido en una cola de caballo; no tendría más de cuarenta y cinco años. Según contó, fue amiga de Carrie por muchos años, cuando ambas participaban en competencias de gimnasia artística.

Edy condujo a un club en Montreal, donde según Caterina, el tal Leo y Carrie se conocieron.

—Era aquí, pero parece que ya no está funcionando —comentó con tristeza cuando llegamos al sitio.

Pensé lo mismo. Las letras *Club Royal*, apenas se podían sostener en aquel viejo letrero. El lugar se veía abandonado y no había indicios de que alguien hubiera entrado en meses, o años, por aquellas puertas blindadas.

—Eso lo veremos —siseó Ming con una clara sospecha en su mirada.

Una hora después, Thomas le envió un email con toda la información del viejo club. Para cualquiera sin conocimiento, aquel lugar estaba abandonado, pero la verdad era otra, una bastante perturbadora. ¡Era un club de stripper! Y no solo eso, uno muy exclusivo.

Tanto Peter como Carrie reaccionaron de manera negativa, no era para menos, imaginar a su hija... ¡Mierda, no podía ni respirar ante la posibilidad! Él la consoló cuanto pudo, pero no podía contener ni sus propias lágrimas.

—¿Crees que la tengan ahí? —pregunté, el miedo corriendo por mis venas como líneas de fuego.

—Espero que no —contestó Ming con la mirada turbada—, pero solo hay una forma de averiguarlo. Thomas contactó a un agente y lo está enviando al hotel para reunirse con nosotros, necesitamos entrar en ese lugar.

Asentí mirando hacia el club.

Si ella está ahí, yo mismo la sacaré. Lo juro por Dios.

.....

Encontrar una entrada para ese maldito lugar nos tomó un día entero. Teníamos veinticuatro horas en esa jodida ciudad y cada segundo que perdíamos era valioso, pero no había más que hacer que esperar. Cuando el momento llegó, la adrenalina corría por mi torrente sanguíneo, dirigido por mi perturbado corazón. Quería encontrarla, por Dios que sí, pero esperaba que no estuviera ahí, al menos no siendo prostituida al mejor postor.

—Harás todo lo que yo te diga. Si vas, es porque necesito a alguien en el que ella pueda confiar. No hagas ninguna estupidez y sigue el plan como lo acordamos. No levantes sospechas, no preguntes más de lo que está en esa lista. Apréndete cada palabra y deja tu corazón fuera de esto. Un paso en falso, y todo se va la mierda ¿escuchaste? —me habló Jim, el federal que envió Thomas.

—Lo hará bien. ¿Cierto, Ryan? Si ella está... —la voz de Peter se descompuso.

—Su vida vale más que la mía, Peter. No lo dudes. Si Ross está en ese infierno, yo la sacaré, seré su jodido ángel guardián —aseveré con las manos empuñadas, remarcando las gruesas venas que se bifurcaban a través de mi piel.

—Gracias, Ryan —emitió Carrie con profundo dolor.

—No tienes porqué.

Salí de la habitación del hotel junto a Jim. Ambos usábamos traje y corbata, el jodido club tenía sus normas y solo aceptaban a bastardos pudientes y muy bien vestidos.

Me subí a un auto deportivo negro último modelo y conduje hasta el club. Jim ocupó otro igual de costoso y me siguió durante todo el trayecto.

La única forma de ingresar era por un portón negro, ubicado detrás del viejo club. Tecleé la clave de cinco dígitos que me enviaron al teléfono, en una pantalla digital que estaba sobre un soporte de hierro. La luz roja de una pequeña cámara de vigilancia titilaba detrás del teclado. Esa gente era minuciosa con la seguridad.

En un par de minutos, el portón se deslizó a la derecha, dándome acceso. Hundí el pie en el acelerador e ingresé al sótano, sin pasar por alto

que dos vigilantes estaban apostados uno a cada lado de la entrada, y sin duda estaban armados.

Me bajé del auto y caminé con toda seguridad hasta al ascensor del fondo. No podía parecer ansioso o perdido porque eso arruinaría todo. El operador que estaba dentro presionó el número dos del tablero y el aparato comenzó a subir. El espejo reflejó mi imagen, vistiendo un traje completamente negro de dos piezas y pajarita. En mi vida había usado uno, y menos con zapatos lustrosos, pero me valía un carajo, por ella me hubiera puesto hasta un traje de payaso.

Las dos primeras fases fueron un éxito, pero aún me quedaba una puerta por cruzar, la que me llevaría dentro del maldito infierno. Le entregué mi identificación falsa al guardia de seguridad que custodiaba la puerta, comprobó unos datos, y luego me dejó entrar. Tanto protocolo me estaba alterando, ¿cómo se suponía que saldría con Ross si la tenían ahí? Ya lo resolvería, porque no habría forma que me fuera sin ella.

A medida que avanzaba dentro del lugar, la ira y el asco crecían en mi interior. Las mujeres se ofrecían como mercancía, haciendo alarde de sus atributos, contoneándose con sensualidad en tubos de pole dance, detrás de una especie de vitrales. Había para todos los gustos, desde universitarias hasta mujeres adultas, rubias, castañas, pelirrojas... asiáticas. Era un maldito mercado de sexo. Ese sitio no era uno en el que quería encontrarla a ella, con la mierda que no.

Ocupé una de las mesas frente al escenario, al fondo del local. Una mesonera, muy desprovista de ropa, me preguntó qué quería beber. Pedí un *Jack Daniels*, como sugirió Jim. En menos de cinco minutos, la bebida estaba sobre la mesa. La misma mesonera, quien se identificó como Azalea, me entregó una paleta para poder participar en la puja. Aquel lugar era conocido por vender "a sus chicas" al mejor postor, como si de una obra de arte se tratase.

Me bebí el whisky de un solo trago sin inmutarme. No sentía nada más que rabia y una inmensa necesidad de golpear a alguien.

Con mi vista periférica, vi a Jim ocupando una mesa a mi izquierda, a tres puestos de la mía. La mitad de las mesas estaban vacías, pero sabía que en cuestión de minutos no quedaría ni una silla libre. Encontrar un puesto en el *Club Royal* no fue una tarea fácil, ni económica.

El siguiente vaso de *Jack*, me lo bebí lento. No podía terminar

desorientado si quería servir para una mierda. Para cuando llegué al fondo, había pasado media hora y, como predije, no quedó un puesto sin ocupar. Diez minutos después, la puja inició. Una gran pantalla se encendió, con imágenes del “producto”, en ese caso, las mujeres.

—Comenzamos con la sensual castaña de ojos celestes, Yanine. La puja inicia en mil dólares.

La chica no podía tener más de dieciocho años. ¡Sin duda estaba en el mismo infierno!

Los viejos degenerados comenzaron a levantar las paletas de forma alternativa, hasta alcanzar la cifra de veinte mil dólares.

—Vendida al caballero de la mesa siete —anunció el subastador.

El “caballero” estaba sentado a mi lado y alcancé a escuchar: «Una gran inversión por un coño virgen».

Mi corazón se aceleró al instante, enviando sangre a borbotones por mis venas con tanta fuerza que pensé que estallarían. ¡Estaban subastando a niñas vírgenes!

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¿Y si ya habían comprado a Ross las noches anteriores? ¡Maldita sea si es así!

La puja continuó por varios minutos, hasta que vi su imagen proyectada en aquella pantalla. Cada parte de mi cuerpo se estremeció. ¡Ella estaba ahí! No sé cómo hice para soportar el deseo de ponerme en pie y matar a golpes al hombre que, con una sonrisa triunfante, le daba un precio a su cuerpo. ¡Iniciando con diez mil dólares!

Mi paleta estuvo en alto todo el jodido tiempo. ¡Nadie iba a tener a Ross! ¡Nadie más que yo!

—¡Vendida al caballero de la mesa ocho por un millón de dólares! —Y tengan por seguro que ese “caballero” era yo.

Jim me hizo una señal desde su mesa con sus dedos. Juntó el índice y el pulgar creando un círculo, significaba que no hiciera nada. *¡Jódete! Ross no pasará un minuto más en este lugar.* Asentí sutilmente y volví la mirada al escenario, donde la puja continuaba.

Cuando la subasta terminó, Azalea se acercó a mí, desplazando su mano con gracia por mi espalda e inclinándose a mi oído para decirme que “mi María” estaba lista para mí. Tuve que contener las ganas de gritar la rabia y la impotencia fuera de mí. ¡Todos eran unos enfermos!

Me levanté de la silla sin emitir sonido y caminé detrás de la rubia de

cuerpo voluminoso que usaba un brasier negro y una falda corta. La más pequeña que vi en mi vida.

—Es aquí —señaló. Un guardia corpulento custodiaba la entrada—. Es una sala V.I.P. con completa privacidad. Cuando quiera, Jacob los escoltará a la salida.

Asentí sin hacer la pregunta obvia. Ella dijo los escoltará, lo que quería decir que la llevaría conmigo. ¡La compré, literalmente!

El corazón latía en todo mi cuerpo cuando crucé esa puerta. El ambiente era suntuoso y elegante, con un pequeño recibidor con sofás y sillones de cuero. Pasé la sala, apartando las cortinas negras que lo separaban de la habitación, y entonces la vi. Mi corazón se desmoronó. Estaba acostada en la cama en posición fetal, usando un vestido ceñido al cuerpo color plata y zapatos altos del mismo tono.

—Ross. ¡Oh mi Dios! —pronuncié con la voz cortada y corrí hasta ella para alcanzarla con un abrazo. Su cuerpo se tensó al sentir mi tacto y me empujó hacia atrás. Estaba tan absorto que cedí con su fuerza y trastabillé hacia atrás. Ella se sentó en la cama, con los brazos envolviendo sus rodillas. Su rostro estaba tiznado de negro, por el rastro que dejó el rímel mientras lloraba—. Ross, soy yo, Ryan —hablé, sin tocarla esa vez, esperando que me reconociera. Sus preciosos ojos me miraron, nunca los vi tan tristes, doloridos... sin vida.

—¿Ryan? —musitó con voz temblorosa—. ¡Ryan! —gritó esta vez, reconociéndome. Volví a ella y la abracé contra mi pecho. Su cuerpo se sacudía con fuerza por el llanto y eso me arrancaba trozos del corazón. *¿Qué le hicieron a mi dulce Ross?*

—Vine por ti, mi reina. Te sacaré de aquí. ¿Me escuchas? Nadie te hará daño de nuevo.

—Ellos querían... querían... —gimoteó.

—Chis. Ya pasó, Ross. Nos iremos de aquí —le prometí. La abracé varios minutos, esperando que su llanto disminuyera. No podía sacarla en el estado que se encontraba. Acaricié su espalda con lentitud, respiré su aroma... me llené de su calor. Mi propio corazón necesitaba conciliar la paz antes de ponerme en pie y hacer lo necesario para irme con ella.

—Me quitaron mi anillo. Rogué que no lo hicieran, pero...

—Te compraré otro, Ross. No importa —consentí. Eso no valía nada comparado con ella.

—Y la cadena... —sollozó en mi pecho. Me separé un poco de ella y alcancé sus ojos con los míos.

—Son cosas reemplazables. Pero tú... —Un nudo apretó mi garganta—. No hay nada más valioso para mí. Te amo, Ross. Nunca lo olvides.

—Nunca, Ray —afirmó y llevó su boca a la mía con un beso tan poderoso que me regresó el alma y juntó las piezas de mi corazón convaleciente. Separé mis labios y recibí aquel beso con suprema necesidad. Sentía que habían pasado milenios desde la última vez que la besé y no quería separarme; ansiaba más de ella, pero teníamos que irnos de ese lugar infernal.

—Saldremos en unos minutos por esa puerta, pero necesito que estés calmada y que no digas nada, ni mi nombre. Si alguien pregunta, soy Tayler. ¿Entiendes? —asintió dos veces, humedeciéndose los labios con nerviosismo.

Me puse en pie, atrayéndola conmigo. La sujeté por la cintura con mi brazo izquierdo y avanzamos hacia la puerta. Su cuerpo seguía temblando, pero no lo suficiente para que alguien más lo notara. Las paredes de mi pecho eran golpeadas por mi corazón con una furia terrible, parte era miedo y parte rabia. De ser por mí, aquel lugar desaparecería desde sus cimientos; pero no era el momento, Ross era mi prioridad y nada más importaba.

El hombre nos escoltó hasta el ascensor y se quedó de pie delante de él hasta que las puertas se cerraron. Podía sentir las fuertes respiraciones de Ross, hasta las escuchaba, pero eso no supuso un problema para el operador. Quizás el jodido hombre estaba acostumbrado a ver como aquellas niñas eran vendidas al mejor postor como si fueran ganado. Quería partirla la cabeza contra el cristal; incluso, mi mano estaba lista para ello, pero eso mandaría todo a la mierda y no arriesgaría a mi tesoro invaluable por un par de puñetazos.

Al bajar del ascensor, le susurré a Ross que faltaba poco, que en unos minutos saldríamos de aquel lugar para nunca más volver. Ella se pegó más a mí y rodeó mi cintura con su brazo, como un gesto de agradecimiento. Quería acunar su rostro y besarla duro en la boca, con todo el sentimiento que chocaba en mi interior con fuerza. Me contuve.

Subimos al auto deportivo y lo encendí. Sujeté el volante con fuerza y exhalé un gran aliento. ¡No podía creer que Ross estuviera a mi lado, que en verdad la salvé!

—Gracias por rescatarme, Ray. Te amo tanto... —dijo, el llanto

ahogando sus palabras.

—Te buscaría donde fuese, Ross —dije como una promesa—. Ahora, vámonos de aquí.

—Por favor —rogó, sus pupilas pidieron lo mismo.

El camino desde el estacionamiento a la salida se me hizo largo, como una eternidad. No veía la hora de salir de ahí. Cuando finalmente vi que el portón se deslizaba a la izquierda, una ola de alivio me sacudió fuerte, haciendo vibrar mis manos sobre el volante.

Ross apretó mi muslo con su mano, alentándome. Ella comprendía mi sentimiento, me conocía más que nadie. *Ábrete, ábrete. ¡Dios! Es el portón más lento de la historia.*

—Un momento —gritó uno de los tipos que custodiaban la salida. Me tensé. El sujeto más grande se acercó a mi ventanilla y me pidió que saliera. El portón apenas iba por la mitad y no podía acelerar.

—¿Que no escuchas? ¡Bájate! —ordenó de nuevo. Ross gimió a mi lado con los ojos entornados y cargados de lágrimas. La miré por unos segundos y luego dije:

—Cuando esté fuera, ocupa mi puesto y sal de aquí.

—¡No!

—Necesito que lo hagas, Ross. Prométeme que lo harás.

—Ray...

—Por favor —supliqué, mi corazón latiendo fuerte, tan fuerte que me estaba destrozando el pecho.

—Lo prometo —musitó con un hilo en su voz.

—Nunca lo olvides, mi reina. Fuiste y siempre serás mi más grande amor.

Luego de eso, me bajé del auto sin mirar atrás. El sujeto me hizo una serie de preguntas, que contesté con monosílabos. Mi concentración era escasa, lo único que quería escuchar era el motor del auto alejándose.

—El jefe dice que eres un impostor y nadie se burla de él. Reza tu plegaria, Ryan —dijo, conociendo mi nombre real, mientras apuntaba un arma a mi cabeza. Mi piel se erizó y mi corazón simplemente dejó de latir por un par de segundos.

Cuando recobré la compostura, el deportivo negro se estaba alejando a toda velocidad por la salida. El sujeto apuntó su arma hacia el auto, para intentar detener a Ross, y me abalancé sobre él, tumbándolo en el suelo.

Golpeé su rostro con mi mano derecha cerrada en un puño, mientras que con la izquierda aporreaba sus costillas. El sujeto se defendió con un gancho derecho en mi mandíbula, que me nubló la vista unos segundos. Seguí pegándole con todas mis fuerzas hasta que un sonido se propagó en el sótano.

Llevé ambas manos a mi pecho y las presioné con fuerza sobre el orificio de salida. ¡Me habían disparado por la espalda! Mi visión se volvió borrosa y caí contra el suelo sin fuerza ni valor.

Podía sentir como la muerte me llamaba, mostrándome las escenas más hermosas y también las terribles de mi vida, que no fueron tantas. Porque, a pesar de todo, había tenido una buena vida, había amado... me habían amado. ¿Fui feliz? Sí, una gran parte de mi vida fue yo siendo feliz. No ambicionaba el cielo, porque no creía merecerlo; pero esperaba, que al menos, el lugar en el que mi alma fuera a descansar no incluyera llamas y almas suplicando perdón.

En aquellos escasos minutos, hice las paces con Dios y le pedí una sola cosa: que cuidara a mi reina por mí. Si moría sobre un charco de mi propia sangre, lo haría en paz y agradecido por haberla sacado de aquel infierno, sin importar que el precio fuese mi propia vida.

—Mi corazón siempre fue tuyo, Rosie Keanton —pronuncié, cuando todo comenzaba a verse más oscuro.

CAPÍTULO 48

Seis Meses Después

Las cortinas de mi habitación se deslizaron lentamente, dejando entrar la luz del amanecer por el amplio ventanal. Para ese momento, mis ojos ya estaban abiertos. Aquel terrible sueño volvió al acecho, como muchas noches, y me despertó antes que la alarma sonara. Mi corazón seguía desalentado y dolorido por la escena que reviví, aunque aún despierta, la recordaba.

Había logrado salir de aquel sótano, conduciendo el deportivo negro en el que subí con Ryan. Mis manos temblaban mientras sujetaban el volante y mi corazón latía descontrolado, lo más fuerte que alguna vez lo hizo.

Avancé por la avenida hasta alcanzar la calle principal y, al doblar la esquina, vi varios autos negros y patrullas policiales. No sabía si bajarme o esperar, pero cuando vi a mis padres salir de una de las camionetas negras, tiré de la manija de la puerta, me deslicé fuera y corrí hacia ellos. Sus brazos cálidos me recibieron y me llenaron de besos y lágrimas. Fue entonces cuando escuché la detonación. Grité el nombre de Ryan con todo lo que mi garganta permitió y traté de correr hacia aquel lugar, pero mi padre me sostuvo por las caderas. Le pedí que me soltara, que me dejara ir por él, pero no concedió mi petición.

Un grupo de agentes armados corrieron en dirección al edificio en su ayuda.

Rogué cada minuto.

Lloré cada segundo.

Necesitaba que estuviera a salvo, conmigo. Ni todas las terribles noches que pasé en aquel lugar se compararon con el dolor devastador que atravesaba mi alma como una lanza. ¡No podía concebir la idea de perderlo!

El aire silencioso de aquella ciudad fría se cortó con el sonido de varias detonaciones. Mi estómago vibró con fuertes sacudidas, trasladándose a cada parte de mi ser. Papá me sujetaba con fuerza y decía que todo estaría bien, que lo traerían de vuelta. Quizás estaba mintiendo, pero no me importaba, me aferraría a esa convicción hasta el último segundo.

Los disparos finalmente cesaron y lo único que se escuchaba era el

sonido de una ambulancia acercándose. Las luces rojas y azules no tardaron en aparecer por la calle, hasta perderse por la avenida de donde salí minutos antes.

—Déjame ir, papá. Por favor —rogué, lágrimas acariciando mis mejillas.

—Yo iré, princesa. Quédate con Carrie —solicitó con la voz tan rota como mi corazón.

Asentí dos veces sin dejar de llorar y pasé de los brazos de papá a los de mi madre. Me escurrí en su pecho y lloré sin consuelo sobre ella. Su pequeña mano acarició mi cabello, hasta alcanzar mi espalda, mientras su voz me arrullaba con la misma promesa que profirió papá «todo estará bien».

La ambulancia derrapó en la esquina minutos después, detrás vi a mi padre correr hacia nosotros con la mirada entenebrecida y el rostro pálido. Una doble oleada de dolor me golpeó, una en el corazón y otra en mi estómago. ¡Ryan estaba en peligro! Mi padre solo dijo, «lo hirieron» y todo a mi alrededor colapsó.

Cuando desperté, estaba en la camilla de un frío hospital. Mi padre a la derecha, mi madre a la izquierda, inclinados sobre el colchón. Susurré el nombre de Ryan y ellos levantaron la cabeza.

—Cariño... ¡Gracias a Dios! Llamaré al médico para que...

—¿Dónde está Ryan? —grité, mi voz quebrada.

—Lo están operando, princesa. La bala perforó uno de sus pulmones y...

—¡Oh mi Dios! —sollocé con una mano en mi pecho—. ¿Se va a salvar? Dime que sí, papá. Por favor.

—Él lo va a lograr. Ryan es un chico fuerte, muy fuerte —dijo con convicción, mientras sujetaba mi mano.

—¿Qué tan malo es eso? —pregunté, con el miedo latiendo en mi voz, en cada parte de mi cuerpo.

—Perdió mucha sangre, pero los médicos tienen un buen pronóstico. Lo importante es estabilizar su pulmón y restablecer sus signos vitales —No dejé de asentir ni una vez mientras papá hablaba. No lo hacía porque entendiera, sino por los nervios.

No pedí verlo, sabía que estaba en cirugía, pero quería estar con él, tomando su mano... pidiéndole que por favor no me dejara. Entonces, mi madre me preguntó lo obvio, qué había pasado en aquel lugar durante esos

días. No quería hablar de eso, pero tenía que hacerlo y era mejor drenar todo de una vez.

Contrario a lo que ellos pensaban, no me habían lastimado o tratado de hacerlo, solo me encerraron en una habitación y me llevaron comida a diario.

Una mujer rubia que me cuidaba –que no aparentaba más de cuarenta años–, me examinó uno noche para comprobar si era virgen. Eso fue horrible, lloré todo el tiempo.

Al día siguiente, un fotógrafo fue a la habitación para hacerme una pequeña sesión. Me habían peinado, vestido y maquillado para la ocasión, que no era otra más que la subasta de mi cuerpo. Esa noche lloré hasta dormirme, estaba tan asustada que en mi cabeza solo había un pensamiento *¡Abusarán de mí!* Pero eso no pasó, porque mi príncipe me rescató... aunque no sin consecuencias.

Dos golpes fuertes a la puerta de mi habitación me trajeron a la realidad. Quité las sábanas que me arropaban y corrí al vestidor por un par de pantalones largos que cubrieran mis piernas. Decidí dejarme la camiseta negra, que se había convertido en mi pijama habitual desde que Ryan me la dio. De ahí, corrí al baño, me lavé la cara y los dientes, y luego caminé a la puerta para abrirla.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron todos al unísono. Mi madre sostenía la tarta de chocolate, con una vela encendida sobre ella con el número veintiuno. Sonreí con emoción y soplé la vela, mágica por supuesto.

—¡Me rindo! —dije con frustración, al ver que no se apagaba.

—Déjame ayudarte, Ross —ofreció Ryan con aquella sonrisa que irradiaba más intensidad que la luz del sol. Mi corazón se desbordó con latidos acelerados cuando se acercó a mí y deslizó su mano por mis caderas. Se inclinó hacia la tarta y apagó finalmente la vela—. Tuve un poco de práctica —dijo.

Las bromas con respecto a su recuperación, después del disparo, no me parecían graciosas, pero él no dejaba de hacerlas. Quizás era su forma de superarlo, por eso no me quejaba.

Después de que mis abuelos, Isa –con Anie en brazos–, Ady, Marie, Edy, Avery y mis padres, me felicitaran uno a uno con un abrazo, bajaron las escaleras para cortar la tarta. Ryan y yo nos quedamos rezagados, como el año anterior cuando me regaló el dije.

—Oficialmente, tienes permiso para consumir alcohol. ¿Qué se siente?

—preguntó, mientras me sujetaba por la cintura.

—Como si quisiera que fueras una bebida —bromeé.

—Umm... ¿Me beberías?

—Sin ninguna culpa —admití, acariciando su pecho con mis dedos.

—Las Vegas queda cerca...

—Ryan...

—Nunca falla —dijo con un guiño—. Ahora la parte importante de este día, tu regalo.

Deslizó la mano dentro del bolsillo de sus jeans gastados y sacó una cadena de plata. No cualquiera, la mía.

—¡Oh mi Dios! ¿Cómo la obtuviste? —pregunté con incredulidad.

—Tengo influencias, mi reina —contestó, colgando la cadena en mi cuello—. También me dieron esto —tendió el anillo hacia mí y lo deslizó en mi dedo.

—¡Es increíble! —chillé al tiempo que lo abrazaba. Sus manos me sujetaron con fuerza y sus labios, suaves y deliciosos, alcanzaron mi boca con el beso más tierno e increíble que me diera alguna vez.

—La idea de Las Vegas comienza a atraerme —murmuré, cuando tuvimos que decir stop; el beso estaba tomando un giro peligroso.

—Nah, tengo una mejor idea —dijo, como aquella vez en el camerino.

—¿Y cómo para cuándo será eso? —curioseé, con una ceja enarcada.

—¿Tienes apuro por poseerme? —jugueteeó.

—Mira quién habla —señalé hacia su paquete abultado.

—¿Qué te parece el veintidós de agosto?

—¡Pero eso es hoy! —grité.

—Exacto.

—Creo que ya tuvimos esa conversación. Me causa escalofríos. Mejor vamos por el trozo de tarta y dejemos la fecha de la boda para otro día —propuse.

—¿Mañana?

—Ray...

—Bien, otro día que no sea mañana. ¿Pasado mañana? —giré los ojos y tiré de su muñeca, arrastrándolo fuera de mi habitación.

.....

—¿Qué te toma tanto tiempo? —inquirió Ady.

—¿Qué crees? No iré a mi propia fiesta sin esmerarme en el peinado y maquillaje —me quejé.

—Bueno. No tardes, que todos te están esperando —ordenó, mientras sacudía su pie contra el piso.

—¡Listo! —anuncié, cuando terminé de pintarme los labios de un rojo pasión, para sacarle color a mi *outfit*: un vestido blanco de blonda y zapatos de tacón del mismo color.

La celebración de ese año no incluiría una gran fiesta, solo una cena en un lindo restaurant y luego me iría con Ray, Ady y Avery a algún club de la ciudad.

Bajé las escaleras con cuidado, para no terminar cayendo como una tonta. ¡Elegí unos tacones demasiado altos! Ryan me esperaba al final. Estaba usando un traje negro de dos piezas con una corbata roja, a juego con mi labial, y una camisa blanca. Mi piel se erizó, la última vez que lo vi usando un traje terminó baleado en el sótano de un edificio. Aparté aquellos pensamientos y sonreí. Eso era parte del pasado, tenía que disfrutar que estaba ahí, vivo, hermoso... mío.

—¿A dónde me llevas? —indagué, cuando tomó el camino a la puerta lateral, la que daba al patio.

—Ya verás —contestó, su voz sonó nerviosa. Caminé sujetándome de él con fuerza y nerviosismo. ¡Algo tramaba!

—¡Ay, Dios! ¿Qué es esto? —pregunté, una vez que estuvimos fuera de la casa.

—Nuestra boda —respondió, más nervioso que antes.

—Tú... hoy... aquí... pero... —balbuceé.

—No puedo esperar ni un minuto más, Ross. Mi corazón no resiste una noche sin tenerte a mi lado —afirmó, mirándome a los ojos con aquellas pupilas marrones que tanto amaba—. Pero si no quieres...

—Oh, Ray. ¿Dónde tengo que firmar?

—¡Gracias a Dios! —profirió con una exhalación y me abrazó.

—Bueno, ve a esperarme al final del pasillo, tengo algo importante que hacer.

—¿Qué?

—Ponerme mi vestido. ¿Crees que me casaré con esto?

—Es perfecto —aduló, acariciando mi mejilla.

—¡Claro que no! Tengo un hermoso vestido de novia colgando en mi

armario.

—¿Lo tienes? —preguntó sorprendido.

—Lo tengo —confirmé.

CAPÍTULO 49

Media hora después, bajaba las escaleras del brazo de mi padre, usando un lindo vestido blanco, ceñido al cuerpo; la falda, ligeramente abierta de las rodillas para abajo, mientras una fina tela de blonda cubrían mis brazos, hasta el nivel de mis muñecas, y el escote en mi espalda. Un diseño triangular en el pecho y cadera, convergiendo en la cintura, crearon una curva a cada lado de mi cintura.

—No puedo creer que esto esté pasando —musitó papá con nerviosismo.

—Eso mismo dijo mamá mientras me ayudaba a vestir —admití con una sonrisa—. Gracias por esto, papi.

—Estoy orgulloso de ti, Rosie. No sabes cuánto —dijo, al borde de las lágrimas.

—Tengo los mejores padres del mundo —afirmé, apretando fuerte su mano. Sus ojos brillaron de emoción y me dio un gran abrazo.

—Te quiero, princesa.

—Y yo a ti. Muchísimo.

Después del minuto de emotividad padre e hija, caminamos hasta la salida. El patio había sido decorado con luces blancas de navidad. Brillaba como las estrellas en el firmamento. ¡Era hermoso! Una alfombra roja señalaba el camino que debíamos seguir. Lo recorrimos hasta la mitad, en espera de la marcha nupcial.

—¿Estás segura de esto, princesa?

—Muy segura, papi.

La música no tardó en hacer acto de presencia, y comenzamos a andar juntos hasta el árbol que fue testigo de nuestros momentos más dulces y algunos amargos. Ryan sonrió todo el tiempo, sin apartar sus hermosos ojos de mí ni una sola vez. Mi corazón golpeaba mi tórax con un ritmo familiar, ese que le pertenecía a él.

—Hazla feliz —le dijo papá a Ryan como advertencia.

—Es mi prioridad —afirmó con seriedad y emoción.

Mi padre me dio un beso en la mejilla y luego se paró a un lado, junto a mi madre. La miré por encima de mi hombro y noté sus ojos brillando con

nostalgia. Articulé la palabra te quiero y le lancé un beso. Ella correspondió con el mismo gesto.

—Esto es raro —murmuré hacia Ryan.

—Lo sé, pero él quiso y es legal, así que...

—Queridos hermanos, estamos aquí reunidos...

—Papá —terció Ryan.

—Ya, ya. Estaba bromeando —dijo su padre. Escuché las risas esparcirse detrás de nosotros. Toda la familia de Ryan había volado a L.A. para la boda, incluyendo su prima Lexie, quien vivía en Londres.

—Para mí, es un honor officiar la boda de mi hijo Ryan y de su hermosa novia Rosie. Su vínculo es el símbolo que uniré para siempre a nuestras familias y espero que nada nunca lo rompa. Rosie, eres hermosa, inteligente, talentosa y tienes un gran corazón. Todavía no me explico cómo pudiste enamorarte de ese —bromeó—. Hablando en serio, gracias por ser paciente con Ryan, por amarlo como lo haces y por soportar sus idioteces. No lo culpes, lo trae en los genes, y hablo de los míos, su madre es perfecta —aclaró—. No soy muy bueno en esto, pero creo que ahora viene la parte en que pregunto. ¿Rosie Keanton, aceptas por esposo a Ryan Wilson para amarlo, respetarlo, serle fiel y honrarlo, mientras que la vida continúe?

—Acepto —contesté, sosteniendo fuerte su mano.

—Bien por ti, hijo —celebró con una sonrisa pícara. Ryan esnifó, sacudiendo la cabeza a los lados. Su padre recuperó la seriedad de nuevo y preguntó—: ¿Ryan Wilson, aceptas a Rosie Keanton para amarla, respetarla, serle fiel, honrarla, lavar los platos, pasear al perro, buscarle agua en las noches, llevarla a cenar, comprarle flores, embarazarla, hacerla enojar, pedirle perdón, hacerla enojar de nuevo, rogar de rodillas..., mientras que la vida continúe.

—Acepto.

—Por el poder que me otorgó un certificado de internet, los declaro marido y mujer. ¡Pueden besarse ya!

Ryan me tomó por la cintura con fuerza y, justo antes de besar mis labios, su padre gritó:

—¡Mierda, olvidé los anillos!

—Al carajo los anillos, ya es mi esposa —dijo Ray y me besó.

Los aplausos iniciaron como una lluvia suave hasta convertirse en un aguacero de bendiciones. ¡Fue el momento más feliz de mi vida!

.....

—Tengo el orgullo de presentar al señor y a la señora Wilson —anunció mi padre al micrófono. Entré de la mano de Ryan a un hermoso salón que decoraron para celebrar nuestra boda. Algo sencillo, pero hermoso. Delicadas rosas verde menta llenaban cada espacio, haciendo contraste con la mantelería blanca y los hermosos centros de mesa de cristal. Del techo, colgaban luces blancas de navidad, como miles de estrellas destellando en el interior... amé cada detalle.

—Todavía no lo puedo creer —susurré hacia Ryan, mientras tocaba la alianza que deslizó en mi dedo, luego de nuestro primer beso como esposos.

—No eres la única, te lo aseguro —contestó—. Creo que tenemos que ir allá y no sé, bailar.

—Eh, sí. Nunca hicimos eso antes.

—Hay muchas cosas que no hemos hecho —dijo travieso. Mi corazón dio un alarido de emoción. Estaba ansiosa por lo que vendría después de la fiesta, tanto como él.

—Bueno, bailemos. Mientras más rápido lo hagamos...

—Más pronto nos iremos —añadió. Asentí ruborizada y caminamos al centro del salón.

—¿Eso es? ¿Es tu voz en esa canción? —inquirí, cuando comencé a escucharla en aquella balada romántica.

—Lo es, mi reina. Es para ti —afirmó. Me recosté en su pecho y dejé que aquellas letras llenaran mis oídos y reposaran en mi corazón.

*No debí quererte, siempre amarte
No debí alejarte, sino acercarte
Eres mi amor, el más grande
Eres mi plan, el más importante*

*Lates en mí
Vivo por ti
Si tú te vas
Dejaré de vivir*

*No importa a dónde camine
Siempre llegaré a ti*

*Lejos, o cerca, imposible o no
Te encontraré, te llevaré conmigo
Me inventaré alas si he de volar
Construiré puentes si he de cruzar
Pero nunca te dejaré de buscar*

*Lates en mí
Vivo por ti
Si tú te vas
Dejaré de vivir*

*El amor duele, sí
Duele, cuando estoy sin ti
Duele, hasta querer morir
Nunca duele cuando estás en mí
Es cuando realmente vivo
Es cuando realmente pienso
que alcancé el cielo*

*Lates en mí
Vivo por ti
Si tú te vas
Dejaré de vivir*

—Te amo, mi reina. Mi corazón siempre fue tuyo

—confesó con un susurro suave y, a la vez, tan poderoso como un trueno. Nuestros labios se encontraron, fundiéndose en un beso cálido, tierno... lleno de amor.

De sus brazos, pasé a los de papá y bailamos una pieza completa. Sus palabras de amor no faltaron, y menos las lágrimas. Fue tan dulce. Después de él, vino el turno de mi abuelo Henry, quien tenía mucho talento en el baile. Fue divertido.

Terminé en los brazos de mi suegro, con él no faltaron los chistes, aunque también se puso un poco emotivo, dándome de nuevo las gracias por aceptar a Ryan con todo y sus heridas.

Entre bailes, mis ojos se encontraron varias veces con los de mi esposo. ¡No podía creer que fuese mío! Siempre, una sonrisa adornó sus labios y

también sus pupilas.

Tanto baile me dejó cansada, pero la fiesta no terminaba. Nos tocaba posar para la cámara de Maggy, sí, era nuestra fotógrafa oficial. Eso también fue divertido, reí sin parar; aunque quizás era el efecto de las copas de champagne que me tomaba entre foto y foto.

—Creo que deberías comer algo, Ross. Vas a terminar borracha —intervino Ryan, quitándome la cuarta copa de la mano.

—Tarde piaste, pichón —me burlé.

—¡Ay, Dios! Ya estás ebria —lamentó con el ceño fruncido.

—¡Sí! Es lo que se hace cuando uno cumple veintiún años ¿no? —dije, rodeando su cuello con mis manos. Mi boca alcanzó la suya y lo besé sin inhibiciones.

—Ross... nos están viendo —advirtió con un susurro ronco.

—Entonces, llévame donde no —le pedí, mi voz sonando sensual y suplicante. Sus ojos se oscurecieron al tiempo que su nuez de Adán se movió con brusquedad. *Oh, sí. Ryan Wilson me desea.*

—Comeremos algo y luego nos iremos, disimuladamente —confabuló cerca de mi oído, para que nadie más lo escuchara. Le di un suave beso y luego lo arrastré hacia la salida. No teníamos que disimular ¡todo el mundo sabía lo que pasaría al finalizar la boda!

—Gracias por venir. ¡Me iré a perder la virginidad con mi esposo! —grité sin pudor.

—Ay, Dios —rezongó Ryan con el rostro enrojecido—. Nunca más dejaré que bebas.

—Veremos —repliqué.

.....

Cuando abrí los ojos esa mañana, no fueron los rayos del sol lo primero que vi, ni las paredes rosas de mi habitación, sino a Ryan. Estaba recostado en la cama usando su traje negro. Yo, sobre su pecho, con mi vestido de novia.

¡Ay, mierda! ¡Me quedé dormida en mi noche de bodas!

Toqué su mentón hasta alcanzar su cabello suave, lo acaricié con mis dedos con lentitud mientras acercaba mi boca a sus labios, ligeramente separados. Ahí, le di un beso delicado, con la esperanza de que sus párpados se abrieran para ver sus lindos ojos. Lo miré un par de segundos,

completamente perpleja ante la maravillosa realidad: ¡él era mi esposo!

—Buenos días, señor Wilson —saludé, cuando sus largas pestañas se batieron, dejándome ver sus dos pozos marrones fijándose a los míos.

—Buenos días, señora Wilson —contestó, tocando mi mejilla con una caricia tan suave como apasionante.

—Siento quedarme dormida en nuestra noche de bodas. No debí beber tanto —lamenté.

—¿Quién no se emborracha en su cumpleaños veintiuno?

—Jesucristo —bromeé.

—Quizás él no —consintió—. ¿Tienes hambre?

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De lo que esté en el menú —seduje.

—Primero el desayuno y luego el postre.

—Umm, el orden de los factores no afecta el producto —contrarié a modo de queja.

—Oh, sí que lo hace. Tengo planeado pasar el día en la cama con mi esposa y la necesito con fuerza, mucha. Así que, primero el desayuno.

Una hora después, el asunto de la comida fue resuelta y estaba lista para mi postre exclusivo, Ray. Nuestros dedos se entrelazaron mientras caminábamos a la cama, en la que todavía quedaban pétalos de rosas rojas regados. Seguro formaba un lindo corazón, pero no lo recordaba. Me detuve en el borde del colchón y lo enfrenté, al tiempo que enredaba mis dedos detrás de su nuca.

—Hola, esposo —murmuré cerca de su boca.

—Hola, esposa —respondió, acariciando la mía.

Nuestros labios se unieron con dulzura, alternando entre el inferior y el superior con suntuosidad y nerviosismo. Mis dedos vibraban mientras sujetaba su cuello, las suyas lo hacían mientras acariciaba mi espalda. Deslicé mis manos hasta su pecho y comencé a quitarle el traje, sin soltar su boca. Ryan se encargó de bajar el cierre de mi vestido, hasta un poco antes de mi espalda baja. Sus dedos trazaron un camino recto desde ahí hasta mi nuca, erizando mi piel. Luego, se movieron a cada uno de mis hombros, apartando la tela de mi vestido, que cayó ligero hasta mis pies, dejándome solo con un conjunto de ropa interior blanco. Sus pupilas se dilataron con extrema ansiedad, mientras dibujaban cada parte de mi cuerpo con gran veneración.

—Eres hermosa, Rosie —pronunció, saboreando cada letra de mi nombre.

Aflojé su corbata con el mismo temblor presente en mis dedos, para luego sacarla por encima de su cabeza. Proseguí con mi plan de desnudarlo, apartando cada uno de los botones de su camisa. Su torso bronceado me hizo jadear, no solo por sus preciosos músculos, también por la herida que marcaba su piel.

Acerqué mis labios a la muesca que dejó la bala y repartí besos suaves desde ahí hasta el frente de su pared torácica, donde iniciaba la cicatriz de la operación, que llegaba hasta la espalda, pasando justo por debajo de su axila. No fui tan lejos, me quedé en su torso por unos segundos antes de bajar hasta su cintura.

Desabroché la correa de sus pantalones, luego el botón y finalmente la cremallera. Sus pantalones se deslizaron por sus musculosos muslos hasta alcanzar sus tobillos. Desde mi posición, pude ver su poderoso miembro luchando por escapar de aquella tela de algodón. Me relamí los labios, tratando de humedecer la resequedad que los había invadido, pero no surtió efecto alguno.

—Ven aquí —me pidió con voz vibrante. Me puse en pie y, en menos de un segundo, estaba contra su cuerpo semidesnudo.

Sus labios alcanzaron los míos con un beso lujurioso y febril. Le correspondí con el mismo entusiasmo, sin dejar mis manos quietas como solía hacer, sino recorriendo su pecho, espalda... glúteos. Eran duros, fibrosos... perfectos. Los apreté con mis pequeñas manos, empujándolo hacia mí. Su miembro duro chocó contra mi pelvis, muy por encima del lugar donde lo anhelaba.

Ryan me cargó en sus brazos y me recostó con suavidad sobre el colchón. Mi aliento crepitaba entre el miedo y la ansiedad de lo que estaba por experimentar.

—Yo te cuidaré —su aliento fluctuó con expectativa.

—Quisiera ser tu primera vez —declaré con pesar.

—Es mi primera vez contigo, Ross. Es especial, más que cualquier otra vez —aseguró, mirando mis ojos. Asentí.

Sus labios alcanzaron de nuevo los míos por un par de minutos, besando, mordisqueando, lamiendo la comisura de mi boca, el interior... cada parte de ella, para luego descender por mi cuello, hombro... clavícula. El

brasier pasó de mi cuerpo al suelo en un parpadear, dejando mis pechos expuestos para su boca.

Lo que hacía con su lengua y dedos, se sentía más allá de mis pezones, muy al sur. Su viaje continuó por mi piel, con besos húmedos, haciendo uso de sus labios y lengua. Mi centro de placer palpitaba cada vez más fuerte, a medida que su cabeza se movía más cerca.

Mi respiración dejó de ser constante cuando sus dedos arrastraron la tela de encaje de mi ropa interior fuera de mí. Mi instinto decía que cerrara las piernas, pero mi excitación gritaba *¡Poséeme ahora!*

—Tú... estás preparada para... no quiero que... —titubeó.

—Confío en ti, Ray. Te amo —respondí, con una súplica tan implícita en mi voz que me dio vergüenza.

—¿Nunca antes alguien...? —negué. Una vez, le hice pensar que sí, pero nunca lo permití. La que llegó a tercera base fui yo, pero nadie me tocó así—. Si es demasiado...

—Ray... —sus ojos brillaron en reconocimiento.

Bajó la cabeza y besó el interior de mis muslos, suave, delicado... condescendiente, haciendo crecer mi excitación.

Su aliento calentó mis pliegues con un resoplido ansioso, que luego se manifestó con su boca lamiendo con avidez y pericia el interior de mi sexo.

Apreté las sábanas con mis puños mientras su lengua acometía con punzadas hábiles y certeras, cortándome el aliento y quemando algunas de mis neuronas, porque así lo sentía, como estallidos en mi cabeza.

—Oh, Dios —gemí con la voz cortada. Su boca succionaba la piel más sensible de mi femineidad, llevándome a un lugar que nunca, ni en mis sueños, había visitado.

Mis piernas se tensaron de tal forma que tuve que clavarlas en el colchón, mientras mis manos apretaban con más fuerza las sábanas.

Mi pelvis se movía inquieta, como si trazara círculos, buscando más, queriendo más... pidiendo más. Era... era... *¡Ay, mierda! No sé ni cómo explicarlo.*

—Te amo tanto, Ross —emitió con reverencia, cuando abandonó el lugar que ocupó por varios minutos, hasta llevarme al pico más elevado de mi excitación.

Comprendí que Ryan tenía razón, había que esperar porque quería más de eso y lo quería enseguida. Una vez no sería suficiente, lo querría siempre.

Y bien sabía él que si pasaba, no iba a poder parar. ¡Era bueno ser su esposa!

—Y yo te amo, Ryan Wilson. ¡Te amo! —grité con todo el amor que latía en mi pecho—. Gracias por hacerme tu esposa. Ahora, hazme tu mujer —rogué.

Su boca se precipitó en la mía con una ansiedad que jamás me había concedido. Me di entera a él, dejé que disfrutara de mis labios, mis pechos... mi abdomen.

Luego, se arrodilló delante de mí, extendiendo el látex a lo largo y ancho de su envergadura. Se veía poderoso, igual a un dios del Olimpo, con aquellos músculos dorsales y abdominales definidos y cincelados. Mi corazón golpeaba fuerte las paredes de mi pecho mientras el momento se acercaba.

—Mía —profirió, acariciando mis labios con su pulgar.

—Mío —imité.

Pequeños jadeos involuntarios se escapaban de entre mis labios separados, mientras su miembro esgrimía mi interior de forma lenta, cuidadosa... acometida. El ardor era terrible y el dolor más, pero de alguna forma, me gustaba.

—¿Estás bien, Ross? —preguntó con turbación.

—Estaré mejor en unos minutos —concedí.

—Estás muy estrecha y no quiero lastimarte —convino.

Tenía razón, su sexo ocupaba mis paredes por completo, pero no me iba amilantar. Lo deseaba. Moví mis caderas, a sabiendas de que él no daría el primer paso, esperando que dejara el miedo de lado y se entregara al momento.

—Mierda—gimió con fuerza y sucumbió a sus deseos.

Sus movimientos fueron pausados y lentos, cuidándome, esperando por mí, pero luego siguió el ritmo que mis caderas pedían. Sus acometidas eran más fuertes, más profundas... más ambiciosas.

De mi boca, se escapaban pequeños gritos de placer. De la suya, gruñidos guturales. Fue la mejor canción que interpretamos alguna vez y no había partituras que marcaran el ritmo, éramos él y yo, amándonos por primera vez, amándonos para siempre.

FIN

**LA HISTORIA DE RYAN Y ROSIE
CONTINÚA EN LA NOVELA CORTA TITULADA KEANTON
ESTARÁ DISPONIBLE EN AMAZON EN BREVE**

**TAMBIÉN PUEDES LEER LA HISTORIA DE CARRIE Y PETER EN
LA NOVELA “MI MEJOR CANCIÓN”**

**Y LA HISTORIA DE AXXEL Y MELANIE EN LA NOVELA
“LLÁMAME IDIOTA”**

AGRADECIMIENTOS

Como en cada libro que concluyo, le doy todas las gracias a Dios por ser el pilar que sostiene mi vida. Mi fe es inamovible y mi amor por él irrefutable.

En segundo lugar a mi maravillosa familia. Sin ellos, nada de esto sería posible. Mis padres, siempre amorosos y orgullosos de mí. Mis hermanos, mis cómplices y fans número uno. Mi esposo, mi sostén y compañía y mi hijo, el amor más grande de mi vida. Gracias a todos por estar siempre para mí.

Mis hermanas Iris y Rossi, miles de gracias por acompañarme en esta trevesía. Me emocionaba leer sus reacciones con cada capítulo que les enviaba. Las amo con toda el alma.

No puedo dejar de agradecer a esas amigas y colegas que siempre están ahí cuando necesito charlar o resolver alguna inquietud: Loli Deen, Susana Mohel, Grace Lloper, Marisa Citeroni, Kass Finol, Jull Dawson, Mariela Villegas, María Elena Rangel, Freya Asgard, y Roni Green. Miles de gracias.

A mis hermosas y muy queridas beta readers: Elsa Cabrera, Roxy González, Rossi Urdaneta, Iris Urdaneta, Loli Deen e Isabel Sierra. Sin su aporte, la historia no sería la misma. Las quiero un montón.

A ti, que lees mis novelas, que me acompañas en este viaje de risas, llanto y emociones. Gracias miles por haber llegado hasta el final. Recuerda, tu comentario es valioso para mí. Me encanta leer lo que piensas de la historia.

Y por último, pero no menos importante, a todos los grupos de lectura que hacen posible la promoción de mis libros. En especial a: Club de Lectura Todo Tiene Romance, Divinas Lectoras, La Caja de los Libros y Zorras Literarias. Gracias.

SOBRE LA AUTORA

Flor M. Urdaneta es venezolana, egresada de la Universidad del Zulia de la carrera Comunicación Social. Además de escritora, es fotógrafa profesional. Su primer libro auto-publicado fue “Cruel y Divino Amor”, el que le da el nombre a la saga Cruel amor. Llámame Idiota es el libro dos de la saga, Lexie el tercero y Less el cuarto. Luego publicó Di que sí y Pretendamos, de la serie Flying with love.

En sus libros encontrarás amor, drama, lágrimas y pasión.

Se casó en el 2008 con Venancio Chacin y tiene un hijo llamado Efraín Abdiel. Su familia es vital para ella y el apoyo incondicional de sus padres y hermanos la inspiran a seguir adelante.

Flor divide su día entre la escritura, el trabajo, atender a su familia y escribirse con sus amigas de *WhatsApp*.

“Leer es comenzar un viaje que nunca termina”

Flor Urdaneta

LIBROS PUBLICADOS

Mi Mejor Canción

Saga Cruel Amor

#1 Cruel y Divino Amor

#2 Llámame Idiota

#3 Lexie

#4 Less

#5 No Debí Quererte

#5.5 Keanton. (Novela corta, secuela de No Debí Quererte).

Próximamente

Serie Flying With Love

#1 Di que sí

#2 Pretendamos

Página Web: <http://florurdaneta87.wix.com/fmud>

VISITA MIS REDES SOCIALES

Facebook: <https://www.facebook.com/flormurdaneta/>

Grupo: <https://www.facebook.com/groups/sagacruel/?fref=ts>

Twitter: @florurdaneta87

Instagram: @Flormurdaneta

[1] Marca de pijama

[2] Que es considerado como propio o legítimo sin serlo.

[3] Tipo de droga, producto del Cannabis

[4] Fragmento del libro Lo que el Viento se Llevó.

- [5] Personaje de la obra de Lewis Carroll, Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas
- [6] Hablo, en español
- [7] Reír fuerte
- [8] Marca de Guitarra acústica
- [9] Guitarra resofónica, guitarra resonadora,
- [10] Marca de ropa Hugo Boss, estilos casuales y juveniles.
- [11] Noqueado.
- [12] Banda de Rock Británica
- [13] Un término coloquial para referirse a una persona cuyas aficiones, comportamiento o vestuario son inusuales.
- [14] Una frase en la cual se relaciona a una mujer, soltera y joven, que ha quedado embarazada.
- [15] Rodeo Drive es una de las calles principales de Beverly Hills, dónde uno podrá encontrar las marcas más conocidas, pero a unos precios altísimos.
- [16] Marca de pijamas.
- [17] Estadio de la ciudad de Anaheim.
- [18] Es un género musical de raíces africanas surgido en Brasil.
- [19] Envase con varias pastillas.
- [20] Autor: León Tolstoi